Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

Catauro
Revista cubana de antropología.
Año 5, No. 8, julio-diciembre de 2003.
Publicación semestral de la Fundación Fernando Ortiz.

Director:
Miguel Barnet

Subdirectora:
Trinidad Pérez

Jefe de redacción:
Daniel Álvarez Durán

Edición:
Rubén Casado

Director artístico y diseño de cubierta:
Eduardo Moltó

Ilustración de cubierta y contracubierta:
Espátula vómica y Gemelos. Museo Montané.

Diseño gráfico:
Lázaro Prada, basado en el diseño interior original de Yamilet Moya.

Composición:
Beatriz Pérez

Consejo editorial:
María Teresa Linares Savio, Jesús Guanche, Ana Cairo, Sergio Valdés Bernal, Aurelio Francos, José Matos, Roberto Zurbano, Frank Pérez, Rosa María de Lahaye, Ángel Luis Fernández, Abel Sierra Madero.

Todos los derechos reservados

© Sobre la presente edición: Fundación Fernando Ortiz, 2003.

ISSN: 1681-7842

Fundación Fernando Ortiz
Calle L no. 160, esq. a 27. El Vedado, Ciudad de La Habana, Cuba.
Código Postal 10400.
Teléfono: (537) 832-4334
Telefax: (537) 830-0623
ffortiz@cubarte.cult.cu
www.fundacionfernandoortiz.org

Cada trabajo expresa la opinión de su autor.

C A T A U R O

Contra la trabajosa "filosofía de la conquista", los indios tuvieron su contrafilosofía de la libertad...

FERNANDO ORTIZ

EDITORIAL 4

CONTRAPUNTEOS 6

Una aproximación a los estudios arqueológicos de Cuba y su historiografía aborigen hasta la década del treinta
SILVIA HERNÁNDEZ GODOY 6

El Museo Antropológico Montané y el desarrollo de la arqueología en Cuba entre 1900 y 1960
ARMANDO RANGEL RIVERO 19

La ciencia arqueológica en Cuba: retos y perspectivas en los umbrales del siglo XXI
GABINO LA ROSA CORZO 36

La arqueología en la construcción de un discurso sobre identidad cultural en Cuba
JESÚS RAFAEL ROBAINA JARAMILLO
MIRIAM CELAYA GONZÁLEZ
OSCAR PEREIRA PEREIRA 47

El poblamiento antiguo del Caribe. Análisis del ADN mitocondrial en preagroalfareros de la región occidental de Cuba
ANTONIO J. MARTÍNEZ FUENTES
CARLES LALUEZA-FOX
TOM P. GILBERT
ARÍSTIDES LAZO VALDIVIA
FRANCESC CALLAFELL
JAUME BERTRANPETIT 62

Algunos aspectos socioeconómicos de Cuba colonial temprana (1512-1555)
ESTRELLA E. REY BETANCOURT 75

Estilo Patana. Propuesta para un nuevo estilo ideográfico en el extremo más oriental de Cuba
DIVALDO GUTIÉRREZ CALVACHE
RACSO FERNÁNDEZ ORTEGA
JOSÉ B. GONZÁLEZ TENDERO 91

Muerte, desigualdad social y jefatura en Chorro de Maíta
ROBERTO VALCÁRCEL ROJAS
CÉSAR RODRÍGUEZ ARCE 112

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

Arte aborigen de Cuba: una mirada desde la arqueología
PEDRO P. GODO 125

¿Hubo cacicazgos en la mayor de las Antillas?
LILLIÁN JUDITH MOREIRA DE LIMA 144

Visión lingüística del Caribe insular precolombino
SERGIO VALDÉS BERNAL 159

IMAGINARIO

El cemí del tabaco del Museo Antropológico Montané
MARÍA DEL PILAR ZALDÍVAR FERNÁNDEZ 178

Atlas Arqueológico de Cuba: una estrategia científica para la investigación y la conservación del patrimonio histórico aborigen
DEPARTAMENTO DE ARQUEOLOGÍA, CENTRO DE ANTROPOLOGÍA 199

Una punta foliácea bifacial en Guaní, Caibarién
ALFREDO B. PÉREZ CARRATALÁ 203

Historia de un despojo: Mark Raymond Harrington y el ídolo aborigen de Patana
ÁNGEL GRAÑA GONZÁLEZ
EUGENIO PÉREZ FERRER 208

¿Por qué CATAURO? 212

ARCHIVOS del FOLKLORE

Idea de las culturas precolombinas de Cuba. El primer período de las exploraciones arqueológicas: trabajos realizados por Rodríguez Ferrer (con presentación a manera de prólogo del doctor Armando Rangel Rivero)
CARLOS GARCÍA ROBIOU 214

El casabe
BERNARDO VEGA 233

ENTRE-VISTAS

Palabras inéditas de homenaje al doctor Manuel Rivero de la Calle en el nonagésimo aniversario del Museo Antropológico Montané (con presentación a manera de prólogo del doctor Armando Rangel Rivero)
ANTONIO NÚÑEZ JIMÉNEZ 235

Ruptura y continuidad en arqueología: Ramón Dacal Moure
ARMANDO RANGEL RIVERO 245

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

DESDE L y 27

Presentación del número 7 de *Catauro* 255

La Cuba profunda 255

Premio Catauro Cubano 2002 259

Diplomado de Antropología Cultural 260

Beca Fernando Ortiz 2003 262

Maestría en Arqueología 263

Visita ministro de Cultura de Gabón la Fundación Fernando Ortiz 264

Obituario 264

Últimos números publicados de *Catauro* 266

Reseñas de investigaciones 267

EX LIBRIS

Memoria arqueológica de la Ciudad de La Habana
LILIBETH BERMÚDEZ 268

El Caribe Arqueológico, un nuevo espacio para la reflexión y el debate
ULISES M. GONZÁLEZ HERRERA 270

Acerca de *La medicina indígena de Cuba, su valor histórico* del doctor Antonio de Gordon
ENRIQUE BELDARRAÍN CHAPLE 271

Un nuevo enfoque sobre una región arqueológica de Cuba
JORGE ULLOA HUNG 276

Nociones de anatomía humana aplicada a la arqueología, de Manuel Rivero de la Calle
ANTONIO J. MARTÍNEZ FUENTES 280

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

EDITORIAL

La revista Catauro dedica este número monográfico a uno de los campos del conocimiento más reconocidos dentro de la antropología cubana: los estudios arqueológicos con énfasis en el legado cultural indígena.

El conocimiento de la presencia aborigen en la cultura cubana, si bien parte de la visión del otro ofrecida por varios cronistas de Indias, como Cristóbal Colón, Bartolomé de Las Casas y Gonzalo Fernández de Oviedo, debe una buena parte de sus datos e interpretaciones a más de un siglo de investigaciones arqueológicas.

En este número, como en otros dedicados a la presencia china (no. 2, 2000), africana (no. 3, 2001) e hispánica (no. 4, 2001), pretendemos presentar el estado de la cuestión y someter a debate un tema que siempre ha avanzado a partir de constantes aproximaciones sucesivas. En arqueología, como en otros campos de la ciencia, la última palabra tiene vida efímera cuando las aportaciones al conocimiento añaden nuevos datos o contribuyen con enfoques originales que enriquecen el análisis o sistematizan todo un caudal de estudios anteriores.

Frente a otras ideas ya superadas de historiadores, musicólogos y literatos que subestimaron la significación y la actualidad de la herencia aborigen, este número pretende enfatizar, con una amplia diversidad de alcances, nuevos enfoques y descubrimientos recientes que patentizan la permanencia de un legado inobjetable.

El propio Fernando Ortiz no escapó a la curiosidad de abordar el tema aborigen entre sus múltiples campos de interés. Sus reiteradas incursiones en La luz de Yara (1929), El tabaco y los ritos purificadores de los pecados (1940), Las cuatro culturas indias de Cuba (1943), El huracán, su mitología y sus símbolos (1947), El Dios "llora lluvia" de los indios cubanos (1947), La música y los areítos de los indios de Cuba (1948), entre otros, contribuyeron a diversificar el debate sobre la etnogénesis cubana.

Son muchos los campos abiertos por la arqueología que han contribuido tanto al conocimiento histórico acerca de nuestro pasado remoto como a la preservación del patrimonio cultural, tanto material como espiritual.

Esta entrega ha sido resultado de múltiples discusiones colegiadas y de un amplio grupo de colaboradores del Centro de Antropología, del Ministerio de Ciencia, Tecnología y Medio Ambiente: Pedro Godo, Gabino La Rosa y Jesús Rafael Robaina; del Museo Antropológico Montané: Armando Rangel y María del Pilar Zaldívar; de la Facultad de Filosofía e Historia de la Universidad de La Habana: Lillian Moreira; y del Centro Provincial de Patrimonio Cultural de Ciudad de La Habana: Racso Gutiérrez.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

Los textos publicados no pretenden agotar tan importante y diverso tema para los estudios antropológicos, pero sí renovar el debate y especialmente motivar a las nuevas generaciones para profundizar en la herencia aborigen en la cultura cubana, no como algo exclusivo de la arqueología, sino como savia nutricia de la cultura nacional y como parte ineludible de la historia de América. ■

EL DIRECTOR

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

Una aproximación a los estudios arqueológicos de Cuba y su historiografía aborigen hasta la década del treinta

SILVIA HERNÁNDEZ GODOY

Una aproximación a los estudios arqueológicos de Cuba y su historiografía aborigen hasta la década del treinta

En el siglo XIX comienza en Cuba el interés por la existencia de las evidencias acumuladas por las comunidades aborígenes de la Isla. Esta etapa marcó un importante cambio en los niveles del conocimiento científico al aparecer datos e informaciones aportados por diferentes campos académicos en contra de las concepciones escolásticas propias de la época. Fue también el período en que la corriente evolucionista y el positivismo lideraron los estudios de fines de siglo y contribuyeron al desarrollo antropológico y de la arqueología, que en el siglo XX se independiza de la antropología y adquiere su propio objeto de estudio y terminologías, que si bien estuvieron condicionados por el positivismo y el historicismo cultural, contribuyeron al cambio de la proyección de las investigaciones. Por tanto, se amplió el registro de datos de las comunidades aborígenes de la mayor de las Antillas y su relación con el Caribe insular y continental.

SILVIA HERNÁNDEZ GODOY
Historiadora. Investigadora Agregada del Museo Provincial Palacio de Junco, Matanzas, Cuba.
WEBMASTER@ATENAS.CULT.CU

INTRODUCCIÓN

La década del treinta se ha seleccionado para finalizar el estudio de los avatares seguidos por la arqueología indocubana, iniciada desde mediados del siglo anterior con los trabajos del español Miguel Rodríguez Ferrer, por considerar que la obra de don Fernando Ortiz *Historia*

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

de la arqueología indocubana, de 1935, cierra un capítulo en la historia de esta disciplina en Cuba. Para llegar a ella fue necesario que inicialmente profesionales y personalidades ajenos a la arqueología —la que sólo definirá su objeto de estudio como ciencia independiente de la antropología en el siglo XX— comenzaran por azar a "descubrir" vestigios de aquel pasado indio casi olvidado, porque no había sido de interés de la Metrópoli y porque en el mundo en general hasta principios del siglo XIX eran desconocidos los datos referentes a los ancestros humanos.

Los estudios en Cuba se insertaron en las corrientes científicas que surgían y preponderaban en Europa. Desde allí también se irradió la idea y la necesidad de formar sociedades científicas para reunirse, exponer e intercambiar criterios y a veces acaloradas discusiones sobre las particularidades, el nivel de desarrollo y la cultura de los antiguos pobladores del archipiélago cubano.

Fue un proceso lento, pero que poco a poco fue fructificando en la formación de colecciones privadas y en la formación de museos públicos. Estos vestigios materiales que a largo plazo hicieron posible la aplicación de metodologías, permitieron, en décadas posteriores a 1935, un análisis y una interpretación histórica de carácter global y no meramente descriptiva. Empero, las bases fundamentales se formaron en estos años que se historiarán. Después, la ampliación de las informaciones y un nuevo enfoque de la realidad antillana permitieron finalmente una interpretación científica más abarcadora de aquel pasado rescatado por la arqueología.

LAS CORRIENTES ANTROPOLÓGICAS Y LA GÉNESIS DE LA ARQUEOLOGÍA INDOCUBANA

No fue hasta el siglo XIX que en Cuba lentamente se abrió paso el conocimiento sobre la existencia de las evidencias acumuladas por las comunidades aborígenes, durante el tiempo en que habitaron en la mayor de las Antillas. Ese siglo XIX marcó un importante cambio en los niveles del conocimiento científico al aparecer en la palestra pública datos e informaciones en diferentes campos académicos que contribuyeron a reprobar las concepciones creacionistas y las construcciones escolásticas aún vigentes en la época. Fue también el período en que se conformó la corriente evolucionista que, junto a las ideas del positivismo, lideraron los fines de siglo y contribuyeron al desarrollo antropológico y de la arqueología, la cual aún no se había perfilado como disciplina independiente de la primera.

Este significativo avance en la mentalidad científica del mundo fue influenciado por *El origen de las especies* (1859) de Charles Darwin, quien fundamentó una teoría moderna de la evolución biológica. Entonces la idea de la evolución penetró en la visión acerca del hombre. Al tiempo que se iniciaron estudios antropológicos sobre grupos autóctonos vivos, se efectuaron descubrimientos arqueológicos, los cuales potenciaron un análisis del registro material a través de la organización de los datos sobre un criterio tecnológico, que implicó la idea de la evolución en su estructura. Esta hipótesis se generalizó en 1838 a partir de los

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

hallazgos iniciales de herramientas de piedra tallada junto a restos óseos, en el valle de Somme, Francia, realizadas por el naturalista francés Jacobo Boucher de Perthes (1788-1868), quien utilizó este concepto de un modo inductivo al efectuar el estudio de la primera secuencia demostrable de la materia prima empleada. Esas herramientas eran aún primarias y de factura elemental. Pertenecían a hombres dedicados fundamentalmente a la caza, a semejanza de los más antiguos pobladores de Cuba, localizados en varias regiones del centro y oriente de la Isla.

Aun cuando posteriormente el evolucionismo decimonónico fue objeto de críticas certeras por el abuso del método deductivo y la universalidad obligatoria de los hechos y procesos presentados de forma lineal, de lo simple a lo complejo, en su momento desempeñó un papel fundamental al crear la preocupación y el afán de conocer lo acaecido en las etapas precedentes de la evolución de la humanidad. Constituyó la innovación, el viraje hacia el estudio del hombre, la sociedad y su cultura, en el sentido más amplio del término y de las ciencias naturales. Por su parte, la corriente positivista, expuesta por Augusto Comte y Herbert Spencer, desempeñó el importante papel de reunir, clasificar y describir la información que se iba acumulando.

Es el siglo en el cual por primera vez, en el plano biológico, se vincula al hombre con el reino animal. Es la etapa en la que la inmensa mayoría de los científicos de cualquiera de los campos del saber aplican e indagan a partir de la experimentación, en cuya vanguardia estaban las ciencias naturales.

Al frente de esos estudios se ubicó la Universidad de París, y como consecuencia de todo lo referido se comienza a perfilar una nueva disciplina, llamada antropología, que no era sólo lo que hoy entendemos como tal, sino que la integraban los hechos arqueológicos. Estas circunstancias favorecieron la creación de núcleos intelectuales en diferentes países que posibilitaron el flujo continuo del intercambio científico. Se creó una escuela francesa de antropología y una española, que constituyeron las influencias que llegaron a Cuba, a través de profesionales formados en Europa. La francesa fundamentalmente centró su atención en los aspectos biológicos. Utilizaron las ideas darwinianas al estudiar al hombre como ser biológico y desarrollaron dentro del campo antropológico el análisis de sus características físicas y trabajos de descripción y clasificación de las razas humanas.

Fue un período de efervescencia cultural e inquietudes científicas. La nueva disciplina, que aún no contaba con verdaderos especialistas de perfil estrecho, convocó a su alrededor a naturalistas, médicos, geógrafos e historiadores, viajeros, marinos y misioneros que acumularon un valioso registro de datos procedentes de todas las regiones del mundo. Los novedosos conocimientos favorecieron la acción de colectar las piezas exponentes de las culturas estudiadas.

Ésas eran las peculiaridades en Europa, y la mayor de las Antillas no estuvo al margen de ese gran movimiento mundial que se introdujo en Cuba en la primera mitad del siglo XIX y condicionó el surgimiento de la antropología física, integrada, además, por los contenidos que más tarde darían origen a la disciplina arqueológica en el país.

Las características de los primeros siglos del asentamiento europeo, unido a la

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

disminución significativa de la población originaria, hicieron que el estudio sobre esos grupos humanos quedara prácticamente en el olvido, a pesar de los escritos de los cronistas. Las autoridades metropolitanas no estaban interesadas en conocer y menos aún en profundizar en los orígenes históricos de su territorio ultramarino. Por eso las obras de los cronistas de Indias sobrevivían en bibliotecas o conventos, en profundo silencio para el gran público.

Los cronistas de Indias fueron los primeros historiadores del "Nuevo Mundo". Testigos en su mayoría de la conquista y colonización de las llamadas tierras vírgenes, sus escritos (diarios, crónicas, cartas y obras) conformaron las fuentes iniciales para el conocimiento de los primeros habitantes insulares y continentales. En principio mediante el simple acto de informar a la Corona y posteriormente con la intención de crear textos, constituyeron el preámbulo de la historiografía aborigen de Cuba.

En este contexto sobresalen las obras del padre Bartolomé de Las Casas y de Gonzalo Fernández de Oviedo. De hecho, Las Casas y Oviedo no fueron los únicos que abordaron esa temática que contenía referencias relacionadas con el archipiélago cubano en tiempos de la conquista. Aunque los datos por ellos recogidos fueron los más cercanos a la realidad, no estuvieron exentos de sus propias mentalidades y concepción del mundo, hecho que se refleja en diversos pasajes de sus obras; no obstante, muchas de esas observaciones fueron corroboradas por la arqueología. Pedro Mártir de Anglería (1459-1526) y Antonio de Herrera y Tordesillas (1559-1625) también legaron obras de este género. Sin embargo, ambos reiteran las informaciones de Las Casas, y por momentos sus narraciones son imprecisas e incompletas. Sin embargo, no debe obviarse el diario de navegación de Cristóbal Colón, quien describe las características físicas y los poblados aborígenes, así como algunas de sus costumbres durante su recorrido por la mayor de las Antillas.

Debido a la tardía incorporación de Cuba al proceso colonizador de España y al no cumplimentarse el sueño de encontrar oro y plata, las informaciones sobre los pobladores del archipiélago resultaron excluidas de la historiografía americana de la conquista. Los datos planteados por los cronistas de Indias en los primeros decenios del siglo XVI, con sus aciertos y limitaciones, quedaron como los únicos testimonios. Tendrá que esperarse hasta casi finalizado el siglo XVIII y particularmente el XIX para que los vestigios materiales de los primigenios habitantes de Cuba, puestos al descubierto a través de la arqueología, específicamente por los trabajos de campo efectuados por Miguel Rodríguez Ferrer, seduzcan a los investigadores y los compulsen a iniciar las indagaciones pertinentes. Con ellos y favorecida con la creación de diferentes corporaciones científicas, se va a iniciar una nueva fase de la historiografía aborigen.

En correspondencia con la efervescencia intelectual de Europa, aquí también surgió la necesidad de crear instituciones que agruparan a los intelectuales y los profesionales. Siguiendo los ejemplos europeos se crearon espacios para debatir criterios y presentar los descubrimientos que se fueran realizando. Así se instituye la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana el 19 de mayo de 1861, centro que influyó en todos los aspectos de la vida cultural cubana.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

Gracias a su existencia y labor se desarrollaron disciplinas como la geología, paleontología, biología, química, farmacia, antropología y arqueología. Con su quehacer y actividad surgieron otras instituciones, como la Sociedad Antropológica de la Isla de Cuba (SAC), el 26 de julio de 1877. En el seno de la misma se discutieron numerosos problemas: caracteres físicos y fisiológicos y facultades intelectuales de los grupos humanos; datos históricos, arqueológicos y lingüísticos; las razas y en especial la población negra.

Son los profesionales agrupados en estas asociaciones quienes lentamente van sumando informaciones y publicaciones que señalarán las peculiaridades de la historiografía indocubana. En este siglo todo giraba aún en torno a las ciencias naturales y a la antropología física, a la cual se sumaban muy escasos hallazgos fortuitos de vestigios de la cultura material de los antiguos pobladores del archipiélago cubano.

APORTES DE MIGUEL RODRÍGUEZ FERRER Y DEBATES ACADÉMICOS

El iniciador de las exploraciones arqueológicas en Cuba fue Miguel Rodríguez Ferrer (1815-1899). Con su labor, el geógrafo español condicionó el avance gnoseológico sobre la sociedad comunitaria de la mayor de las Antillas al divulgar e interpretar las evidencias materiales de estos grupos humanos, las que recogió fundamentalmente en el extremo oriental del territorio entre los años de 1847 y 1848. Ofreció de esta forma una nueva vía para el conocimiento de nuestro pasado aborigen, ya que además de utilizar las Crónicas de Indias, reunió los objetos que fue localizando y que constituyeron las primeras piezas museables. Ferrer se preocupó por interpretarlas y a partir de ellas exponer su visión de aquellos hombres que las habían elaborado. Estas primeras piezas fueron hachas petaloides, típicas de la cultura taína, la más avanzada de las Antillas, pero además localizó numerosos cráneos deformados y dos importantísimos ídolos de nuestra antigua cultura material: el denominado ídolo de Bayamo, llamado así por la región donde se localizó, y el hacha ceremonial de cueva de Ponce.

Enfrentarse por primera vez a objetos tan bien trabajados y una visión incorrecta de los antillanos, le indujeron a concluir erróneamente que esos ídolos eran de procedencia foránea. Según él, los indocubanos fueron seres "primitivos" y por lo tanto no poseían las habilidades requeridas para tales realizaciones.

Refiriéndose al hacha de cueva de Ponce, dice textualmente: "¿Cómo pudo darle este dibujito tan acabado en sus detalles, la mano del sencillo siboney, que sólo encendía el fuego con la fricción de unos palitos y no tenía más hierro que las puntas que ofrecía el sílex pedernal?"[1]

Ese comentario muestra una percepción equivocada sobre los indocubanos, creyéndoles incapaces por naturaleza de elaborar estos objetos, opinión que tuvieron sus seguidores durante el siglo XIX, pues se relacionaba con la visión europea de las poblaciones del Caribe insular. Por eso ubicó la factura de esas piezas en Yucatán o México, como posibles centros emisores

[1] Miguel Rodríguez Ferrer: *Naturaleza y civilización de la grandiosa Isla de Cuba*, Madrid, 1877, p. 191.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

(con lo cual manifiesta indicios de un posible difusionismo[2] o también sugiere que pudieron haber pertenecido a una civilización anterior a los últimos habitantes de Cuba). Esta limitación de Rodríguez Ferrer es el resultado del escaso conocimiento que se tenía de las comunidades antillanas, sobre las cuales él había iniciado trabajos de campo, así como del nivel de los descubrimientos que en esa fecha se llevaban a cabo en la península yucateca, que era muy superior, pues se estaba ante sociedades de un elevado nivel clasista.[3]

Estas dos piezas relevantes fueron analizadas por el científico Andrés Poey, hecho que le valió su ingreso en la Sociedad Etnológica Americana de los Estados Unidos. La obra, que denominó *Antigüedades cubanas* (1855), conserva actualmente su significado para el conocimiento y estudio del material arqueológico localizado en la primera mitad del siglo XIX, así como por ser un cubano quien se interesa en estos desempeños.

El ídolo de Bayamo y los cráneos deformados pasaron a ingresar los fondos del Gabinete de Historia Natural de la Universidad de La Habana el 17 de diciembre de 1862, por la petición que le hiciera Felipe Poey al rector José Valdés Faurhi el 14 de marzo de ese mismo año. Hoy dicho cemí puede admirarse en la sala de exposición permanente del Museo Antropológico Montané de nuestra benemérita Universidad. En cambio, el hacha ceremonial de cueva de Ponce, procedente de Maisí, obsequiada a Ferrer en julio de 1847 por un vecino de Baracoa, se encuentra en las colecciones del Museo América de Madrid, pero puede ser vista además en el museo universitario, donde existe una excelente reproducción de la misma, expuesta al público.

La búsqueda efectuada por Miguel Rodríguez Ferrer en la mayor de las Antillas fue de vital importancia por su contribución al comienzo del coleccionismo arqueológico. Su acción de colecta puede definirse como un acto espontáneo, puesta en función de la "rareza" de las piezas localizadas. Sin embargo, esa pasión inicial dio paso a una labor de mayor alcance, ya que se interesó por describirlas y cedió varias de ellas a instituciones y centros especializados, como el Gabinete de Historia Natural de la Universidad de La Habana. Su minucioso trabajo fue conocido en 1879, al ser editada su obra cumbre, *Naturaleza y civilización de la grandiosa Isla de Cuba.*

Por su parte, la segunda mitad del siglo también fue escenario del inicio de los debates, relacionados con diversas problemáticas del mundo aborigen, en los círculos científicos recientemente creados. Se establecieron diferentes controversias que trascendieron en el tiempo, hasta que finalmente en el siglo XX se arribaron a respuestas adecuadas. Entre esas polémicas se incluyeron los estudios de los restos

[2] El máximo exponente del difusionismo fue F. Ratzel (1844-1904). A este geógrafo alemán le interesaron los fenómenos de la cultura material como testigos de los vínculos históricos entre los pueblos. Les concedió una significación mayor que a los rasgos raciales o al lenguaje.

[3] La versión inglesa de *Incidentes de viajes a Yucatán* del estadounidense John Stephens (1805-1852), ilustrada por el inglés Frederick Catherwood (1799-1854), en la que se divulgaba al mundo los sitios arqueológicos mayas de ese estado mexicano, se publicó en 1843 y más tarde, entre 1848 y 1850, se presentó la traducción castellana. (Tomado del prefacio al libro de John Stephens *Viajes a Yucatán*, 2 t., México, 1984.)

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

óseos localizados y de los grupos humanos a que pertenecían. Otra encendida discusión se organizó en torno a la presencia de caribes en Cuba, argumentada por la existencia de los cráneos deformados que habían sido localizados por Ferrer. Entre los principales defensores del poblamiento caribe en Cuba, se destacó el periodista Juan Ignacio de Armas (1842-1889) y el abogado Manuel Sanguily (1848-1925). Estos intercambios tuvieron la virtud de fundamentar la proyección de los estudios arqueológicos primigenios.

Lo cierto es que en principio la arqueología *se vertebró* bajo la proyección de los estudios antropológicos decimonónicos. Éstos fueron impulsados por el arribo a la Isla en 1874 del doctor Luis Montané Dardé (1849-1936), graduado de esa especialidad en la Universidad de París. Valen destacar además en esta centuria los esfuerzos de las instituciones científicas creadas por conocer el pasado y el presente del hombre como género humano, manifiestos en las primeras expediciones científicas organizadas hacia el oriente cubano. Esos pioneros fueron los doctores Carlos de la Torre (1890) y Luis Montané Dardé (1891), momento importante para la arqueología cubana, pues De la Torre localizará y reportará en su viaje las primeras gubias de factura aborigen.[4]

Con la llegada de la guerra de independencia en 1895 ocurrió un estancamiento en la vida científica del país. No obstante, en el transcurso de la contienda se efectuaron algunos hallazgos fortuitos, aunque sólo divulgados ya entrado el siglo XX. Fernando García y Grave de Peralta, integrante de las huestes mambisas, localiza fragmentos de hachas cuneiformes, fondos de cazuelas y vasijas de barro. Estos descubrimientos, de los cuales sólo tenemos la información a través de dibujos, se encontraron en Las Villas y en los límites territoriales de Camagüey y Oriente; los primeros en 1897 y los segundos en 1898.[5]

El ocaso del evolucionismo como principio rector del conocimiento humano, se vislumbró a fines del siglo XIX. Sus opositores centraron la discusión en el método de análisis de esta corriente antropológica, en las atrevidas extrapolaciones y deducciones, la desaprobación de los hechos que no se insertaran en su esquema lineal general de explicación, la tendencia a separar los hechos de su contexto global y su relación con el positivismo, que promovía únicamente la descripción. La historia de esta forma simplificada respecto a las sociedades antiguas, se proyectó no sólo hacia la percepción de los acontecimientos independientes, sino que en su visión de desarrollo-progreso, todos debían ascender los mismos grados en la evolución.[6]

Esa concepción de la evolución como teoría fue asumida de forma absoluta durante el siglo XIX, y otro de sus errores manifiestos fue el no considerar las creaciones propias y las interacciones mutuas en la evolución de los pueblos: contactos, asimilación de tradiciones y transculturación.

[4] Las gubias son artefactos de concha realizadas en la última vuelta del canal basal y ápice de los gasterópodos (caracoles univalvos); sirven para raspar y raer la madera.

[5] Ver Fernando García y Grave de Peralta: "Excursiones arqueológicas", *Revista de Arqueología y Etnología*, La Habana, mayo, 1940, pp. 44-48.

[6] Ver Paul Mercier: *Historia de la antropología*, Barcelona, p. 60.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

Ésas fueron las concepciones y criterios que permearon una parte importante de la antropología y la arqueología de Cuba aún durante varios lustros del siglo XX.

En conclusión, la arqueología en Cuba, durante el siglo XIX, tuvo una actividad limitada. Las excavaciones arqueológicas no se implementaron con una metodología científica. El proceso tuvo como fin la simple colecta de piezas. Las colecciones privadas y públicas en gabinetes y museos de historia natural, antropológicos, de carácter polivalente, atesoraron las evidencias materiales sobre la población nativa de la mayor de las Antillas, pero ese solo hecho del atesoramiento amplió las posibilidades de conocer un poco más a las antiguas poblaciones que habían habitado el archipiélago de Cuba. Aunque en principio prevaleció el examen descriptivo de los objetos aislados sin precisar el lugar del hallazgo, como en los debates efectuados en la Sociedad Antropológica de la Isla de Cuba, este hecho contribuyó de forma negativa a defender la presencia de caribes en la Isla. Pero a pesar de ello, en consideración a lo que hasta entonces se sabía, constituyó un nuevo paso adelante al ir desbrozando el camino hacia la caracterización histórica de una etapa de la sociedad hasta ahora prácticamente desconocida. En este contexto intelectual otros hombres que hicieron posible el avance de esta disciplina fueron el doctor Andrés Poey (1826-1919), quien, como se señaló, realizó el estudio de las piezas localizadas por Ferrer; su padre, el doctor Felipe Poey (1799-1891), que realizó el primer estudio sobre un cráneo deformado aborigen; y el doctor Antonio Bachiller y Morales (1812-1899), con sus estudios filológicos y su propuesta en función de la creación de un museo arqueológico en el seno de la Sociedad Antropológica de la Isla de Cuba.

Por su parte, las obras editadas en el siglo XIX sobre los aborígenes cubanos se caracterizaron por la descripción de los objetos localizados. Las informaciones históricas de los cronistas de Indias y la visión de aquellos grupos humanos a través de sus peculiaridades físicas, dieron lugar a una corriente de pensamiento vinculada al mundo de "nuestro pasado siboney". La tendencia en la lírica cubana a finales de la centuria, de marcado espíritu patriótico, consagró los temas indígenas en sus cantos y poemas, que posibilitaron la publicación y difusión del nombre *siboney*, que fue utilizado para caracterizar a toda la población originaria de Cuba; de ahí procede la denominación del movimiento: el siboneyismo.[7]

Entonces, el siboney, según la corriente que predominaba, se asimiló a quienes Las Casas definiera como taínos. Incorrectamente el siboney fue considerado el indio protagónico de los antecedentes de la conquista: el que tuvo relación con el conquistador, el que cultivó la tierra, el de los cemíes, el casabe, los areítos y el tabaco.

DE LOS ARQUEÓLOGOS NORTEAMERICANOS A FERNANDO ORTIZ

La arqueología finalmente, en el siglo XX, se independiza de la antropología y adquiere su propio objeto de estudio y terminologías, que si bien estuvieron condicionados

[7] En Cuba sus principales exponentes fueron Juan Clemente Zenea (1823-1871), José Fornaris (1827-1890), Juan Cristóbal Nápoles Fajardo (1829-1862) y José Joaquín de Palma (1844-1911). Los indoamericanismos más utilizados por aquéllos fueron la flora y la fauna de la Isla.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

por el positivismo y el historicismo cultural, contribuyeron al cambio de la proyección de las investigaciones. Por tanto, se amplió el registro de datos de las comunidades aborígenes de la mayor de las Antillas y su relación con el Caribe insular y continental. Este proceso fue favorecido por el arribo al archipiélago cubano de experimentados arqueólogos procedentes de los Estados Unidos, poco después de la intervención norteamericana y con posterioridad a la instaurada república: Stewart Culin (1901), Joseph Walter Fewkes (1904), Teodoro de Booy (1914) y Mark Raymond Harrington (1915 y 1919), que influenciados por los postulados de Franz Boas (1858-1942), determinaron el enfoque arqueológico de sus investigaciones.

Abiertamente en contra del evolucionismo, Boas, naturalizado en los Estados Unidos, pero de origen alemán, negó la generalidad y destacó el particularismo concreto de cada sociedad, de ahí la denominación de escuela del relativismo cultural o particularismo histórico. Consideró los criterios difusionistas en boga a principios del siglo XX como esquemas simplificados para comprender una realidad lejana en el tiempo, aunque no rechazó la idea de la difusión cultural como proceso creador, al conducir una modificación de sí mismo cuando pasa de un sitio a otro. Planteó que el estudio del pasado de una cultura (grupo humano) contribuía a su mejor conocimiento. Por consiguiente, la arqueología, bajo la égida del historicismo cultural y el efecto de las enseñanzas boasinas, se consideró en la etapa como uno de los métodos de la antropología. Por tanto, se caracterizó en estos años, de forma general, como descriptiva, al realizar reconocimientos y excavaciones breves, proveer de informaciones sobre yacimientos estudiados e inventariar los artefactos localizados sin establecer muchas interpretaciones, preocupada sólo por determinar "un esquema cronológico, más que el de una verdadera historia cultural".[8]

Los historicistas efectuaron comparaciones entre las industrias arqueológicas y las culturas etnográficas. Estos factores condicionaron la vigencia de los criterios positivistas en el estudio de la sociedad comunitaria en la mayor de las Antillas, aunque cierto es que contribuyeron a aumentar el caudal de evidencias sobre las antiguas poblaciones de Cuba.

En estos momentos la arqueología se encaminó hacia la ordenación cronológica con cierto barniz histórico del pasado. Sin embargo, marcó un hito, porque se dejaba atrás la simple recogida de la evidencia aislada y se rebasaban los límites del estudio descriptivo de una pieza en particular, para realizarlo en general.

En el sigo XX se editaron textos que abordaron la temática de la vida de la sociedad comunitaria de Cuba desde perspectivas descriptivas, es decir las de carácter histórico y filológico, que contemplaron las soluciones a las polémicas, debates y "misterios" del pasado aborigen, a las cuales contribuyó la arqueología de las primeras décadas del siglo XX. Así se arribó a la conclusión de que los caribes no habían habitado en Cuba; se estableció el origen suramericano de los grupos humanos que habitaban la mayor de las Antillas a la llegada de los españoles; y la presencia en la Isla de poblaciones de diferentes niveles de desarrollo socioeconómico y sobre todo cultural, puesto que

[8] José Alcina Franch: *Arqueología antropológica*, Ediciones AKAL, Madrid, 1989, p. 33.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

este último aspecto servía de hilo conductor. En ese momento fueron siboneyes (pescadores-cazadores con utensilios de concha, localizados mayoritariamente en el occidente de Cuba) y taínos (agricultores-ceramistas con instrumentos de piedra y cerámica, creadores de maravillosos objetos como las hachas petaloides y los ídolos). Actualmente la arqueología ha demostrado la diversidad de los grupos humanos que llegaron a la mayor de las Antillas; su gran antigüedad, que debe acercarse a los diez mil años antes del presente; sus géneros de vida diferentes y sus peculiaridades culturales.

Hitos importantes en el "descubrimiento" del pasado indocubano, fueron los resultados expuestos en las obras de Carlos de la Torre, *Manual de historia de Cuba para maestros* (1901); Mark Raymond Harrington, *Cuba antes de Colón* (1921); y de Fernando Ortiz, *Historia de la arqueología indocubana* (1922), al llegar a un público más amplio.

Por lo general, se cree erróneamente que este texto de Fernando Ortiz fue publicado por primera vez en 1935. La razón de este planteamiento se debe a la importancia de esta segunda edición, que anexaba la traducción del libro de Harrington, *Cuba before Columbus*, por lo que es la más conocida. Pero existió una anterior, en 1922, agotada rápidamente. La *Historia de la arqueología indocubana* fue sin duda el texto más importante escrito entre 1847 y 1922, pues sintetizó, de forma amena y asequible para profesionales y el público en general, todo cuanto hasta entonces se sabía de los indocubanos y del estado de la disciplina en la Isla. Aunque hoy sepamos mucho más de lo que se conociera en 1922, esta obra sigue siendo un libro de obligada consulta, no sólo por lo ya expresado, sino porque junto a la edición de 1935 compendió y expuso sus puntos de vista sobre todos los conocimientos adquiridos hasta entonces sobre las etapas más antiguas del poblamiento, las comunidades y las culturas del archipiélago.

Ortiz reseña los principales aspectos de los textos tratados y añade algunos trabajos omitidos por el autor norteamericano, como los que aparecieron en el seno de la Sociedad Antropológica de la Isla de Cuba: de Francisco Jimeno, Juan Ignacio de Armas, Manuel Sanguily y Juan R. Montalvo. Sin embargo, por no formar parte del objetivo propuesto por el bibliógrafo cubano, no refiere la actividad de esta asociación científica, ni la labor de la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana, así como sus roles significativos en la conformación de las colecciones arqueológicas en el país.

En su obra, Ortiz no se limita a transcribir, sino que asume posiciones ante las polémicas arqueológicas del siglo XIX. A pesar de los limitados conocimientos que aún existían en su momento, lo condujeron a no compartir los criterios erróneos de Juan Ignacio de Armas sobre la deformación craneana. Por otra parte, fue capaz de enaltecer la labor de Fewkes al realizar estudios comparativos de sitios arqueológicos cubanos y de otras zonas del Caribe, específicamente de Puerto Rico, lo que consideró significativo para el mejor conocimiento de la vida de nuestros primeros pobladores.

Al historiar la arqueología de Cuba, Fernando Ortiz no es sólo participante pasivo; al contrario, fue un activo integrante de este acontecer. Se conoce su importante trabajo en el descubrimiento del *mound* de Guayabo Blanco, en la

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

Ciénaga de Zapata, junto a Juan Antonio Cosculluela y Luis Montané Dardé, así como su esfuerzo por divulgar este hallazgo en revistas de la época, como *Cuba y América*. Por otra parte, en las palabras finales del libro al cual nos estamos refiriendo, informa la localización de pictogramas en una cueva de Punta del Este, actual Isla de la Juventud. Ésta se conocerá posteriormente como la capilla del arte rupestre cubano. Su preocupación y sensibilidad científica lo llevan a criticar a los gobiernos de turno, porque no se ocupan ni prestan apoyo al desarrollo de las actividades arqueológicas en la Isla.

Asimismo, es deber señalar que en su texto no intenta realizar una interpretación de la historia de las antiguas comunidades de Cuba; pero es el propio Ortiz quien en su libro se encarga de realizar las aclaraciones pertinentes, cuando valora esas razones:

> Porque es aún muy aventurado formular afirmaciones sintéticas; porque la interpretación de los hallazgos arqueológicos, especialmente de los últimos años, está por formalizar y escribir; porque la intensificación de los estudios paleoetnológicos, etnográficos y filológicos en toda América, principalmente en los países que bordean el mar Caribe o de Las Antillas, desde la Florida hasta el Amazonas, acaso desde el Delaware? al Plata, abren continuamente nuevos horizontes al estudioso de la etnografía comparada, y esa fomentación científica aconseja mucha parsimonia y circunspección antes de llegar a juicios asentados y serios.[9]

GUAYABO BLANCO Y LA CIÉNAGA DE ZAPATA

Una de las obras, considerada clásica, de estas tres primeras décadas del siglo XX lo constituye el trabajo que realizó el ingeniero cubano Juan Antonio Cosculluela (1864-1950) en la Ciénaga de Zapata entre 1913 y 1914, recogido en *Cuatro años en la Ciénaga de Zapata*, editado en 1918. Éste fue el punto de enlace entre los autores de los siglos XIX y XX. A través del estudio del montículo funerario de Guayabo Blanco en la costanera oriental de este territorio, Cosculluela brindó una información certera sobre la disposición y orientación de los cadáveres, e intentó un posible vínculo con algún rito o práctica funeraria de los pobladores nativos de la zona, como manifestaciones del culto al sol y a la muerte y la tradición aruaca del continente. Enunció, además, la presencia de los restos de alimentos como ofrendas a los seres allí depositados, cuestión debatida en las siguientes décadas del siglo XX. Proclamó su abierta oposición al enlazamiento entre las culturas antillanas y las yucatecas y mexicanas, que obviaba la influencia suramericana, la cual estimó como única cierta para la migración hacia las Antillas. Ésta fue la razón por la que asumió que el dialecto de los antiguos pueblos de Cuba integraba el tronco lingüístico aruaco continental e insular, de ahí que los taínos y siboneyes formasen parte de la familia amazónica.

Como no todas sus valoraciones fueron correctas, Cosculluela tuvo la posibilidad de rectificarlas más tarde. Su obra alcanzó un gran significado, puesto que

[9] Fernando Ortiz: *Historia de la arqueología indocubana*, Imprenta El Siglo XX, La Habana, 1922.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

presentó novedosos y diferentes hallazgos relacionados con los aborígenes cubanos, lo que permitió ampliar el registro de datos que se tenían sobre nuestros primeros habitantes y sus hábitos, costumbres y creencias funerarias.

DE LAS COLECCIONES PRIVADAS A LA FORMACIÓN DE MUSEOS PÚBLICOS

En la medida en que se colectaban evidencias culturales de los antiguos habitantes de la mayor de las Antillas, éstas fueron agrupándose primero en manos de coleccionistas privados y posteriormente en los primeros museos públicos. Esas colecciones arqueológicas, en las primeras décadas del siglo XX favorecieron la transmisión de los conocimientos acerca de la forma de vida de las sociedades comunitarias del territorio cubano, especialmente cuando se desarrolla la nueva concepción museológica de museo docente. Sobresale en esta labor el Museo Antropológico Montané. Por su relación con la vida universitaria en la capital, sus colecciones de la entonces llamada prehistoria y de antropología, constituyeron la base para la enseñanza de diferentes materias relacionadas con ellas.

Aunque fundamentalmente los vínculos fueron con asignaturas de historia natural y física, las evidencias materiales estaban expuestas al gran público y a los especialistas. Su atesoramiento preservó la cultura material de las antiguas poblaciones antillanas y fue un punto de partida hacia elaboraciones históricas de mayor alcance y complejidad.

La región oriental de la Isla no estuvo al margen de este movimiento museable. Aunque con menos piezas que las exhibidas en el Montané y sin desarrollar una función universitaria en aquellos momentos, el Museo de Santiago de Cuba (1899), más tarde Bacardí en honor a su fundador, también mostraba sus importantes exponentes de esa zona del territorio.

Las piezas relevantes resguardadas por coleccionistas privados y colecciones públicas incentivaron los estudios sobre las comunidades aborígenes de Cuba y de esta forma potenciarían las investigaciones arqueológicas en la mayor de las Antillas. El camino estaba desbrozado; había que seguir explorando e ir conformando sus frutos a un nivel científico cualitativamente superior.

CONCLUSIÓN

Hacia 1935 concluía una primera e importante etapa para la arqueología cubana. La obra de Fernando Ortiz marcó una pauta importante, y al reunir lo más valioso de los conocimientos de nuestro pasado aborigen hasta esos momentos, pudiera decirse que cerró un ciclo de esa actividad en el archipiélago cubano. En estos momentos se inicia la posibilidad de alcanzar nuevas metas y nuevas posibilidades de mayor cientificidad en los trabajos de campo y sus resultados, debido a que se logra sistematizar el registro arqueológico y se recoge en las obras que se editan en esta etapa. Todo ello contribuye al desarrollo de una historiografía aborigen menos incompleta, y a la vez favorece la generalización del conocimiento sobre los primeros habitantes del archipiélago cubano.

Sin embargo, hacia 1935 aún había mucho por hacer para adquirir un conocimiento profundo de nuestro pasado, pero el

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

papel desempeñado por Miguel Rodríguez Ferrer, los todavía limitados logros de la arqueología, las primeras publicaciones de algunas obras trascendentes y el papel de las colecciones públicas y privadas crearon las condiciones necesarias para el verdadero desarrollo de la historia y la historiografía aborigen.

BIBLIOGRAFÍA BÁSICA

ÁLVAREZ CONDE, JOSÉ. *Arqueología indocubana.* Impresores Ucar, La Habana, 1956.

BOAS, FRANZ. *Cuestiones fundamentales de la antropología cultural.* Ediciones Lautaro, Buenos Aires, 1947.

COSCULLUELA, JUAN ANTONIO. *Cuatro años en la ciénaga de Zapata.* [Editorial E.C.A.G.], La Habana, 1965.

DACAL MOURE, RAMÓN y MANUEL RIVERO DE LA CALLE. *Arqueología aborigen de Cuba.* Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1986.

GARCÍA GONZÁLEZ, ARMANDO. *Actas y resúmenes de Actas de la Sociedad Antropológica de la Isla de Cuba en publicaciones periódicas del siglo XIX.* Editorial Academia, La Habana, 1988.

HARRINGTON, MARK R. *Cuba antes de Colón.* Talleres Cultural, S. A., La Habana, 1935.

MERCIER, PAUL. *Historia de la antropología.* Ediciones Península, Barcelona, 1977.

ORTIZ, FERNANDO. *Historia de la arqueología indocubana.* Imprenta El Siglo XX, La Habana, 1922.

———. *Cuba antes de Colón e Historia de la arqueología indocubana.* Cultural S.A., La Habana, 1935.

RANGEL GONZÁLEZ, ARMANDO. *Algunos aspectos sobre la historia de la antropología: el Museo Antropológico Montané.* Tesis en opción al grado científico de Doctor en Ciencias Históricas. La Habana, 2001. [Inédito.]

RODRÍGUEZ FERRER, MIGUEL. *Naturaleza y civilización de la grandiosa Isla de Cuba.* 2 t. Imprenta de Nogera, Madrid, 1879.

Fuentes documentales

Archivo del Instituto de Literatura y Lingüística. Fondo Fernando Ortiz.

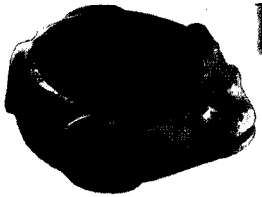
Archivo de la Universidad de La Habana. Fondo Histórico Administrativo. Expediente del Laboratorio y Museo Antropológico Montané.

Libros de Inventario del Museo Antropológico Montané. Universidad de La Habana.

An approach to archaelogical studies in Cuba and Cuban aboriginal historiography up to the 1930s

In the 19th century the interest for the existence of traces left by the aboriginal communities in Cuba begins. This stage marked a turning-point in the levels of scientific knowledge because there appeared data and information supplied by different academic fields against the scholastic conceptions prevailing at the time. It also was the time in which the evolutionist trend and positivism led the studies in the late 19th century and made their contribution to the development of both anthropology and archaelogy. The later becomes independent of the former and acquires an object of study and a terminology of its own. Although they were conditioned by positivism and cultural historicism, they contributed to change research projections. Consequently, data recording of aboriginal communities in Cuba and their relationships with insular and continental Caribbean were increased.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com



El Museo Antropológico Montané y el desarrollo de la arqueología en Cuba entre 1900 y 1960

CONTRIBUYENTES

ARMANDO RANGEL RIVERO

El Museo Antropológico Montané y el desarrollo de la arqueología en Cuba entre 1900 y 1960

La fundación del Museo Antropológico Montané de la Universidad de La Habana revolucionó en gran parte el coleccionismo arqueológico en Cuba. Se organizaron expediciones por todo el archipiélago y el resto del Caribe que permitieron enriquecer el patrimonio universitario. Se trata de explicar cómo a través del concepto investigación-aplicación, hay una respuesta en cada viaje de campo que lleva implícita el estudio de la pieza y su clasificación de acuerdo con la cultura a la cual perteneció.

ARMANDO RANGEL RIVERO
Historiador. Especialista del Museo Montané de la Universidad de La Habana.

El doctor Juan Luis Epifanio Montané Dardé (1849-1936) fue el designado en 1899 para ocupar la Cátedra de Antropología General y Ejercicios de Antropometría en la Universidad de La Habana, responsabilidad que desempeñó hasta su jubilación en 1920. A partir de ese momento se creó una nueva estructura que permitió preservar el patrimonio antropológico de la nación y fundar además el Laboratorio y Museo Antropológico Universitario. La carencia de locales y de un edificio para la exposición imposibilitó su apertura, causa por la que se decidió que el Laboratorio y Museo Antropológico fueran

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

CONCHA TALLADA, CULTURA AGROALFARERA, ENCONTRADA EN HOLGUÍN. FOTOS: MUSEO MONTANÉ.

ubicados en el Instituto de Segunda Enseñanza de La Habana.[1]

El objetivo fundamental fue incrementar las colecciones del museo. Los profesores de la Escuela de Medicina, Farmacia y Cirugía Dental transfirieron instrumentos de antropometría, modelos de cabezas deformadas, cráneos y osamenta que figuraban en su museo de antropología física. También llegaron al nuevo museo toda la colección arqueológica y osteológica que la Sociedad Antropológica de la Isla de Cuba atesoró con sus trabajos de campo y que se conservaba en la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana.

La colección osteológica, además del valor científico, posee importancia histórica porque está vinculada a personalidades y acontecimientos muy destacados de la arqueología cubana y caribeña. El cráneo número 367 (2) del museo corresponde al lote original de la excavación realizada por Montané en la cueva El Purial en 1888. Lo examinaron en el Laboratorio de Antropología de París los profesores René Pierre Verneau (1852-1938), Jules Ernesto Teodoro Hamy (1842-1908) y Montané; era de una mujer prehispánica de bóveda alta (ipsicráneo). Hoy se conoce que los fósiles de El Purial pertenecen a los grupos preagroalfareros de Cuba y que su antigüedad es de 3 060 ± 170 años a.p.[2]

La calvaria taína hallada por Miguel Rodríguez Ferrer (1815-1889) en 1847 posee una edad aproximada de cuarenta años y fue estudiada por Felipe Poey Aloy (1799-1891). Sobre ésta escribió Juan Santiago Michelena Zubieta la primera tesis de antropología en Cuba titulada "Contribución al estudio de la antropología cubana. Ensayo craneológico de un indio caribe". La misma constaba de cincuenta y siete manuscritos, fue defendida el 24 de junio de 1890 y recibió la más alta calificación. Se encuentra dentro del expediente docente de Michelena, el número 8 313 del Archivo Central de la Universidad de La Habana.

Otras piezas se adquirieron por compra a varios coleccionistas privados de la región oriental del país, por donación de

[1] Expediente del Laboratorio y Museo Antropológico, Archivo de la Universidad de La Habana, Fondo Histórico Administrativo, exp. 334, doc. 20, 1901.

[2] Según los exámenes de radiocarbono practicados en los laboratorios de datación de C-14 de la Universidad de Barcelona y el Instituto de Estudios Catalanes. Manuel Rivero de la Calle: "La muerte en las Antillas precolombinas", 1993, en Museo Antropológico Montané (mecanografiado).

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

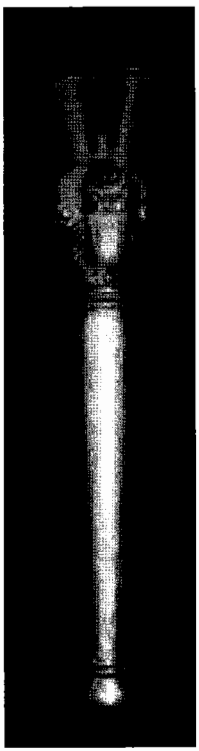
algunas personalidades públicas y por intercambio con otras naciones. Además, se hicieron excelentes reproducciones, como la del "Inhalador de Haití", realizada por Ivan Gundrum. El original proviene de la isla de Gonave y formó parte de la colección del mayor Louis Maximilien. Es una pieza taína esculpida sobre madera muy dura y con alto nivel de pulimentación. Esta pieza perteneció al Museo Guamá, donde Gundrum laboró intensamente como director artístico para desarrollar el arte neotaíno y de cuyos ejemplares se conserva una buena parte en el Museo Antropológico Montané.

Por intercambio se trajo de Francia material de la prehistoria de Europa en el vapor "La Navarra" el 13 de febrero de 1905, cortesía de Sussdorff Zaldo y Cía. Esta colección fue y es muy importante para la enseñanza, porque nos permite mostrar las periodizaciones históricas de la evolución humana desde el paleolítico.[3] Se le agregaron con posterioridad reproducciones de cráneos, huesos largos y utillaje, procedentes de los Estados Unidos, que servían para explicar la evolución del género *Homo*.

El prestigio de Montané fue mayor al incrementar las colecciones e iniciar y transformar la enseñanza de la antropología con nuevas y constantes propuestas, lo cual creó las condiciones que justificaron la tenencia de un predio digno para la disciplina.

Los doctores Juan Vilaró Díaz (1838-1904) y Ernesto Juan Miguel Dihigo Mestre (1876-1952) propusieron al decano de la Facultad de Letras y Ciencias, Evelio Rodríguez Lendián (1860-1939) el 29 de junio de 1903 que el Museo Antropológico Universitario se denominara Montané.[4]

Por resolución de 30 de junio de 1903 se aprobó la denominación de Museo Antropológico Montané y se estructuró en secciones de acuerdo con la naturaleza de las colecciones: antropología zoológica, antropología física, prehistoria europea, etnología del antiguo continente, etnología americana y de Cuba. Además, se agregó aborígenes de Cuba y de las Antillas. A partir de ese momento la institución quedó bajo la responsabilidad de Luis Montané y Arístides Mestre y Hevia (1858-1952).[5]



INHALADOR.

El 20 de diciembre de 1905 en la Secretaría de Instrucción Pública se efectuó la subasta para la construcción de un edificio de dos plantas, destinadas a aulas, museos y laboratorios de zoología, biología y antropología. El contrato

[3] Expediente del Laboratorio y Museo Antropológico. Archivo de la Universidad de La Habana, Fondo Histórico Administrativo, exp. 334, 1901.

[4] Expediente del Museo Antropológico Montané, Archivo Histórico del Museo. Documento único. Dpto. de Antropología, Facultad de Biología, 1903.

[5] Universidad de La Habana. *Memoria Anuario correspondiente al curso académico de 1905-1906*, Imprenta M. Ruiz y Comp., La Habana, 1901, pp. 167-170.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

de ejecución de la obra se le otorgó a Ramón Bernard, consignado en el artículo cuarto del presupuesto del Estado. La edificación se levantó en el área que ocupa hoy el inmueble Felipe Poey. Por entonces, el Museo Antropológico fue ubicado en la planta alta, con vista a la plaza central del recinto universitario; no es hasta el año de 1938 que, con la nueva arquitectura de la Facultad de Ciencias, se instala en la misma segunda planta, pero en la parte posterior derecha.

En el Museo se impartieron varios cursos relacionados con museología, antropología y arqueología; el primero lo ofreció José Cadenas Castañer (1860-1932) acerca de "Las exposiciones como medio de fomento"; Juan Miguel Dihigo Mestre impartió "Jerusalén: historia y arqueología" y Arístides Mestre un curso libre de antropología; Carlos Enrique Nicolás de Jesús de Praga García Robiou (1900-1961) cerró el gran ciclo con "Arqueología general".

En el naciente museo se fueron formando las más destacadas figuras de la antropología y la arqueología cubanas. La inmensa mayoría pasó de alumnos a profesores a lo largo del siglo XX. Carlos García Robiou, René Victoriano Herrera Fritot (1895-1968), Manuel Rivero de la Calle (1925-2001) y Ramón Dacal Moure (1928) ejercieron la docencia, pero se destacaron también por sus trabajos de campo, el reporte de sitios y la captación de piezas para la institución.

Las dos féminas que laboraban en la institución, Teresa de Jesús Quintana Gurri Aguilera (1892-?) y María Elena Cosculluela del Álamo, además de realizar sus tesis de doctorado en el Museo Montané con las colecciones existentes, descollaron más en el campo de la conservación y la enseñanza. El trabajo de todos contribuyó de forma satisfactoria al conocimiento de los bienes patrimoniales que atesora la Universidad.

Los resultados de las expediciones a los sitios arqueológicos ayudaron al perfeccionamiento del programa de estudios. Como concepto, se planteaban en la Cátedra y el Museo incorporar a la docencia universitaria los logros alcanzados desde la decimonónica centuria por la arqueología nacional. Las temáticas impartidas eran historia de la antropología en Cuba, nociones de paleontología cubana ("El *Megalocnus rodens*, ¿hombre o fósil?", "Mandíbula del Caney de los Muertos", "El hombre de Sancti Spíritus"), arqueología cubana ("Indios precolombinos", "Terromonte de Pueblo Nuevo", "Osario indio en Maisí" y "Deformaciones artificiales del cráneo de los indios cubanos"). La bibliografía básica para estudiar estos tópicos fueron los textos y materiales escritos por Miguel Rodríguez Ferrer (1815-1889), Antonio Bachiller Morales (1812-1899), Luis Montané y Fermín Valdés Domínguez (1853-1910).

Cuando se analizan los temas explicados y la bibliografía, se entiende por qué siempre se trató de crear una escuela cubana de arqueología que, aunque tuviera influencias foráneas, fuera autóctona. Por adversidades nunca se pudo establecer la misma, primero por la influencia europea, en particular España y Francia, y segundo porque en el período de la república burguesa la formación de los profesores y arqueólogos en los Estados Unidos influyó de forma negativa en el establecimiento de la mencionada escuela genuinamente nuestra. Incluso posterior a los años sesenta la formación profesional de los doctores Rivero de la Calle y Antonio Julián Martínez Fuentes fue en Holanda y Bélgica.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

LAS EXPEDICIONES CIENTÍFICAS NORTEAMERICANAS Y CUBANAS: COLECCIONISMO Y PATRIMONIO

La primera expedición arqueológica norteamericana a Cuba fue organizada por Stewart Culin en 1900, con el objetivo de encontrar "indios salvajes" en Baracoa. Culin era profesor de la Universidad de Pennsylvania y estaba asociado al Free Museum of Science and Art. En mayo de 1902 publicó "The Indians of Cuba",[6] texto en el cual explicó las características somatoscópicas indígenas que presentaba la población que allí vivía, sus tradiciones y el utillaje prehispánico que poseían como legado. Entre las labores de Culin estuvo dejar constancia fotográfica de la población y en particular del señor José Almenares Argüello, quien fue bautizado por Montané como el último cacique taíno de la región. Montané lo trajo en 1905 para La Habana, donde falleció a la edad de 105 años.

Trabajo similar también hicieron William Henry Holmes (1846-1933), John Wesley Powell (1834-1902) y Mark Raymond Harrington a inicios de la centuria que concluyó. Es muy significativo que ninguno de los norteamericanos que pasaron antes de Harrington citaran las investigaciones de Montané, Carlos de la Torre Huerta (1858-1950) y Fermín Valdés Domínguez en esos maravillosos parajes. Se puede demostrar que tanto Culin y Holmes como Power conocían las publicaciones y excavaciones de los cubanos y del español Miguel Rodríguez Ferrer. El propio Culin narró las pesquisas del médico y antropólogo alemán Adolfo Bastián en la provincia oriental en 1875, cuando en plena guerra de independencia vio a los "indios" armados.[7]

Con posterioridad se organizaron varias expediciones en Cuba y el Caribe a todo lo largo del siglo XX. Algunas incrementaron las colecciones del Museo y otras tuvieron gran importancia para la disciplina. Entre las más significativas por los resultados que ofrecieron se encuentran las de Juan Antonio Cosculluela Barrera (1884-1950) y las de Harrington.

La investigación antropológica más integral realizada en la Isla por un equipo de cubanos se hizo en el primer cuarto del siglo XX en la Ciénaga de Zapata. A partir de la información oral de la población sobre sus costumbres y tradiciones se pudo explorar uno de los sitios arqueológicos más antiguos del Caribe. Pertenece a la cultura preagroalfarera y es clasificada como aspecto Guayabo Blanco, nombre de un lugar de esa región.

En octubre de 1913, Cosculluela fue designado ingeniero jefe del proyecto para desecar y deslindar los pantanosos terrenos de la Ciénaga de Zapata, en la actual provincia de Matanzas. El objetivo era construir vías férreas que permitieran transportar el azúcar de las fábricas lejanas. El desastre ecológico y la transformación de las áreas arqueológicas eran previsibles: noventa años después ya no existe el sitio de Guayabo Blanco. El 5 de octubre de ese año, el señor José Caro, residente en la zona, describió la existencia del sitio arqueológico. Éste se encontraba

[6] Stewart Culin: "The Indians of Cuba", *Bulletin of the Free Museum of Science and Art of the University of Pennsylvania*, Philadelphia, vol. 4, no. 4, 1902, p. 189.

[7] Ibíd., p. 190.

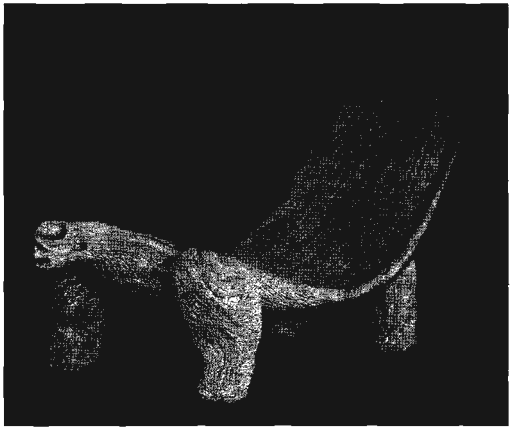
Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

en la finca Cocodrilos, propiedad de Ambrosio de Cárdenas. Caro contó a Cosculluela que desde sus bisabuelos se conservó la tradición de narrar la existencia de un caney de muertos o cementerio de indios en el cayo Guayabo Blanco, situado en la costanera de la Ciénaga.[8] Él había comprobado lo expuesto por su familia cuando, excavando para poner trampas a los perros jíbaros, encontró restos de conchas, huesos humanos y animales. El ingeniero devenido antropólogo verificó todo lo que se le contó a través de la técnica observación-participación.

Después que Cosculluela tuvo la referencia sobre los hallazgos de cráneos, caracoles y huesos de jutías, llevó a cabo la experimentación y tomó muestras en el campo. Reconoció que la historia era verídica y viajó hacia La Habana con algunos de los restos encontrados. La osamenta humana fue estudiada por Montané, y Fernando Ortiz Fernández (1881-1969) analizó toda la información de carácter etnológico que había ofrecido el señor Caro.

Los resultados del trabajo de campo fueron excelentes: se trajo material lítico, de concha y varios cráneos humanos. El cráneo número 400 (4 833), conocido como del hombre de Guayabo Blanco, es alto, redondeado y de cara mediana; es uno de los más completos de los grupos preagroalfareros de Cuba y forma parte de la exposición permanente del Museo.

La investigación efectuada en el sitio matancero ofreció diversos resultados para el estudio de las culturas prehispánicas: entre éstos, ratificó la presencia temprana de población en la Isla, y sobre todo que en Cuba había un personal altamente calificado en antropología. En sentido positivo, aportó un nuevo enfoque arqueológico con respecto al grupo que habitó esta región.



Duo.

El ingeniero Cosculluela Barrera presentó en la Sociedad Cubana de Historia Natural Felipe Poey una ponencia titulada "La prehistoria de Cuba", en la que expuso criterios sobre las diferentes clasificaciones, destacando el Ciboney Guayabo Blanco. Transcurrido tres años, abordó de nuevo la temática en la Academia de la Historia y expuso que había dos etapas para el ciboney: antes y después de la llegada de los taínos. También Montané en ese mismo período (octubre de 1914) participó en el XIX Congreso Internacional de Americanistas, celebrado en el Museo Nacional de Washington, y llevó parte de los resultados obtenidos en la Ciénaga, mostrando algunas de las piezas halladas. Al año siguiente editó *El mound de Guayabo Blanco*.

[8] Juan Antonio Cosculluela: *Cuatro años en la Ciénaga de Zapata*, Imprenta y Papelería "La Universal", La Habana, 1918, pp. 84-85.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

Por otra parte, *Cuatro años en la Ciénaga de Zapata* constituye una obra de gran valor científico e histórico, porque logró despertar el interés por el trabajo de campo y el análisis del material hallado, además de unir a los antropólogos en equipos multidisciplinarios.

Mark Raymond Harrington recorrió entre 1915 y 1919 algunas regiones del oriente y el occidente de Cuba, en donde colectó diversas piezas, ocho mil seiscientas de las cuales se encuentran en los Estados Unidos. La expedición se realizó atendiendo a los convenios existentes entre el Museo Antropológico Montané y la Heyes Foundation. Le correspondió a Víctor Rodríguez Torralba, ayudante facultativo del Museo de Historia Natural, acompañar a Harrington en sus recorridos. De los hallazgos se trasladaron al Museo algunos materiales, como el enterramiento taíno de la Patana y las vasijas de madera de Malpotón. Dos de ellas permanecieron almacenadas durante años por falta de identificación, hasta que los especialistas Manuel Rivero de la Calle, Raquel Carrera y Roger Deschamps lo hicieron en 1993.[9]

Con toda la información que pudo obtener Harrington, más el estudio de colecciones privadas en territorio cubano, llegó a la conclusión de que en el archipiélago habían vivido dos culturas bien diferenciadas: los taínos y los ciboneyes. El indólogo norteamericano, auspiciado por la Heyes Foundation de Nueva York, publicó el libro *Indian Notes & Monographs. Cuba Before Columbus* en 1921. Originalmente, la obra debió ser traducida por Arístides Mestre, quien había recibido los grabados del texto en inglés. Fernando Ortiz, director de la Colección de Libros Cubanos, y Adrián del Valle finalmente fueron los traductores y editores en 1935 de los importantes textos *Cuba antes de Colón* e *Historia de la arqueología indocubana*.[10]

Existe una tendencia generalizada en la literatura antropológica cubana a demostrar la importancia del trabajo de campo que han efectuado los investigadores foráneos. Sin embargo, siempre han tenido el asesoramiento de personal calificado cubano; o sea, Rodríguez Ferrer y Harrington, entre otros, y sin excepción, fueron ayudados por instituciones o individualidades de la antropología y la historia natural de Cuba. Incluso, en diversas oportunidades los resultados de los especialistas cubanos ya estaban publicados o en fase de preparación.

Cosculluela y Harrington demostraron la presencia en Cuba de asentamientos poblacionales muy tempranos y diferenciados. Los estudios craneométricos, el utillaje y la rudeza lítica lo evidencian.

[9] El Museo del Indio de América está en la calle 151 esquina a la Gran Vía de Broadway, en la ciudad de Nueva York. Actualmente la mayor cantidad de l as colecciones se encuentra en la Smithsonian Institution. Harrington nació en Ann Arbor, Michigan, el 6 de julio de 1882. La vocación por la arqueología venía desde pequeño cuando hacía cortas excursiones y excavaciones. Con sólo diecisiete años trabajó con el profesor Frederick W. Putnam como auxiliar de arqueología. Mark R. Harrington: *Indian Notes & Monographs. Cuba Before Columbus,* Museum of the American Indian, Heyes Foundation, New York, 1921. Expediente administrativo del doctor Carlos García Robiou, Archivo de la Universidad de La Habana, Fondo Archivo Histórico Administrativo, exp. 855, doc. 118, 1927.

[10] Fernando Ortiz: *Historia de la arqueología indocubana,* Colección de Libros Cubanos, Cultural S.A., Habana, 1935, p. VII.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

En la década de los años treinta hubo varios acontecimientos de extensión científica. El Decreto Presidencial número 3 057, de fecha 9 de agosto de 1937, creó la Comisión Nacional de Arqueología. La referida organización contaba con un Consejo de Gobierno, cuyo presidente de honor era Carlos de la Torre Huerta; presidente efectivo, Carlos Manuel de Céspedes de Quesada; vicepresidente, Arístides Mestre Hevia; secretario, Carlos García Robiou; vicesecretario, René Herrera Fritot; tesorero, Emeterio Santovenia; vicesecretario, Julio Morales Coello; director de publicaciones, Rafael Azcárate Rosell; y miembro honorario, José María Chacón y Calvo. Además, poseía una sección de Arqueología Aborigen presidida por Juan Antonio Cosculluela. Los investigadores Raymundo de Castro Bachiller, Eugenio Sánchez de Fuente y Luis Howell Rivero, que eran los mejor avalados de la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana, la Academia de Artes y Letras y la Sociedad Geográfica, respectivamente, representaban a sus científicos, artistas e intelectuales.[11]

Todas las provincias de entonces, excepto La Habana, tenían sus interlocutores en la Comisión: por Pinar del Río, Augusto Fornaguera y Pedro García Valdés; por Matanzas, Carlos Pérez Chousa; por Las Villas, Landelino Trelles Duelo; por Camagüey, Antonio T. Martínez y Felipe Pichardo Moya; y por Oriente, por ser la provincia más grande, cuatro representantes: José A. García Castañeda, Bernardo García y Grave de Peralta, Pedro Cañas Abril y Manuel Sánchez Silveira.

Se reguló que la sede fuese el Museo Antropológico Montané de la Universidad de La Habana y que se editara una revista trimestral con el título de *Revista de Arqueología,* cuyo precio sería de sesenta centavos.

Fueron diversas las investigaciones que divulgó esta revista, entre las que se destacan las realizadas por Felipe Pichardo Moya (1892-1957), quien visitó en 1933 los caneyes del sur de Camagüey. Allí encontró unas esferas pulimentadas de diferentes tamaños y tipos, que denominó "bolas líticas", asociadas a sitios funerarios. La *Revista de Arqueología* publicó más de diez expediciones que encontraron huesos, cráneos, ídolos, utensilios, cerámica y bolas líticas.[12]

El camagüeyano Pichardo Moya estableció un nexo entre el medio ambiente y el hábitat de los hombres. En *Caverna, costa y meseta,* obra clásica de la literatura arqueológica, llegó a plantear la existencia en Cuba de tres culturas bien diferenciadas: guanatahabeyes, que son los ciboneyes de Harrington, caracterizados por instrumentos toscos de concha y la gubia como símbolo; ciboneyes, que vivieron en la costa y pulimentaban las esferolitas; y taínos, con agricultura y cerámica desarrolladas, dominio de la madera y pulimentación de objetos de piedra, como las hachas petaloides.[13]

[11] Creación de la Comisión Nacional de Arqueología, decreto número 3 057, *Revista de Arqueología,* La Habana, no. 1, 1938, pp. 62-64.

[12] Julio Morales Coello: "Las ciencias antropológicas en Cuba (1925-1940)", *Revista de Arqueología,* Imprenta Úcar, García y Cía., no. 6, 1942, pp. 10 y 19.

[13] Felipe Pichardo Moya: *Caverna, costa y meseta,* Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1990, pp. 5-9; y Fernando Ortiz: *Las cuatro culturas indias de Cuba,* Editorial Arellano y Cía., La Habana, 1942, p. 7.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

En 1932 otro antropólogo norteamericano, H. W. Krieyer, curador del Museo de Etnología de Washington, recorrió desde Cabo Cruz hasta Júcaro y estudió treinta caneyes funerarios y algunos otros residuarios. Éstos confirmaron la presencia de la cultura ciboney en un estadio de desarrollo diferente a la encontrada por Harrington en Malpotón y por Cosculluela en la Ciénaga de Zapata. Las bolas líticas asociadas a enterramientos son temas de constante incógnita. Cuando se estudia la colección del Museo se observa que son de cuarzo. Este mineral aparece en la formación de diferentes rocas y tiene la propiedad de triplicar el calor; por tanto, quizá haya sido seleccionado para el ritual funerario con toda intención por los hombres de esta cultura. Mediante un proceso físico y bioquímico, estas bolas líticas aceleraban la descomposición del cadáver en los enterramientos, lo que permitió seleccionar la osamenta para efectuar entonces el enterramiento secundario.

A las esferolitas hay que agregar otras piezas líticas que se encuentran en la colección del Museo Montané: las dagas de piedras o gladiolitos. Éstas fueron denominadas así por Herrera Fritot por sus características formales: "[...] prolongadas, puntiagudas en un extremo y en el otro romas y a veces como enmangadas."[14] Al igual que las bolas, los gladiolitos han tenido diferentes referencias conceptuales: para Osgood son piedras ceremoniales de jefe; para Herrera, símbolos de jerarquía o mando. Sin lugar a dudas, tienen carácter religioso ceremonial.

Entre los estadounidenses que visitaron a Cuba para realizar trabajos de campo se encontraron los profesores Irving Rouse y Cornelio Osgood. Conocedores de las teorías e investigaciones de Fewkes y Sven Loven, de Mark R. Harrington y Krieyer, Rouse y Osgood hicieron trabajo de campo de forma organizada y sistemática en la bahía de Guadiana, Pinar del Río, y en Banes y Antillas, actual provincia de Holguín. De los resultados obtenidos editaron *La cultura ciboney de Cayo Redondo* y *Arqueología de las lomas de Maniabón*. En esta oportunidad fueron auxiliados por Judith Page, también de la expedición antropológica de Yale a Cuba, quien coleccionó, catalogó, registró e inventarió las piezas del sitio de Mandinga en Baracoa.

Rouse y Osgood se percataron de algunas diferencias dentro de la cerámica de los taínos, por lo que propusieron mantener la subdivisión de Harrington: taínos y subtaínos. Los primeros poseían mayor desarrollo en la cerámica, burenes menos gruesos para cocinar el casabe y tenían plazas ceremoniales, mientras que los subtaínos presentaban una cerámica menos trabajada, gruesa y decorada con técnicas de incisión-aplicación, fijación y modelado menos avanzadas. La otra cultura la denominaron ciboney y la dividieron en dos períodos: Guayabo Blanco y Cayo Redondo. Parte del material hallado también integra la colección del Museo ya que algunas piezas fueron llevadas a los Estados Unidos y otras se mezclaron y nunca se pudieron catalogar.

En las postrimerías de esta década de los treinta, Herrera Fritot, Fernando Royo Guardia, Gilberto González, César Cagigas, Juan Cuenca y Julio García del Prado organizaron una expedición hacia la Isla de Pinos, actual Isla de la Juventud, cuyo

[14] Fernando Ortiz: ob. cit. en nota 13, p. 48.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

objetivo era estudiar el patrimonio de Punta del Este. Partieron de La Habana el 9 de octubre de 1937, y en noviembre del año siguiente Fritot hizo un informe general que tituló "Las pinturas rupestres y el ajuar ciboney de Punta del Este, Isla de Pinos". La obra de Fritot tuvo varios antecedentes. En 1904 Charles Berchon, de la Sociedad Geográfica de París, efectuó un viaje por todo el territorio nacional y seis años después publicó *A través de Cuba. Relato geográfico descriptivo y económico*. En la página 92 de la citada obra, aparece por vez primera una descripción de las pictografías de Punta del Este. Con posterioridad Fernando Ortiz da a conocer sus apreciaciones sobre Punta del Este en una comunicación que dirigió a la Academia de Historia el 24 de mayo de 1922. Fue la segunda ocasión en que se editó información referida a este sitio arqueológico.

La segunda expedición fue patrocinada por el Museo Antropológico Montané y apoyada por el rector de la Universidad de La Habana. Esta vez el conjunto de profesores fue mayor y, además de Royo Guardia y Herrera Fritot, estuvieron Luis Howell Rivero y Pedro J. Bermúdez. La cueva estudiada está catalogada como la Capilla Sixtina del arte rupestre cubano; sus círculos de color rojo y negro aún son tema de hipótesis para la arqueoastronomía cubana. También hay diversas figuraciones abstractas y alegorías zoomorfas que han sido cuidadosamente estudiadas por especialistas de la Academia de Ciencias de Cuba. En la sala del Museo Montané se exhiben varias reproducciones pictográficas que sirven para explicar el arte rupestre cubano.

HACHA.

En el año de 1938 Antonio Nuñez Jiménez inició sus labores en los farallones de Levisa I, donde se reportaron diversos artefactos de piedra; éstos fueron fechados con posterioridad y datan de 5 140 ± 170 a.p. Es el sitio más antiguo de Cuba y del Caribe. Parte del material allí colectado se trasladó al Museo Antropológico Montané cuando se iniciaron los cursos de verano de arqueología. El profesor García Robiou los acogió y desde entonces se exponen en la sala.[15]

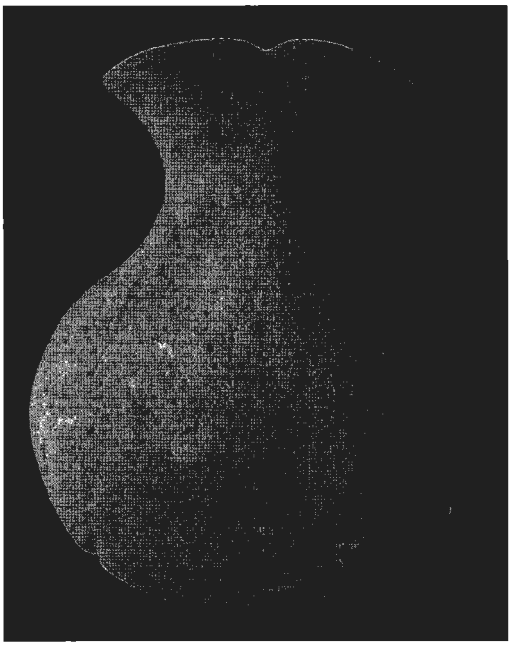
Mientras los científicos norteamericanos incursionaban en todo el archipiélago, en la Universidad de La Habana los profesores García Robiou y Herrera Fritot se ocuparon de formar a un grupo de jóvenes motivados por cambiar las concepciones existentes en la antropología, entre los que se destacaron Manuel Rivero de la Calle, Ramón Dacal Moure, Eduardo Queral Martín y Núñez Jiménez. Éste último fundó el 15 de enero de 1940 la Sociedad Espeleológica de Cuba.

[15] El 19 de junio de 1993 Antonio Núñez Jiménez ofreció una conferencia por el nonagésimo aniversario del Museo Montané que publicamos en la página 235, en la que describe el hallazgo. M. Pino: *Actualización de fechados radiocarbónicos de sitios arqueológicos de Cuba hasta diciembre de 1993*, Editorial Academia, La Habana, 1995.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

La corporación antropoespeleoarqueológica transformó el pensamiento científico y reafirmó la búsqueda de una escuela cubana en la especialidad; su objetivo se cumplió en parte. Carlos de la Torre admiró la asociación por la cantidad de temáticas que abordaban. Ellos hicieron de la geografía de Cuba una ciencia humana. Mochila al hombro, los miembros de la Sociedad Espeleológica de Cuba recorrieron el país y describieron cavernas, sitios arqueológicos, arte rupestre y comunidades campesinas. La Sociedad ofreció cursos, montó exposiciones, preparó viajes y donó en diversas épocas los objetos colectados a la institución universitaria.

El auge alcanzado en esos años por el coleccionismo y la búsqueda de objetos pertenecientes a las culturas prehispánicas motivó la creación de grupos, pequeñas asociaciones de investigadores y aficionados a la arqueología, capaces de montar humildes gabinetes de curiosidades más que museos propiamente dicho. Los más importantes fueron Humboldt de Oriente, dirigido por el doctor Felipe Martínez Arango, fundador del Museo de la Universidad de Santiago de Cuba, y el Grupo Etnológico Guamá, integrado por Oswaldo Morales Patiño, René Herrera Fritot, Fernando Royo Guardia, Antonio González Muñoz, Ignacio Avello y Antonio Leiva. También hay que destacar el grupo arqueológico Caonao, conformado por Tibaldo Herrera, Raúl Rojas, Guillermo Zanoletti y Manuel Pérez, creadores del Museo Bani. En estos colectivos estaba lo más representativo de la arqueología republicana, pero no dejaron de ser individualidades que en muchas oportunidades veían desaparecer sus proyectos por falta de financiamiento.



HACHA PETALOIDE.

En el mes de enero de 1946 desapareció la Comisión Nacional de Arqueología y se creó la Junta Nacional de Arqueología y Etnología. Su órgano oficial fue la *Revista de Arqueología y Etnología*. A partir de ese momento el Consejo de Gobierno lo presidió Fernando Ortiz Fernández. La publicación adquirió características totalmente diferentes: tomaban nuevos valores la etnología y los documentos históricos, pero continuaría editando artículos de arqueología prehispánica bajo la dirección de Oswaldo Morales Patiño.

La *Revista de Arqueología* y la *Revista de Arqueología y Etnología* son la misma publicación que cambió de nombre y circuló entre 1937 y 1960. En ellas se escribió una parte importante de la historia del coleccionismo y de las expediciones arqueológicas. No hay acontecimiento significativo relacionado con el patrimonio

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

antropológico cubano y sobre las personalidades que lo impulsaron que no esté reflejado aquí. Incluso, aparece en ellas la preocupación por establecer leyes que protegieran los sitios arqueológicos y los bienes muebles que se atesoraban. Se continuó editando en el Museo Antropológico Montané y su consejo científico se reunía en la institución.

Oswaldo Morales Patiño, presidente de la Junta Nacional de Arqueología y Etnología, convocó a la Mesa Redonda de Arqueólogos del Caribe en 1950. Entre sus objetivos se encontraba estandarizar la nomenclatura arqueológica, así como determinar los métodos para usarla en el estudio de las culturas prehispánicas del Caribe. Herrera Fritot expuso la clasificación por complejos (I, II y III) de las culturas aborígenes cubanas:

- Complejo I: los que tienen ajuar rústico de concha y piedra.
- Complejo II: los que poseen gladiolitos y esferolitas. Aunque no tenían la fase superior de la alfarería, sus objetos son muy valorados artísticamente. Poseían piedras tintóreas (hematita) y hacían instrumentos de concha y sílex.
- Complejo III: dominio de la cerámica, por poseer burén para cocinar el casabe, y dominio de técnicas agrícolas para trabajar la tierra.[16]

La propuesta realizada por Herrera Fritot significó un salto cualitativo con respecto a todas las clasificaciones anteriores; sin embargo, no tuvo la acogida esperada en Cuba. Años más tarde, las investigaciones de los profesores Rivero de la Calle, Estrella Rey y Ernesto Tabío, con un enfoque marxista novedoso, abrieron el camino y demostraron la inconsistencia de la tesis de Fritot.

Herrera Fritot, que impulsó el desarrollo de los estudios antropológicos en las islas del Caribe, investigó al frente del grupo Guamá sobre arqueología de Cuba y su relación con las Antillas. Él impartió varios cursos de arqueología general en República Dominicana, donde ordenó y clasificó las colecciones del Museo Nacional de Santo Domingo.[17] Fue un investigador profundo e importante innovador de la museología antropológica. La colección de esferas y dagas líticas, así como el dujo de Santa Fe, son piezas emblemáticas de la colección Montané que él trabajó y divulgó en la *Revista de Arqueología*. Es el autor de *Estudio de las hachas antillanas*, considerada la obra más completa escrita sobre estos artefactos líticos en el Caribe.

Al parecer, la última labor de campo efectuada por una expedición norteamericana antes del triunfo revolucionario de 1959 fue la que desarrolló Paul Gene Hahn del Yale Peabody Museum, entre septiembre de 1956 y el mismo mes de 1957. Este arqueólogo excavó el sitio de Las Obas, barrio de Cano, término municipal de Manzanillo, actual provincia de Granma, y colectó piezas de hematita, limonita, vértebras de peces, conchas, cerámica y vidrio europeo,

[16] René Herrera Fritot: Reunión en Mesa Redonda de Antropólogos del Caribe, celebrada en La Habana del 12 al 16 de septiembre, 1950; Ramón Dacal Moure: "De los ciboneyes del padre Las Casas a los ciboneyes de 1966", *Revista Universidad de La Habana*, no. 211, 1980, pp. 24-25; Fernando Royo Guardia: "Oswaldo Morales Patiño In Memoriam", *Journal of the Virgin Islands Archeological Society*, no. 6, 1978, p. 15.

[17] Expediente administrativo del doctor René Victoriano Herrera Fritot, Archivo de la Universidad de La Habana, Fondo Histórico Administrativo, exp. 3 892, doc. 24, 35, 37 y 44, 1923.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

que trasladó a la colección de la Sociedad para la cual trabajaba.

La preocupación por la museología cubana se puede apreciar con extraordinario valor en el pensamiento que se desarrolló a partir del coleccionismo arqueológico. Ya en 1945 García Castañeda, a través de la publicación del Museo García Feria, diseñó un formato lógico para la exhibición de las colecciones arqueológicas, fueran públicas o privadas. Por tal razón, mostró cómo el museo era el centro difusor de cultura y educación que más podía contribuir a la enseñanza popular. Con estos objetivos muy bien planteados, se presentaron conferencias y se editaron folletos y memorias que ilustraban al visitante la historia de la nación. De las relaciones entre esta institución y el Museo Montané surgieron expediciones e intercambios de piezas.

Un ejemplo de estas valiosas adquisiciones fue la compra de la colección Rasco, que poseía entre otras piezas: el denominado dujo de Jauco, objeto que es una auténtica bandeja de ceremonia, construida en madera de guayacán (*Guayacum sp.*); el guayo de cedro (*Cedrela odorata*), con pequeñas piedras incrustadas y tres tallas antropomorfas en roca madrepórica. A éstos se les sumaba un conjunto de material óseo, compuesto por varios cráneos con deformación fronto-occipital oblicua, calotes craneanos y huesos largos. La colección de objetos ciboneyes estaba compuesta principalmente por guamos perforados. El material se completaba con una serie de placas fotográficas y documentos relacionados con las piezas.[18]

La colección de piezas prehispánicas perteneciente a Ernesto Segeth fue adquirida en 1934 por el Museo Antropológico Montané. En el informe sobre esta colección se especifican los valores artísticos, científicos e históricos que poseen. La colección está integrada por hachas petaloides de diorita y serpentina, restos de cerámica agroalfarera, morteros de piedra, percutidores, cuentas de collares de cuarcita y un conjunto de implementos de la cultura ciboney. Fueron hallados en las minas de un asentamiento prehispánico próximo a Holguín.

La colección americana se inició en 1910 cuando Montané viajó a Argentina con el objetivo de participar en el Congreso Científico Internacional Americano. Durante su estancia recibió y compró un valioso grupo de piezas pertenecientes a la cultura diaguita. Esta colección, que permanece en el almacén del Museo Montané, tiene un significado extraordinario por ser única no sólo en Cuba sino en varios países de Hispanoamérica. La misma es utilizada por los estudiantes de artes en sus seminarios. La transferencia la realizó el Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Además, Montané adquirió, con

[18] Eduardo García Feria (1871-1941) nació en el poblado de San Andrés, Holguín, el 18 de agosto. Su hijo, José A. García Castañeda, continuó su obra museológica. La colección también estaba compuesta por una aguja de hueso, un majador cónico de diorita con cabeza marcada en la parte media, hachas petaloides (una de ellas con rostro tallado), una vasija ovalada de madera, dos metates, dos cazuelas de barro, naviforme y circular, y restos de cerámicas taínas. Rafael Azcárate y Rosell: "Eduardo García Feria", *Revista de Arqueología*, La Habana, no. 6, 1942, pp. 3-6; José García Castañeda: *Cómo lograr la efectividad de la labor educacional encomendada a los museos*, Impreso O. Sánchez y Hnos., Holguín, 1945, p. 4; Expediente administrativo del doctor Arístides Mestre Hevia, Archivo de la Universidad de La Habana, Fondo Histórico Administrativo, 1934.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

MONTANÉ PASEANDO POR LAS PLAYAS DE CANNES EN FRANCIA.

fondos propios, la colección perteneciente a los indios chamacocos.[19]

En el archivo del Museo existen referencias sobre una donación de quinientas cuarenta y tres piezas arqueológicas procedentes de distintos países de América, recibidas por el Departamento de Relaciones Públicas de la Universidad de La Habana en 1969. La colección está integrada por ciento treinta y ocho piezas, de las cuales las más importantes son una reproducción del caballero águila, de Texaco, México; cincuenta y tres representaciones zoomorfas y fitozoomorfas aztecas labradas en cerámica; dieciséis cuchillos, puntas de flechas y núcleos de obsidiana. Pertenecientes a la cultura inca aparecen tres vasijas, tres hachas de piedra, diecinueve piezas óseas, objetos metálicos y pequeñas figuras talladas. Además, sonajeros, vasijas, instrumentos musicales, representaciones zoomorfas de batracios elaborados en cerámica. En la colección de arte mesoamericano hay material de las culturas nazca, mochica, chimú, chavin, totonaca y maya.

LA EXPEDICIÓN CUBANA AL CARIBE EN EL SIGLO XX

Los arqueólogos y antropólogos caribeños siempre quisieron reconocer la región; fue una idea y necesidad de los especialistas antillanos. Recordemos que hasta ese momento varias universidades, museos y sociedades norteamericanas y europeas habían auspiciado el trabajo de campo a varios profesionales. Para cumplir el ansiado objetivo de estudiar el Caribe y reeditar los viajes de Colón, se reunieron en el Museo Montané los miembros del grupo Guamá y otros profesores a inicios de la década de los cincuenta del siglo XX.[20]

La expedición estuvo respaldada por la Junta Nacional de Arqueología y Etnología, con la aprobación del presidente de

[19] Expediente del Catedrático Titular de la Escuela de Ciencias, doctor Luis Montané y Dardé, Archivo de la Universidad de La Habana, Fondo Histórico Administrativo, exp. 394, doc. 13, 1900.

[20] Oswaldo Morales Patiño *et al.*: "La expedición científica cubana: Jamaica, Haití, Puerto Rico e islas Vírgenes", *Revista de Arqueología y Etnología*, La Habana, época II, año VII, no. 15-16, 1952, p. 95.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

la República. El equipo se trazó como objetivos investigar las colecciones privadas y las de los museos oficiales, así como el estudio de los ejemplares que se pudieron colectar y trasladar al Museo Guamá de La Habana. Muchas de estas piezas forman parte en la actualidad del Museo Montané. En realidad, se practicó un intercambio de materiales arqueológicos, en el que la delegación cubana entregó algunas reproducciones que realizó el propio Herrera Fritot.

Al llegar la expedición a Jamaica fueron recibidos por el director del Museo Arqueológico y Etnológico de la ciudad de Kingston, H. Bernard Lefis. El trabajo estuvo encaminado a estudiar las piezas existentes allí, en particular las reproducciones de los ídolos atesorados en la colección del Museo Británico. La colección de Jamaica es valiosa y diferente, sobre todo por las características del material. La información que llevaba el equipo cubano sobre cerámica jamaicana, fue la que había escrito el norteamericano Herbert W. Krieyer.

Durante la estancia en Jamaica los cubanos fueron atendidos además por Stanley Taylor, quien les organizó una expedición diferente. En esta oportunidad no se trató de espeluncas y sitios arqueológicos, sino del estudio de varios documentos históricos. En éstos aparecían valoraciones lingüísticas que confirmaban los legados filológicos de la presencia taína a través de denominaciones toponímicas como Guatibacoa, Guayacanes, Guamaboa, Gueybacoa y Jamaica o Xaymaca. Después de polemizar en torno al significado del nombre del país, llegaron a la conclusión de que Jamaica se puede identificar como "tierra de muchos ríos". Lo interesante es que en lengua maya una palabra similar, *Xaman Kab*, signifique "tierra del Norte rodeada de agua", incluso entre las diversas acepciones se puede leer "viento" y "lluvia".[21]

Después de permanecer en Jamaica se trasladaron a Puerto Rico, isla de gran riqueza cultural que fue frontera entre caribes y taínos. Aquí la misión cubana encontró nuevas piezas, mayor calidad y mejor facturación. Fueron atendidos en la Universidad de Puerto Rico por Ricardo Alegría, quien les mostró la colección

José Almenares.

[21] A. Barrera Vásquez *et al.*: *Diccionario maya-español*, Ediciones Cordemex, Mérida, Yucatán, 1980, p. 934.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

VASIJA.

existente y recibió los objetos llevados de la Isla grande, pertenecientes a la colección del grupo Caonabo de Morón, y de Orencio Miguel Alonso, de Banes, así como un grupo de fotografías pertenecientes a las culturas prehispánicas, preparadas por Morales Patiño. Con posterioridad visitaron varios sitios: la cueva de María de la Cruz y el residuario de Loayza y Luquillo. Allí colectaron ciento cuarenta y seis piezas, de las cuales se trajeron treinta y una para Cuba.[22]

No menos importante fue la exploración en islas Vírgenes. La actividad se concentró en las pequeñas porciones de tierra próximas a Puerto Rico, St. Thomas y Sainte Croix. De la primera isla del archipiélago se extrajeron setenta y nueve piezas en el sitio de Magais Bay, mientras que de la segunda se rescataron ochenta y cinco objetos en dos asentamientos: Fair Plain y Salt River.

Por último, la expedición cubana estuvo en Haití, donde fueron atendidos por Kirt A. Fisher, quien puso su museo privado a disposición de los visitantes. El coleccionista haitiano había escrito un informe general sobre la arqueología haitiana para el Buró de Etnología, obra que ayudó a la delegación en el trabajo de campo y facilitó la visita a diferentes sitios arqueológicos en Mergy, Catán, Isla de Cabritos, Camp Cok y otros.

Los cubanos, además de intercambiar piezas y dotar al Museo Montané de una valiosa colección caribeña, demostraron que la ocupación del Caribe constituyó el resultado de un largo proceso cultural que abarcó desde el período arcaico hasta la presencia de agricultores ceramistas, con varias oleadas migratorias y diferentes estadios de desarrollo.

Las evidencias culturales del Caribe prehispánico quedaron representadas en concha, cerámica, piedra o madera. Además de mostrarnos su estadio de desarrollo, nos ponen ante la perspectiva analítica antropológica de un proceso sociocultural complejo. Estas sociedades comunitarias emprendieron el desarrollo antes de 1492, aprovecharon las riquezas naturales y poblaron todas las islas antillanas. El caudal de material acumulado hasta la actualidad demuestra la hipótesis anterior.

Como se puede apreciar, la riqueza patrimonial del Museo Montané es excelente. Creo que no hubo otra institución en Cuba que poseyera entonces tan variada colección. Sin embargo, pienso que la carencia de registros e inventarios científicamente documentados ha afectado la misma. La labor que en la actualidad realizamos por rescatar toda la información de cada exponente, tanto en sala como almacén, nos obliga a ser cuidadosos en los análisis. Desde la óptica de lo formal y lo conceptual, se puede continuar dando

[22] Oswaldo Morales Patiño *et al.*: ob. cit. en nota 20, p. 95.

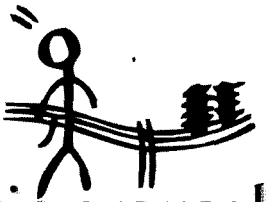
Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

criterios de interpretación, pero describir cómo se han formado las colecciones facilitará a otros investigadores, profesores y alumnos poseer un por qué, un cuándo y un dónde, preguntas muy necesarias en la metodología museológica que facilitan un discurso expositivo renovado con espacio para diversas especialidades. De ahí que se tengan que hacer las descripciones de los diferentes hallazgos, de la forma en que se organizaron las expediciones y de los resultados de éstas.

Montané Anthropological Museum and the development of archaelogy in Cuba between 1900 and 1960

The foundation of Havana University Montané Anthropological Museum caused a revolution in archaelogical collecting in Cuba. Expeditions throughout the Cuban archipelago and the rest of the Caribbean to enrich the University patrimony were organized. The article tries to explain, through the research/application concept, the answer for each field trip—which implies the study of the specimen and its classification according to the culture it belonged to.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com



La ciencia arqueológica en Cuba: retos y perspectivas en los umbrales del siglo XXI

GABINO LA ROSA CORZO

La ciencia arqueológica en Cuba: retos y perspectivas en los umbrales del siglo XXI.

Tras cuarenta años de bregar infatigable por alcanzar el ritmo de su época, el arqueólogo y la arqueología de Cuba apenas acaban de desembarazarse de la madeja del positivismo. En estos últimos años de acelerados cambios en los métodos, estilos y maneras de ver y hacer en el campo de las ciencias sociales, algunos se aferran a los métodos de las ciencias particulares para aumentar el caudal informativo de las evidencias materiales, pero, a pesar de ello, pocos sobrepasan la fase de la descripción factual y en ocasiones, cuando se pretende superar el escollo, se cae en serias inconsecuencias por el escaso ejercicio en el manejo de las categorías científicas necesarias. Un balance de lo acontecido en este terreno en estas últimas cuatro décadas se impone ya, como paso imprescindible para continuar avanzando. No se pretende ofrecer una respuesta definitiva, pues se trata de soluciones que deben enfrentarse en el mundo de la arqueología y desde éste; como se sabe, problemas complejos no tienen soluciones fáciles. Se trata sólo de evaluar lo hecho, sacar a relucir los aciertos y aislar algunos de los problemas hacia los cuales se deben dirigir los esfuerzos si se quiere avanzar en el presente siglo a tono con la época.

GABINO LA ROSA CORZO
Profesor e investigador. Doctor en Ciencias Históricas en la especialidad de Arqueología.

Nos hemos acostumbrado a apreciar el aporte de los primeros investigadores arqueológicos a los que debemos haber fijado nuestra atención y entusiasmo sobre estos asuntos. Trabajaron con las ideas científicas de la época y con los escasos recursos de que disponían, casi siempre personales [...]. Pero, la evolución de los acontecimientos producto de la aplicación de nuevas normas

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

y reglas, así como el distinto modo de enfocar comparativamente los hechos en los tiempos modernos precisan cada vez más una revisión de los datos antiguos para incorporarlos y clasificarlos según se entiende en la actualidad.

OSWALDO MORALES PATIÑO (1950)

INTRODUCCIÓN

La ciencia arqueológica, por enfrascarse en el estudio histórico de aspectos del devenir de las sociedades acerca de los cuales no existen registros escritos, o que resulten contradictorios o insuficientes, se vale del estudio de los restos materiales que los grupos humanos desechan o quedan como resultado de sus actividades vitales, para reconstruir —por medio de la inferencia y de la reconstrucción de los contextos o elementos asociados cronológica y espacialmente— hechos, acontecimientos y aspectos de la vida cotidiana; en fin, rehacer una parte de la historia o una historia que los testimonios escritos no permiten abordar en su totalidad.

Esta disciplina adquirió su verdadero sentido en Cuba a partir de 1962, con la institucionalización de la misma. Sin embargo, no espere el lector encontrar en estas páginas una historia de la arqueología de los últimos cuarenta años. Esa tarea, casi impostergable ya, demanda un espacio que escapa a los rigores de un artículo para una revista especializada. Dos breves ensayos que anteceden al presente trabajo, me permitieron evaluar la trayectoria histórica de dos importantes campos de la arqueología: el arte rupestre (La Rosa, 1994) y la llamada arqueología histórica (La Rosa, 2000).[1] Pero la historia de una ciencia en particular, sobre todo en sus años más fructíferos (1962-2002), debe ser el resultado de un trabajo de años, y sus conclusiones precisan mucho más espacio material que el que corresponde a un artículo.[2]

Esto no significa que se abandone el intento de escribir un ensayo evaluativo acerca de los problemas científicos a los que esta ciencia se enfrentó durante estos años y la forma en que los resolvió.

[1] Digo "la llamada arqueología histórica" debido a que para algunos estudiosos la arqueología que se ocupa del estudio de fenómenos acerca de los cuales existe documentación escrita, es una especie de "otra arqueología". Una hermana bastarda de la que pocos quisieran acordarse. Este enfoque es un error conceptual y metodológico de primer orden, pues la arqueología histórica (término acuñado por la historiografía internacional y que no debe desecharse) no es una ciencia particular, ni alguna otra, pues sus métodos de campo y de laboratorio, procedimientos, recursos interpretativos y principios metodológicos son los de la ciencia arqueológica. Hacer arqueología histórica no es más que aplicar los principios y métodos de la arqueología a fenómenos históricos acerca de los cuales existe cierta información. Esta concepción pone de relieve la naturaleza empírica del conocimiento de algunos arqueólogos que confunden el área geográfica o el lugar en el que se realizan las investigaciones con el objeto de la investigación: es confundir el objeto material portador de la información con el contenido de la investigación, a lo que se suma el no reconocimiento del carácter histórico de la disciplina. Por otro lado, las investigaciones realizadas en el campo de la arqueología histórica en Cuba han demostrado un alto nivel científico, un sentido pleno de la responsabilidad social, al poner al servicio de la comunidad inmuebles y cascos históricos recuperados. Es este campo de la ciencia arqueológica en nuestro país uno de los mejores ejemplos de lo que la arqueología puede aportar al patrimonio, a la cultura y a la economía.

[2] El mejor ejemplo que pueden tener los arqueólogos cubanos de una síntesis histórica del desarrollo de esta disciplina en una etapa de su desarrollo en el país, lo constituye la *Historia de la arqueología indocubana* de Fernando Ortiz. Su segunda versión, publicada en 1935, requirió 457 páginas para poner al alcance del lector los valores de una producción científica de casi cien años. Difícilmente pueda encontrarse trabajo arqueológico publicado que no esté registrado y valorado en esta obra.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

¿Cuáles fueron sus principales adelantos tras cuarenta años de investigación y cuáles son los problemas inmediatos que precisan solución?: todo sobre la base de valorar en qué medida esta ciencia cubrió las necesidades de la sociedad cubana contemporánea, lo que constituye el centro de todo proceso de análisis y crítica. Hacia esta dirección será dirigido el presente esfuerzo.

LA ARQUEOLOGÍA DE CUBA ENTRE 1962 Y 2002

El 20 de febrero de 1962, en virtud de la ley 1 011, se creó la Comisión Nacional de la Academia de Ciencias de Cuba; con ésta se dio cuerpo a la llamada Sección de Arqueología, que pasaría después a convertirse en un centro de investigaciones arqueológicas que a nivel nacional desempeñaría el papel rector de esta disciplina en el país.

Las investigaciones arqueológicas desarrolladas hasta entonces habían tenido como origen el interés de un buen número de profesionales, que dedicaban su tiempo libre a la búsqueda de sitios y artefactos aborígenes o al estudio de inmuebles coloniales. Era la época en que primaba el coleccionismo, y el enfoque científico estaba supeditado al museológico. También se habían realizado algunas excavaciones y elaborado síntesis interpretativas de la ocupación aborigen del territorio insular por parte de algunos estudiosos cubanos y de reputados investigadores norteamericanos.

Así, una de las primeras medidas tomadas para el fomento de esta disciplina fue la de la creación de un cuerpo de profesionales con apoyo financiero para el desarrollo de proyectos de investigación. Se trabajó en la formación académica de jóvenes interesados en este campo; se reunieron y catalogaron parte de las colecciones existentes entonces y se sistematizó la catalogación de todas las evidencias que resultaban de las nuevas investigaciones.

En el aspecto científico se aplicaron dos importantes soportes del progreso: el uso de la estratigrafía[3] y los fechados absolutos de C-14. Todo esto produjo un vuelco en los objetivos, métodos y resultados hasta entonces conocidos. Empero, debido a la influencia y formación de algunos de los especialistas, en el trabajo de campo se siguieron, en sentido general, las pautas de la escuela norteamericana de la década del cincuenta con un marcado positivismo, que se reflejó en estudios puntuales, procedimientos limitados de excavación, aferramiento a lo contable o mensurable y ponderación de las clasificaciones.

En contraposición, en las interpretaciones o síntesis del conocimiento acumulado se aplicaron modelos tomados de la arqueología soviética, por lo que se avanzó, pero no sin algunos escollos, mediaciones e incluso contradicciones.

A partir de 1962 y prácticamente durante esa primera década, se salvaguardó todo el patrimonio arqueológico rescatado mediante trabajos de campo, se sentaron las bases del trabajo futuro, y Cuba contó con un cuerpo de profesionales en

[3] En la arqueología de Cuba se utilizó por vez primera el registro mediante coordenadas cartesianas de las evidencias resultantes de excavaciones en el año de 1966, con los trabajos dirigidos por J. M. Guarch en la cueva Funche (Dacal, 1968: 7).

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

este campo. En la década siguiente se continuó profundizando en las técnicas de excavaciones y registro, y el conocimiento acerca de las culturas aborígenes se elevó considerablemente, todo lo cual permitió que en la década del ochenta se iniciara un proceso ascendente de autoconciencia de las limitaciones y de serias propuestas de renovación.

Es necesario puntualizar que, durante estos años, en Cuba las investigaciones arqueológicas centraron su interés en dos aspectos estrechamente vinculados con las necesidades sociales: la creación de manuales de técnicas de clasificación de evidencias arqueológicas y la elaboración de síntesis históricas de los aborígenes que poblaron el archipiélago cubano.

Por tanto, los avances producidos en el terreno de las clasificaciones de artefactos llevaron a algunos especialistas a la elaboración de importantes manuales para la enseñanza e instrucción o a la discusión y validación de sistemas clasificatorios. La mayor de las Antillas puede mostrar con orgullo los niveles alcanzados en algunos de estos terrenos. Me refiero a los trabajos de Milton Pino en cuanto a la dieta aborigen; Gerardo Izquierdo, a la industria de la concha; y Lourdes Domínguez, a la cerámica. Las discusiones sostenidas en torno a la industria de la cerámica aborigen tienen en la Isla una larga y fructífera tradición (Domínguez, 1980, 1984 y 1998; Ulloa y Valcárcel, 1997; Godo, 1997; Ulloa, 1999; Jouralieva y González, 2000; Jouralieva, 2002; y Ulloa *et al.*, 2001).

Dentro de esta línea o tratamiento se cuenta con los manuales *Artefactos de concha de las comunidades aborígenes cubanas* de R. Dacal (1978), *Nociones de anatomía humana aplicadas a la arqueología* de M. Rivero de la Calle (1985) y *Manual para el estudio de la piedra tallada de los aborígenes de Cuba* de J. Febles (1988). No obstante, es sólo una parte de lo alcanzado en Cuba en el campo de esta disciplina, referente, si se quiere, a la esfera de la instrucción y la clasificación. Este campo ha respondido más a las necesidades de la sociedad cubana que a corrientes del pensamiento arqueológico universal.

A su vez, las indagaciones desarrolladas durante años por diferentes estudiosos de esta disciplina en el país pusieron al alcance de la comunidad científica resultados parciales por medio de divulgaciones de excavaciones, análisis de artefactos, estudio de colecciones, evidencias de alto valor,... Pero esto no impidió a esos mismos especialistas ofrecer síntesis históricas de las comunidades estudiadas, con sus correspondientes niveles de interpretación. Me refiero a *Prehistoria de Cuba* de E. Tabío y E. Rey (1966), *Las culturas aborígenes de Cuba* de M. Rivero de la Calle (1966), *El taíno de Cuba* de J. M. Guarch (1978), *Arqueología aborigen de Cuba* de R. Dacal y M. Rivero de la Calle (1986), *Arqueología del centro-sur de Cuba* de L. Domínguez (1991), *Fundamentos para la historia del guanahatabey de Cuba* de E. Alonso (1995), *La sociedad comunitaria de Cuba* de L. J. Moreira de Lima (1999), entre algunas otras obras.

La década del noventa, sin dudas la más fructífera desde el punto de vista científico, estaría acompañada de no pocas interrogantes.

Fueron los años del desplome del campo socialista. Este hecho hizo que algunos pocos fuesen atraídos por el insípido comodín del eclecticismo y otros se olvidaran definitivamente del trabajo de campo. Empero, la mayoría continuó trabajando

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

con ahínco, propiciando la elevación de los registros nacionales de sitios con sus diferentes magnitudes y particularidades a niveles que pueden mostrar pocos países del llamado tercer mundo. Los recursos fueron racionalizados, se establecieron planes de tres años con proyectos que debían fijar su atención en el factor rentabilidad y, como consecuencia, se abandonaron definitivamente los pozos de 1 x 1 metro para la búsqueda de evidencias. Se estudiaron nuevamente colecciones de tiestos, se regularizaron las excavaciones extensivas y se prestó atención a las áreas de actividades, a la arqueología de superficie, al tránsito de las sociedades comunitarias a las no comunitarias y a los sistemas de asentamiento (Suárez y Marichal, 2001). Asimismo, se profundizó en el conocimiento de culturas arqueológicas no registradas por los colonizadores (Sampedro, Izquierdo y Villavicencio, 2001). En el arte rupestre, el reporte de hallazgos y la inferencia a partir de analogías morfológicas simples cedieron el terreno a la búsqueda de otras relaciones esenciales (Calvera, Funes y Cuba, 1991; y Fernández y González, 2001).

Las excavaciones y estudios desarrollados en cementerios aborígenes tanto de la etapa preagroalfarera como la agroalfarera, demostraron un proceso que ascendió desde los simples registros hasta las discusiones teóricas (Rives, 1976; Martínez y Rives, 1990; Guarch, 1996; y La Rosa, 2002 y 2003). Las exitosas excavaciones desplegadas en humedales (Calvera *et al.*, 1996; y Jardines y Calvera, 1999) han hecho que los científicos de otras latitudes fijen su atención en la mayor de las Antillas y que se haya demostrado la importancia del trabajo de campo bajo una óptica enriquecedora. De igual manera se ha ennoblecido considerablemente el aparato categorial y las reconstrucciones etnohistóricas (Guarch, 2001; y Valcárcel, 2002).

ALGUNOS DE LOS PRESUPUESTOS NECESARIOS PARA HACER LA HISTORIA DE ESTOS CUARENTA AÑOS

Por su propia naturaleza y diversificación de esferas de trabajo, la ciencia arqueológica puede presentar desarrollos relativamente independientes entre sus diferentes campos de acción. Una evaluación integral de esta ciencia debe abordar, necesariamente, los respectivos niveles alcanzados en cada uno de los campos. De tal suerte que, para criticar el nivel general de la ciencia, hoy día se necesita dominar las categorías y métodos específicos de trabajo —por ejemplo, en las diferentes industrias, como la cerámica, la concha, la piedra, la madera, la metalurgia y los tejidos— y otros campos: los procesos migratorios, sistemas de asentamiento, dieta o subsistencia, costumbres funerarias,... Cada uno de estos aspectos ha avanzado de forma desigual, en función de las técnicas, recursos y filosofía en la recolección de nuevos datos y la elaboración de las respuestas.

El nivel alcanzado en cada una de estas esferas de acción depende del punto exacto desde el cual se arrancó —digamos, lo aportado por las generaciones anteriores—, a lo que se sumará todo lo realizado en la etapa actual.

Así, los estudios que se han dedicado, por ejemplo, a desentrañar los recursos y técnicas de subsistencia de los aborígenes o de los cimarrones, han avanzado hasta un punto específico. Lo mismo ocurre con la producción ceramista aborigen o la ce-

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

rámica colonial de producción nacional o importada. Ante cada uno de estos aspectos existe un paquete informativo que es el resultado de investigaciones realizadas en el ámbito nacional y su correlación o nivel de actualización con los resultados de otras latitudes. Esto obliga al historiador de esta ciencia a prestar atención al espacio que media entre los últimos resultados alcanzados en el terreno particular de que se trate y los últimos avances obtenidos en la esfera internacional, porque éste será, precisamente, el espacio en el que se desarrollará la creatividad de los investigadores.

Para evaluar los resultados de *las investigaciones arqueológicas en un territorio o país*, no se puede partir de los presupuestos obtenidos a escala internacional, sino, a la inversa, partir de los problemas que el arqueólogo tenía que dilucidar, develar las zonas oscuras que existían en el campo concreto en que se desarrolla su acción, evaluar cómo y hasta dónde se cubrieron las zonas vírgenes y, por supuesto, qué falta entonces para alcanzar esos niveles de la ciencia general.

Tampoco se puede seleccionar de forma arbitraria aquellos trabajos que de antemano se sabe que se corresponderán con la posición que el crítico quiere enjuiciar, o sea, tomar sólo las partes que se avienen a lo que se quiere expresar (Davis, 1996) y dejar fuera de la discusión a personalidades y aportes que ya forman parte de esa historia, porque la crítica es ante todo una labor de gran contenido ético. Está claro que toda crítica arqueológica entraña en primer lugar una posición científica, pero también ideológica y política, ya que enjuicia personas, instituciones, inteligencias y esfuerzos. Todo el mundo sabe que la arqueología, "como la historia y las otras ciencias sociales, no está radicalmente desvinculada de la política" (Patterson, 1990: 32; y Bate, 1998).

Empero además, para enjuiciar el nivel alcanzado por esta ciencia en Cuba, no basta con hacer un corte a partir de lo publicado hasta un momento determinado, porque las publicaciones, por razones que todos los cubanos conocemos, se encuentran retrasadas en relación con la producción científica. Por tanto, es necesario tener en cuenta los trabajos presentados en eventos y las discusiones que se sostienen en determinados foros, los cuales pueden demorar años en ver la luz, pero reflejan el verdadero nivel alcanzado.[4]

A todo esto se debe añadir que la arqueología, en su decursar histórico y en el plano universal como ciencia, ha ido definiendo dos grandes campos de su quehacer científico: el trabajo de campo o de excavación y el trabajo de laboratorio y gabinete. Sin embargo, ambos campos no deben estar divorciados, pues la extracción de evidencias, aunque se encuentra en el nivel empírico de la ciencia, responderá siempre a un plan, proyecto o visión teórica del problema

[4] Éste es uno de los talones de Aquiles de la arqueología en Cuba. El libro *Arqueología de Cuba y otras áreas antillanas*, que vio la luz en 1991, recogió parte de la producción científica de la década del setenta. Cuando éste salió, ya la mayoría de los arqueólogos habían sustituido sus estrategias de trabajo. Por lo tanto, el crítico que fundamente sus criterios en ese texto, llegaría fácilmente a la conclusión de que existen diez años de retraso en esta ciencia. Esos trabajos no se corresponden con el pensamiento arqueológico de la Isla en la década del noventa. Lo mismo sucede con un libro de E. Tabío publicado en la década del ochenta; me refiero a *Introducción a la arqueología de las Antillas*, que apareció en 1988, tras diez años de reposo. O el de María Nelsa Trincado *Introducción a la protohistoria de Cuba* (1984), que esperó un tiempo similar para ver la luz.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

que se investiga. Las evidencias materiales estarán siempre vinculadas a problemas teóricos de gran envergadura, como son los atributos culturales, espaciales y temporales de dichas evidencias.

Hoy día, dado el actual desarrollo de esta ciencia en Cuba, es difícil aceptar la existencia de un arqueólogo de gabinete desvinculado del trabajo de campo, y viceversa, pues ambas actividades se complementan. Nuestra arqueología creció, al igual que la universal (Binford, 1991: 116), sobre la base de convenciones que aún no se han verificado, y la comprobación de las mismas requiere nuevas excavaciones y reevaluaciones de las evidencias bajo nuevas ópticas de planeamiento e interpretación.

No obstante, la visión que algunos tienen del arqueólogo en nuestro país está ponderada por el trabajo de campo. Al mismo se le ve, en ocasiones, como una especie de buscador de curiosidades o de estudioso de objetos. Sin embargo, esta distorsión no se presenta sólo en nuestro país. Thomas Patterson asegura que los arqueólogos norteamericanos se ubican en un plano de inferioridad intelectual precisamente porque estudian artefactos, y asevera que en el Departamento de Antropología de la Universidad de Arizona "hay un antropólogo cultural que le dice a algunos estudiantes de arqueología que son demasiado inteligentes para dedicarse al estudio de artefactos, pues de acuerdo con muchos especialistas en el campo de las ciencias sociales, el arqueólogo es un anticuario que quiere aparentar ser científico" (Patterson, 1990: 34).

RETOS DEL SIGLO XXI

Para Michael Schiffer la arqueología de las décadas del setenta y ochenta no era una disciplina organizada y "las publicaciones demostraban 'anarquía intelectual'" (Schiffer, 1991: 32). Esto demuestra que en el plano internacional se ha tomado conciencia de la necesidad de que la arqueología abandone definitivamente el estudio de los artefactos y dirija su atención hacia los aspectos esenciales del objeto de estudio, lo que ha cobrado cuerpo en escuelas o corrientes como la arqueología procesual, la arqueología postprocesual, la arqueología conductual..., algunas de las cuales se han convertido en paradigmas de la arqueología contemporánea norteamericana.

Sin embargo, en América Latina se ha venido desarrollando con fuerza desde la década del sesenta como paradigma alternativo la llamada arqueología social. En ésta han figurado arqueólogos de la talla de Luis Felipe Bate, Mario Sanoja, Iraida Vargas, Marcio Veloz Maggiolo, Diana López y Luis G. Lumbreras, entre otros, quienes parten de posiciones teóricas similares, que tienen como base el materialismo histórico y un manifiesto compromiso social al considerar como tarea de la arqueología "reconstruir la historia de la vida cotidiana, doméstica y pública, de la gente común, para tratar de producir una lectura significativa y cohesionadora de la herencia histórica y cultural" (Vargas-Arenas, 1996: 6).[5]

Desde el punto de vista metodológico y por los resultados alcanzados, la arqueo-

[5] En su contundente libro *El proceso de investigación en arqueología*, el chileno Luis Felipe Bate hace un llamado a los arqueólogos latinoamericanos a unirse para "saltar el pantano de la incomunicación y el localismo mediocre a que estamos sometidos por las restricciones económicas y el bombardeo ideológico del neoliberalismo" (Bate, 1998: 23).

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

logía social representa la ruptura de la arqueología latinoamericana con la llamada New Archaeology. Así, al fundamento metodológico del neopositivismo o positivismo lógico, los arqueólogos sociales han contrapuesto y afianzado el materialismo histórico y, en vez de fijar su objeto de estudio en los procesos de conducta cultural con el fin de establecer una teoría de la cultura, se han fijado como objeto el estudio de las relaciones esenciales de la sociedad, con la finalidad de la reconstrucción histórica, superando los niveles de registro, conteo y descripción de objetos y fenómenos.

Mientras la corriente norteamericana estudia las estructuras y las reglas formales de combinación entre los fenómenos particulares y hace uso de la teoría de sistema y de complejos modelos matemáticos y estadísticos, los arqueólogos sociales hacen énfasis en el análisis y la reconstrucción de los procesos productivos y en las estructuras económicas de las sociedades, y emprenden estudios para definir las características y regularidades de las formaciones economicosociales, con la incorporación de nuevas categorías brindadas por otras ciencias sociales, por lo que conceptos como "modo de vida" y "vida cotidiana" enriquecen los análisis de la formación economicosocial de la comunidad primitiva conocida modernamente por los arqueólogos como sociedad igualitaria (Lumbreras, 1984: 115; y Gándara, 1992: 93) o comunitaria.

Como ya se dijo, en nuestro país, aunque el enfoque positivista continuó enraizado en la orientación de los trabajos de campo hasta bien avanzada la década del ochenta, la explicación o reconstrucción general se emprendió desde la visión del materialismo histórico, lo que facilitó la elaboración de numerosos e importantes trabajos.

Sin embargo, ha sido patente el distanciamiento existente entre la arqueología en Cuba y la arqueología social latinoamericana, aunque existen coincidencias entre ambas en cuanto a los fundamentos filosóficos. Este hecho tiene una historia cuya génesis ya fue analizada en un breve comentario de uno de los libros más importantes acerca de los aborígenes de Venezuela, escrito por I. Vargas-Arenas y M. Sanoja (La Rosa, 1991: 171).

Sin embargo, el siglo XXI está poniendo a prueba los recursos y métodos tradicionales usados por los arqueólogos, y cada día son más los que se dan cuenta de la necesidad de aunar esfuerzos con los colegas que durante cuarenta años han enriquecido el campo de la arqueología en América Central y del Sur, y han sido capaces de ofrecer un paradigma alternativo al angloamericano.

Recordemos que Jean Paul Sartre afirmó en su *Crítica de la razón dialéctica* que el marxismo, como concepción de la realidad, surgió en determinadas condiciones históricas (las del capitalismo) que mientras persistan, la concepción marxista constituirá el horizonte cognitivo de la época (citado por Bate, 1998: 12).

Se hace pues necesario que el arqueólogo de Cuba, en su función de antropólogo e historiador, si bien puede y debe dominar uno o varios de los campos y técnicas de análisis específicas de las evidencias, debe enfrentarse a la reconstrucción histórica de acontecimientos y de hechos o fenómenos sociales, pero con una experiencia directa con el medio, con el campo. Detrás de un buró y de espaldas al

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

terreno podrá hacerse erudición, pero nunca arqueología o antropología.

No basta con dominar las técnicas de evaluación y clasificación de la industria de la piedra tallada, de la cerámica aborigen, de la dieta o de las florecientes industrias europeas de los siglos XVI al XIX. Es imprescindible la inserción de lo estudiado en el proceso histórico general. Y es aquí cuando el arqueólogo tiene que moverse en el terreno de las categorías históricas, lo que demanda algo más que saber clasificar muy bien los tiestos. A mi juicio, ésta es una de las cuestiones a las que se les debe prestar especial atención en los próximos años.

Los informes de excavaciones o estudios de colecciones de evidencias arqueológicas desempeñan un papel muy importante dentro de la investigación arqueológica y constituyen escalones necesarios del conocimiento, pero el uso y sobre todo el abuso que de éstos se ha hecho en los encuentros científicos y en las publicaciones, se han prestado a confusión, y no son pocos los estudiosos que confunden la arqueología con una disciplina eminentemente empírica y descriptiva. Es claro que estos niveles del conocimiento guardan relación con las etapas de toda investigación en este terreno, y no necesariamente debe esperarse al final para exponer los resultados. El intercambio académico de las diferentes fases o resultados parciales de la investigación permite profundizar, intercambiar criterios, y evita repetir lo ya alcanzado; en fin, reorientar el proceso hacia metas más novedosas, por lo que no debe desecharse la divulgación de resultados parciales, pero siempre saber que ése no constituye el fin de la investigación.

Precisamente puse como ejemplos las obras de síntesis históricas generales o parciales, realizadas en Cuba, porque ellas son expresión de la forma en que los arqueólogos en la Isla elevaron sus análisis desde la descripción factual a la discusión de categorías científicas. En la misma medida en que se perfeccione el lenguaje o códigos descriptivos y evaluativos, y consecuentemente se establezca la analogía entre el paradigma formal del registro y el paradigma conductual o dato etnográfico, la arqueología de Cuba ascenderá por la empinada cuesta del siglo XXI.

BIBLIOGRAFÍA

ALONSO, E. (1995). *Fundamentos para la historia del guanahatabey de Cuba*. Editorial Academia, La Habana.

BATE, L. F. (1998). *El proceso de investigación en arqueología*. Grijalbo Mondadori, Barcelona.

BINFORD, L. (1991). *En busca del pasado*. Editorial Crítica, Barcelona.

CALVERA, J., R. FUNES y F. CUBA (1991). "Investigaciones arqueológicas en Cubitas, Camagüey". En *Arqueología de Cuba y de otras áreas antillanas*. Editorial Academia, La Habana, pp. 522-542.

CALVERA, J. *et al.* (1996). "El sitio arqueológico de Buchillones". *El Caribe Arqueológico*, Santiago de Cuba, no. 1, pp. 59-67.

DACAL. R. (1968). "Introducción a la arqueología de la península de Guanahacabibes, Cuba". En *Serie Pinar del Río, no. 14*. Academia de Ciencias de Cuba, La Habana.

———— (1978). *Artefactos de concha en las comunidades aborígenes cubanas*. Museo Montané, La Habana.

DACAL, R. y M. RIVERO DE LA CALLE (1986). *Arqueología aborigen de Cuba*. Editorial Gente Nueva, La Habana.

DAVIS, D. D. (1996). "Revolutionary Archaeology in Cuba." *Journal of Archaeological Method and Theory*, Plenum Publishing Corporation, EUA, vol. 3, no. 3, pp. 159-188.

DOMÍNGUEZ, L. (1980). "La cerámica transcultural en el sitio colonial Casa de la Obrapía." En *Cuba*

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

Arqueológica II. Editorial Oriente, Santiago de Cuba.

——— (1984). *Arqueología colonial cubana: dos estudios*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana.

——— (1991). *Arqueología del centro sur de Cuba*. Editorial Academia, La Habana.

——— (1998). "Los materiales cerámicos". En *Naufragio en Inés de Soto, un hallazgo de cuatro siglos*. Carisub, CIMEX S.A., La Habana, pp. 157-181.

FEBLES, J. (1988). *Manual para el estudio de la piedra tallada de los aborígenes de Cuba*. Editorial Academia, La Habana.

FERNÁNDEZ, R. y J. B. GONZÁLEZ (2001). *El enigma de los petroglifos aborígenes de Cuba y el Caribe insular*. Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello, La Habana.

GÁNDARA, M. (1992). "El análisis teórico: aplicaciones al estudio del origen de la complejidad social". *Boletín de Antropología Americana*, México, no. 25, pp. 93-103.

GODO, P. P. (1997). "El problema protoagrícola de Cuba: discusión y perspectivas". *El Caribe Arqueológico*, Santiago de Cuba, no. 2, pp. 19-30.

GUARCH, J. M. (1978). *El taíno de Cuba. Ensayo de reconstrucción histórica*. Instituto de Ciencias Sociales, La Habana.

——— (1996). "La muerte en las Antillas". *El Caribe Arqueológico*, Santiago de Cuba, no. 1, pp.12-25.

——— (2001). "Crónica para el innominable". *El Caribe Arqueológico*, Santiago de Cuba, no. 5, pp. 29-33.

JARDINES, J. y J. CALVERA (1999). "Estructuras de viviendas aborígenes en los Buchillones". *El Caribe Arqueológico*, Santiago de Cuba, no. 3, pp. 44-52.

JOURALIEVA, I. (2002). "Origen de la alfarería de las comunidades protoagroalfareras de la región central de Cuba". *El Caribe Arqueológico*, Santiago de Cuba, no. 6, pp. 35-43.

JOURALIEVA, I. y N. GONZÁLEZ (2000). "Las variaciones climáticas y la reutilización del espacio habitacional a través de la alfarería aborigen". *El Caribe Arqueológico*, Santiago de Cuba, no. 4, pp. 35-39.

LA ROSA, G. (1994). "Tendencias en los estudios sobre el arte rupestre en Cuba: retrospectiva crítica". *Revista Cubana de Ciencias Sociales*, La Habana, no. 29, pp. 135-153.

——— (2000). "Perspectivas de la arqueología histórica en Cuba en los umbrales del XXI". *Revista Bimestre Cubana*, La Habana, época III, vol. LXXXVII, no. 12. pp. 124-135.

——— (2002). "La reutilización del espacio fúnebre en comunidades de economía apropiadora". *Revista Cubana de Ciencias Sociales*, La Habana, no. 32, pp. 87-102.

——— (2003). "La orientación este de los entierros aborígenes en cuevas de Cuba: remate de una fábula". *Latin American Antiquity*, vol. 14, no. 2, pp. 143-157.

LA ROSA, G., IRAIDA VARGAS y M. SANOJA (1991). "Arqueología, ciencia y sociedad". *Revista Cubana de Ciencias Sociales*, La Habana, año 9, no. 21, pp. 171-173.

LUMBRERAS, L. G. (1984). *La arqueología como ciencia social*. Casa de Las Américas, La Habana.

MARTÍNEZ, A y A. RIVES (1990). "Cueva Calero: recinto funerario aborigen de Cuba". *Revista Cubana de Ciencias Sociales*, La Habana, no. 24, pp. 142-157.

MORALES PATIÑO, O. (1950). *Guamuhaya*. Antropología, contribución del Grupo Guamá, no. 15, La Habana.

MOREIRA DE LIMA, L. (1999). *La sociedad comunitaria de Cuba*. Editorial Félix Varela, La Habana.

ORTIZ, F. (1935). *Historia de la arqueología indocubana*. Editorial Cultural, La Habana.

PATTERSON, T. (1990). "Algunas tendencias teóricas de la posguerra en la arqueología estadounidense". *Boletín de Antropología Americana*, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México, no. 21.

RIVERO DE LA CALLE, M. (1966). *Las culturas aborígenes de Cuba*. Editora Universitaria, La Habana.

——— (1985). *Nociones de anatomía aplicadas a la arqueología*. Editorial Científico Técnica, La Habana.

RIVES, A. (1976). "Espeleología histórica. Acerca de la discutible existencia de sacrificios humanos entre los recolectores indocubanos". *Boletín de la Sociedad Venezolana de Espeleología*, Venezuela, no. 13, pp. 47-56.

SAMPEDRO, R., G. IZQUIERDO y R. VILLAVICENCIO (2001). "Tecnología y tipología en la tradición paleolítica de Villa Clara. Una primera interpretación". *El Caribe Arqueológico*, Santiago de Cuba, no. 5, pp. 52-61.

SCHIFFER, M. (1991). "La arqueología conductual". *Boletín de Antropología Americana*, México, no. 23, pp. 31-37.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

SUÁREZ, A. y L. B. MARICHAL (2001). "Sistema de asentamiento de comunidades protoagroalfareras en la cuenca del río Banes, provincia La Habana". *El Caribe Arqueológico*, Santiago de Cuba, no. 5, pp. 89-95.

TABÍO, E. (1988). *Introducción a la arqueología de las Antillas*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana.

TABÍO E. y E. REY (1966). *Prehistoria de Cuba*. Editorial Academia, La Habana.

TRINCADO, M. N. (1984). *Introducción a la protohistoria de Cuba*. Editorial Oriente.

ULLOA, J. (1999). "Aproximación a la cerámica temprana en el Caribe". *El Caribe Arqueológico*, Santiago de Cuba, no. 3, pp. 28-42.

ULLOA, J. y R. VALCÁRCEL (1997). "Las comunidades apropiadoras ceramistas del sureste de Cuba. Un estudio de su cerámica". *El Caribe Arqueológico*, Santiago de Cuba, no. 2, pp. 31-40.

ULLOA, J. *et al.* (2001). "La alfarería temprana del centro-oriente de Cuba. Un análisis arqueométrico". *El Caribe Arqueológico*, Santiago de Cuba, no. 5, pp. 34-41.

VALCÁRCEL, R. (2002). *Banes precolombino: la ocupación agricultora*. Ediciones Holguín, Holguín.

VARGAS-ARENAS, I. (1996). "La arqueología social: un paradigma alternativo al angloamericano". *El Caribe Arqueológico*, Santiago de Cuba, no. 1, pp. 3-7.

Archaelogical science at the beginning of the 21st century in Cuba—Challenges and perspectives

After forty years of tireless slogging away to match the rhythm of their time, both the archaelogist and archaelogy in Cuba have just freed themselves from positivist tangle. In the last years—characterized by dramatic changes in methods, styles, and ways of studying and doing things in the field of social sciences—some cling to methods of the particular sciences to increase the information source of the material evidences. Nonetheless, a few go beyond the factual description stage and occasionally, on trying to overcome the pitfall, fall in serious inconsistencies due to the lack of know-how to handle the necessary scientific categories. Thus, it becomes imperative to review what has happened in this field in the last forty years to keep going. The present work does not pretend to give a final answer because the solutions must be coped with within—and from—the archaelogical universe. As it is well known, there are no simple answers to complex problems. It just tries to assess what has been done so far to highlight successful results, and to isolate some of the problems to which efforts must be directed, if progress in tune with the present times is to be made.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

La arqueología en la construcción de un discurso sobre identidad cultural en Cuba

JESÚS RAFAEL ROBAINA JARAMILLO
MIRIAM CELAYA GONZÁLEZ
OSCAR PEREIRA PEREIRA

La arqueología en la construcción de un discurso sobre identidad cultural en Cuba

Hoy por hoy, en toda sociedad se asume por identidad cultural muy poco o casi nada acerca de la obra y conocimiento de las entidades humanas históricamente subordinadas. Seguir ese procedimiento nos aleja de los objetivos que puedan sembrar una definición propia y abarcadora sobre la identidad. En esa perspectiva la arqueología cobra un sentido novedoso al proponer un modelo de interpretación social en el que la preservación y manejo del patrimonio aborigen se estiman preeminentes a la propuesta de un derecho y una obligación de todos los involucrados en ese mismo proceso de identidad cultural y nacional que se construye. El siglo XXI en Cuba nos reclama promover opciones y medidas que garanticen la identidad espiritual y la herencia histórica de nuestro pueblo para el futuro.

JESÚS R. ROBAINA JARAMILLO
Arqueólogo. Centro de Antropología.
antropol@ceniai.inf.cu
RAFAELROBAINA@YAHOO.COM

MIRIAM CELAYA GONZÁLEZ
Investigadora. Centro de Antropología.
ANTROPOL@CENIAI.INF.CU

OSCAR PEREIRA PEREIRA
Investigador. Centro de Antropología.

INTRODUCCIÓN

Hoy por hoy en toda sociedad se asume por identidad cultural muy poco o casi nada acerca de la obra y el conocimiento de las entidades humanas históricamente subordinadas. Desde el surgimiento del Estado como institución y bajo la necesidad preferente de autenticar procedimientos o políticas de hegemonía, la construcción de ese concepto, así como las sucesivas

CONTRAPUNTEOS

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

y determinantes acepciones que lo califican, se circunscriben a un modelo universal, en el que predominan omisiones y mutismos sobre aquellos espacios de la sociedad necesarios de aquietar y callar. Por eso, de identidad se trata cuando hay grupos humanos —pueblos o etnias, minorías nacionales o, en general, sectores microsociales subalternos— diferenciados y con proyectos propios al lado o frente a las prácticas y discursos oficialmente establecidos (García Alfonso, 2002: 28-29). Debe asumirse que en esos discursos también existe, si se quiere, un tipo de identidad, pero contraria a la de los que buscan la propia, en el multivariado escenario social de la resistencia y el anonimato involuntario. De ahí que, desde sus propios orígenes, el término "identidad" se haya sostenido en una estimación contradictoria, porque al identificar o diferenciar individuos, grupos y comunidades, se establecen pautas de separación que, al mismo tiempo, se unifican en la búsqueda de rasgos comunes al presentar las colectividades sociales. Es, en consecuencia, un concepto que opera tanto con la inclusión de "algunas identidades" como con la exclusión de otras; también porque siempre se ha esbozado desde posiciones de dominio instauradas en los eurocentros de poder. En su desarrollo teórico, acrecentado en los últimos veinte años, se han tomado diversos derroteros que, afianzados básicamente en los ejemplos de las diferentes ciencias sobre el hombre, le asignan un contenido multifacético y ecléctico, asunto que lo convierte, por demás, en un reto al intentar enunciarlo como concepto plausible y dialéctico, fluido, sistemático y abarcador. El otro asunto, muy importante, apunta a que no siempre se asumen, ni se han asumido, todas las ciencias del hombre y sobre éste en la definición o entelequia de lo que se entiende por identidad cultural o nacional.

De tal manera, la arqueología ha padecido el menosprecio de no ser convocada a la plataforma teórica de lo que se discute por identidad; entre otras razones (tratadas en este trabajo), ha incidido la ignorancia o privación del sentido válido en cuanto a los postulados que, como ciencia, admite en su acontecer histórico. Acontecer que en una etapa germinal de la ciencia sirvió para la justificación de determinadas agendas políticas, muchas veces encargadas del saqueo y la destrucción del patrimonio arqueológico de los pueblos sometidos por esos mismos centros emisores de poder. Sin embargo, soslayar la arqueología como ciencia, en el contenido de lo que se entiende por identidad, se ha convertido en una amputación de su sentido humanístico y social, divorciándola de todo contorno sobre lo que hoy se discute en el tercer mundo y Latinoamérica como condicionante para vindicar el patrimonio nativo del período histórico precolonial.

En tal sentido, el concepto "identidad" ha quedado incompleto al evadir en él las pautas de racionalidad que abogan por admitirlo en el modelado de una conciencia histórica, no desde el propio momento de esa conquista, sino desde un amplio espacio de tiempo anterior a ésta, y que inobjetablemente incide sobre la realidad identitaria de esos pueblos.

Infortunadamente tal omisión también nos compete a nosotros, aquí en Cuba, porque todavía en la actualidad no somos capaces de revelar en nuestras definiciones —o intentos de ellas— una propuesta de identidad en la que el patrimonio indígena cuente, más allá de cualquier

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

subjetividad científica, como una realidad factual, portadora de una percepción y de una autoconciencia propias en términos de continuidad y permanencia del proceso histórico.

Los antecedentes de lo que hoy llamamos identidad cultural no son sólo inteligibles desde el transcurso histórico de la conquista y la colonización refrendado en documentos escritos de la época, sino desde el amplio período anterior (más de seis mil años atrás), grabado en las evidencias —ya sean exiguas o numerosas— que aporta el sitio arqueológico como recurso irreversible. Resulta indiferenciable en todo proceso histórico, aunque alguno con más énfasis corresponda a la génesis de la nación.

Con el reconocimiento de esta propuesta entraríamos de lleno en lo que nosotros, como nación, asumimos como propio. Además, porque estudiar y desentrañar un sitio aborigen implica otorgarle un aliento de contemporaneidad a la evidencia del poblador de estas tierras, lejano en el tiempo, pero no ajeno. Y lo más significativo es que se posesiona en el aliento de una realidad objetiva que solamente es reconocida en el escenario social e identitario que esa misma realidad convoca. Trazar otro procedimiento nos alejaría de los objetivos que puedan sembrar una definición propia y abarcadora sobre la identidad. En síntesis, lo acertado sería acercarnos a un nosotros actual desde el (re)conocimiento de un pasado remoto, para aportar al debate público lo que aún se mantiene incompleto. En esa perspectiva la arqueología cobra un sentido novedoso al proponer un modelo de interpretación social en el que la preservación y el manejo del patrimonio aborigen se estiman preeminentes a la propuesta de un derecho y una obligación de todos los involucrados en ese mismo proceso de identidad cultural. Sólo así ella es sinónimo de bienestar social y garantía de una herencia histórica del futuro.

ARQUEOLOGÍA Y DISCURSO SOBRE LA NACIÓN: GÉNESIS DE UNA ANTIGUA POLÉMICA

La historia de la arqueología como ciencia en Cuba se presenta permeada de disímiles paradojas, algunas de ellas fundamentadas en los propios empeños de los llamados padres fundadores de la ciencia en el siglo XIX. Tal es el caso del célebre naturalista español Miguel Rodríguez Ferrer, quien demarca el primer período para esta disciplina al ser el iniciador de las exploraciones y excavaciones en nuestro país. Sus trabajos de campo de 1847 revelaron hallazgos de las culturas de Cuba, elaborados con un nivel de facturación que a todas luces desmitificaba la concepción eurocentrista acerca de aquellos antiguos pobladores "atrasados" y a los que era preciso "civilizar": discurso reiterativo y moldeador de todo el período de la conquista. Sin dudas, la obra en que Rodríguez Ferrer refleja los frutos de sus trabajos de búsqueda histórica (Rodríguez Ferrer, 1887) contribuyó al conocimiento del período precolonial de la Isla, a pesar de que la visión sobre las valiosas evidencias por él colectadas no rebasara el estrecho marco de los intereses coleccionistas propios de la época. De hecho, Rodríguez Ferrer representa una posición de compromiso extranjero hacia un fenómeno curioso pero distante, y sus estudios como peninsular no encierran la intención de aportar ideas para la

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

edificación de una narración identitaria sobre los hallazgos.

Sin embargo, en el propio siglo XIX surge otra tendencia representada por especialistas cubanos formados en Europa. Sus principales figuras, Arístides Mestre y Luis Montané, pretenden establecer, mediante la búsqueda de restos fósiles, una magnificada antigüedad del hombre en Cuba. Los trabajos de Mestre (1925) y Montané (1887) se insertaban en las investigaciones impulsadas por la Sociedad Antropológica de Cuba, inaugurada el 26 de julio de 1877 y una de las primeras de América. Desde el propio discurso inaugural de quien fuera su primer presidente, el eminente científico Felipe Poey, se sentaban las pautas de los intereses científicos de sus miembros: las investigaciones sobre los primitivos pobladores de Cuba, que incluían los aspectos antropológicos y lingüísticos. Asimismo, la propuesta de Poey se enmarca en el desarrollo de una antropología cubana y en los deseos de que a partir de ésta se configurara una apreciación sobre la continuidad historicocultural como pueblo en la conformación de una nación.

No obstante ser esta Sociedad efectiva sólo durante catorce años,[1] la Academia de Ciencias de La Habana continuaría los trabajos de investigación antropológica con la destacada labor de Carlos de la Torre y Luis Montané. Es un período marcado por el reconocimiento de la importancia de las investigaciones sobre el pasado en los foros académicos.

Casi al mismo tiempo el espacio cultural pugnaba por la defensa de lo aborigen y su posición en lo criollo y en el tenue discurso de lo que posteriormente ahondaría en lo cubano: el movimiento siboneyista. Así, este movimiento cobraría fuerzas en la poesía, como vertiente del romanticismo, que insertaba en la literatura los valores de lo americano. Sus figuras cimeras fueron José Fornaris (1827-1890) con su obra *Cantos del siboney* de 1855, en la que combina —no siempre con acierto— palabras indígenas en la versificación; y el también muy popular Juan Cristóbal Nápoles Fajardo, El Cucalambé (1829-1862), cuya poesía sencilla y musical evoca la vida de los aborígenes de Cuba (Henríquez Ureña, 1967).

Por su parte, también los historiadores desarrollaban indagaciones en torno a lo indígena, lo que determinaba en sus obras un reforzamiento de lo autóctono. Este período está marcado por un aventurado auge intelectual en Cuba, apoyado en profundos estudios académicos, en el que descollaron figuras como Bachiller y Morales (1845, 1883, 1886), José María de la Torre (1842) y Esteban Pichardo (1875), que estudiaron las bases para los ulteriores estudios sobre nuestras culturas del período de la preconquista. El espectro académico abarcaba así investigaciones de carácter histórico, etnográfico y lingüístico en la búsqueda del conocimiento del pasado histórico de la Isla desde la perspectiva de la intelectualidad cubana, un acercamiento a la historia de la nación por los propios nacionales.

No era casual el pujante movimiento intelectual que intentaba rescatar lo ori-

[1] Sus funciones culminaron el 1o. de marzo de 1891. Sin embargo, la Sociedad existió pasivamente cuatro años más, pues en las sesiones solemnes de la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana aparecen citadas, hasta el año de 1895, distintas personas en representación de la Sociedad, no así después de esa fecha en que parece haberse extinguido completamente (Rivero de la Calle, 1966: vii-viii).

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

ginario. En la realidad política y social de la Isla cobraba fuerzas un movimiento de nación, un NOSOTROS diferenciado de la metrópoli, en medio de un debate en el que participaban ideas separatistas u anexionistas que, no obstante su antagonismo y su grado de radicalización, tenían en común la misión de la necesidad del cambio. De estas tendencias, la separatista sustentaba un sentimiento nacional que caracterizó lo más radical de todo el panorama político cubano del siglo XIX.

Justamente a finales del propio siglo comienzan a llegar especialistas e investigadores foráneos, encomendados y subvencionados por instituciones y políticas de gobiernos que tenían por fin demostrar la valía de un nuevo señorío hegemónico: el norteamericano, toda vez que las primigenias culturas no parecían ofrecer grandes aportes en la construcción de una noción de identidad y menos aún de nacionalidad. Se iniciaba así una nueva etapa para la arqueología en Cuba, cuyo carácter contradictorio reside en que, por una parte, se produce el saqueo de un patrimonio cuyo destino inmediato fue enriquecer los fondos de los grandes museos imperiales; pero, por otra, tuvo un significativo aporte en el manejo de los sitios, por cuanto se impusieron modelos de investigación científica en el que predominaron la atención y cuidado de las excavaciones, así como un pormenorizado recuento del trabajo exploratorio y de prospección. Los arqueólogos J. Fewkes (1907) y M. Harrington (1921) fueron pioneros de este movimiento, que tuvo continuación en las primeras décadas del siglo XX. Los resultados de la escuela norteamericana, empero, no abrigaron intereses de insertar el conocimiento de lo aborigen a los componentes de la nacionalidad en emergencia. Reforzar un conocimiento distante de las sociedades aborígenes en correspondencia con la identidad cubana, favorecía el ejercicio de poder en el modelo social que se revalidaba (seudorrepublicano, como mala imitación del norteño). En ese contexto los aborígenes eran "los otros", los desconectados de lo actual (la modernidad) o invisibles "desaparecidos" de quienes sólo se necesitaba conservar el espectro de sus artefactos en los sitios que mucho tiempo atrás habían sido sus espacios. Y, en todo caso, un museo también podía satisfacer esos afanes.

En la segunda década del siglo XX el ingeniero cubano José A. Cosculluela realiza una serie de trabajos en la Ciénaga de Zapata destinados a la instalación de la vía férrea que daría acceso al central azucarero Australia. Estas labores lo conducirían al descubrimiento de un conjunto de montículos que guardaban restos humanos correspondientes a una de las más primitivas culturas de Cuba. Incentivado el interés de Cosculluela ante los hallazgos, inicia intensas labores de búsqueda que desembocaron en lo que puede considerarse la primera campaña de rescate, salvataje y manejo "in situ" de los valores arqueológicos patrimoniales del país. Es sin dudas el primer intento de establecer en Cuba políticas de manejo de sitios arqueológicos asociados a construcciones y movimientos de tierra en determinados ecosistemas, para lo cual Cosculluela recabó (y obtuvo) fondos gubernamentales y el financiamiento de instituciones que, por su parte, se encomendaron a explicar aquel olvidado segmento de la identidad cultural.

Los trabajos de Cosculluela, en la Ciénaga de Zapata, quedaron publicados en

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

una antológica obra de la arqueología de Cuba, cuya primera edición vio la luz en 1918.[2] Aunque esta obra proyecta un discurso sobre los aborígenes de Cuba un tanto neutro, tiene el innegable mérito de comprometerse desde posiciones nacionales en la temática sobre lo indígena, al tiempo que reporta una nueva cultura arqueológica, la más antigua para la época, y adelanta observaciones de carácter histórico, topográfico y etnográfico sobre una región prácticamente desconocida del país. Asimismo, a la vez inserta el estudio de sitios arqueológicos en el medio natural que los contiene, una posición sin duda novedosa y un verdadero aporte a la naciente arqueología científica de Cuba.

En las décadas de los años treinta y cuarenta del siglo XX el sabio Fernando Ortiz desarrolló intensas labores de investigación sobre importantes y muy disímiles aspectos de la cultura nacional. Su fecunda obra abarca un amplio espectro teórico que fundamenta aspectos raigales de la identidad cubana. Acaso la síntesis más acabada de su pensamiento en torno a lo que llamamos identidad cultural cubana esté expresada en la conferencia que dictara el 28 de noviembre de 1939 en la Universidad de La Habana (Ortiz, 1940), en la que analiza los componentes materiales y espirituales de la cubanidad más allá del estrecho concepto geográfico y de cualquier tendencia o estereotipo. Ortiz busca aquí una definición que caracterice la "cubanidad" tal como él la llama, desde un punto de vista sociológico, psicológico y etnográfico. Así apunta que "la cubanidad es principalmente la peculiar calidad de una cultura, la de Cuba. [...] es condición del alma, es complejo de sentimientos, ideas y actitudes" (ibíd.: 9). Y para la existencia de ella presupone la necesidad de la *conciencia* de ser cubano y la *voluntad* de quererlo ser. Al reconocer la esencia cultural de la identidad y manifestar que la cultura es un hecho social en los planos de la vida presente, así como de su historia y su devenir, Ortiz enfatiza el carácter creador de la cultura y considera que la cubanidad no está solamente en el resultado de la síntesis transcultural, sino también en el propio proceso de su formación, con los elementos que le son consustanciales, con los ambientes que la influyen y con los avatares que sufre. Y comprendiendo el carácter mestizo de nuestra cultura, señala que "para comprender el alma cubana no hay que estudiar las razas sino las culturas" (ibíd.: 16). Sin embargo, resulta contradictorio que, pese a la esencia dialéctica del concepto orticiano de TRANSCULTURACIÓN y los planteamientos mencionados aquí, este reconocido intelectual cubano negara la importancia del componente aborigen en nuestra cultura, limitándolo al aporte de algunos vocablos, objetos y unas pocas técnicas, entre otros elementos, como la dieta de ciertos tubérculos y otros aportes puntuales que se pierden en la urdimbre identitaria cubana. Los aportes de la espiritualidad aborigen quedaron excluidos del discurso de Ortiz, quien anuncia la muerte del taíno al asegurar que ha muerto su música, sus instrumentos, cantos y bailes, sus símbolos, sus artes plásticas, sus ídolos y su religión: "Todo lo sacro de los indios murió y se fue con ellos" (ibíd.: 18). Este criterio orticiano condujo, al menos en el ámbito cientificocultural, a la creencia en la desaparición total del indio y for-

[2] Se trata de *Cuatro años en la Ciénaga de Zapata*, reeditada en 1965 por la Comisión Cubana de la UNESCO.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

taleció el supuesto de que éste se había exterminado totalmente en Cuba desde el siglo XVI. De cierta manera, su autor —que dignificó lo indígena y su cultura material en la letra con obras de gran alcance, como *Historia de la arqueología indocubana* (1935), *Las cuatro culturas indias de Cuba* (1945) y *El huracán* (1948)— lo vio muerto en la pujanza y el hálito social que esa cultura material indígena, profundamente estudiada por él, le impregnaban a nuestra historia, a la génesis de lo nacional como parte de un proceso, repetimos, en términos de continuidad y permanencia históricas.

Aunque otros investigadores y estudiosos se empeñaran (de hecho se hizo)[3] en el rescate de los valores culturales aborígenes, incluso por la indagación arqueológica, estableciendo la territorialidad de algunas culturas primitivas (García Valdés, 1930), la posición de Ortiz aseguraba que el taíno (única cultura de la que reconoce algún aporte, como ya se mencionó) sólo ocupó un espacio efímero en la realidad emergente de la conformación de la identidad cultural; por tanto, cualquier otro fundamento era innecesario. Relevante fue la polémica seguida en torno a este asunto por el propio Ortiz y el historiador García Valdés, quien defendía la presencia de la cultura indígena taína en Pinar del Río.

Quizá el gran prestigio de una personalidad de la talla de Ortiz determinó la prevalencia de sus afirmaciones en el tiempo.[4] Aún hoy predominan los criterios del indio "exterminado" junto a su cultura. Ortiz rescataba, es cierto, los importantísimos componentes aportados por la población negra, y sobre todo aquellos incorporados a la "troncalidad" española de la cultura cubana (Ortiz, 1940: 21), pero excluyó otros, como el indígena. Y así su visión de la cubanidad se circunscribe a los elementos étnicos y culturales vivos de la sociedad; a saber, lo español y lo africano, con la adición, sin importancia, de otros componentes vestigiales, llegados a Cuba a través de las constantes inmigraciones de los más diversos puntos del planeta.

De esta suerte el propio Ortiz omitió para su concepto de cubanidad —y para el nuestro de identidad cultural hoy— el primer proceso de transculturación en la génesis de la nación cubana: el que necesariamente se produjo entre lo indio y lo español, entre lo indio y lo africano.

No sería sino hasta los años cuarenta y cincuenta que una nueva tendencia asumiría la negación de la extinción absoluta del indio: Felipe Pichardo Moya marca un importante hito en la arqueología de Cuba. Él logra certeramente desarrollar, a través de sus trabajos de campo y de su sólida obra escrita, una posición objetiva y dialéctica sobre la permanencia aborigen durante el proceso de formación de la nacionalidad cubana (Pichardo Moya, 1945a), así como sobre el papel de la

[3] Son relevantes en ese sentido los estudios de Rafael Azcárate y Rosell de 1938 *Historia de los indios de Cuba* y la obra de la doctora Fanny Azcuy Alón de 1941 *Psicografía y supervivencias de los aborígenes de Cuba*. En esta última se analiza la polémica en torno a la influencia de la música indígena en la música campesina cubana, sostenida entre Ortiz y Sánchez de Fuentes en 1927 (véanse páginas 82-90).

[4] Es bueno recordar la importante participación e influencia de la fecunda obra científica de Fernando Ortiz en la Junta Nacional de Arqueología y Etnología, de la cual fue presidente electo desde el 2 de septiembre de 1942 hasta su renuncia irrevocable, según sus palabras, el 5 de diciembre de 1949. Así consta en el libro 4 de las Actas de la Junta Nacional de Arqueología y Etnología, páginas 48-49 (inédito).

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

arqueología como medio para conocer nuestro pasado histórico y realizar una defensa integrativa de ese pasado en la sociedad contemporánea. La obra de Pichardo Moya rescata lo aborigen como componente étnico de la nación cubana y descubre su valía, destacando que el aborigen fue capaz de sobrevivir a un medio social que le resultaba hostil. Otro relevante aporte de Pichardo Moya fue señalar la correspondencia que existe entre el sitio aborigen y el ecosistema (Pichardo Moya, 1945b) al establecer un paralelo entre las culturas aborígenes y el medio ambiente en que se desarrolló cada una, con lo cual adelantaba un pensamiento verdaderamente revolucionario para la época, ya que puede ofrecer alternativas de convivencia para el hombre ante las hostiles condiciones que impone la tecnología y el desarrollo actual al mundo moderno. Meritoria labor llevaría replantearse los postulados de este importante indagador cubano. Reto y voluntad necesitaría quien lo inicie.

La actividad científica de Pichardo Moya se inserta en las labores desarrolladas por la que primero sería la Comisión Nacional de Arqueología (1937). Más tarde se crearía la Junta Nacional de Arqueología y Etnología (1941), que tuvo particular relieve en el tácito reconocimiento de una herencia indígena: aplicó una consecuente política de conservación de sitios y, más importante aún, aportó el trazado, ya no tan difuso, de un discurso sobre identidad nacional al que se integraba de manera indivisible el componente aborigen. Fue una etapa que se caracterizó por un desarrollo sin precedentes de la arqueología científica en Cuba, en la que el debate teórico alcanzó sus más altos niveles y se desplegaron amplios trabajos de campo con métodos científicos controlados.[5]

Después de 1959 la arqueología cubana cobró para sí un nuevo espacio de reconocimiento oficial: en 1961 se creaba el Departamento de Arqueología adscrito a la revolucionaria Comisión para la creación de la Academia de Ciencias de Cuba, que inicialmente dirigió el doctor Antonio Núñez Jiménez (Núñez, 1989). Después de sucesivos cambios, este departamento se convirtió en 1990 en el actual Centro de Antropología.

Desde los inicios, la formación y la superación de especialistas fueron tareas inmediatas de la nueva institución, así como el establecimiento de políticas proteccionistas de los sitios, que tuvieron su clímax en la Jornada de Salvamento de Sitios Arqueológicos, labor de rescate del patrimonio aborigen emprendida en 1970 por el arqueólogo J. M. Guarch junto a otros especialistas. Desdichadamente, el espíritu de campaña que marcó estos trabajos —no obstante la noble intención del empeño— menoscabó en gran medida los esfuerzos realizados. No se mantuvo una sistematicidad controlada sobre la evaluación del estado de los sitios, de su conservación, ni aun de la estrategia de las excavaciones; como resultado, ya en los comienzos de la siguiente década, la afectación al patrimonio arqueológico era en extremo sensible.

[5] La Junta Nacional de Arqueología y Etnología acogió en su seno a figuras tan importantes para la ciencia cubana como René Herrera Fritot, José Álvarez Conde, Carlos García Robiou, Felipe Pichardo Moya, José M. García Castañeda, Emilio Roig, Antonio Núñez Jiménez y a otros muchos investigadores y colaboradores que impulsaron las investigaciones arqueológicas en casi la totalidad del territorio nacional.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

Paralelamente, la arqueología cubana perdió fuerzas dentro del movimiento académico al no implantar sus propios razonamientos en el debate teórico sobre la identidad cultural. El punto de partida del pensamiento arqueológico y antropológico cubano, que desde el siglo XIX intentaba fijarse en el discurso nacional desde posiciones no siempre fuertemente cimentadas, se fue diluyendo de forma inadvertida. A la sazón apenas se conocía algún que otro hallazgo perteneciente a las culturas primitivas de Cuba; inobjetablemente se acometían laboriosos empeños para investigarlo, pero muchas veces el resumen final despejaba dudas ya resueltas en otros contextos académicos. Es decir, algún que otro esfuerzo se dedicó a descubrir por segunda vez a América o a hacer un trillo allí donde existía una vía férrea, para expresarlo en los términos del publicista ruso Alexander Herzen. Otras veces tales estudios lindaban con la irracionalidad de constituir metas investigativas en repertorios descriptivos unidimensionales del registro arqueológico, imposibilitándole a cualquier lector, como sujeto operativo, la asimilación del *logos* encerrado en el lenguaje con que se procuraba explicar los vestigios materiales del pasado indígena. O sea, de manera paradójica, los años transcurridos desde entonces pusieron en nuestro conocimiento la existencia de más de dos mil sitios aborígenes ubicados a todo lo largo del territorio nacional, pero por las razones enunciadas excluyeron del debate académico todo argumento provechoso que por derecho autóctono le correspondía aportar a la construcción de la identidad cubana. Digamos que caímos en la tentación de una arqueología cuantitativa, apartada de la cualidad inmanente de ser y convertirse en objeto socializador, propugnante de una sistemática conservación de sus presupuestos como ciencia, de su credibilidad y confianza para contemporaneizar el pasado.

Es indiscutible que el conocimiento científico en general, y el arqueológico en particular, se enriquecieron con la inclusión de los métodos de investigación propios del materialismo dialéctico e histórico, pero contradictoriamente la aplicación mecanicista e inadecuada de sus categorías en muchos casos impidió un verdadero desarrollo de la teoría arqueológica con fines de utilidad social. Resulta incongruente, y lamentable a la vez, que en Latinoamérica se gestara y desarrollara desde los años setenta la arqueología social[6] como una respuesta frente a la penetración económica y cultural de los Estados Unidos, y con el objetivo de poner el conocimiento del pasado histórico al servicio de profundos sentimientos de identidad en los pueblos americanos del presente. Mientras tanto en Cuba la arqueología quedaba a la zaga de los antes citados postulados, un tanto anquilosada entre un mecanicismo dialéctico y un indiferentismo

[6] Desde los inicios de la década del setenta del pasado siglo y en coincidencia con procesos de profundos cambios de la conciencia social latinoamericana, marcados por las luchas de clases por la propiedad sobre la tierra y de los recursos naturales, por libertades políticas y, en general, por reivindicaciones sociales de las grandes mayorías explotadas, surge la arqueología social. Los postulados iniciales, enarbolados por Luis G. Lumbreras en1974, serían el núcleo gestor que agruparía a un sector de arqueólogos latinoamericanos decididos a desarrollar esta ciencia desde concepciones histórico-materialistas, como un método de hacerla partícipe de los problemas sociales, y a buscar en el pasado histórico respuestas y valores de los procesos identitarios contemporáneos del continente (ver Actas de Reunión de Teotihuacan, en Lorenzo, 1975).

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

materialista, disociados en un entramaje lingüístico enrevesado y al margen de ese proceso de autorreafirmación o autorreconocimiento que se estaba produciendo en nuestro continente.

ARQUEOLOGÍA Y RETOS A LA IDENTIDAD CULTURAL CUBANA EN EL SIGLO XXI

Desde la arqueología en Cuba, vemos que la construcción de un concepto de identidad ha tomado diversas posturas, no siempre reflejo de la realidad y el raigambre indígena de nuestro pueblo, menos teniendo en cuenta una plausible interpretación de los hallazgos aportados por las propias investigaciones. Pero en el mundo de hoy, cada vez más globalizado, se ofrecen dos tendencias antagónicas en el aspecto de la identidad de las naciones subdesarrolladas y en vías de desarrollo: por una parte, continúa la que reivindica la perpetuidad, como proyecto civilizatorio de Occidente, de las políticas de hegemonía y dominio: a tales fines se ha edificado un discurso sobre la base de supuestas inferioridades culturales de nuestros pueblos frente a las potencias dominantes; y por otra, la tendencia del pensamiento más progresista nacida del seno de nuestros propios pueblos, en la búsqueda y reconocimiento tácito de sus valores históricos y culturales como única definición auténtica de identidad hacia el futuro: se hace necesario recorrer el camino desandado, retomar la ruta perdida y reenfocar los objetivos.

El postulado que hoy se defiende desde la arqueología de Cuba, abre las perspectivas de esta ciencia, porque la vincula directamente a la realidad nacional y actual de nuestros pueblos. La arqueología no es una ciencia de lo muerto, de lo fenecido, de "lo que fue". La arqueología es una ciencia social sin la cual una nación como la nuestra, que no fue favorecida por un registro espectacular y duradero —como es el caso de las grandes culturas amerindias del continente—, no podría reconstruir su pasado histórico buscando una disertación identitaria.

La existencia del componente aborigen en nuestra cultura nacional no sólo continúa representado en múltiples objetos de la cultura popular, en la arquitectura más rústica de los campos de Cuba, en el conocimiento secular de la medicina verde o en determinados elementos de nuestra dieta, sino que además nuestra lengua es reflejo del intenso intercambio cultural entre europeos y aborígenes, y la presencia de numerosos vocablos indígenas en ella contenidos demuestra, según señala Valdés Bernal (1997), la falsedad de los criterios que plantean la rápida extinción del aborigen de Cuba. Sostiene este reconocido lingüista que sólo una larga convivencia en el proceso de transculturación indohispánica permite la persistencia de tan significativa lista de vocablos de origen aruaco que continúan vivos en el español contemporáneo de Cuba. A esto se puede añadir que más de 70 % de la toponimia cubana es también de origen aruaco. Es sabido que la lengua constituye un atributo inherente a la nación y parte fundamental de la expresión cultural de un pueblo: ¿puede entonces negarse la existencia del sustrato cultural aborigen aun cuando lo portemos de forma inconsciente?

Ciertamente los descendientes de los primeros pobladores de Cuba constituyen hoy una ínfima porción de la población campesina del extremo oriental del país, pero no es el tipo físico lo que determina la permanencia de los rasgos culturales de un

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

grupo o sociedad. El blanco que vive en la sociedad cubana actual porta los mismos rasgos somáticos de sus antepasados europeos, pero sin dudas no es ni se siente español, sino cubano; igualmente ocurre con los descendientes de las fatales víctimas de la trata esclava: ni su tez oscura ni sus rasgos físicos los hacen africanos. En tal caso no es de rigor que los indios estén físicamente representados en el amplio espectro racial de la nación, puesto que una parte del legado espiritual de su cultura sí está, como componente vivo de las tradiciones cubanas, objetivado en la lengua, las costumbres e incluso en determinados aspectos de la religiosidad.

Es justamente este punto el que nos acerca a las posiciones antropológicas actuales y a la de los arqueólogos sociales latinoamericanos en su percepción del patrimonio arqueológico, asumido no como un simple inventario de sitios u objetos, sino como expresión material de la continuidad de determinados eventos históricos de un mismo proceso.

No son pocas las influencias perniciosas que han desvirtuado los verdaderos valores de la arqueología latinoamericana en general, y cubana en particular. Además de la penetración económica y cultural de los Estados Unidos y de las influencias de sus teorías en el ámbito de las ciencias sociales, existe un erróneo concepto sobre la pobreza arqueológica antillana comparada con la de las grandes culturas del continente y otras universales. La mayoría del público, y aun buena parte de los círculos intelectuales de nuestro país (sin exceptuar los de las ciencias sociales), minimiza la significación de las culturas aborígenes antillanas ante la magnificencia de los grandes centros de poder de culturas como la egipcia, la mesopotámica y la inca, por sólo mencionar algunas de las más difundidas. Curiosamente, fueron los arqueólogos sociales del continente los primeros en llamar la atención sobre ese error, en primer término porque tales monumentos representan el modo de vida de una minoría en las sociedades antiguas y, en segundo lugar y más relevante, porque en cada país latinoamericano existe una arqueología que es parte inalienable de la historia continental y de la historia de cada pueblo en particular y que, por lo tanto, posee un valor arqueológico único por lo que contiene y representa (Lorenzo, 1975: 36).

Otro aspecto concerniente al binomio arqueología + identidad es el relativo a la conservación y manejo del patrimonio arqueológico, altamente afectado por agentes naturales y antrópicos y cuyo deterioro sigue en aumento. Las diferentes estrategias de manejo implementadas, como los censos arqueológicos provinciales y los intentos no logrados plenamente de conformar un Atlas Arqueológico Nacional, aportaron una amplia gama informativa sobre el pasado histórico aborigen, pero al mismo tiempo pusieron al descubierto una alarmante realidad que en muchos casos no fue posible conocer ampliamente: *el nivel de deterioro de los recursos arqueológicos.* A manera de ejemplo, pudiera tomarse la información emanada en cuatro provincias del país:

Provincia	No. de sitios	% de afectación	Fecha de la muestra
Pinar del Río	185	32,4	1986
La Habana	122	67	1992-1995
Sancti Spíritus	102	69,2	1989
Santiago de Cuba	128	59,3	1990

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

Si bien se trata de datos no concluyentes ni totalmente actualizados, al menos apuntan a un hecho que no debe quedar ignorado: no es posible construir con esa perspectiva un discurso sobre la identidad que incorpore la arqueología como ciencia, ya que en pocos años, tras el acelerado proceso de deterioro que sufre el objeto de estudio que la define como disciplina, éste habrá desaparecido.

No hay dudas de que el uso racional y el manejo de los recursos arqueológicos han de estar estrechamente vinculados a un discurso alternativo de identidad, y que ambos —manejo de sitios y reconstrucción del pasado de una identidad indígena relegada— son responsabilidad de la arqueología. De no aplicarse una política de manejo adecuada y consciente, ¿qué ocurrirá con el sitio arqueológico como recurso no renovable? Y ya en el plano teórico, ¿cuál es el pasado histórico y cuál nuestra identidad si queda segregado el componente primigenio? No se pretende aquí sublimar la figura aborigen para la definición de la identidad cubana, puesto que se ha demostrado que tal práctica sólo conduce a conceptos estereotipados, preconcebidos y trasnochados y, en consecuencia, ajenos a la realidad. Se trata de darle su justo lugar desde una visión científica, desprejuiciada y objetiva. La arqueología puede y está en condiciones de explicar desde su materia de estudio esa figura histórica (lo indígena) al punto de lograr establecerla en la contemporaneidad como un *referente de prestigio* que remite a un pasado autodefinido, que se presenta a los ojos del espectador completamente descontextualizado de una realidad histórica contemporánea, pero rodeado de una aureola de respetabilidad por su antigüedad y sus implicaciones históricas, independientemente de que éstas sean conocidas o no por ese observador.[7] Ha de aplicarse una política de manejo adecuada por el creciente proceso de pérdida de "señas de identidades" que traen aparejado la globalización económica y las nuevas tecnologías de la comunicación, en la medida en que estos fenómenos han producido una disolución de las particularidades de las sociedades y las comunidades a distintas escalas (Ruiz Zapatero, 2001).

Un reciente estudio de Carmen Ortiz (2001) demuestra cómo el patrimonio indígena, y en consecuencia la patrimonialización de la historia y la cultura, es un fenómeno que va más allá de los museos o la cultura material presente. Es un fenómeno típico de la moderna sociedad de masas, porque recurrir al patrimonio permite crear un núcleo de identificación y proximidad participativa local, y al mismo tiempo mostrar una imagen de construcción cultural de la diferencia, que es objeto de consumo por otros (Ortiz, 2001: 84).

Queda para nosotros establecido que no es posible la definición de un concepto de identidad desvinculado de los procesos históricos a que puede acceder la arqueología. Para el arqueólogo tales procesos están representados en el sitio:

[7] Son elocuentes las amplias preocupaciones de la población nacional hacia los hallazgos arqueológicos del período indígena, incluso las polémicas que se generan en torno a su pertenencia cultural y a la relación de los hallazgos con figuras indígenas referidas por los colonizadores. El caso reciente del supuesto, polémico y nada confirmado hallazgo de los restos del cacique Guamá puede servir de ejemplo sobre cómo el registro arqueológico es un referente de prestigio del pasado en la realidad presente (ver *Juventud Rebelde*, 28 de septiembre, 2003, p. 4).

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

cada sitio arqueológico es la representación material de una fracción del pasado histórico de la nación, objetivada en el registro de una cultura en un entorno natural dado.

Por todo ello, lo heredado de todas las décadas anteriores nos convoca a una reflexión entre especialistas, tomada de Mc Guimsey y citada por Gándara (1992: 180), que obviamente debemos registrar en la memoria:

> [...] nuestra generación ha de trabajar hacia la preservación de la información, ya que las fuerzas destructivas se multiplican de manera [exponencial] [...]. La generación siguiente no puede estudiar o preservar algo que ya ha sido destruido [...] por tanto [los profesionales] no pueden esperar a que otros preserven la herencia nacional si nosotros, que por interés o entrenamiento somos los mejores cualificados para ello, no asumimos un papel de liderazgo positivo en la educación pública.

Y es que el siglo XXI en Cuba nos reclama promover opciones y medidas que garanticen la identidad espiritual y la herencia histórica de nuestro pueblo para el futuro. No se trata de imponer trabas al necesario desarrollo de la nación en cuanto a planes de zonificación y microlocalizaciones turísticas, urbanísticas, agropecuarias, vinculadas a la defensa o de otra índole, sino de establecer planes de mitigación y contingencia, así como de salvamento, allí donde la inevitable afectación cobre una parte del patrimonio, o de trabajar interdisciplinariamente junto a aquellos que protegen el medio ambiente como necesidad de la existencia humana. El patrimonio aborigen es nuestro medio ambiente; justo es que obremos con él de modo sensible y respetuoso, porque en ello va la garantía de un futuro histórico propio: una definición que deberá ser de permanencia irreversible al poner en juego la tradición y memoria colectiva de una nación y un Estado nacional. Exigirle hoy, como especialistas, a la nación y al Estado su cuota de sacrificio y celo ante la salvaguardia del patrimonio, no nos convierte en "cubanos menores"; por el contrario, nos salvaría del holocausto que significa permitir la mutilación de nuestro pasado a sabiendas que, en términos arqueológicos por todos conocidos, éste no es renovable, ni recuperable.

Por consiguiente, un manejo racional de los recursos que integran el patrimonio arqueológico, en las condiciones actuales del país, significaría otorgarle, además, una función (valor de uso) en la estructura productiva (valor económico) de la sociedad, sin perder la perspectiva de que es un legado ancestral (valor cultural) que demanda la convocatoria pública y las voluntades políticas para su defensa. Aunque ya hemos perdido mucho, todavía podemos salvar mucho más.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Actas de la Junta Nacional de Arqueología y Etnología (1937-1961). Material inédito del fondo del Centro de Antropología.

Azcárate y Rosell, R. (1938). *Historia de los indios de Cuba.*

Azcuy Alón, F. (1941). *Psicografía y supervivencias de los aborígenes de Cuba.* Publicaciones de la Revista de Educación, La Habana.

Bachiller y Morales, A. (1845). *Antigüedades americanas. Noticias que tuvieron los europeos de la América antes del descubrimiento de Cristóbal Colón.* Oficina del Foro Industrial, La Habana.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

———— (1883). *Cuba primitiva: origen, lenguas, tradiciones e historia de los indios de las Antillas Mayores y Lucayas*. 2da. ed. Imprenta M. De Villa, La Habana.

———— (1886). *Estudio filológico-histórico para depurar las tradiciones religiosas de algunos indios americanos*. La Habana.

COSCULLUELA, JUAN A. (1918). *Cuatro años en la Ciénaga de Zapata*. La Habana.

FARIÑAS, D. (1995). *Religión en las Antillas*. Ed. Academia, La Habana.

FEWKES, JESSE W. (1907). "The aborigines of Porto Rico and neighboring islands". En 25th *Ann. Rept. Bur. Amer. Ethnol., 1903-1904*, Smithsonian Institution, Washington, D.C.

GÁNDARA, M. (1992). *La arqueología oficial mexicana. Causas y efectos*. Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.

GARCÍA ALFONSO, M. (2002). *Identidad cultural e investigación*. Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Juan Marinello, La Habana.

GARCÍA VALDÉS, P. (1930). *La civilización taína en Pinar del Río*. Trabajo de ingreso presentado por el académico correspondiente. Imprenta Siglo XX, La Habana.

HARRINGTON, MARK R. (1921). *Cuba before Columbus*. 2 vols. Indian Notes and Monographs, Museum of the American Indian, Heyes Foundation, New York.

HENRÍQUEZ UREÑA, M. (1967). *Panorama histórico de la literatura cubana*. Tomo I. Edición Revolucionaria, La Habana.

HERZEN, A. I. (1948). *Cartas sobre el estudio de la naturaleza* (en ruso). Ed. Naúka, Moscú.

LESCAILLE DURÁN, L. (2003). "Puede ser el cacique Guamá". *Juventud Rebelde*, 28 de septiembre, p. 4.

LORENZO, JOSÉ LUIS (comp.) (1975). *Actas de la Reunión de Teotihuacan*. México.

MESTRE, ARÍSTIDES (1925). *La antropología en Cuba y el conocimiento de nuestros indios (1894-1925)*. Anales de la Academia de Ciencias, La Habana.

MONTANÉ, L. (1887). *La antropología en Cuba. Consideraciones sobre el estado de importancia de la antropología en la isla de Cuba*. Discurso de la Sesión Inaugural de la Sociedad Antropológica.

———— (1911). *Supervivencia en Cuba del tipo étnico indio precolombino*. Informe sobre el Consejo Científico Internacional de Buenos Aires.

NÚÑEZ JIMÉNEZ, A. (1989). *Medio siglo explorando a Cuba*. Editorial del MINFAR, La Habana.

ORTIZ, CARMEN (2001). "Consumint tradició: elements patrimonials y locals en la publicitat alimentària". *Revista d'Etnologia de Catalunya*, no. 19, pp. 72-85.

ORTIZ, F. (1935). *Historia de la arqueología indocubana*. Colección de Libros Cubanos, vol. XXXIII, t. 2, pp. 23-458.

———— (1940). *Los factores humanos de la cubanidad*. La Habana, s.a. Folleto tomado de la *Revista Bimestre Cubana*, t. XLV, no. 2.

———— (1945). *Las cuatro culturas indias de Cuba*. Editorial Arellano, La Habana.

———— (1948). *El huracán, su mitología y sus símbolos*. Fondo de Cultura Económica, México.

PICHARDO, ESTEBAN (1875). *Diccionario casi razonado de voces indígenas*. La Habana.

PICHARDO MOYA, F. (1945a). *Los indios de Cuba en los tiempos históricos*. Imprenta El Siglo XX, La Habana.

———— (1945b). *Caverna, costa y meseta. Interpretaciones de arqueología indocubana*. J. Montero, La Habana.

RIVERO DE LA CALLE, M. (comp.) (1966). *Actas de la Sociedad Antropológica de la Isla de Cuba*. Comisión Cubana de la UNESCO.

RODRÍGUEZ FERRER, M. (1887). *Naturaleza y civilización de la grandiosa Isla de Cuba*. 2 vol. Imprenta de J. Norguera, Madrid.

RUIZ ZAPATERO, G. (2001). "Arqueología e identidad: la construcción de *referentes de prestigio* en la sociedad contemporánea". *Boletín Arqueoweb*, Internet, mayo, 2002.

TORRE, JOSÉ MARÍA DE LA (1842). *Mapa de la Isla de Cuba y tierras circunvecinas según las divisiones de los naturales con los derroteros que siguió el almirante don Cristóbal Colón por aquellos mares*. Imprenta Lemercier Bernard y Cía.

VALDÉS BERNAL, S. (1997). "Si de identidad cultural cubana hablamos, no olvidemos a la lengua española". En *Pensar en Cuba. La polémica sobre la identidad*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, pp. 107-141.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

Archaelogy in the construction of a discourse on cultural identity in Cuba

Nowadays, hardly any of the achievements and knowledge pertaining to historically subordinated human entities are assumed as cultural identity by each and every society. By following such an approach, we are not paying attention to the objectives that might consolidate an authentic and far-reaching definition of identity itself. In such a perspective, archaelogy acquires a new sense by proposing a model of social interpretation in which the preservation and the management of the aboriginal patrimony are considered pre-eminent to the proposal for both the right and the obligation of those involved in the process of cultural and national identity in progress. In Cuba, the 21st century urges us to promote options and measures that assure spiritual identity and historical heritage in the future.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

El poblamiento antiguo del Caribe. Análisis del ADN mitocondrial en preagroalfareros de la región occidental de Cuba

ANTONIO J. MARTÍNEZ FUENTES
CARLES LALUEZA-FOX
TOM P. GILBERT
ARÍSTIDES LAZO VALDIVIA
FRANCESC CALLAFELL
JAUME BERTRANPETIT

El poblamiento antiguo del Caribe. Análisis del ADN mitocondrial en preagroalfareros de la región occidental de Cuba

Se analizaron restos óseos humanos provenientes de tres sitios preagroalfareros del occidente de Cuba (cueva del Perico I y mogote de la Cueva, provincia de Pinar del Río; Canímar Abajo, provincia de Matanzas). Se recuperaron quince secuencias de la región hipervariable I (HVR-I) del ADN mitocondrial, pertenecientes a tres de los cinco linajes amerindios: A, C y D, con frecuencias de 0,07; 0,60 y 0,73 respectivamente. Los resultados apoyan el modelo de poblamiento del Caribe a través de movimientos migratorios sucesivos provenientes de América del Sur, aunque no se pueden descartar influencias de Norte y Centroamérica.

ANTONIO J. MARTÍNEZ FUENTES
Director de la Cátedra de Antropología Física y presidente de la Cátedra de Antropología de la Universidad de La Habana.
AJMF@FBIO.UH.CU

Los avances científicos en el área de la biología molecular en las dos últimas décadas han permitido el estudio del material genético humano antiguo. Dado que los restos óseos son los que mejor se conservan, gran parte de las investigaciones realizadas sobre ADN antiguo se

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

Carles Lalueza-Fox
Sección de Antropología, Departamento de Biología Animal, Facultad de Biología, Universidad de Barcelona, España.

Tom P. Gilbert
Ancient Biomolecules Centre, Universidad de Oxford, Reino Unido.

Arístides Lazo Valdivia*
Museo Antropológico Montané, Facultad de Biología, Universidad de La Habana.

Francesc Callafell
Unidad de Biología Evolutiva, Facultad de Ciencias de la Salud y de la Vida, Universidad Pompeu Fabra, Barcelona, España.

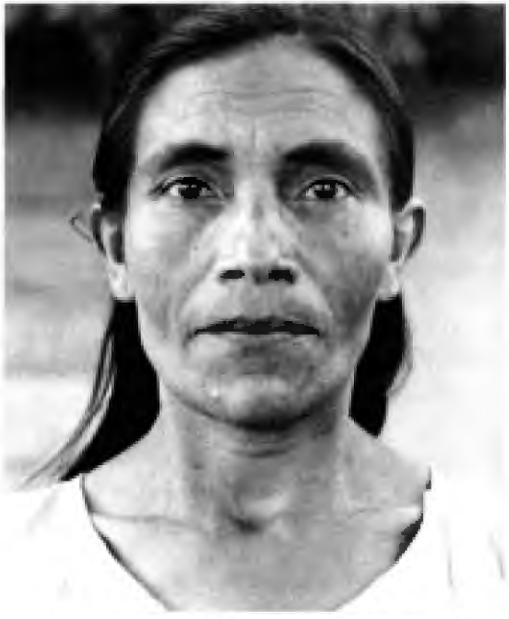
Jaume Bertranpetit
Unidad de Biología Evolutiva, Facultad de Ciencias de la Salud y de la Vida, Universidad Pompeu Fabra, Barcelona, España.

han realizado empleándolos como materia prima (Hagelberg y Clegg, 1991; Higuchi *et al.*, 1984; Horai *et al.*, 1989,1991; Pääbo,1989). Por otro lado, el ADN mitocondrial (ADNmt) es encontrado en gran número de copias dentro de la célula, y la probabilidad de encontrar moléculas de éste en muestras de restos óseos antiguos en un estado de conservación que permita su estudio es alta. Con el ADNmt humano se tiene la ventaja de estar completamente secuenciado (Anderson *et al.*, 1981), y también se sabe que las tasas de mutación son altas (Brown, George y Wilson, 1979; Wallace *et al.*, 1987). Estas mutaciones se mantienen, ya que prácticamente no existe recombinación de estas moléculas, las cuales se heredan por vía materna (Giles *et al.*, 1980).

Las aplicaciones del ADNmt en el estudio de la genética de poblaciones humanas, principalmente en el estudio de la variabilidad del ADNmt, han permitido la caracterización genética de éstas, debido a que un solo conjunto de variantes génicas se encuentran en altas frecuencias en una población determinada (Cann, Stoneking y Wilson, 1987; Wallace, Garrison y Knowler, 1985; Shurr *et al.*, 1990) y, dada su alta tasa de mutabilidad, se puede discriminar aún más entre poblaciones relacionadas (Torroni *et al.*, 1992). Asimismo, se emplean para establecer afinidades genéticas entre las poblaciones en el tiempo y en el espacio, es decir, permiten el estudio de la continuidad o variabilidad genética de las poblaciones en diferentes épocas, o para el

* Arístides Lazo Valdivia falleció en Ciudad de La Habana el 26 de septiembre de 2003. Se graduó de Licenciatura en Biología en la Universidad de La Habana en 2002. Su trabajo de diploma fue realizado con material de esta investigación y obtuvo la máxima calificación.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com



INDIOS DE YATERAS POR RIVERO DE LA CALLE. FOTOS: MUSEO MONTANÉ.

estudio de las poblaciones en diferentes áreas geográficas y para el análisis de las migraciones (Brown y Browen, 1992). La variación del ADNmt también puede ser útil para reconstruir patrones de migración humana y relacionar las características genéticas con las culturales (Torroni *et al.*, 1994).

En estudios con ADNmt de poblaciones amerindias se ha encontrado que presentan cinco linajes mitocondriales, llamados A, B, C, D y X (Torroni *et al.*, 1993a y 1993b) claramente distinguibles, lo cual contribuye a autentificar los resultados del ADN antiguo (Lalueza-Fox, 1996).

MATERIALES Y MÉTODOS

Se analizaron cuarenta y siete muestras de individuos preagroalfareros. Éstas pertenecen a tres sitios diferentes del occidente cubano: cueva del Perico, Pinar del Río, 1 990 ± 50 a. p. donde se tomaron muestras pertenecientes a 37 individuos; mogote La Cueva, Pinar del Río, 1 620 a. p. (SI-424) (Tabío y Rey, 1966), con 3 individuos; y Canímar Abajo, Matanzas, 4 700 ± 70 a. p. (UBAR-171) (Dacal Moure y Rivero de la Calle, 1996), con 7.

Los especímenes que se analizaron, fueron seleccionados entre una muestra más amplia, por su buen estado de preservación externa. El material óseo se conserva en el Museo Antropológico Montané, Facultad de Biología, Universidad de La Habana.

La extracción de ADN se llevó a cabo para minimizar el riesgo de contaminación con ADN exógeno en una sala de extracción de ADN antiguo especializado, con presión atmosférica positiva, separada del laboratorio principal y de la sala de extracción común. Se empleó una limpieza

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

rutinaria de superficies con hidróxido clorhídrico. Puntas de pipeta con filtro, lámpara de luz ultravioleta, guantes estériles, máscaras faciales y reactivos autoclavados y alicuotados en volúmenes pequeños, fueron algunas de las precauciones de anticontaminación adoptadas durante el proceso de la extracción.

El método de extracción fue similar al publicado por Lalueza-Fox *et al.* (2001).

Como se quería ofrecer un contexto filogenético con el objetivo de probar las diferentes hipótesis sobre el poblamiento del Caribe, fueron compilados, tomados de la literatura científica, datos de Norte, Centro y Sudamérica con atribución étnica y tamaños de muestra suficientemente grandes.

La variación intrapoblacional del ADNmt fue medida con los siguientes parámetros: diversidad nucleótida (p) y diversidad de la secuencia (D), según Nei (1987). Se llevó a cabo un análisis de varianza molecular (AMOVA) empleando el paquete Arlequin 2000 (Schneider, Roessh y Excoffier, 2001) con el propósito de estimar cuál era la agrupación más probable de las muestras caribeñas en el contexto de las tres regiones americanas.

RESULTADOS

Se analizaron dos conjuntos diferentes de cuarenta y siete muestras en distintos periodos. La eficacia de amplificación fue baja en general (38,3 %); esto puede atribuirse a la antigüedad de las muestras y al clima desventajoso, debido a que las condiciones tropicales del Caribe no ayudan a conservar el ADN. Un deterioro del ADN similar se ha observado en las muestras antiguas de la India; los análisis de aminoácidos indican que una pequeña fracción de las proteínas permanece en los especímenes (Kumar *et al.*, 2000). Sin embargo,

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

se observó una mejor amplificación (70,4 %) en otras muestras del Caribe (Lalueza-Fox *et al.*, 2001), aunque en este caso los especímenes eran muestras tomadas del hueso cortical y de fechas más recientes.

Las secuencias

Las secuencias obtenidas pertenecen a los haplogrupos A, C y D, deducidos por sus nucleótidos de diagnóstico descritos en correlación con la atribución de haplogrupo de restricción enzimática (Torroni *et al.*, 1992, 1993a, 1993b). La mayoría de las secuencias pertenece a los haplogrupos C y D (60 % y 33,3 % respectivamente); y uno de ellos (6,7 %), al subgrupo A2 del haplogrupo A. Dos secuencias se encontraron en las muestras de taínos analizadas previamente, provenientes del sitio de La Caleta en República Dominicana (Lalueza-Fox *et al.*, 2001), y también están presentes en muchas poblaciones amerindias tanto de América del Norte como de América del Sur. La secuencia que pertenece al haplogrupo A, ha sido encontrada principalmente en las poblaciones de Norteamérica, como bella coola, nuu-chah-nulth, haida y cheyenne-arapaho (Ward *et al.*, 1991, 1993; Malhi, Schultz y Smith, 2001), aunque se han descrito recientemente en tres aborígenes pehuenche de Chile (Moraga *et al.*, 2000); es más, la secuencia también está filogenéticamente cerca de una encontrada en los grupos panameños kuna y ngöbé (Batista, Kolman y Bermingham, 1995; Kolman *et al.*, 1995).

Secuencias y diversidad de la población

La diversidad genética para diversas poblaciones amerindias se muestra en la tabla de la página 67. La diversidad nucleotídica (π) de los preagroalfareros es de 0.0096; se puede apreciar que es uno de los valores más bajos de todas las poblaciones amerindias estudiadas, aunque similar al valor encontrado en otros grupos de América del Norte, como los athapascan y los haida; de Mesoamérica, como los taínos, los kuna y los huetar; y de América del Sur, como los xavante. En contraste, la diversidad de secuencias (D) es de 0.9429, uno de los más altos descritos en poblaciones americanas del centro y sur, aunque cerca de los valores de otros grupos, como los indios de Amazonas, araucanos, embera, mapuche, quiche, nuu-chah-nulth, taínos y wounan. Los preagroalfareros presentan un valor de diferencias pareadas (*pairwise difference*, estimado que compara todas las secuencias dos a dos) de 3.47 (tabla), similar al observado en otras poblaciones amerindias, como los athapascan, haida, huetar, kuna, taínos y xavante.

Relaciones entre las poblaciones

Genéticamente, las poblaciones amerindias presentan un modelo geográfico estructurado en conjunto, sólo notable cuando se toma en consideración amplias entidades subcontinentales, como Norteamérica, Mesoamérica y Sudamérica. Se constató que los grupos de Centroamérica, especialmente los que hablan lenguas chibcha (ngöbé, huetar y kuna), están cerca unos de otros. Las poblaciones de Suramérica (Amazonas, araucanos, cayapa, gaviao, mapuche, xavante, yanomami y zoro), así como las norteamericanas (athapascan, bella coola, haida, navajo, nuu-chah-nulth, oneotas y yakima), se dispersan de forma más amplia y muestran un cierto solapamiento con las

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

Tabla. Parámetros de diversidad en varias poblaciones amerindias

Poblaciones amerindias	n	K	D	Pw	π
América del Norte					
Athapascan	21	12	0.9048	2.47	0.0069
Bella Coola	40	11	0.9038	5.02	0.0139
Haida	41	10	0.7085	2.49	0.0069
Navajo	17	10	0.8750	4.13	0.0115
Nuu-Chah-Nulth	63	28	0.9544	5.32	0.0148
Oneota	50	23	0.9061	5.07	0.0141
Yakima	42	20	0.8931	4.86	0.0135
América Central					
Embera	44	20	0.9419	5.87	0.0163
Huetar	27	7	0.7094	3.50	0.0097
Kuna	63	7	0.5919	3.30	0.0091
Ngöbé	47	8	0.7734	4.36	0.0121
Quiche	30	20	0.9747	6.06	0.0169
Wounan	31	15	0.9204	6.71	0.0186
América del Sur					
Amazonas	92	41	0.9333	6.37	0.0177
Araucanos	45	24	0.9263	5.21	0.0145
Cayapas	120	13	0.7766	5.01	0.0139
Colombia	25	13	0.9333	6.50	0.0181
Gaviao	27	7	0.8661	4.28	0.0119
Mapuche	39	13	0.9123	5.27	0.0153
Xavante	25	4	0.6767	3.00	0.0083
Yanomami	53	25	0.8389	4.08	0.0113
Zoro	30	9	0.7747	3.98	0.0111
Caribe					
Preagroalfareros[1]	15	10	0.9429	3.47	0.0096
Taínos	19	11	0.9181	2.86	0.0079

Leyenda: n, tamaño muestral; K, número de secuencias diferentes; D, diversidad de secuencias; Pw, diferencias *mean pairwise*; π, diversidad nucleotídica.

[1] Presente estudio.

poblaciones centroamericanas. Las dos muestras caribeñas (taínos y preagroalfareros) tienden a agruparse entre sí y con los grupos suramericanos (especialmente con los yanomami) y están claramente separadas de las poblaciones norteamericanas y mesoamericanas.

Para investigar las afinidades genéticas de los grupos caribeños, se generaron varios análisis de AMOVA (análisis

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

genético de la varianza entre agrupaciones poblacionales), agrupando a los preagroalfareros y a los taínos sucesivamente con los grupos aborígenes norteamericanos, centroamericanos y suramericanos. Con la inclusión de las muestras caribeñas en el subcontinente de América del Norte, el análisis de AMOVA mostró que sólo 2,61 % de la variación genética estaba comprendida entre los subcontinentes ($p=0.0303$), mientras que 18,71 % estaba estructurada dentro de los subcontinentes ($p<0.0001$); con las muestras caribeñas situadas en el subcontinente centroamericano, había 2,10 % de la variación genética entre los subcontinentes ($p=0.0675$) y 19,08 % dentro de los subcontinentes ($p<0.0001$). Esta variación casi se duplicó cuando las muestras caribeñas fueron incluidas en el subcontinente suramericano, mostrando que había hasta 3,88 % de la variación entre los subcontinentes (con una probabilidad estadísticamente significativa, $p=0.0068$) y había disminuido ligeramente a 17,80 % dentro de los subcontinentes ($p<0.0001$); así, la región que mostró menos heterogeneidad cuando se añadieron los grupos caribeños, fue claramente la suramericana. Por consiguiente, los resultados del AMOVA también apuntan a una similitud con América del Sur e indican la probable fuente geográfica de las secuencias encontradas en el Caribe.

Otro análisis para reconocer afinidades en la distribución de los haplogrupos, puede ser efectuado al comparar la del preagroalfarero con las de las poblaciones específicas en las regiones cercanas al supuesto origen del poblamiento de las Antillas. Las poblaciones escogidas fueron los seminoles (Florida) (Huoponen *et al.*,

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

1997), los antiguos mayas de Xcaret (Quintana Roo, México) (González-Olivier *et al.*, 2001) y la muestra amazónica. El análisis estadístico mostró que la distribución de los haplogrupos en los preagroalfareros es significativamente diferente de las tres poblaciones supramencionadas, debido probablemente a un efecto fundador. Los resultados favorecen a una relación más cercana de éstos con los grupos amazónicos.

DISCUSIÓN

En el continente americano puede observarse: alguna estructura geográfica en el ADNmt, especialmente en la distribución de los haplogrupos mitocondriales (Szathmary, 1993; Merriwether y Ferrell, 1996; Forster *et al.*, 1996; Lorenz y Smith, 1997; Malhi, Schultz y Smith, 2001, entre otros); las frecuencias de los cuatro linajes del ADNmt mayoritarios en América difieren latitudinalmente y muestran un marcado gradiente del norte al sur: el patrón tiende a un incremento de los halogrupos C y D hacia el sur, paralelo a un decrecimiento en la frecuencia del A (Lalueza-Fox, 1996; Merriwether y Ferrell, 1996). Cuando se consideran las muestras amerindias publicadas hasta ahora, la frecuencia del linaje A es de 52,6 % en Norteamérica y 63,1 % en América Central, mientras que la frecuencia del mismo linaje en América del Sur es sólo 11,8 %. En contraste, el haplogrupo C tiene una frecuencia de 15,3 % en Norteamérica y 6,3 % en Centroamérica, pero es tan alta como 20,2 % en América del Sur (Lalueza-Fox *et al.*, 2001); algo similar puede observarse para el haplogrupo D. En poblaciones de Norte y Centroamérica, geográficamente cercanas al Caribe, las frecuencias de los haplogrupos son diferentes a las encontradas

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

en preagroalfareros y taínos. Sin embargo, un análisis genético reciente en muestras actuales de Puerto Rico (Martínez-Cruzado *et al.*, 2001) reveló una proporción significante de secuencias del haplogrupo A (56 % de individuos presumiblemente de ancestro amerindio), ausente en los yanomami y muy poco común en la región del Amazonas. Martínez-Cruzado y sus colegas (2001) han sugerido que existió alguna contribución genética en Puerto Rico desde Centroamérica, donde el haplogrupo A es altamente frecuente.

La tendencia al aislamiento fue transformando la composición genética, hasta el punto que hay variaciones considerables entre las tribus adyacentes a lo largo del continente, especialmente en la distribución de las frecuencias de los haplogrupos. La ausencia de haplogrupo B, no encontrado en las muestras caribeñas estudiadas hasta ahora, se ha descrito en otras poblaciones de Centro y Suramérica, como los piaroa, los ticuna, los makiritare, los kuna, los marubo (Torroni *et al.*, 1993a) o los fueguinos (Lalueza-Fox, 1996). Otros muestran una ausencia puntual de otros haplogrupos: a los cayapas y a los ngöbé les falta el D, mientras que a los gaviao, los mataco y los xavante les falta el C (Torroni *et al.*, 1993a; Kolman *et al.*, 1995; Bailliet *et al.*, 1995; Rickards *et al.*, 1999).

La presencia residual del linaje A y las altas frecuencias de los linajes C y D en la muestra estudiada sugieren que el lugar de origen del preagroalfarero de Cuba debe situarse en América del Sur, como en el caso de los taínos estudiados en la República Dominicana (Lalueza-Fox *et al.*, 2001). La ausencia del haplogrupo B en las muestras antillanas analizadas puede sugerir que el Caribe fue poblado antes

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

de extenderse éste en el subcontinente, un hecho que podría ponerse en correlación con la ausencia del haplogrupo B en el extremo sur de América del Sur (Lalueza-Fox, 1996).

El análisis filogenético de las secuencias de ADN también establece una íntima relación entre las secuencias de los preagroalfareros y las secuencias de los taínos y las suramericanas.

Sin embargo, la existencia de influencias genéticas menores de América del Norte y Central no puede ser totalmente rechazada, sobre todo debido a la presencia de una secuencia del haplogrupo A, encontrada en la actualidad sólo en una población chilena.

La baja diversidad nucleotídica y los bajos valores de diferencias pareadas (o *pairwise*) de los taínos sugieren la existencia de uno o más grupos que intervinieron en el poblamiento del Caribe (Lalueza-Fox *et al.*, 2001). Dado que las olas de la colonización pueden haber emanado de la misma población en América del Sur, es difícil de discernir únicamente de las evidencias genéticas si los ciboneyes y los taínos se originaron de uno o dos movimientos de expansión desde América del Sur. Dado que los valores de diferencias pareadas entre secuencias (o *pairwise*) de los preagroalfareros es ligeramente más alto (3.47) que el de los taínos (2.96), puede indicar que hubo más tiempo para aumentar la diferencia mutacional, y que dos expansiones poblacionales pueden haber ocurrido. Una expansión más temprana se podría asociar al movimiento de grupos cazadores-recolectores en el Caribe, que habría sido seguido por la migración de los agricultores. Probablemente hubo también un movimiento más tardío, asociado a las incursiones de los caribes en los asentamientos taínos,

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

un movimiento que todavía estaba en proceso a la llegada de los europeos.

Las secuencias de los preagroalfareros, así como las de los taínos estudiados anteriormente, hacen pensar que estos grupos tienen una relación ancestral con las poblaciones suramericanas, en lugar de con las poblaciones de Centroamérica. La evidencia presente sugiere que la colonización del Caribe fue debida principalmente a sucesivos movimientos de migración de América del Sur en diferentes periodos de tiempo, quizá relacionados con horizontes arqueológicos diferentes y diferentes grupos étnicos. Lo más probable es que en el momento del encuentro entre las dos culturas, todos los grupos caribeños descritos por los españoles (ciboneyes, taínos y caribes) pertenecieran desde el punto de vista genético al mismo grupo ancestral. El análisis adicional de más muestras, antiguas y modernas, de otras islas caribeñas, así como del continente, ayudaría a obtener una mejor idea del poblamiento de esta área.

BIBLIOGRAFÍA

Anderson, S. *et al.* (1981). "Sequence and organization of the human mitochondrial genome". *Nature*, no. 290, pp. 457-465.

Bailliet, G. *et al.* (1994). "Founder Mitochondrial Haplotypes in Amerindian Populations". *Am. J. Hum. Genet.*, no. 54, pp. 27-33.

Batista, O., C. J. Kolman y E. Bermingham (1995). "Mitochondrial DNA diversity in the Kuna Amerinds of Panama". *Hum. Mol. Genet.*, vol. 4, no. 5, pp. 921-929.

Brown, T. A. y K. A. Browen (1992). "Ancient DNA and the Arqueologist". *Antiquity*, no. 66, pp. 10-23.

Brown, W. M., M. George Je y A. C. Wilson (1979). "Rapid evolution of animal mitochondrial DNA". *Pr. Natl. Acad. Sci. USA*, no. 76, pp. 1967-1971.

Cann, R. R., M. Stoneking y A. C. Wilson (1987). "Mitochondrial DNA and human evolution". *Nature*, no. 325, pp. 31-36.

Dacal Moure, R. y M. Rivero de la Calle (1996). *Art and archaeology of pre-Columbian Cuba*. University of Pittsburgh Press, Pittsburgh.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

FORSTER, P. *et al.* (1996). "Origin and Evolution of Native American mtDNA Variation: A Reappraisal". *Am. J. Hum. Genet.*, no. 59, pp. 935-945.

GILES, R. E. *et al.* (1980). "Characterization of mitochondrial DNA in chloramphenicol-resistant intraspecific hybrids and a eybrid". *Somat. Cell. Genet.*, no. 6, p. 543.

GONZÁLEZ-OLIVIER, A. *et al.* (2001) "Founding Amerindian mitochondrial DNA lineages in ancient Maya from Xcaret, Quintana Roo". *Am. J. Phys. Anthropol.*, no. 116, pp. 230-235.

HAGELBERG, E. y J. B. CLEGG (1991). "Isolation and characterization of DNA from archaeological bone". *Proc. R. Soc. Lond. B.*, no. 244, pp. 45-50.

HIGUCHI, R. *et al.* (1984). "DNA sequences from the quagga, and extinct member of the horse family". *Nature*, no. 312, pp. 282-284.

HORAI, S. *et al.* (1989). "DNA amplification from ancient human skeletal remains and their sequence analysis". *Proc. Jpn. Acad. B.*, no. 65, pp. 229-233.

HORAI, S. *et al.* (1991). "Phylogenetic affiliation of ancient and contemporary humans inferred from mitochondrial DNA". *Phil. Trans. R. Soc. Lond. B.*, no. 333, pp. 409-417.

HUOPONEN, K. *et al.* (1997) "Mitochondrial DNA and Y Chromosome-specific polymorphysms in the Semiole tribe of Florida". *Eur. J. Hum. Genet.*, no. 5, pp. 25-34.

KOLMAN, C. J. *et al.* (1995). "Reduced mtDNA diversity in the Ngöbé Amerinds from Panama". *Genetics*, no. 140, pp. 275-283.

KUMAR, S. S. *et al.* (2000). "Brief Communication: Discouraging Prospects for Ancient DNA from India". *Am. J. Phys. Anthropol.*, no. 113, pp. 129-133.

LALUEZA-FOX, C. (1996). "Mitochondrial DNA haplogroups in four tribes from Tierra del Fuego-Patagonia: inferences about the peopling of the Americas". *Hum. Biol.*, no. 68, pp. 855-871.

LALUEZA-FOX, C. *et al.* (2001). "MtDNA from extinct Tainos and the peopling of the Caribbean". *Ann. Hum. Genet.*, no. 65, pp. 137-151.

LORENZ, J. G. y D. G. SMITH (1997). "Distribution of the sequence variations in the mtDNA control region of Native North Americans". *Hum. Biol.*, no. 69, pp. 749-776.

MALHI, R. S., B. A. SCHULTZ y D. G. SMITH (2001). "Distribution of Mitochondrial DNA Lineages Among Native American Tribes of Northeastern North America". *Hum. Biol.*, no. 73, pp. 17-55.

MARTÍNEZ-CRUZADO, J. C. *et al.* (2001). "Mitochondrial DNA analysis revels substantial Native American ancestry in Puerto Rico". *Hum. Biol.*, no. 73, pp. 491-511.

MERRIWETHER, D. A. y R. E. FERRELL (1996). "The four founding lineage hypothesis for the New World: A critical reevaluation". *Mol. Phylogenet. Evol.*, no. 5, pp. 241-246.

MORAGA, M. L. *et al.* (2000). "Mitochondrial DNA polymorphisms in Chilean aboriginal populations: Implications for the peopling of the Southern cone of the continent". *Am. J. Phys. Anthropol.*, vol. 113, no. 1, pp. 19-29.

NEI, M. (1987). *Molecular evolutionary genetics*. Columbia University Press, New York.

PÄÄBO, K. S. (1989). "Ancient DNA: Extraction, molecular cloning and enzymatic amplification". *Proc. Natl. Acad. Sci. USA*, no. 86, pp. 1 939-1 943.

RICKARDS, O. *et al.* (1999). "Mitochondrial DNA history of the Cayapa Amerinds of Ecuador: detection of additional founding lineages for the native American populations". *Am. J. Hum. Genet.*, no. 65, pp. 519-530.

SCHNEIDER, S. D. ROESSH y L. EXCOFFIER (2001). *Arlequin ver. (2000). A software for population genetics data analysis*. Laboratoire d'Anthropologie, Université de Genève.

SCHURR, T. G. *et al.* (1990). "Amerindian mitochondrial DNAs have rare Asian mutations at high frequencies suggesting they derived from four primary maternal lineages". *Am. J. Hum. Genet.*, no. 46, pp. 613-623.

SZATHMARY, E. J. (1993). "Genetics of aboriginal North Americans". *Evol. Anthropol.*, no. 1, pp. 202-220.

TABÍO, E. y E.REY (1966). *Prehistoria de Cuba*. Editorial Ciencias Sociales, La Habana.

THOMAS, W. K. *et al.* (1990). "Spatial and temporal continuity of kangaroo rat population as shown by sequencing mitochondrial DNA from museum specimens". *J. Mol. Evol.*, no. 31, pp. 101-112.

TORRONI, A. *et al.* (1992). "Native American mitochondrial DNA analysis indicates that the Amerind and NaDene populations were founded by two independent migrations". *Genetics*, no. 130, pp. 153-162.

TORRONI, A. *et al.* (1993a). "Asian Affinities and Continental Radiation of the Four Founding Native

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

American mtDNAs". *Am. J. Hum. Genet.*, no. 53, pp. 563-590.

TORRONI, A. *et al.* (1993b). "mtDNA Variation of Aboriginal Siberians Reveals Distinct Genetic Affinities with Native Americans". *Am. J. Hum. Genet.*, no. 53, pp. 591-608.

TORRONI, A. *et al.* (1994). "mtDNA and Y chromosome polymorphisms in four native American population from Southern Mexico". *Am. J. Hum. Genet.*, no. 54, pp. 303-318.

WALLACE, D. C., K. GARRISON y W. C. KNOWLER (1985). "Dramatic founder effects in Amerindian mitochondrial DNAS". *Am. J. Phys. Anthropol.*, no. 68, pp. 149-155.

WALLACE, D. C. *et al.* (1987). "Sequence analysis of cDNAs for the human and bovine ATP synthasa B subunit mitochondrial genes sustain seventeen times more mutations". *Curr. Genet.*, no. 12, pp. 81-90.

WARD, R. H. *et al.* (1991). "Extensive mitochondrial diversity within a single American tribe". *Prod. Nat. Acad. Sci. USA*, no. 88, pp. 8 720-8 724.

WARD, R. H. *et al.* (1993). "Genetic and linguistic differentiation in the Americas". *Proc. Nat. Acad. Sci. USA.*, no. 90, pp. 10 663-10 667.

Ancient settlement of the Caribbean. Mitochondrial DNA analyses in nonagriculturalists from the western zone of Cuba

Nonagriculturalist human remains from the western zone of Cuba have been analyzed (Cueva del Perico I and Mogote de la Cueva, Pinar del Río province; and Canímar Abajo, Matanzas province). Fifteen sequences from the hypervariable region I (HVR-I) of the mitochondrial DNA have been retrieved. Three of the five major Amerindian linages (A, C and D) are presented in the sample analyzed, in frequencies of 0,07; 0,60 and 0,73 respectively. Results suggest that the settlement of the Caribbean mainly took place in successive migration movements that emanated from South America, although Central and North American influences can not be discarded.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

Algunos aspectos socioeconómicos de Cuba colonial temprana (1512-1555)

ESTRELLA E. REY BETANCOURT

Algunos aspectos socioeconómicos de Cuba colonial temprana (1512-1555)

Más historiadora que arqueóloga, la autora permite que "hablen" las piezas arqueológicas y construye una visión de los hombres y la sociedad de la época, mezclando la historia (crónicas y otras) con la paleoetnografía, paleosociología, antropología y otras ciencias. Con el fin de comprender los cambios en una situación de contacto, resulta necesario emplear un enfoque multidisciplinario mediante una epistemología combinada. La autora observa tanto la sociedad aborigen como la española, de forma individual y en sus relaciones y efectos, buscando algunos acercamientos a los cambios del contacto y del postcontacto en Cuba durante los comienzos del siglo XVI (1512-1555).

ESTRELLA E. REY BETANCOURT

Profesora e investigadora. Doctora en Ciencias y en Filosofía y Letras. Académica y Profesora Emérita de la Academia de Ciencia de Cuba y el Instituto Enrique José Varona.

EREY@CUBARTE.CULT.CU

INTRODUCCIÓN

Mientras se producía la conquista y ocupación de la isla de Cuba por las huestes conquistadoras, divididas en dos columnas al mando de Diego Velázquez y Pánfilo de Narváez, entre 1513 y 1515, los españoles iban tomando conocimiento de la geografía de la Isla y de las características de los asentamientos poblacionales que encontraron. Asimismo, observaron las costumbres de los grupos étnicos que la poblaban. Especial interés debió tener para ellos la información que obtuvieron sobre las sociedades

CONTRAPUNTEOS

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

aborígenes, así como de su organización económica, social y cultural. También se percataron del desigual nivel económico y sociocultural de los diferentes grupos étnicos que la poblaban, lo que pudieron precisar en esos simples recorridos.

Como lo demuestran las evidencias arqueológicas, antropológicas y paleobiológicas (artefactos, huesos humanos y de animales), no solamente hubo contacto y convivencia indohispánica en las siete primeras villas, sino, desde etapas muy tempranas, en los puntos de concentración aborigen que artificialmente organizaron los conquistadores con el objetivo de cultivar y de preparar alimentos en mayores cantidades que las autóctonas, necesarias para abastecer tanto a los aborígenes como a los conquistadores.

En el centro de toda esta primitiva organización y en una fecha tan lejana como 1513, el régimen de encomiendas ocupó el centro sobre el cual giraba toda la economía de la Colonia.

Ají. Bernardo Vega: *Las frutas de los taínos*, 1996.

PRIMERA ETAPA: EL CASABE COMO PRIMER PRODUCTO DE EXPORTACIÓN

La Real Cédula de 8 de marzo de 1513, que nombra a Velázquez "repartidor de los indios" de Cuba, aclara desde el primer momento su objetivo: "[...] que las personas a quien ansi repartierdes los dichos indios, como dicho es, los tengan e traten e se sirvan e aprovechen dellos segun e por la forma e manera con las condiciones que vos ordenardes e mejor bien visto vos fuere [...]."[1]

Como podrá apreciarse con absoluta claridad, el tipo de relación económica que se establece desde el principio es de total subordinación de los indocubanos como grupo dominado, frente a los colonizadores españoles como grupo dominante. Algunos conquistadores se beneficiaron directamente con los repartimientos y a veces con los cargos que se les otorgaban, de modo que comenzaron a perfilarse pequeñas diferencias económicas que pueden apreciarse en sitios arqueológicos como Pesquero,

[1] Colección de Documentos Inéditos relativos al Descubrimiento, Conquista y Organización de las Antiguas Posesiones Españolas de Ultramar (25 vols.), segunda serie, Sucesores de Rivadeneyra, Real Academia de la Historia, Madrid, t. I, Isla de Cuba I, p. 40.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

en la región oriental de la Isla, sitio de escala y reabastecimiento de las huestes españolas. Aquí aparecen fragmentos de burenes en exceso, algunos de ellos marcados para diferenciar el casabe que se elaboraba. Igualmente pueden servir de ejemplo al respecto los sitios de Barajagua y Yayal, también en la región oriental, en los que se precisa, por los restos arqueológicos, que hubo un aumento en la producción de casabe, superproducción que no se debió al incremento cualitativo del nivel tecnológico aborigen, sino al resultado cuantitativo que se derivaba de la intensificación del trabajo sobre un número mayor de trabajadores concentrados en determinados sitios, según la conveniencia de los conquistadores y la demanda del producto. Por su durabilidad, se utilizaba también para venderlo a los barcos que circulaban por el mar Caribe o emprendían viaje de regreso a España. No se trataba de una productividad mayor, sino de la intensificación del trabajo y la concentración de los trabajadores aborígenes, a través del más simple de los sistemas.

Ya por esta época algunos privilegiados conquistadores podían ejercer el comercio, porque tenían indios encomendados y obtenían una plusproducción que le permitía vender o intercambiar casabe y otros productos agrícolas no sólo con los barcos, sino también con otros pobladores y vecinos.

De modo que fueron el trabajo y las técnicas aborígenes los que garantizaron el primer producto de intercambio y exportación en Cuba. En esta etapa temprana de la conquista y posterior colonización, la producción intercambiable por productos europeos no provenía precisamente del trabajo de los colonizadores españoles, quienes solamente aportaron la dirección y el control, para adjudicarse totalmente las ganancias. Eso se expresa claramente en la Carta de Relación de Diego Velázquez de 1514.[2]

A pesar del alza que parece derivarse de esta productividad falsa que se aprecia en algunos sitios arqueológicos, la población de Cuba, aborígenes y españoles, pasó por un inicial período de escasez y hambruna, aunque principalmente afectó a la población autóctona. De acuerdo con los estimados de los frailes dominicos, en esta época fallecieron 100 000 personas, aunque parece evidente lo exagerado de la cifra.[3]

PRIMERAS MANIFESTACIONES DE DIFERENCIACIÓN ECONÓMICA EN ESTE PRIMER PERÍODO

Las villas y poblados de contacto se asentaron, por lo general, en antiguos caseríos indocubanos, tal como lo demuestran la arqueología, la antropología y la paleobiología. En algunos sitios, los estratos correspondientes a la etapa temprana de la conquista aportan evidencias de ambas culturas, mezcladas en las capas superiores del residuario. En las capas más profundas salen, casi siempre, evidencias típicamente

[2] Colección de Documentos Inéditos relativos al Descubrimiento, Conquista y Organización de las Antiguas Posesiones Españolas de América y Oceanía, sacados de los Archivos del Reino y muy especialmente del de Indias (42 vols.), primera serie, Ed. Luis Torres de Mendoza, Joaquín Pacheco y Francisco Cárdenas, Real Academia de la Historia, Madrid, 1864-1884, t. I, p. 412.

[3] José María Chacón y Calvo: Cedulario cubano, Ed. Iberoamericana de Publicaciones S. A., Madrid, 1929, t. I, p. 427.

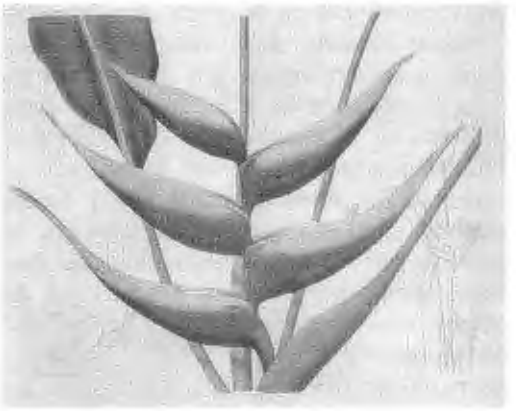
Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

indocubanas, lo que hace de ellos sitios de superposición, por ejemplo Damajayabo, Cayo Ocampo, Yayal, Ochile, Porvenir y Chorro de Maíta. Aunque los sitios de contacto no sean muy abundantes dentro de la norma general cubana, son suficientes para sacar algunas conclusiones, aun más si se tiene en cuenta que algunos mantuvieron una larga permanencia como el Yayal, donde el contacto se remontó hasta finales del siglo XVI.

En estos lugares, las antiguas instituciones económicas, sociales y culturales de estructura comunal que tenían los indocubanos, fueron forzadas paulatinamente a adaptarse en muchos aspectos a las de los conquistadores, produciéndose así la primera simbiosis al enfrentarse y coexistir dos tipos diferentes de intereses y tradiciones.

Aunque los conquistadores españoles trajeron de España semillas y animales, subsistieron, de inicio, gracias a los alimentos aborígenes, porque hubo que esperar a que las novedades europeas se adaptaran y desarrollaran. Mientras tanto, conocieron el casabe, el ajiaco, la jutía y otros animales comestibles, terrestres, anfibios y acuáticos, así como frutas y vegetales autóctonos, que también eran comestibles. A la larga los hicieron suyos incorporándolos a su economía y a su cultura. Los indocubanos, a su vez, tomaron algunos adelantos técnicos de los españoles, lo que se reitera en las fuentes de los cronistas y en algunos estudios posteriores.[4]

Es difícil precisar, por el momento, qué tipo de relaciones socioeconómicas y culturales se establecieron entre los indocubanos y los españoles en estos primeros



BIHAO.

tiempos de la conquista, pero puede asegurarse que no fueron tan simples como generalmente se ha asegurado. No hay dudas de que fueron relaciones de subordinación de los aborígenes, pero no todos ellos fueron tratados de la misma manera, como tampoco lo fueron los integrantes de las huestes conquistadoras.

De acuerdo con lo que podemos asegurar en la actualidad, en las comunidades aborígenes cubanas, antes de la conquista, existía una jerarquización de funciones en las personas de los caciques, behíques, nitaínos y naborías. Sin que podamos pensar aún en clases sociales diferenciadas, cada grupo ocupaba diferente posición en el marco de las funciones socioeconómicas y culturales dentro de la sociedad aruaca, situación que se mantuvo después de la conquista europea. Los conquistadores mantuvieron en alguna medida esta jerarquización autóctona, de acuerdo con sus intereses prácticos, según las normas aplicadas en la vecina isla de La Española, especialmente la posición de los caciques, que en algunos casos eran

[4] Irene Wright: *Historia documentada de San Cristóbal de La Habana en el siglo XVI, basada en los documentos originales existentes en el Archivo General de Indias en Sevilla*, La Habana, 1927, t. I, p. 11.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

utilizados por los españoles para delegar en ellos funciones de explotación de la tribu como conjunto en beneficio de los españoles. En realidad, algunos caciques ejercían una función tribal similar a la que tenían en la organización comunal en cuanto a la organización del trabajo, pero no a la distribución de su producto. Parece evidente que a los conquistadores no les interesó, en los primeros momentos, desintegrar absolutamente la estructura económica y laboral de tipo comunal de los aborígenes, pues aún carecían de estructuras fuertes para sustituirlas. El colectivismo en la labor beneficiaba, en estos primeros tiempos, la producción de artículos de primera necesidad, principalmente los alimentos.

Al pasar algunos pocos años de la primitiva conquista, entre los españoles también se fueron operando cambios que implicaron alguna estratificación económica y sociocultural. En primerísimo lugar se situaban los que integraron las primitivas huestes de Velázquez, que se diferenciaban de los que fueron arribando posteriormente. Otro lugar lo ocupaban los funcionarios y oficiales nombrados por la Corona de España o por el Gobernador, quienes, a su vez, se jerarquizaban según sus cargos y funciones. Más tarde, al producirse los repartimientos y las encomiendas, surgieron diferencias entre los españoles, beneficiados o no con éstos. Algunos se enriquecieron rápidamente, pasando a ser colonos-encomenderos con diferentes grados de riqueza. Como es lógico, estos grupos se iban separando en la medida en que las diferencias económicas se acrecentaban. A pesar de que es imposible precisar detalles en esta etapa tan temprana, sí se puede asegurar que después que se fundaron las villas y se "pacificó" a la población aborigen, en los sitios de concentración demográfica pudo apreciarse alguna estamentación económica y social, tanto entre los españoles como entre los aborígenes.

SEGUNDA ETAPA: LOS LAVADEROS DE ORO

Después de la etapa de conquista y poblamiento, se inicia el período de organización de la Colonia, el que parece iniciarse aproximadamente en los últimos años de gobierno de Diego Velázquez.

Desde el punto de vista económico, después de producirse los repartimientos de tierras e indios efectuados por Velázquez, los colonos-encomenderos se establecieron con más sentido de permanencia para realizar labores agrícolas en las vecindades, así como de minería en los pobres lavaderos de oro. Como se sabe, se llamaban de esta forma porque el oro era extraído de los ríos en pequeñas cantidades, de donde salía después del arduo trabajo de separarlo de la arena, trasladarlo y fundirlo bajo estricto control y vigilancia de los funcionarios especialmente enviados desde España por la Casa de Contratación.

Apenas sabemos cuáles fueron los métodos para realizar los primeros repartimientos de tierras en esta etapa. Algunos tenían ríos con posibilidades de sacar oro. Se supone que, en los primeros tiempos, los repartimientos se ajustaron a los aplicados en La Española, donde se utilizó un sistema parecido a la institución española de la época medieval denominada "aprisco o presura", que consideraba el otorgamiento de la propiedad de las tierras baldías a quienes las pusieran en producción.

En Cuba, cuando se decidía fundar una población estable, por lo general se

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

separaba, en primer lugar, las parcelas destinadas a los edificios públicos y, después, las de las futuras viviendas de los colonos que, casi siempre, eran simples bohíos al estilo aborigen, cercanos a las tierras mercedadas. Aquellos a quienes se les otorgaba una parcela para su vivienda, estaban obligados a construirla en un tiempo limitado, regulaciones que fueron plasmadas en las Leyes de Indias. Las tierras que rodeaban a la villa se destinaban, unas, a sufragar los gastos de los colonos y se les denominaba "tierras de propio"; otras, llamadas "tierras comunales", eran de uso común para pasto, caza u obtención de madera. Todos los vecinos estaban obligados a poner en producción las "tierras de propio" aunque no precisamente por sí mismos, sino a través de los indios que les estaban encomendados. Además, el Rey reguló en 1513 la concesión de lo que se llamó "mercedes de tierras", que eran donaciones por cuatro años que hacía el Rey de algunas tierras. Después de ese tiempo, pasaban a manos del usufructuario si las hacía productivas. Estas "mercedes" eran mayores o menores según la jerarquía del beneficiario, que, como se podrá observar, ya se distinguían y reconocían entre los colonizadores. En Cuba solían llamarse "peonía" y "caballería" (de 50 x 100 *m* y de 100 x 200 *m*) según se otorgara a "peones" o a "caballeros". Además existía otro tipo de propiedad, denominada "tierras realengas", o sea tierras del Rey, que podían ser explotadas por colonos o por indios bajo su mando, mientras permanecieran en ese estado. En Cuba, donde la población española era escasa en esta época y las tierras realengas abundantes, hubo poca necesidad de explotarlas, por lo que apenas se utilizaron.

GUANÁBANA.

En las "vecindades" o "estancias" se comenzó a cultivar cereales importados de España, así como la caña de azúcar, cuya introducción en Cuba parece remontarse a los años tempranos del siglo XVI. Además, se importó ganado vacuno, porcino y caballar y aves de corral. A través de su historia, la "estancia" parece haber sido un minifundio agrícola-ganadero.

Como existían otros muchos artículos de primera necesidad que no provenían de la tierra, sino que había que importar de la Metrópoli —ropas, vino, trigo, aceite, armas, herramientas, aperos de labranza, entre los más importantes—, artículos cuyos costos se incrementaban con la transportación hasta América, se hizo imprescindible para los conquistadores buscar nuevas fuentes de obten-

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

ción de dinero. Por tanto, debían pagarse con productos autóctonos, pero los de la tierra no lograban precios convenientes para el comercio y fue necesario recurrir al oro de los escasos "lavaderos" cubanos, cuya necesidad incrementó su búsqueda y obtención. De hecho, el oro se convirtió en renglón imprescindible para la economía colonial en esta etapa, cuya tenencia pasó a ser motivo de permanencia de los colonos que ya comenzaban a buscar nuevos horizontes fuera de la Isla. Empero, el oro era escaso y su arduo y costoso procesamiento dificultaba su obtención, además de los estrictos controles y altas erogaciones que fueron establecidos por la Corona para su procesamiento en lingotes y la transportación hasta España.[5] Por supuesto, todo el trabajo agotador de los "lavaderos de oro" lo realizaban los aborígenes y algunos negros esclavos que poco a poco se iban introduciendo en Cuba, en la medida en que mermaba la fuerza laboral indocubana.

Como es conocido, el comercio se centralizaba en España y en un solo puerto, el de Sevilla, donde se había establecido la Casa de Contratación por Real Orden de 20 de enero de 1503.[6] La Casa de Contratación requería sedes subalternas en América, con aduana y almacén. La de Cuba se estableció en Santiago de Cuba, lo que hizo que de hecho se trasladara para allí el gobierno y se convirtiera en capital de la Isla.[7]

En la vecina isla de La Española radicaba el Virreinato, y con ésta también se comerciaba. Algo después comenzaron las actividades de corsarios, piratas y filibusteros. A pesar de todo, el comercio era muy pobre, aun el del oro.

Como todo el trabajo físico salía de los hambrientos y maltratados indios encomendados, sobre todo el de los lavaderos de oro, éste fue el principal motivo de la acelerada disminución de la población indocubana, al igual que el origen de fugas, con abandono del trabajo, y los suicidios aislados y colectivos. Pero, sobre todo, ocurrieron importantes levantamientos de indios, como el de los indios "cayos" en la zona de Bayamo en 1522 y el de Guamá, en Baracoa y sus alrededores, entre 1522 y 1533. Ambos fueron cruelmente sofocados.

DESARROLLO DE LA ESTRATIFICACIÓN SOCIOECONÓMICA EN ESTE PERÍODO

Desde 1512 se habían promulgado en España las Leyes de Burgos y en 1513 la Declaración y Moderación de las Ordenanzas de Valladolid, las que pretendieron regular las encomiendas y el trabajo de los aborígenes americanos. A partir de 1515 se le ordenó a Velázquez que distribuyera a los indocubanos en cantidades inferiores a doscientos. Como es de suponer y a pesar de la limitación en el número, la primera entrega permanente de aborígenes ofreció una gran tranquilidad a los colonos-encomenderos; sin embargo, el sosiego inicial se vio ensombrecido cuando la legislación española, cumpliérase o no en América,

[5] Ob. cit. en nota 2, t. XI, pp. 429-442.

[6] Ob. cit. en nota 1, t. I, pp. 29-42.

[7] Ibíd., p. 456.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

comenzó a amenazar con suprimir las encomiendas.

Los repartimientos y las encomiendas siguieron siendo el eje principal alrededor del cual se movieron los asuntos socio-económicos en Cuba. La población de las villas era bastante heterogénea, y su índice clasificador era de tipo étnico. Es decir, la sociedad se estratificaba en blancos españoles y en aborígenes; posteriormente se adicionaron los negros y mulatos.

Desde el punto de vista social, económico y cultural, los indios, negros y mulatos ocupaban los niveles jerárquicos más bajos. Pero tampoco existía absoluta igualdad entre todos los españoles blancos, porque algunos ocupaban cargos como funcionarios u oficiales de la Corona; otros se destacaban por su posición económica como colonos-encomenderos; y pocos provenían de las primitivas huestes o de oleadas sucesivas de inmigrantes que sobresalían en alguna actividad de importancia, que hacía que fueran más o menos privilegiados. Los españoles que se desempeñaban como simples trabajadores, bajo las órdenes de los colonos-encomenderos, no pueden ser incluidos en el grupo de los privilegiados. La situación de estos últimos no era tan precaria como la de los aborígenes y negros, pero en lo que respecta a su situación económica y social, no eran precisamente favorecidos por carecer de suficiente dinero o ser insolventes. Las crisis los afectaban especialmente, y era un grupo proclive a futuras migraciones hacia otras regiones del continente.

El proceso de organización política y social del grupo de los españoles no respondió a una intención consecuente de la Corona, sino a la necesidad objetiva de los funcionarios y encomenderos locales.

GUAO.

Al organizarse la sociedad colonial temprana de Cuba según el principio de la unidad etnosocial y de la incipiente riqueza de unos cuantos blancos españoles, se profundizaron las diferencias entre ellos. Los indicadores etnosociales y económicos fueron, de ese modo, las características que definieron la pertenencia de cada persona a dichos grupos.

Si tratáramos de resumir cómo era la estratificación de la sociedad de la Colonia cubana en esta etapa, pudiéramos decir que en el peldaño superior estaban los españoles blancos, quienes desde los

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

inicios no constituían un grupo socialmente homogéneo. En la etapa de la conquista se establecieron estratos según los nexos regionales que habían traído de España, pero el grupo español rápidamente se diferenció, y dentro de él desaparecieron las antiguas estructuras para jerarquizarse en formas nuevas. Los conquistadores, aun los hidalgos, tenían en España una posición económica modesta, pero al llegar a América aspiraban a convertirse en "señores", bajo cuya autoridad trabajaran los indios en calidad de "siervos" y otros españoles de menor jerarquía como subordinados o asociados. Así la estamentación del grupo español no estaba determinada por la nobleza de origen ni por la importancia de la zona española de donde procedían, sino de la realidad que emanaba de la Colonia americana. Por eso comenzaron a derivarse índices nuevos, consecuentes con la actitud y la aptitud personal del colono frente al medio americano.

Pasados los primeros años de la conquista, la riqueza desempeñó un papel principal como indicador dentro del grupo español. Las leyes, tradiciones y costumbres que regían dentro de este grupo, pretendían ser las mismas que estaban vigentes en España, aunque adaptadas en alguna medida a situaciones especiales de la Colonia, lo que se aprecia, por etnografía comparada, en las formas de trato recíproco, en las ceremonias oficiales y religiosas, en las reuniones del Cabildo, entre otras. La estamentación dentro del grupo de los españoles tenía repercusión en los repartos de tierras y de indios y en el otorgamiento de los cargos públicos, administrativos y eclesiásticos.

Los aborígenes constituían un grupo etnosocial bien distinguible, cuyos integrantes estaban jerarquizados cuando llegaron los españoles. En los primeros años de la conquista surgió una estratificación nueva que emanó del régimen de encomiendas, por el que los aborígenes se clasificaron en encomendados, esclavos y libres, con diferentes estatus jurídicos, al menos teóricamente.[8]

El indio encomendado, que era la inmensa mayoría, teóricamente se consideraba un "súbdito plebeyo" de la Corona y por ello debía ser encomendado de manera transitoria a un colonizador español para que lo civilizara al modo europeo y lo evangelizara en las normas del catolicismo, pero realmente en las colonias antillanas la encomienda solucionó en la práctica el problema de lograr la explotación de los aborígenes como esclavos sin utilizar esa palabra, ni contravenir las normas establecidas en las bulas del papa Alejandro VI de fechas 3 y 4 de marzo de 1493, conocidas como Intercaetera y II Intercaetera.

En los primeros años de la Colonia la esclavización real o encubierta de los aborígenes tuvo un enorme peso económico, porque en general los conquistadores no tenían interés en venir a trabajar, sino a enriquecerse con rapidez. El verdadero objetivo de los conquistadores era regresar pronto al "terruño" con riquezas suficientes para vivir cómodamente en España. Esta característica etnodemográfica se repite en toda la América colonial en distintos momentos históricos, con diferentes matices. De ahí que la explotación de los aborígenes para un enriquecimiento rápido explique, en parte, la contradicción que

[8] Ibíd., Documentos Legales I, p. 77: Real Provisión de 31 de Agosto de 1520 confirmando la forma de repartimientos y decisiones de Velázquez en cuanto a los indios.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

existía entre las leyes que emanaban de la Corona española y su cumplimiento en las colonias americanas por parte de los colonizadores. La Corona pretendía imponer el buen trato a los indios no sólo para mantener su "prestigio cristiano" y la posibilidad de explotación duradera, sino además para frenar el creciente poderío de los colonos-encomenderos que deseaban todo lo contrario. Éstos, cuando más, adaptaban las órdenes y regulaciones reales a su conveniencia. Para tratar de evadirlas, las autoridades civiles y eclesiásticas en América, así como los colonos-encomenderos, aseguraban que la economía en América no era productiva sin el régimen de encomiendas. En Cuba, como en otros lugares de América, la encomienda resultó más nociva que la esclavitud.[9]

Los indios esclavos que hubo en Cuba en esa época eran escasos y recibían mejor atención y mayores cuidados que los indios encomendados, porque el esclavo era una propiedad valiosa. Otro estrato social de los indios cubanos era el de los indios libres, que existían porque podía tratarse de un antiguo cacique que se convirtiera en capataz y trabajara para los colonos o por permanecer ocultos en las montañas y zonas marginales. Cuando ofrecían resistencia y eran apresados, se convertían en esclavos.

Los esclavos negros, que en la primera mitad del siglo XVI constituían minoría, era el grupo social más marginado y no tenía peso social como estamento. A veces se rebelaban y "cimarroneaban" junto con los indios, alianza que se convirtió en un verdadero peligro para los colonos.[10]

Los desplazamientos forzosos de indios desde sus lugares de residencia para ser

GUAYABA.

[9] Ob. cit. en nota 2, t. VII, p. 5: Memorial de Bartolomé de Las Casas al Rey sobre los agravios que sufren los indios, 1517, conocido como "Memorial de los Agravios"; y p. 14: Relaciones de varios religiosos sobre los excesos y varios Memoriales de personas particulares que informan de cosas que convendría remediar, conocido como "Memorial de los Remedios".

[10] Ibíd., t. III, p. 246: Carta de Velázquez sobre viaje de Cortés a México; y t. XXXV, p. 5: Testimonio de una información del Fiscal de la Audiencia de Santo Domingo de 17 de Noviembre de 1519; p. 21: Carta del Lic. Ayllón de 8 de enero de 1520 sobre designación de Cortés para pacificar gentes; p. 244: Carta de Miguel de Pasamonte de 15 de enero de 1520, sobre conquista de México; y p. 257: Informe de Diego Velázquez de 28 de junio de 1521, sobre armadas que envía a descubrir nuevas tierras.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

ubicados en villas, poblados y lavaderos, los desarraigaron de sus comunidades y dificultaron la unidad étnica, que se fue desintegrando. A la desunión anterior a la conquista, se agregó el factor nuevo de la dispersión.

TERCERA ETAPA: LA GANADERÍA

Entre 1530 y 1555 aproximadamente, se aprecian cambios en la economía colonial. A partir de entonces, los colonos-encomenderos trataron de resarcirse de las pérdidas económicas que ocasionaban las deficitarias ventas al por mayor de casabe y de oro, con una nueva propiedad: el ganado. Los cabildos, ante esa realidad, concedieron "hatos" y "corrales" a aquellos colonos que no se marcharon al continente. Esas mercedes de tierras quedaron reguladas alrededor de 1530. Los hatos eran latifundios de dos leguas a la redonda, destinados por lo general a la crianza extensiva de ganado vacuno o mayor, mientras que los corrales eran mercedes más pequeñas (una legua a la redonda), en las que se criaba ganado menor, generalmente de cerda. En ellos trabajaban aborígenes encomendados y negros cuyo número aumentaba,[11] según informa la Relación de Alonso de Parada. Algunos antiguos colonos-encomenderos pasaron a la condición de "hateros", o sea colonos propietarios de hatos y corrales.

El eje de estos cambios reside en la necesidad de obtener productos exportables. Rebasadas las fases del casabe y del oro, se incrementa esta tercera fase de exportación de productos derivados de la ganadería, principalmente carnes saladas y cueros, actividad económica que tuvo su auge en la segunda mitad del siglo XVI, por lo que aquí lo señalamos solamente como una actividad económica incipiente.

De la misma forma comenzaron a prosperar otros renglones del sector agropecuario, que se desarrollaron también en la segunda mitad del siglo, cuando en la Isla se sentaron las bases para la economía dependiente del sector agrario y de la crianza extensiva del ganado.

Los vecinos españoles se concentraban generalmente en las villas y los poblados. Los funcionarios, que por lo general eran también encomenderos y hateros ricos, no solamente explotaban el trabajo de indocubanos encomendados y esclavos negros, sino, además, el de los propios españoles menos favorecidos económicamente. Los hateros ricos ocupaban también altos cargos en las municipalidades o ayuntamientos y en la Iglesia.

A Diego Velázquez, fallecido en 1524, le sucedieron otros seis gobernadores: Manuel de Rojas (interino, 1524-1526), Gonzalo de Guzmán (1526-1538), Hernando de Soto (1538-1544), fecha en que se conoció su muerte en la conquista de la Florida y regiones aledañas de Norteamérica, sustituido durante su ausencia por su esposa, Isabel de Bobadilla), Juanes Dávila (1544-1546), Antonio de Chávez (1546-1549) y Gonzalo Pérez de Angulo (1549-1555). Durante sus gobiernos hubo algunos ataques de corsarios y piratas, reflejo americano de las guerras que libraba en Europa el rey Carlos I.

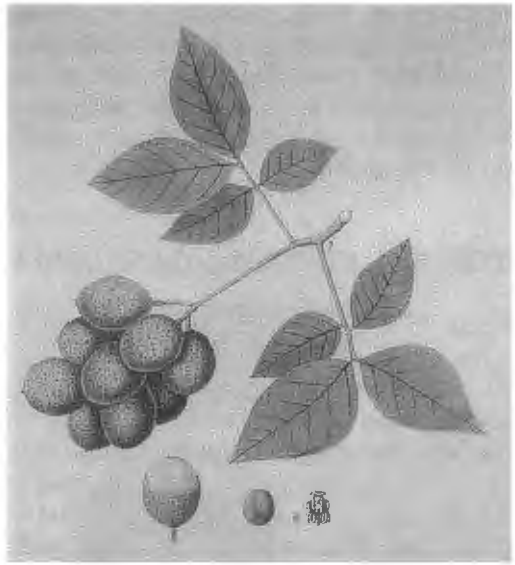
Todos en América se empeñaron en buscar fórmulas para eludir las disposiciones que emanaban de la Corona y del

[11] Ob. cit. en nota 1, t. I, Isla de Cuba I, p. 428: Relación de Alonso de Parada proponiendo la entrada de esclavos negros como remedio a los males de las Islas.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

Consejo de Indias sobre el "buen trato" y las regulaciones y el mejoramiento de las condiciones de vida y trabajo de los aborígenes, ignorando o tergiversando sistemáticamente la aplicación en Cuba de las Leyes de Burgos y las Ordenanzas de Valladolid. A pesar de que su ley 24 precisaba claramente esas regulaciones, fueron ignoradas todo el tiempo y sirvieron exclusivamente para afianzar la explotación de los indios por el régimen de encomiendas en su "modalidad antillana". Posteriormente se aplicaron las encomiendas en el continente con algunas variantes, en lo que se ha denominado "modalidad continental". En esencia, los objetivos fueron similares, si bien se diferenciaron en su forma y organización.

En realidad, todas las regulaciones que trataban de imponer el "buen trato" a los aborígenes, reflejaban el interés de la Corona por limitar la influencia y poder de los funcionarios americanos y de los encomenderos y hateros ricos, que ya discrepaban abiertamente de los intereses de la Corona.



LIMONCILLO.

DECADENCIA DE LA COLONIA DE CUBA Y SUS IMPLICACIONES SOCIOECONÓMICAS

Durante los años finales de Diego Velázquez y en la etapa de sus sucesores se produjeron desplazamientos de colonos e indocubanos desde Cuba hacia otras regiones más ricas del continente, lo que empobreció aún más a la Isla.[12] La situación se agravó al morir en España Fernando el Católico en 1516 y ascender al trono Carlos I de Habsburgo, en 1517, y ser coronado, además, como emperador de Alemania con el nombre de Carlos V. Entre ambos reyes hubo una breve regencia del cardenal Cisneros, sin gran repercusión en América.

La situación económica de la Corona empeoró con el ascenso al trono de Carlos I, porque se produjeron enormes gastos desde el momento de su elección como emperador de Alemania, pues el rey daba prioridad a las enormes erogaciones de las guerras europeas. El nuevo emperador tenía el ambicioso lema de "Plus Ultra", que refleja el sello de su época. De ahí el auge de las expediciones de conquista que salían desde Cuba hacia el continente, lo que coincide obviamente con la extinción del oro y la disminución de la fuerza laboral indocubana.

[12] Ibíd., p. 126: Real Cédula de 3 de marzo de 1523 mandando a los Oficiales Reales que repartan 250,000 maravedíes para remediar necesidades de los vecinos; y p. 128: de igual fecha, eximiendo del pago del almojarifazgo para favorecer su progreso.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

En realidad, Velázquez se había adelantado a esta situación.[13] Desde la ubicación de las primeras villas en la zona meridional de Cuba, Velázquez había expresado que "de otras islas mar debajo de éstas, [...] 5 o 6 días de navegación vienen aquí indios en canoas y dan noticias de algunas distantes. Si V. A. diese licencia, presto tendré aparejado para ir a enviar a saber el secreto dellos [...]".[14] En el momento en que Velázquez lo plantea, el rey Fernando no tiene esos intereses. A partir de 1517 el rey Carlos acoge estas iniciativas con entusiasmo, y Cuba se fue convirtiendo en un punto de tránsito entre las colonias antillanas y el continente. Por esta época partieron de la Isla las expediciones que conquistaron a México y Centroamérica. Posteriormente saldrán expediciones hacia Suramérica y la zona meridional de Norteamérica. El inicio de la etapa de decadencia de Cuba —similar a la de otras colonias antillanas— coincide con las expediciones hacia el continente, que se llevan gran parte de la población española y aborigen, de modo que una de sus primeras consecuencias fue la despoblación y disminución de la fuerza laboral.

Independientemente del cambio en la política exterior de España con Carlos I, en este momento histórico se agudizaron los rumores sobre la abolición de las encomiendas en América. En gran medida era el resultado de la denodada batalla que libraba en España fray Bartolomé de Las Casas, cuyos criterios coincidían ahora, coyunturalmente, con los de la Corona: a favor de medidas emanadas de España que intentaran suavizar o suprimir el régimen de trabajo de los aborígenes. Por otro lado, las noticias que llegaban de Cuba reflejaban el descontento de los trabajadores (españoles, aborígenes y negros). De ahí que la Corona intentara salvar la situación con una política flexible que no respondiera a los intereses de los hateros ricos, ni a los miembros de los ayuntamientos o municipalidades. Aunque éstos debían defender en América los intereses de la Corona, no sucedía así, porque en la práctica se preocupaban por sus propios intereses, en abierto antagonismo con la Corona de España.

Por tanto, fue inoperante la promulgación de las Leyes de Burgos, que desde 1512 regulaban el trabajo aborigen. Se ensayaron nuevas fórmulas como el "Plan de experiencia" ordenado para Cuba entre 1526 y 1530 y la ley que prohibía la esclavización de indios que se capturasen, en 1531. De nuevo, la principal fuente de oposición a las medidas eran los propios funcionarios reales y los colonos y hateros ricos. Así, el Consejo de Procuradores opinaba que en Cuba "la libertad de los indios traería gran inconveniente porque los españoles son pocos y se sustentan en labranzas y ganado, para lo que se sirven de dichos indios".[15] Igualmente se pronuncia el obispo Sarmiento en cartas al Rey, en las que informa sobre "su conciencia" que no conviene que se cumpla la Real Cédula, porque "al servicio de Dios y del Rey y a los mismos indios conviene este

[13] José M. Chacón y Calvo: ob. cit. en nota 3, p. 117.

[14] Ibíd.

[15] Ob. cit. en nota 1, Colección Muñoz, t. LXXV, folio 59 vuelto, p. 182.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

trabajo sin el cual se perderá la Isla [...]". El obispo Sarmiento insiste sobre el asunto en carta a fray Antón Palomino[16] y lo reitera en carta al mismo fraile.[17] Similares criterios expresa el Veedor en Funciones de Cuba, Hernando de Castro, en informe a Su Majestad, diciendo que las ordenanzas que "mandan a holgar a los indios son peligrosas y no deben cumplirse [...]".[18]

Cuando por fin se promulgan en Cuba las Leyes Nuevas en 1542, que suprimen el derecho de encomienda y ordenan que los indios sean "vasallos libres" de la Corona de Castilla, dos gobernadores de Cuba, Juanes Dávila y Antonio de Chávez, no las aplicaron, porque temían las protestas de funcionarios y hateros.

Durante el período que va desde 1524 hasta 1555, se produjeron violentas sublevaciones de indios. Ya Velázquez, en su época, había tenido que tomar fuertes medidas contra los que incursionaban en los poblados, saqueando y matando a pobladores. La rebeldía continuó ininterrumpidamente, lo que se constata en diversos documentos.[19, 20, 21, 22]

Los acuerdos del Consejo de Procuradores de 1542[23] expresan el estado de depauperación en que se encontraba la

PIÑA.

[16] Ibíd., t. VI, Isla de Cuba III, pp. 182-185 y 186-189: Cartas a S. M. de 13 de junio de 1543 y 20 de junio de 1543, ambas desde Santiago de Cuba.

[17] Ibíd., Colección Muñoz, t. XCII, folio 117, p. 189.

[18] Ibíd., Colección Muñoz, t. LXXXIII, folio 99, p. 195.

[19] Ibíd., t. I, Isla de Cuba I, p. 351: Real Cédula de 9 de noviembre de 1526.

[20] Ibíd., t. VI, Isla de Cuba III, p. 47: Carta del Alcalde Bartolomé Ortiz al Consejo de Indias de 30 de marzo de 1539.

[21] Ibíd., t. I, Isla de Cuba I, p. 59: Carta del Obispo al Emperador de 15 de Agosto de 1539.

[22] Ibíd., p. 61: Carta del Contador Juan de Agramonte de 3 de Septiembre de 1539 en Santiago de Cuba.

[23] Ibíd., pp. 131-138: Informe de 22 de Abril de 1540 en Santiago de Cuba; e Informe de los Procuradores de Santiago de Cuba y Sancti Spíritus a S. M. de fecha 18 de Julio de 1542, en Santiago de Cuba.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

Isla, en alguna medida por las rebeliones antes mencionadas. La Junta de Procuradores que se celebró en Santiago de Cuba en marzo de 1550 no refleja mejoría alguna; sin embargo, en ella ocurre un hecho de importancia: dos de sus miembros pertenecen al grupo español llamado "criollo", es decir, hijos de españoles nacidos en Cuba.[24]

Los documentos de esta Junta insisten en los problemas que ha acarreado la promulgación en Cuba de las Leyes Nuevas, realmente puestas en vigor en 1553,[25] pero en verdad no provocaron tan enconada oposición como en tiempos anteriores. El estado caótico de la Colonia, el agotamiento de la masa aborigen y su escaso peso laboral no merecían una airada protesta cuando, además, los pobladores ricos se orientaban hacia nuevos objetivos.

Los indocubanos, reducidos a menos de 10 % de la fuerza laboral, seguían desapareciendo. En la segunda mitad del siglo XVI se revitalizaron los fracasados "planes de experiencia" y los "pueblos de indios". Algunos documentos de archivo de la segunda mitad del siglo XVI hacen referencias a los indocubanos como personal de servicio y patentizan la presencia de su cultura en algunos objetos, en los que hay evidencias de transculturación indohispánica, especialmente en la cerámica española y en la mayólica. Se refieren probablemente a la etapa de convivencia más cercana y estable, quizás doméstica, susceptible de aportar directamente elementos culturales de ese tipo.

CONCLUSIONES

Durante la primera mitad del siglo XVI, la economía y la sociedad en Cuba evolucionaron desde las primeras formas comunales de los aborígenes hacia formas más complicadas, que se produjeron como resultado de la introducción de características coloniales procedentes de la sociedad y la cultura españolas y de las soluciones dadas por los conquistadores a las necesidades del medio americano. Este contacto pasó por diversas etapas. Así, hubo un primer período económico en el que predominaron el cultivo de la yuca y la confección del casabe como principal medio de subsistencia. Posteriormente, en la economía predominó la extracción de oro de los lavaderos; al final de la primera mitad del siglo XVI, comenzó la economía ganadera como fuente de riquezas, actividad económica que tuvo su desarrollo y apogeo en la segunda mitad del propio siglo. En estos períodos hubo un eje fundamental alrededor del cual se movieron todos los cambios económicos: el régimen de encomiendas.

Cada uno de dichos cambios económicos trajo consigo modificaciones en la sociedad. Desde la comunidad jerarquizada que encontraron los conquistadores, y como resultado de la economía y política de los colonizadores, la sociedad se fue estratificando en estamentos y se marcaron incipientes clases sociales tanto entre los aborígenes como entre los españoles, determinadas ambas, fundamentalmente, por la riqueza y por el lugar que ocupaban en la sociedad colonial temprana.

[24] Ibíd., pp. 312-314: Informe de la Junta de Procuradores de 5 de Marzo de 1550 en Santiago de Cuba.

[25] Ibíd., pp. 356-358: Testimonio del Bando publicado en las villas de la Isla Fernandina, ordenando la liberación de los indios, 8 de Agosto de 1553 en La Habana.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

Como es lógico, los cambios socioeconómicos provocaron también cambios políticos, que se fueron manifestando a medida que la Corona y los gobiernos en la Isla los fueron necesitando. Asimismo, se pueden apreciar ligeras manifestaciones culturales en la etapa del contacto indohispánico, cuyas evidencias tendrán su desarrollo en épocas posteriores.

Desde temprano, en esta etapa, se produjo la introducción de esclavos negros para el laboreo, los que fueron aumentando en la medida en que escaseaba la población autóctona. La influencia de esta cultura se comienza a sentir tempranamente, dejó su impronta y constituyó a partir de ahí una de las principales fuentes de aportes a la integración de la nacionalidad cubana, a pesar de que hubo pocos cambios sociales en este sector, que mantuvo, en lo fundamental, su estatus esclavo.

La primera mitad del siglo XVI es muy rica en cambios económicos, sociales, políticos y culturales, que paulatinamente se operaron como resultado de la simbiosis de las poblaciones y culturas indocubana, española y negra. Su gran significación histórica estriba en que de esa simbiosis, en esta primera etapa, comienzan a aparecer cambios que tendrán una repercusión decisiva en el desarrollo posterior de Cuba colonial, así como en la integración de la nacionalidad cubana.

Some socioeconomic aspects of early colonial Cuba (1512-1555)

More a historian than an archeologist, the authoress allows the archaelogical pieces "to talk" and builds up a vision of men and society at that time by mixing history (chronicles and other materials) with paleoetnography, paleosociology, anthropology, and other sciences. In order to understand changes in a contact situation, it is necessary to employ a multidisciplinary approach through combined epistemology. The authoress observes—individually and in their relationships and effects—not only the aboriginal society but also the Spanish one, searching for approaches to the changes caused by contact and post-contact in Cuba in early 16th century (1512-1555).

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

Estilo Patana.

Propuesta para un nuevo estilo ideográfico en el extremo más oriental de Cuba

DIVALDO GUTIÉRREZ CALVACHE
RACSO FERNÁNDEZ ORTEGA
JOSÉ B. GONZÁLEZ TENDERO*

Estilo Patana. Propuesta para un nuevo estilo ideográfico en el extremo más oriental de Cuba

El análisis detenido e histórico del uso del término "estilo" en el estudio de la gráfica rupestre en Cuba, demuestra que si bien dicho término ha sido utilizado con abundante regularidad, su aplicación en la mayoría de los casos no se ajusta a la acepción lingüística que tiene el vocablo dentro del espectro terminológico de la arqueología moderna desde los tiempos de Cruxent e Irving Rouse hasta hoy. De ahí que, a pesar de su frecuente presencia en la literatura rupestrológica nacional, no exista en la actualidad un solo especialista o investigador capaz de definir cuantitativa ni cualitativamente los estilos presentes en el arte rupestre cubano. El problema anterior viene dado porque el término "estilo" se ha utilizado en su forma más simple o primaria: como forma particular, personal o propia de hacer o confeccionar algo; de ahí que habrían tantos estilos como ideogramas rupestres. Sin embargo, aunque etimológicamente válido, este enfoque carece de cualquier valor científico en el campo de la arqueología, puesto que no permite la comparación, la referencia u otras acciones encaminadas a la obtención por parte de los investigadores de relaciones significativas, ya sean de semejanza o diferencia, entre sus propósitos de estudio y los estilos "definidos" con anterioridad.

* Los tres son Miembros Ordinarios de la Sociedad Espeleológica de Cuba y colaboradores de la Fundación Fernando Ortiz.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

Divaldo Gutiérrez Calvache
Investigador.
Grupo Espeleológico Pedro A. Borrás.

Racso Fernández Ortega
Investigador.
Grupo Espeleológico Fernando Ortiz.

José B. González Tendero
Investigador.
Grupo Espeleológico Fernando Ortiz.

ANTECEDENTES DE LOS PROBLEMAS TEÓRICOS EN EL CONCEPTO DE ESTILO EN EL REGISTRO RUPESTRE CUBANO

Desde hace algunos años venimos tratando de formar un criterio del término para el registro rupestre cubano que resista el intercambio entre estaciones a él asignadas, sin discrepar en términos morfológicos e ideológicos. Este esfuerzo, junto al intercambio y discusión con miembros de nuestro grupo de trabajo y otros investigadores del tema, nos estimuló a publicar nuestro trabajo "Los estilos pictográficos en Cuba. Reflexiones metodológicas" (Gutiérrez, 1994a), en el que exponíamos al ámbito arqueológico nacional nuestros criterios sistemáticos en su formulación para el registro gráfico rupestre cubano. En ese entonces planteábamos que en nuestra opinión este término implica para la arqueología una unidad de síntesis que permite al investigador la definición y el dominio de al menos un grupo importante de atributos y relaciones significativas de semejanza entre e intra los motivos o diseños que lo conforman o pertenecen a él, garantizando así la ubicación y definición de otras estaciones bajo esta concepción teórica.

En nuestro trabajo (Gutiérrez, 1994a) exponíamos que, entre las relaciones de semejanza que se hacía necesario aislar en nuestras estaciones rupestres para definirlas como unidades de síntesis, se encontraban la función, el uso y la significación de los diseños presentes en una estación tipo o cabecera, los que debían repetirse en un alto grado de coincidencia en las demás estaciones homólogas a la estación tipo. Asimismo, reconocíamos que una de las dificultades mayores de

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

esta postulación sistemática la ofrecía el hecho de que, en muy pocas oportunidades, las investigaciones del arte rupestre cubano realizadas hasta hoy reflejaban haber tenido, dentro de su metodología de investigación, el propósito de garantizar el rescate de los subsistemas que conforman la producción simbólica de las poblaciones aborígenes cubanas, ya que, a pesar de que un concepto genérico que no considere las variaciones dentro de los conjuntos no puede aportar diferencias étnicas, la búsqueda incesante y meticulosa de las variaciones en nuestras estaciones rupestres es el camino para la diferenciación correcta de nuestros sistemas ideográficos, "pues estilo mide variabilidad" (Consens, 1991) o más aún "variabilidad limita estilo" (Gutiérrez, 1994a), si se acepta que para nosotros la variabilidad no es siempre morfológica, puesto que un mismo signo puede poseer más de una categoría funcional o semántica en diferentes grupos o pueblos. Dicha modificación no se refleja morfológicamente; es ideológica y no se simboliza icónicamente, pues la expresión simbólica no es propiedad del signo si no es un sistema conformado por varios subsistemas, como distribución de las estructuras, asignación de espacios, selección de materias primas, disposición en la estación o en el conjunto, definición de sus signos vecinos, sustrato de realización y técnicas de ejecución. A estos y otros subsistemas se le asignan dentro del grupo ejecutor determinadas propiedades no precisamente físicas, las que en la mayoría de los casos dan al signo su verdadera significación.

Basta señalar como valor al principio metodológico que implica la definición y búsqueda de los subsistemas antes mencionados en las investigaciones del arte rupestre, los resultados obtenidos por Leroi-Gourhan (1958) al hallar en varias estaciones del arte rupestre franco-cantábrico una relación directa e intencional entre figuras zoomorfas de diferentes especies y diferentes partes de las cuevas donde se encuentran dichas estaciones.

Todo lo anterior nos demuestra la necesidad de hacer un esfuerzo con el objetivo de trascender los tonos descriptivos que han marcado la investigación de la gráfica rupestre cubana y acometer el rescate e interpretación de los subsistemas tecnológicos e ideológicos ocultos detrás de cada conjunto, estación o área rupestrológica del país, pues son éstos y no otros los que nos aportarán información social sobre el grupo ejecutante, lo cual se traduce necesariamente en formas estilísticas, ya que éstas y sus resultados son las que caracterizan la concepción y costumbres ideográficas de estas congregaciones humanas dentro de la producción simbólica, ideología y superestructura de nuestras comunidades precolombinas.

En todo lo expresado hasta ahora se hace palpable que no entendemos cómo se pueden seguir "postulando" unidades de síntesis (estilos) sin tener en cuenta los rasgos particulares del contexto, así como los presupuestos ideológicos que le dieron origen.

DEFINICIÓN TEÓRICA DEL CONCEPTO DE ESTILO EN LA GRÁFICA RUPESTRE DE CUBA

Como ya hemos expresado con anterioridad, nuestro concepto se basa en una unidad básica de síntesis, por lo que con esta palabra designamos o agrupamos un conjunto de caracteres ideográficos aislados

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

en una estación tipo o cabecera, conjunto de caracteres que se repite en otras estaciones. En la estación cabecera y en las estaciones homólogas se incluyen todos los caracteres, como modo, forma, asignación de espacio, distribución de las estructuras, materiales de ejecución, categoría, dinámica y técnicas de ejecución, que reflejan así la totalidad de las costumbres referentes a la producción de la gráfica rupestre poseídas por un pueblo o grupo durante un período de su historia.

Esta concepción se corresponde, según nuestra propuesta, con el uso que dan al término J. M. Cruxent e Irving Rouse (1961), pero con la diferencia significativa de que estos investigadores lo aplican al estudio de las tradiciones cerámicas, y nosotros al contexto del arte rupestre cubano. Nuestro concepto no debe ser confundido con los tipos de otros autores (por ejemplo, Núñez Jiménez, 1975, y Gutiérrez, 1994b), pues todo grupo social deberá poseerlo normalmente en su producción simbólica, excepto en los períodos de contaminación o transición de éstos. Por otro lado, un grupo usa generalmente varios tipos de diseños para resolver un mismo problema ideográfico, pero todos dentro de un mismo estilo, y estos diseños a su vez formarán parte de los caracteres que lo definen como grupo cultural.

No hemos intentado describir o fundamentar más de uno en el estudio actual por tres razones fundamentales: primero, la necesidad de andar despacio, a fin de que los errores que surjan en la pausada aplicación del concepto sean susceptibles de ser subsanados antes de que se establezcan como costumbre; segundo, la cantidad y calidad de la información de que disponemos es aún demasiado escasa en relación con las características (por ejemplo, subsistemas, función, uso y significación) de muchas estaciones del registro rupestre cubano, como para permitirnos distinguir los caracteres que permitan la individualización de otros; y tercero y no menos importante, la gráfica rupestre cubana es tan rica y variada que su definición se torna muy difícil y requiere tiempo de estudio para lograr establecer las combinaciones y características rígidas que se supone que deben sintetizarse bajo este criterio.

De acuerdo con la costumbre generalizada en la arqueología americana, hemos dado nombre al estilo *(y consideramos que ésta debe ser una línea de trabajo a mantener)* de acuerdo con el de la estación cabecera. Aunque en el caso de estudio que ponemos a su consideración se infiere la correspondencia de éste con un tronco lingüístico bien definido, no hemos querido utilizar para ello términos etnográficos, pues la experiencia nos ha demostrado que es difícil encontrar correspondencia total entre éstos y las etapas o estadios culturales o su matriz lingüística en la investigación arqueológica en general, por lo que cualquiera de estas nomenclaturas podría poseer más de uno, aun en una misma área geográfica y cronológicamente contemporáneos.

El hecho de que definamos aquí nuestras unidades de síntesis solamente en términos de estilos ideográficos, no significa que ignoremos todos los demás elementos que brindan información sobre el grupo ejecutante. Al tratarlo, describimos todos aquellos elementos de la estructura y superestructura que han estado a nuestro alcance; al tratar el tema de la cronología del mismo, igualmente hemos utilizado todos aquellos datos a que hemos tenido acceso, asociados tanto a la producción

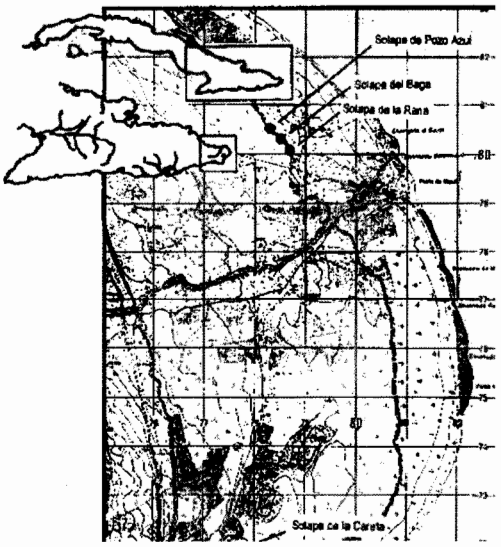
Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

simbólica como a otros elementos del registro arqueológico.

Después de la lectura de este trabajo no debe considerarse como definitivo el modelo que proponemos en el mismo, sino más bien como una hipótesis de trabajo susceptible de cambios en la medida en que se obtengan nuevas informaciones, pues aunque lo aquí propuesto está basado en los detallados y profundos estudios sobre el área en cuestión, realizados por Racso Fernández y José González (2001), y es de esperar que no sea modificado por la aportación de nuevos datos, por su parte el concepto o modelo teórico sí puede ser sometido a revisión con el desarrollo de nuevas investigaciones, sobre todo a la hora de continuar esta línea de investigación e intentar definirlos.

BREVE DESCRIPCIÓN DEL ÁREA OBJETO DE ESTUDIO

La comunidad de diseños rupestres que definimos bajo el nombre o unidad de estilo Patana, se encuentra distribuida en seis estaciones rupestres del territorio conocido como punta de Maisí, actual provincia de Guantánamo. Este territorio, de aproximadamente 80 kilómetros cuadrados, constituye el extremo más oriental de la isla de Cuba y se puede enmarcar en el territorio limitado al norte por la punta Silencio, al sur por la punta Caleta, al este por la punta de Quemados y al oeste por las cuencas de los ríos Yumurí al noroeste y Caleta al suroeste; ha sido tipificado como un territorio semiárido (Díaz *et al.*, 1982), debido a las bajas y pocas precipitaciones que ocurren allí durante todo el año, fundamentalmente en la franja más cercana a la costa, donde los promedios de lluvia anuales no sobrepasan los 800 milímetros y en el período de seca (noviembre-abril) no llegan a los 200 milímetros al año. Como se verá más adelante, esta condición climática tiene una importancia capital en la concepción del registro rupestre de esta localidad. Por su parte, los vientos en la región soplan fuerte, con predominio de los vientos alisios del este y del noreste.



MAPA DE LOCALIZACIÓN DE PUNTA DE MAISÍ.

DISCUSIÓN SOBRE LAS CARACTERÍSTICAS RUPESTROLÓGICAS DEL ESTILO PATANA

A partir de los estudios más recientes de la gráfica rupestre de la región de punta de Maisí (Gutiérrez, 1991a; Fernández y González, 2001), se puede decir que estamos en condiciones teóricas, prácticas y de conocimientos para caracterizar o definir por primera vez para Cuba un estilo rupestrológico, de acuerdo con los criterios

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

propuestos por Divaldo Gutiérrez (1994a), si se considera que éste es una unidad de síntesis aglomerativa de los rasgos de semejanza y de diferencia existentes entre los diseños de varias estaciones rupestres dentro de un marco espacial y temporal bien definido.

1. Sobre la estación tipo o cabecera

La localidad tipo o cabecera es la espelunca conocida como cueva de los Bichos o del Cemí, abierta en el extremo sur del cuarto nivel de terrazas marinas emergidas de punta de Maisí. Ésta forma parte integral de la caverna de la Patana, la cual es muy conocida en el ámbito espeleológico nacional, entre otras razones, por poseer dentro de ella una de las trampas térmicas más importantes del país.

CROQUIS DE LA CUEVA DE LOS BICHOS.

Dentro de esta estación se han localizado y estudiado ocho de los quince diseños petroglíficos que conforman la totalidad de la unidad de síntesis propuesta; asimismo, dentro de ésta se encuentra el único diseño considerado por nosotros como contaminante, por no ajustarse a los caracteres definidos para el mismo, lo que quedará explícitamente claro más adelante.

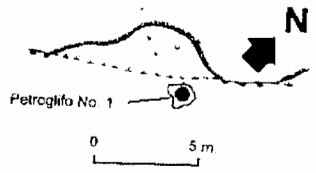
2. Sobre las estaciones homólogas

Además de la estación tipo o cabecera hemos considerado pertenecientes al estilo Patana todas las otras estaciones rupestres del área de punta de Maisí, atendiendo a que las características de los ideogramas que se encuentran en éstas son afines a las aisladas en la primera, lo que sin lugar a dudas es un elemento de suma importancia a la hora de enjuiciar o no esta propuesta estilística y su metodología.

Estas estaciones homólogas se pueden enumerar de la siguiente forma:

- Cueva del Jagüey. Esta estación está ubicada a 23 metros sobre la cueva de los Bichos y, al igual que la anterior, forma parte de la caverna de la Patana.
- Solapa de la Careta. Es una pequeña gruta o solapa de 50 metros de largo, abierta en el farallón de la cuarta terraza marina, a unos 3 500 metros al norte de la cueva de los Bichos, en la cota de los 90 metros sobre el nivel del mar.
- Solapa de la Rana. Esta estación constituye un abrigo rocoso de apenas 7 metros de largo, ubicado a aproximadamente 1 500 metros al oeste-noroeste del faro de punta de Maisí, en el primer nivel de terrazas marinas. Una estalagmita que se encuentra en su misma boca, alberga el único diseño ideográfico de esta estación.
- Solapa del Bagá. Esta estación es un abrigo rocoso de 16 metros de largo, abierto a unos 3 000 metros de punta de Maisí y a unos 600 metros de la dolina de disolución y desplome conocida como Pozo Azul.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com



CROQUIS DE LA SOLAPA DE LA RANA.

- Solapa de Pozo Azul. Esta localidad es una pequeña dolina de desplome inundada parcialmente en unos 17 metros de diámetro.

Tabla 1.
Distribución de los diseños asignados al estilo Patana

Estación	Cantidad de diseños
Cueva de los Bichos	8
Cueva del Jagüey	2
Solapa de la Careta	2
Solapa de la Rana	1
Solapa del Bagá	1
Solapa de Pozo Azul	1
Total	15

3. Sobre la técnica de ejecución

Los quince diseños o grafías han sido definidos en la literatura con el término "petroglifos" (Núñez Jiménez, 1975; Gutiérrez, 1991b), que agrupa a todos los diseños de la gráfica rupestre que han sido realizados mediante las técnicas de percusión, incisión, raspado o rallado de una superficie rocosa, y en los que no se haya utilizado ningún tipo de colorantes o pinturas. Este término y su definición fueron aprobados durante las sesiones del tercero y cuarto simposios de Arte Rupestre Americano (Núñez Jiménez, 1986).

En el caso en cuestión de los diseños pertenecientes a la propuesta, se puede afirmar que los mismos han sido realizados por la técnica combinada de percusión y abrasión (raspado) y se pueden incluir dentro del Grupo T-2 propuesto por Antonio Núñez Jiménez (1986) y definido como: tallas de surco poco profundo, no angular (en arco), de entre 1 y 5 milímetros de profundidad.

PETROGLIFO NO. 2 DE LA CUEVA DE LOS BICHOS.

4. Sobre los instrumentos de ejecución

Si consideramos las técnicas de ejecución antes expuestas, es de suponer que para la ejecución los autores emplearan herramientas o artefactos para cortar por percusión para desbastar y para cortar. Entre los utilizados para cortar por percusión, es mucho más probable el uso del buril como instrumento principal, aunque también podrían haberse utilizado las hachas petaloides. Respecto a estos instrumentos, el arqueólogo René Herrera Fritot (1968) nos dice:

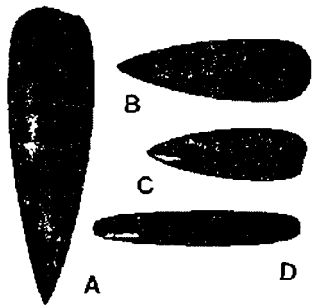
> Se denominan hachas petaloides a ciertos arqueolitos de tipo común, cuya morfología es generalmente uniforme pero con un extremo ampliamente modificado en una porción ancha de borde curvo y filoso; es decir que poseen un extremo o vértice más o menos agudo, cónico y otro cortante usualmente parabólico, en semicírculo perfecto o en regular arco rebajado y que en

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

contados casos aparecen casi rectos, perpendiculares al eje mayor del hacha, dando a ésta un aspecto más triangular y cureniforme que en lo normal.

En relación con los buriles, este insigne investigador continúa diciendo:

Comúnmente los buriles son alargadamente husiformes con agudos extremos filosos, pero también los hay cilíndricos, y aplanados con sección elíptica. Hay variedades en que un extremo termina en punta poco aguzada, y el otro en filo arqueado más o menos estrecho.



HERRAMIENTAS DE EJECUCIÓN: A, B Y C, HACHAS PETALOIDES; D, BURIL

Por su parte, entre los artefactos para desbastar deben considerarse los conocidos pulidores, y entre las herramientas para cortar es muy probable el uso de los cuchillos de sílex.

Sobre las herramientas para desbastar, nos dice José M. Guarch (1978):

Su uso evidente fue para producir el aplanamiento de los granos de la superficie de otros cuerpos duros, los que provocaron a su vez con mucha frecuencia el desgaste del instrumento, formando facetas en el mismo. Este trabajo lo efectuaron siendo los desbastadores el instrumento activo, salvo en los casos de los aparentes afiladores. Las formas de los llamados pulidores son muy diversas y naturales, es decir, conformadas por el uso, el que ocasionó que en general adquiriesen formas redondeadas con facetas.

Referente a las herramientas para cortar, este investigador plantea en el mismo texto lo siguiente:

Como su nombre lo indica fueron instrumentos utilizados para cortar. En general se trata de instrumentos de sílex [...]. Los cuchillos y cuchillas de sílex encontrados son de diversos tamaños y formas, aunque presentan la tipología propia de estos artefactos al ser manufacturados por percusión [...]. Los bordes filosos permitieron la utilización del instrumento para producir cortes.

5. Sobre la asignación de espacios

En cuanto a esta particularidad, todos los diseños a él asociados se caracterizan por tener asignados espacios subterráneos de las zonas umbrales y subumbrales, pues todos han sido realizados dentro de formas negativas del relieve cársico de la región (cuevas, solapas,...), pero ninguno se encuentra ubicado en áreas de oscuridad total o absoluta, ni a la intemperie.

6. Sobre los sustratos de realización

La totalidad de los dibujos han sido ejecutados sobre sustratos rocosos secundarios de tipos clásicos o reconstructivos (estalactitas, coladas, mantos, estalagmitas, derrumbes,...) de tipo duro, con un rango de dureza entre 3 y 4 en la escala de Mohs. No se encuentra ningún diseño en las paredes estructurales de las estaciones asignadas a esta unidad de síntesis. Otra

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

característica de los sustratos utilizados es que no ha mediado una obra de adaptación o preparación del sustrato antes de la realización del diseño, sino que se ha escogido éste de acuerdo con la necesidad del ejecutor para resolver el problema ideográfico.

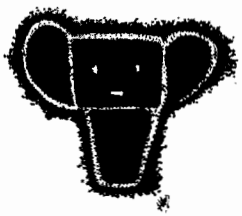
7. Sobre la dinámica

El concepto de *dinámica* en el arte rupestre cubano fue introducido y definido por José M. Guarch (1980) y está compuesto por tres categorías: ideogramas limitados, sin segmentos libres o inconclusos; ideogramas abiertos, con segmentos libres o inconclusos; e ideogramas mixtos, en los que se combinan de forma homogénea las dos categorías anteriores.

El estilo Patana presenta la dinámica de sus diseños como ideogramas limitados, con movimiento hacia un centro interno y un universo definido.

8. Sobre las categorías

El concepto de *categoría* establecido para el arte rupestre cubano es probablemente el que menos se ajusta en su aplicación teórica, lo que nos hace dudar sobre la validez de este concepto, al menos a escala regional o estilística, pues en el caso que nos ocupa tendría que asumirse una categoría mixta, ya que dentro de él es posible encontrar tanto dibujos aislados como conjuntos o murales. Sin embargo, no es nuestro propósito aquí discutir la validez de este concepto, por lo que preferimos asumir como una propiedad el hecho de que no hay una marcada definición en el volumen espacial de los diseños, caracterizándose por soluciones puntuales o específicas de acuerdo con el problema ideográfico a resolver por el ejecutor.



PETROGLIFO NO. IO DE LA CUEVA DE LOS BICHOS.

9. Sobre la morfología

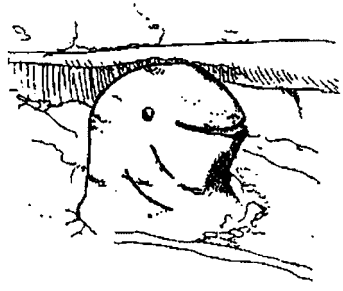
Los conceptos morfológicos más recientes en el arte rupestre cubano y su relación con el estilo como unidad de síntesis, fueron expuestos por Divaldo Gutiérrez (1994a) al hacer referencia a los criterios de abstracción, esquematización y estilización, así como a sus variantes morfológicas: realista con rasgos, realista sin rasgos,... Siguiendo estos conceptos, se puede definir los diseños como ideogramas estilizados, de siluetas con rasgos.

10. Sobre la función

Para nosotros, *función* es la norma cultural de utilización específica y muchas veces restringida que determina la ejecución de un diseño ideográfico dentro de un contexto sociocultural. Según nuestro criterio, a los diseños afiliados a este contexto corresponde una función mágica. Lo anterior se sustenta en la alta frecuencia con que se ha logrado identificar la identidad de algunas deidades y cemíes del panteón mitológico aborigen de Cuba y República Dominicana entre numerosos diseños de éste, practicándose de forma general un sistema de magia homeopática y de contagio, con la que sus autores trataban de

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

lograr los beneficios de la naturaleza, al mismo tiempo que creían dominar sus designios.



PETROGLIFO DE LA SOLAPA DE LA RANA.

Asimismo, la identificación de varias grafías con el personaje mítico Mácocael en lugares que confirman la función antes propuesta, así como otras grafías que parecen cumplir funciones de centinelas pétreos, reafirman la práctica de una magia homeopática e imitativa en este estilo, pues para estos aborígenes las cuevas y solapas de la región debieron constituir lugares sacros que fueron venerados. ¿Dónde rendir mejor culto a las deidades de su panteón mitológico que no fuese en estos enigmáticos aposentos?

Sin lugar a dudas, era el paraje idóneo para que el artista-hechicero primitivo desplegara toda su imaginación y creara las imágenes que, aun lejos de su tierra natal, amparaban y facilitaban las labores de la vida diaria de este grupo humano. Las cuevas eran, pues, una casa espléndida para los cemíes y deidades. Téngase en cuenta, por ejemplo, que en una de las cartas del almirante Cristóbal Colón, escrita en 1496, se puede leer lo siguiente:

> [...] tienen una casa para cada uno de ellos [los caciques], separada de la población, en la cual no hay otra cosa sino imágenes de madera, labradas en relieve, que ellos llaman cemíes, ni en esa casa se trabaja para otro efecto o servicio sino para estos cemíes [...] [Arrom, 1990].

Todas las razones antes expuestas hacían necesaria la creación de tabúes específicos que regularan la entrada a dichos espacios vedados, amén de otorgarles un valor simbólico a las grafías que debían suplir a los centinelas vivos (confirmación de las prácticas de magia homeopática o imitativa). Éste sería el caso de los petroglifos representados a pocos pasos de las entradas de las cuevas de los Bichos y del Jagüey (Fernández y González, 2001). El individuo que penetre en la cueva del Jagüey (una de las estaciones homólogas), lo primero que encontrará será un petroglifo cuya figura se interpone ante el desconocido, bloqueando su paso hacia el segundo petroglifo de diseño más complejo. Todo eso nos ha llevado a pensar en la posibilidad de que estemos en presencia de centinelas cuya única misión (función) era proteger el acceso a las moradas de las deidades de estos centros ceremoniales.

La análoga distancia entre los centinelas y los númenes, repetida en varias de las estaciones en estudio, nos hace pensar en una intencionalidad que reafirma nuestra hipótesis.

11. Sobre los usos

Para nosotros *uso* es toda aquella función que pueda cumplir una grafía, además de la que le está reservada por norma de ejecución (la función).

Dentro de los usos que hemos podido aislar para el registro rupestre que nos ocupa, están el religioso y el topográfico, además de su función mágica ya argumen-

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

tada con anterioridad. El uso religioso de las grafías está sustentado en que es muy probable que durante los días en que se hacía necesaria la súplica a sus deidades, los autores de éstas llevaran a las estaciones rupestres distintas ofrendas para agasajarlas, pues, como relata Pané: "Algún día solemne, en que llevan mucho de comer, pescado, carne, o pan o cualquier otra cosa, ponen de todo en la casa del cemí" (Arrom, 1990).

Como se puede apreciar, la cita anterior constituye un testimonio fehaciente de lo especial de estas prácticas: la combinación de magia y religión, pues el hecho de realizar oraciones o colocar ofrendas a las deidades es en sí mismo un ritual de connotación religiosa, pero, como nos cuenta Pané, esto sucedía solamente "algún día solemne".

Desde el punto de vista topográfico, resulta muy probable que las grafías desempeñaran un importante papel como indicadores topográficos de la cercanía y la ubicación del agua. Llama la atención en este sentido que, desde la solapa de Pozo Azul (una de las estaciones homólogas) hasta la cueva de los Bichos, todas las estaciones rupestres coinciden con lugares donde existen depósitos naturales del preciado líquido, pues aun en la solapa de la Careta, donde aparentemente no hay relación alguna de este tipo, en épocas de lluvia se forma sobre ella un efímero arroyo de caudal estacional.

Téngase en cuenta que aun en la actualidad las fuentes o *gours* que se han formado en el piso de las grutas de esta región y donde habitualmente se acumula agua, sirven de fuente de abastecimiento no sólo a los habitantes de la región, sino también para aquellos que en camino hacia la costa las visitan para avituallarse antes de iniciar sus faenas pesqueras. Sin lugar a dudas, estas características llamaron la atención de nuestros primitivos pobladores y debieron señalarlas y marcarlas, a fin de garantizar la continuidad de su explotación y localización, amén de convertirlas en centros ceremoniales, lo que se hace palpable por el conjunto de petroglifos que adornan sus interiores.

En este sentido es importante señalar que el uso topográfico en la gráfica rupestre ha sido enunciado por otros autores como Messmacher (1981), quien, cuando se refiere al arte rupestre del sitio de La Pintada en el estado de Sonora, México, nos dice: "Aparentemente presentan una definida asociación con el agua y las pozas, significando su papel indicativo de la topografía del sitio. [...] del examen de los cuatro estilos brevemente descritos se nota que sólo los dos primeros se encuentran íntimamente asociados a la topografía del lugar [...]."

En Cuba este tema también ha sido tratado con anterioridad, destacándose la cueva de la Pluma, Cumbre Alta, Matanzas, donde muchos de sus signos ideográficos han sido interpretados como indicadores topográficos de los accidentes subterráneos que hay que superar en el recorrido hasta las diferentes vías de acceso de la cueva y sus fuentes de agua (Gutiérrez y Crespo, 1991).

12. Sobre la significación

Uno de los problemas fundamentales de los estudios de la gráfica rupestre, y quizás la tarea más difícil, lo constituye la definición exacta del significante y el significado de cada grafía, tema sumamente complejo sobre todo en los ideogramas ejecutados por grupos humanos que se

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

encontraban en pleno período de neolitización y presentaban un importante desarrollo abstraccionista. La importancia de conocer el significado puro y no abstracto de cada grafía, está dada porque en no pocas ocasiones éste es el camino para obtener una interpretación correcta de su función y usos en la sociedad ejecutora.

La interpretación en términos de significación es a menudo desestimada por muchos arqueólogos, alejándose de este problema y considerándolo inaccesible en el estado actual de nuestros métodos y sistemas de investigación, ya que consideran que en no pocos casos es un ejercicio de especulación poco científico.

Sin embargo, el aparente panorama abrumador que se abre ante el rescate de la significación, no puede impedir al arqueólogo aplicar sus conocimientos y buscar interpretaciones lógicas y razonables que, si bien pueden ser objeto de cambio cuando se disponga de nuevos datos, abren el camino a un conocimiento convincente de nuestro registro rupestre, pues si podemos, por ejemplo, aceptar el hecho de la existencia de creencias mágico-religiosas en las poblaciones prehispánicas de las Antillas, entonces podemos y debemos analizarlas en busca de alguna claridad del significado que tuvo para la gente que las realizó.

Esta búsqueda, basada en comparaciones etnohistóricas y en las descripciones aportadas por los cronistas de Indias acerca de los sistemas de creencias y costumbres de estas comunidades aborígenes, constituye sin lugar a dudas un intento mucho más fructífero y científico que la discusión improductiva sobre las características de la gráfica rupestre o como señalara el rupestrólogo Clement Meigham (1978):

> Podemos describir una representación de arte rupestre de una rana, por ejemplo, y podríamos discutir la presencia de ranas en el medio ambiente y su lugar en la adaptación del hombre a la región, etc. Sin embargo, es importante conocer que la rana es la esposa del coyote y que en ese papel la rana tiene muchos atributos y significados simbólicos [...] incluyendo la relevancia mitológica que dicha criatura tuvo en amplias creencias durante periodos largos de tiempo [...].

En tal sentido consideramos que desconocer la significación de la gráfica rupestre es omitir una parte importante del comportamiento humano, sobre todo en las poblaciones antiguas, por lo que no podemos proponer aquí un diseño de estilo en el que no abordemos juiciosamente la significación de las grafías que lo componen.

Los diseños o grafías que nos ocupan, han sido identificados en un alto grado de coincidencia con personajes de la mitología aborigen antillana, su significado entonces es para nosotros *animatista*, lo cual se corresponde con la ideología que profesaban estos grupos humanos. Entre las identificaciones que se han realizado, se encuentra la representación del numen aruaco Boinayel.

Desde 1947, el sabio cubano Fernando Ortiz planteó la teoría que relaciona al dios aruaco de la lluvia Boinayel con las imágenes lloronas que aparecen representadas, con relativa frecuencia, en los tiestos y vasijas de cerámica recuperados durante las excavaciones arqueológicas (Ortiz, 1947). Este punto de vista, que compartimos, ha sido aceptado hasta el presente por otros autores como Dato Pagán, Morban Laucer y Robiuo Lamarche.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

Este numen aruaco, según la mitología aborigen antillana, nació en el antro cavernario de Iguanaboina, al igual que su hermano Márohu:

> [...] es el Señor de la Lluvia. En el nombre de su madre se sintetiza, por un lado, la cresta dorsal serrada de la iguana (reptil antillano), que indica el buen tiempo soleado, y como boina (serpiente oscura), las nubes cargadas de agua. De esta metaforización Boinayel tomó la de "Hijo de Boina", la Serpiente Parda, y por tanto de sus ojos se desprenden interminables hilillos de lluvia, de los que se fertiliza el suelo y gracias a los cuales viven el hombre, los animales, el bosque, los ríos y los mares, y las plantas que procuran alimento y salud [Guarch y Querejeta, 1992].

Otra de las deidades reconocidas es el personaje Guabancex, el que ha sido identificado como la metaforización de los huracanes y las tormentas. Este análisis, por ejemplo, nos permite desentrañar el significado de la grafía número 2 de la cueva del Jagüey. Muestra un complejo grabado en el que se encuentran incorporados un rostro y otros elementos. Al pie del citado rostro aparece una figura hasta el momento aceptada y reconocida por todos los estudiosos como Guabancex. Observamos en esta ocasión el inconfundible diseño en forma de remolino que lo caracteriza y que, en ocasiones, aparece decorando las cerámicas como un homínido con los brazos extendidos, uno hacia arriba torcido hacia la derecha y el otro hacia abajo y hacia la izquierda.

Queremos apuntar que es muy significativo el hecho de que, por encontrarse el glifo que nos ocupa en una posición intermedia, entre la entrada y otra abertura al exterior de la cueva, se ha podido apreciar que en ocasiones, por esta área de tránsito, pasan corrientes de aire de variada intensidad, en consonancia con el horario del día y la temporada del año.

PETROGLIFO NO. I DE LA SOLAPA DE LA CARETA.

La mitología de Guabancex cuenta que esta Señora de los Vientos, Huracán, deidad femenina, reina en la tormenta y que a su paso todo lo destruye, con el auxilio de las fuerzas combinadas del viento y las aguas torrenciales. Tiene ayudantes: Guataubá, el pregonero, y Coatrisquie, el recogedor de aguas. Guabancex asola los conucos y aldeas cuando la cólera la impulsa contra los pueblos que no han atendido con devoción sus imágenes, ni le han rendido el tributo debido. Vive Guabancex en el país de Aumatex, cacique de los vientos; al salir airada con sus dos ayudantes para arrasar con cuanto se encuentre a su paso, ordena al resto de los cemíes de la comarca que colaboren con ella en su labor infausta (ibíd.).

Guabancex constituye la materialización del gran temor de los antiguos habitantes de Cuba por los huracanes, fenómeno climatológico espectacular que cada año azota varias veces el archipiélago de las Antillas. Es una deidad de las fuerzas

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

incontroladas de la naturaleza, antepasado mítico de los aruacos.

PETROGLIFO NO. 3 DE LA CUEVA DE LOS BICHOS (VISTA FRONTAL).

13. *Sobre los ejecutores*

Desde hace muchos años el área objeto de estudio y sus alrededores se ha considerado como una zona típica del taíno cubano (Tabío, 1986; Guarch, 1978), agroalfarero (Rivero y Dacal, 1986), o sea el actualmente denominado agricultores (Moreira, 1999). Ahora bien, hasta hace muy poco ninguna de las estaciones que en este trabajo se consideran pertenecientes al estilo Patana había aportado elementos artefactuales o funerarios al espectro arqueológico de la región, por lo que la presencia de grupos aborígenes en ellas era sólo inferida de las manifestaciones de la gráfica rupestre que aparecen en su interior. Sin embargo, en septiembre de 1990 una expedición espeleológica a la caverna de la Patana dio cuenta del hallazgo de un sitio funerario en galerías de la cueva de los Bichos.

Durante los trabajos iniciales en este sitio fueron exhumados gran parte de las osamentas de por lo menos dos individuos adultos masculinos y un probable adulto femenino; de uno de ellos se recuperó alrededor de 72 % de sus componentes óseos (Torres, Fernández y González, 1992), además de algunos artefactos de concha y una abundante colección de fragmentos cerámicos, al parecer parte de la ofrenda funeraria; la colección de material cerámico estuvo compuesta por 166 fragmentos, de los cuales 71 eran decorados, 83 no decorados y 12 de burén (Gutiérrez, 1991a). El estudio de este material arrojó un ajuar de composición homogénea con una fuerte tendencia Carrier, aunque también persistían en el ajuar rasgos Meillac (N. Castellanos, comunicación personal), que lo enmarcan dentro de la Serie Chicoide. Una situación muy similar encontró José M. Guarch (1978) al estudiar el residuario de Laguna de Limones, sitio muy cercano a la caverna de la Patana.

De lo anterior puede concluirse que, al encontrarse ubicadas todas las localidades o estaciones en un área con una alta frecuencia de poblaciones neolíticas con la presencia de un ajuar cerámico de fuertes rasgos Carrier, y sobre todo el hecho de haberse logrado la identificación de numerosos diseños ideográficos relacionados con deidades y personajes del panteón mitológico aruaco común a Cuba y a las restantes Antillas, nos permite asumir como ejecutores del registro rupestre que se ha sintetizado en el estilo Patana a los aborígenes conocidos como agricultores, agroalfareros o taínos; en definitiva, éstos pueden definirse como miembros del tronco lingüístico aruaco que poseían una economía productora y una organización social gentilicia del Periodo IV de Irving Rouse (1965) o el AGRO-IV de L. Chanlatte (1986).

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

14. Sobre la cronología

En estas estaciones rupestres no se ha logrado obtener un fechado que permita asumir una cronología absoluta, por lo que cualquier intento de ubicación en el tiempo tiene que ser considerado como una cronología relativa, inferida de los registros arqueológicos que han sido analizados desde el punto de vista estilístico y de sitios cercanos con evidencias similares a los encontrados en localidades en las cuales se han realizado estos fechados.

De acuerdo con los fechados radiocarbónicos del neolítico obtenidos para Cuba, se puede determinar que esta etapa se desarrolló entre 820 d.n.e. (1 120 $\pm$ 160 a. AP), según el fechado más antiguo para esta etapa obtenido en el residuario de Paraíso, Guamá, Santiago de Cuba (Pino, 1995) y 1785 d.n.e. (165 $\pm$ 60 a. AP), obtenido para el residuario de Aguas Gordas, Banes, Holguín (Pino, 1995). Con esta cronología de 965 años, o sea más de nueve siglos y medio de presencia neolítica en nuestro país, se hace imperioso definir la cronología del estilo con más precisión, por lo que nos remitimos a los fechados absolutos obtenidos para sitios cercanos y similares materialmente a las estaciones rupestres analizadas.

Muy cerca de estas estaciones y dentro del área de estudio se encuentra un residuario arqueológico conocido como Laguna de Limones, con un fechado radiocarbónico de 1310 d.n.e. (640 $\pm$ 120 a. AP). Además, como se vio con anterioridad, en éste se ha obtenido un material cerámico muy similar al encontrado en la caverna de Patana (Gutiérrez, 1991a); en este sentido nos parece que no sería muy arriesgado considerar como cronología tentativa para el estilo, a falta de un fechado absoluto para el sitio cabecera, el periodo comprendido entre 1200 d.n.e. (fecha inicial) y 1500 d.n.e. (fecha terminal), lo que se ajusta a la cronología relativa obtenida para la cerámica colectada en la estación tipo que, como ya dijimos, es estilísticamente similar a la del sitio de Laguna de Limones. A lo anterior se le puede sumar que en 1983 el arqueólogo Juan José Ortiz excavó y estudió el sitio conocido como Bois Neuf en la costa central-oeste de La Española (Haití), describiendo dos asentamientos correspondientes a los estilos cerámicos Meillac y Carrier y obteniendo por métodos de termoluminiscencia y radiocarbono (C-14) fechados absolutos que para el sitio Meillac fueron de 1430, 1450 y 1500 d.n.e. y de 1375 d.n.e. para el sitio Carrier (Chanlatte, 1986), por lo que si se considera que el poblamiento neolítico de Cuba se puede enmarcar entre 500 d.n.e. y 1511 d.n.e., momento en que se produce el proceso de colonización, nuestra propuesta de cronología es perfectamente admisible.

15. Sobre los diseños contaminantes

Durante el estudio del registro rupestre de la región de punta de Maisí, quedó demostrada la posibilidad de encontrar diseños ideográficos en las localidades homólogas al estilo Patana que no se ajustasen a su caracterización y que pudiesen corresponder a otros momentos ocupacionales del sitio por grupos o poblaciones diferentes, homólogos culturalmente o no. Lo anterior quiere indicar que el hecho de que las grafías ubicadas en una estación se incluyan dentro de un estilo determinado no

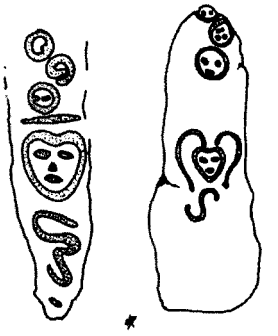
Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

significa obligatoriamente que todos los diseños rupestres que en ella aparezcan, deban ser necesariamente parte de éste; las que no puedan ser incluidas dentro de él, por diferencias sustanciales con el conjunto de características aislado para el mismo, es lo que hemos definido como diseños contaminantes.

En este estudio hemos aislado como contaminante sólo un mural pictográfico de rayas verticales negras, realizado mediante la aplicación directa del carbón a la pared y que se encuentra sobre la pared estructural. Dicho mural tiene en conjunto 3,80 metros de largo por 0,45 metros de ancho y se ubica a 2,40 metros de alto sobre el nivel del piso de la cueva de los Bichos (estación tipo). Este mural está compuesto por dos dibujos de rayas verticales, el primero de los cuales tiene un ancho de 0,22 metro y un largo de 0,53 metro y está compuesto por 20 rayas negras, verticales y paralelas entre sí; por su parte, el otro dibujo tiene un ancho de 0,32 metro y un largo de 2,15 metros y está constituido por 81 rayas con la misma disposición del otro dibujo. El conjunto en general consta de 101 rayas verticales y paralelas y fue ejecutado en un área de oscuridad de la cueva, casi en la misma entrada de la trampa térmica de esta localidad.

16. Sobre posibles comparaciones

Ahora desarrollaremos un comentario sobre las posibles estaciones rupestres antillanas que podrían, después de un estudio detallado, ser vinculadas, si sus modos de procedimientos y conceptuales se correspondieran; pero en el estado actual del conocimiento que tenemos de ellas, sólo nos es posible compararlas morfológicamente.



Comparación entre el petroglifo no. 2 de la cueva del Jagüey y uno semejante de La Española.

En Cuba, después de revisar numerosa bibliografía, podrían ser estudiadas a fin de definir su pertenencia o no al estilo Patana las estaciones conocidas como Cueva Ceremonial no. 2 y cueva de la Amistad Cubano-Húngara, ambas ubicadas en cabo Cruz, provincia de Granma (Núñez, s.a.), así como las cuevas de Waldo Mesa y del Jobo, abiertas en el municipio de Banes, provincia de Holguín (Núñez, 1975b).

Por su parte, en otras islas de las Antillas parece que hay también algunas localidades en que, por la morfología de sus diseños, estudios futuros podrían determinar su correspondencia o no. Entre éstas se pueden citar la cueva del Paredoncito (Morbán, 1970), y las cuevas de los Palos, de la Trituradora y de Robinson Garó (Morbán, 1994), todas localizadas en la vecina isla de La Española.

Finalmente queremos llamar la atención sobre la localidad conocida como solapa de las Caritas, ubicada en la hermana República Dominicana, La Española, donde además de las similitudes morfológicas entre los diseños de esta localidad, hemos encontrado una importante característica común entre las estaciones: su posición en el contexto cultural y natural del área,

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

Petroglifo de la cueva Got River Care, Jamaica.

Petroglifo de la Cueva Ceremonial no. 2 de cabo Cruz, Cuba.

pues la solapa de las Caritas se encuentra ubicada muy cerca del río Chacuey y a menos de 700 metros del monumento térreo indígena de Chacuey (Robiou, 1992). Situación similar presentan algunas de las estaciones pertenecientes al estilo Patana, las cuales se encuentran muy próximas al río Maya y relativamente cercanas a los cercados térreos indígenas de Laguna de Limones y Pueblo Viejo (Guarch, 1978).

En la isla de Jamaica también parece que hay estaciones con un arte rupestre muy similar al del estilo Patana, como es el caso de Got River Care (Morales *et al.*, 1952).

DEFINICIÓN DEL ESTILO PATANA

El estilo rupestrológico que hemos definido como Patana, representa un momento en la evolución y desarrollo del pensamiento ideológico de los grupos neolíticos de Cuba, en la solución de problemas ideográficos que se podría enmarcar dentro del periodo comprendido entre 1200 d.n.e. y 1500 d.n.e., caracterizado por la utilización del petroglifo como modo de expresión gráfica. Éstos fueron realizados por medio de la talla por percusión y abrasión, usando para ello raspadores, cuchillos de sílex, hachas y buriles, instrumentos típicos de estos grupos de economía productora. Una de las características principales es su función mágica dentro del grupo ejecutante, con la que garantizaban el amparo y la facilidad para sus labores diarias de subsistencia, así como los usos religiosos y topográficos indicativos de los sitios para el abastecimiento de agua, importantísimo elemento para la subsistencia del grupo y sumamente escaso en el área de distribución de esta unidad de síntesis, la cual se puede situar en el extremo más oriental de Cuba, entre las cuencas de los ríos Yumurí y Caleta al oeste y la punta de Quemados al este, territorio en el que se localizan las seis estaciones que la conforman.

Es muy probable que el estilo Patana o sus formas iniciales hayan entrado a Cuba alrededor de 1200 d.n.e., procedentes del Caribe insular. Aunque hemos aceptado la posibilidad de encontrar estaciones en otras islas de las Antillas, a nuestro juicio es mucho más probable que, al llegar las formas primarias, éstas se combinaran con

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

caracteres locales de formas y medios ya establecidos, los que, junto a las influencias y necesidades que provocó un nuevo medio, trajeron por resultado el desarrollo de un conjunto de características en la producción del arte rupestre de este grupo, que hoy sintetizamos bajo este concepto y que sólo posee semejanzas morfológicas con algunas estaciones de La Española y Jamaica. Asimismo, es posible que se haya extendido en Cuba hacia el oeste y el noroeste, junto con el desplazamiento de estos grupos aborígenes, como parecen demostrar algunas estaciones rupestres en cabo Cruz, provincia de Granma, y en Banes, provincia de Holguín. Sin embargo, también pensamos que dicha expansión lo contaminó, sufriendo las influencias de nuevos conceptos y criterios locales de los grupos asentados con anterioridad en estas áreas, por lo que las estaciones de cabo Cruz y otras con similitudes morfológicas que se pueden encontrar al oeste y noroeste de la región oriental de Cuba podrían ser estaciones representativas de un periodo de transición hacia nuevos estilos que hoy están todavía por estudiar y definir.

PETROGLIFO DE LA CUEVA DE LA AMISTAD CUBANO-HÚNGARA DE CABO CRUZ, CUBA.

Finalmente, diremos que éste se caracterizó por una morfología cuyos diseños representan en su mayoría formas zoomorfas y antropomorfas, con una significación animatista, que representan en gran medida deidades y personajes del panteón mitológico aruaco. Por tanto, los diseños en general están dinámicamente limitados y conformados por siluetas simplificadas, con rasgos generalmente faciales que aparecen aislados o combinados en hermosos conjuntos y murales, realizados siempre en zonas iluminadas total o parcialmente de cuevas, solapas o grutas. Un importante rasgo de estos conjuntos es que mayormente fueron realizados sobre formas secundarias o reconstructivas del medio subterráneo, lo que permitió darle a la mayoría de los diseños un volumen tridimensional que los acercara morfológicamente a sus personajes mitológicos y númenes.

Particularmente pensamos que nuestra teoría aporta sólidos argumentos arqueológicos y documentales que tienden a despejar la incertidumbre en que se encontraba el concepto de *estilo* en el registro rupestre cubano y quizás antillano, sin que hayamos recurrido a presupuestos teóricos ya desgastados y en desuso, como lo constituyen las clasificaciones importadas que asumen formas descriptivas que fueron totalmente desconocidas para sus autores (castilliformes, peiniformes, espejueliformes), ni a la posición de asumir términos estilísticos europeos (naturalismo, estilización) cuando nos referimos a una gráfica rupestre autóctona y bien caracterizada como la americana.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

Tabla 2. Resumen del conjunto de caracteres aislados para el estilo Patana

Caracteres	Definición
Localidades tipo	Cueva de los Bichos, Maisí, Guantánamo Cueva del Jagüey, Maisí, Guantánamo
Localidades homólogas	Solapa de la Careta, Maisí, Guantánamo Solapa de la Rana, Maisí, Guantánamo Solapa del Bagá, Maisí, Guantánamo Solapa de Pozo Azul, Maisí, Guantánamo
Técnicas de ejecución	percusión abrasión
Instrumentos de ejecución	buril pulidores hachas petaloides cuchillos de sílex
Asignación de espacios	zona umbral de cuevas o solapas zona subumbral de cuevas o solapas
Sustrato de realización	depósitos secundarios
Dinámica	limitada
Categoría	mixta
Morfología	estilizada de silueta con rasgos
Función	mágica
Uso	religioso topográfico
Significación	animatista
Ejecutores	agricultores (taínos, agroalfareros)
Cronología	1200 d.n.e.-1500 d.n.e.
Contaminantes	pictogramas negros al carbón y lineales
Comparaciones	Cueva Ceremonial no. 2, cabo Cruz, Cuba Cueva de la Amistad Cubano-Húngara, Cuba Cueva de Waldo Mesa, Banes, Holguín, Cuba Cueva del Jobo, Banes, Holguín, Cuba Cueva del Paredoncito, República Dominicana Cueva de los Palos, República Dominicana Cueva de la Trituradora, República Dominicana Cueva de Robinson Garó, República Dominicana Solapa de las Caritas, República Dominicana Got River Care, Jamaica

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

Esperamos entonces que en algún momento no muy lejano podamos sentarnos a discutir con profesionalismo las diferencias conceptuales que puedan surgir de la aplicación de nuestro modelo y buscar una sola vertiente que permita el consenso y aplicación general por parte de los investigadores antillanos. Entretanto, el lector podrá concluir de nuestro trabajo cuáles conceptos expuestos poseen una base digna de confianza y cuáles no.

BIBLIOGRAFÍA

ARROM, J. (1990). *Relación acerca de las antigüedades de los indios*. Ed. Ciencias Sociales, La Habana.

CHANLATTE, L. (1986). *Cultura ostionoide: un desarrollo agroalfarero antillano*. Homines, Universidad Interamericana de Puerto Rico, San Juan.

CONSENS, M. (1991). *Sobre función, uso y producción simbólica en la arqueología contemporánea*. Buenos Aires.

CRUXENT, J. M. e I. ROUSE (1961). *Arqueología cronológica de Venezuela*. 2 t. Ed. Unión Panamericana, Washington D.C.

DÍAZ, A. *et al.* (1982). "Descripción geográfica breve de la zona de aridez de Cuba" (inédito). Instituto de Geografía Tropical, CITMA, La Habana.

FERNÁNDEZ, RACSO y JOSÉ B. GONZÁLEZ (2000). "El arte rupestre de la caverna de Patana, Maisí, Guantánamo, Cuba". *Cavernes*, Federación Suiza de Espeleología, Neuchatel, Suiza, no. 1.

———— (2001). *El enigma de los petroglifos de Cuba y el Caribe insular*. Ed. Juan Marinello, La Habana.

GONZÁLEZ, JOSÉ B. y RACSO FERNÁNDEZ (2002). "El arte rupestre en el extremo oriental de Cuba". *The Petrograph News*, Japan Petrograph Society, Tokio, Japan, no. 64. (En prensa.)

GUARCH, J. M. (1978). *El taíno de Cuba. Ensayo de reconstrucción etnohistórica*. Ed. Inst. Ciencias Sociales, La Habana.

———— (1980). "Consideraciones acerca de la morfología y desarrollo de los pictogramas cubanos". *Cuba Arqueológica II*, Santiago de Cuba.

GUARCH, J. M. y A. QUEREJETA (1992). *Mitología aborigen de Cuba. Deidades y personajes*. Ed. Publicigraf, La Habana.

GUTIÉRREZ, D. (1991a). "Resultados arqueológicos de la expedición KLARREN-1 a Maisí, Guantánamo". *Boletín Casimba*, La Habana, serie 2, año 3, no. 3.

———— (1991b). "Petropictografía vs. pictopetroglifo. Algunas consideraciones en el campo del arte rupestre". *Boletín Casimba*, La Habana, serie 2, año 3, no. 3.

———— (1994a). "Los estilos pictográficos en Cuba. Reflexiones metodológicas". *Boletín Casimba*, La Habana, serie 1, año 5, no. 6.

———— (1994b). "Tipología y análisis de rasgos mediante Cluster. Análisis en los pictogramas ornitomorfos del arte rupestre urbano". *Boletín Casimba*, La Habana, serie 1, año 5, no. 6.

GUTIÉRREZ, D. y H. CRESPO (1991). "El arte rupestre en la cueva de la Pluma, Cumbre Alta, Matanzas". *Boletín Casimba*, La Habana, serie 2, año 3, no. 3.

HERRERA FRITOT, R. (1968). *Estudio de las hachas antillanas*. Academia de Ciencias de Cuba, Dpto. de Antropología, La Habana.

LEROI-GOURHAN, A. (1858). *Répartition et groupement des animaux dans l'art pariétal paléolithique. Bull. Soc. Prehist*, Paris, vol. LV, fasc. 9.

MEIGHAN, C. W. (1978). *Análisis del arte rupestre en Baja California*. Ballena Press, Socorro, Nuevo México.

MESSMACHER, M. (1981). *El arte paleolítico en México*. Unión Internacional de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas, X Congreso, Comisión XI Arte Paleolítico, México, D. F.

MORALES, OSWALDO *et al.* (1952). "La expedición científica cubana: Jamaica, Haití, Puerto Rico e islas Vírgenes". *Revista de Arqueología y Etnología*, segunda época, año VII, no. 15-16.

MOREIRA, LILIAN (1999). *La sociedad comunitaria de Cuba*. Editorial Félix Varela, La Habana.

MORBÁN, FERNANDO (1970). *Pintura rupestre y petroglifos en Santo Domingo*. Col. Historia y Sociedad no. 4, Universidad Autónoma de Santo Domingo, Facultad de Humanidades, Santo Domingo.

———— (1994). *El arte rupestre de la sierra Bahoruco. Una visión universal*. Editora Taller C. por A., Santo Domingo.

NÚÑEZ JIMÉNEZ, ANTONIO (1975a). *Arte rupestre de Cuba*. Editoria Jaca Book, Torino.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

———— (1975b). *Cuba: dibujos rupestres*. Ed. conjunta Ciencias Sociales e Ind. Gráfica S.A., Lima.

———— (1986). *Petroglifos del Perú. Panorama mundial del arte rupestre*. Tomo I. Editorial Científico Técnica, La Habana.

ORTIZ, F. (1947). "El dios 'llora-lluvia' de los indios cubanos". *Bohemia*, La Habana, año 39, no. 28.

PINO, M. (1995). *Actualización de fechados radiocarbónicos de sitios arqueológicos de Cuba hasta diciembre de 1993*. Ed. Academia, La Habana.

RIVERO DE LA CALLE, M. y R. DACAL (1986). *Arqueología aborigen de Cuba*. Ed. Gente Nueva, La Habana.

ROBIOU, S. (1992). *Encuentro con la mitología taína*. Ed. Punto y Coma, San Juan, Puerto Rico.

ROUSE, I. (1965). *Caribbean Ceramics: A Study in Method and in Theory*. The Ceramic and Man, New York.

TABÍO, E. (1986). "Proyecto para una nueva periodización cultural de la prehistoria de Cuba". En *Arqueología de Cuba y de otras áreas antillanas*. Ed. Academia, La Habana.

TABÍO, E. y E. REY (1966). *Prehistoria de Cuba*. Ed. Academia, La Habana.

TORRES, D., R. FERNÁNDEZ y J. GONZÁLEZ (1992). *Estudio antropológico de los restos óseos del sitio funerario número dos de la caverna de la Patana, Maisí, Guantánamo, Cuba* (inédito).

The Patana style—proposal for a new ideographic style in Cuba's easternmost region

A detailed and historical analysis of the term style *in the study of Cuban cave painting shows that, although the term has been regularly used, in most cases its usage does not agree with the linguistic meaning of the word within the terminological spectrum of modern archaelogy—from Cruxent and Irving Rouse's times to the present. Thus, in spite of its frequent presence in the domestic cave-painting literature, there is not a single specialist or researcher able to quantitatively or qualitatively define the styles present in Cuban cave painting. The problem arises from the fact that the term* style *has been used in its most simple or primary meaning—as a particular, personal or individual way of doing or making something. So there would be as many styles as cave-painting ideograms. However, although etymologically valid, this approach has no scientific value whatsover in archaelogy because it does not allow to compare, make reference to, or undertake other actions enabling the researchers to make relevant relationships—either by similitude or difference—between their research objectives and the previously "defined" styles.*

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

Muerte, desigualdad social y jefatura en Chorro de Maíta

ROBERTO VALCÁRCEL ROJAS
CÉSAR RODRÍGUEZ ARCE*

Muerte, desigualdad social y jefatura en Chorro de Maíta

En el cementerio del sitio arqueológico aborigen de Chorro de Maíta, en el nororiente cubano, aparecen algunos restos humanos que se distinguen por poseer objetos suntuarios y simbólicos de gran valor en estas comunidades de agricultores aruacos. El uso restringido de esos bienes sugiere distinciones jerárquicas. Su reporte en varios niños se valora como expresión de un proceso de transmisión hereditaria del estatus y de institucionalización de la desigualdad social.

ROBERTO VALCÁRCEL ROJAS
Investigador.
Departamento Centro Oriental de Arqueología.
Delegación del CITMA en Holguín.
ROBERTO@CISAT.HOLGUIN.INF.CU

CÉSAR RODRÍGUEZ ARCE
Investigador.
Departamento Centro Oriental de Arqueología.
Delegación del CITMA en Holguín.

La falta de datos históricos y arqueológicos ha limitado notablemente la comprensión de los caracteres de la organización social y política de las comunidades aborígenes de origen etnolingüístico aruaco asentadas en Cuba. Para tratar de dar mayor claridad a este aspecto, muchas veces se compara la imagen disponible en Cuba con las informaciones de La Española y Puerto Rico, obteniéndose un cuadro de menor desarrollo generalmente valorado como propio de grupos pertene-

* Deseamos reconocer el apoyo de la doctora Betty J. Meggers, quien gestionó los fechados radiocarbónicos usados en el trabajo; también agradecer la ayuda de L. Antonio Curet, J. R. Oliver y Juanita Sáenz Samper, por las informaciones brindadas.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

cientes a la comunidad primitiva (Guarch *et at.*, 1995; Domínguez, Febles y Rives, 1994: 51), específicamente al estadio de "comunidad gentilicia desarrollada" (Guarch, 1990: 16; Domínguez, Febles y Rives, 1994: 44).

La opinión más extendida ve al cacique como un jefe de tribu con autoridad local (Tabío y Rey, 1985: 164; Domínguez, Febles y Rives, 1994: 46; Guarch *et al.*, 1995), aunque parecen haber existido situaciones de subordinación entre caciques, indicadoras de mandos más amplios. En este sentido se dispone de la referencia de Diego Velázquez (Pichardo, 1971: 66) sobre la dependencia de la "provincia" de Cabaneque a la de Camagüey; sin embargo, es imposible generalizar este caso y no hay datos para precisar el significado real del término "provincia" y asumir, como ha hecho Moscoso (1986: 372-74), la existencia de caciques principales y caciques subordinados dentro de una situación común a toda la Isla.

En las últimas décadas la investigación arqueológica comienza a ofrecer elementos que aportan otros matices. El establecimiento de posibles situaciones de centralización (Domínguez, 1991: 69; Valcárcel, 2002a), en las que ciertos asentamientos parecen asumir una posición dirigente respecto a comunidades vecinas, y la ubicación de concentraciones de artefactos suntuarios elaborados en madera (Calvera *et al.*, 1996), que hacen pensar en una presencia más extendida de los objetos de carácter ceremonial y de atributo jerárquico en los poblados de Cuba, imponen una reflexión en torno a la existencia de grupos de jefatura con potestad para detentar el mando de las comunidades principales y regular la producción y el consumo de tales bienes, como indicio de la posible existencia, en algunos lugares, de un nivel de complejidad social mayor que el generalmente considerado. El estudio del cementerio aborigen del sitio arqueológico de Chorro de Maíta ofrece datos valiosos a favor de esta consideración.

CHORRO DE MAÍTA

Chorro de Maíta se ubica en un territorio del extremo nororiental cubano perteneciente al actual municipio de Banes, provincia de Holguín. Parte de este municipio y del municipio de Antilla reporta una gran concentración de asentamientos arqueológicos agricultores dentro de un espacio que ha sido denominado Área Arqueológica de Banes (Valcárcel, 2002a: 26-28). Esta concentración se divide en varios conjuntos ubicados en determinadas zonas. Chorro de Maíta se sitúa en la zona de Yaguajay, un territorio de alrededor de 55 kilómetros cuadrados con la mayor densidad de sitios por kilómetro cuadrado de Banes, así como un entorno caracterizado por la variedad de paisajes físico-geográficos, la calidad de los suelos y la riqueza faunística de su litoral.

Entre 1986 y 1987 el Departamento Centro Oriental de Arqueología excavó el yacimiento (Guarch, Rodríguez y Pedroso, 1987) y halló esqueletos aborígenes inhumados en un amplio espacio rodeado por desechos domésticos. Por la abundancia de entierros, su alta concentración y el no uso de ese lugar para actividades domésticas, se le consideró un cementerio asociado al sitio de habitación. El área de enterramientos poseía 2 000 metros cuadrados y se relacionaba con una zona de dispersión de evidencias

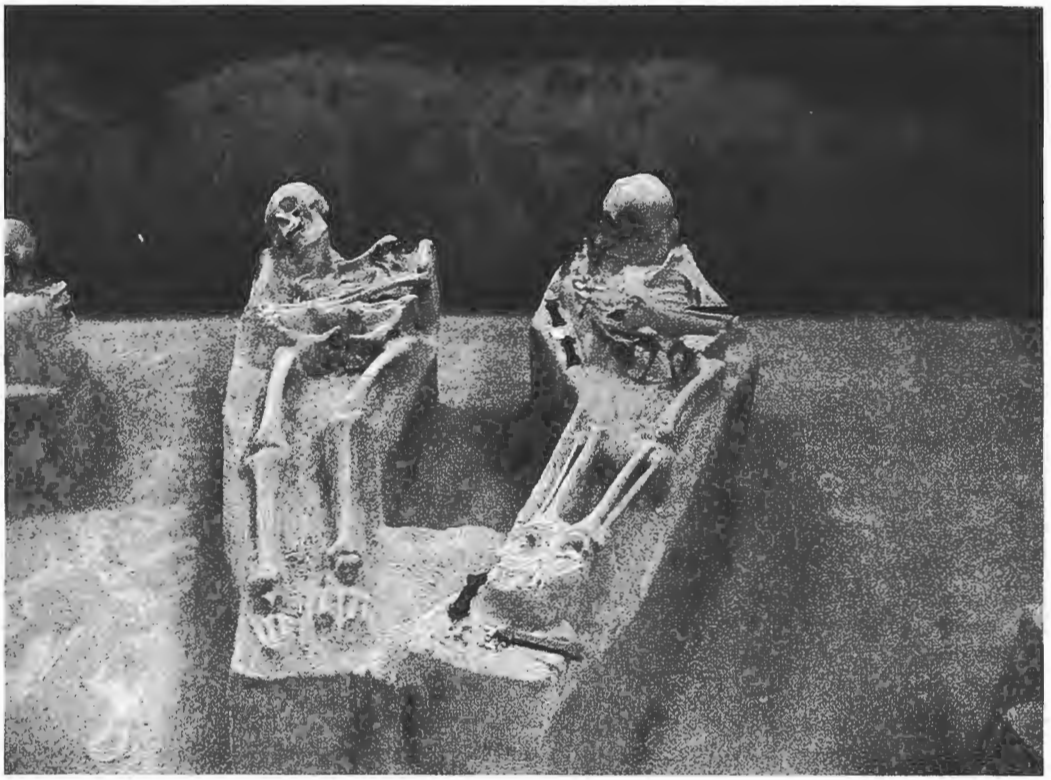
Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

de 22 000 metros cuadrados (Guarch, 1994: 7; 1996: 16).

Chorro de Maíta es uno de los dos yacimientos con mayor cantidad de objetos de adorno corporal y uso ceremonial en toda el Área Arqueológica de Banes y el que más objetos de este tipo posee en Yaguajay (Valcárcel, 1999: 88), lo cual sugiere procesos artesanales de cierta intensidad, así como un fuerte desarrollo del ceremonial y de la élite que consumía la mayoría de estas piezas (ibíd: 93). Indica también, potencialidades económicas lo suficientemente elevadas como para mantener a este conjunto de personas sin estar totalmente asociadas a labores productivas.

El establecimiento de los grupos agricultores en Banes parece haber comenzado a principios del siglo X d.n.e., notándose la existencia de sitios ocupados hasta el siglo XV d.n.e. o XVI d.n.e. (Valcárcel, 2002a: 74). Chorro de Maíta se ajusta a este esquema. Dos de sus fechas (ibíd: 142) obtenidas en el cementerio, fijan límites iniciales y finales muy similares a éstos: 870 ± 70 a.p.; 1080 ± 70 d.n.e. (Beta – 148 956; hueso humano; d 13c / 12c = - 19 %) y 360 ± 80 a.p.; 1590 ± 80 d.n.e (Beta – 148 955; hueso humano; d 13c / 12c = - 19 %). El fechado tardío se sostiene también en la presencia de material europeo mezclado con objetos aborígenes en zonas habitacionales. Una tercera fecha (ibíd.) de 730 ± 60 a.p. ; 1220 d.n.e. (Beta – 148 957; madera carbonizada; d 13c / 12c = - 25.0 %) se obtuvo en un

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com



contexto doméstico insertado en un extremo del área de enterramientos.

No se puede probar por ahora un uso inicial del cementerio paralelo al establecimiento habitacional; no obstante, parece ser una posibilidad muy consistente. De hecho se corresponde con las tendencias cronológicas del área y sugiere un accionar lógico para asegurar la posesión de un territorio de excepcional calidad ambiental. En estos términos estaríamos ante un espacio probablemente usado durante cinco siglos. Aunque el cementerio y la habitación humana no se hubiesen mantenido de forma continua, esta ultima siempre dispuso de un entorno muy rico, cuya explotación permitió, al menos en algunos momentos, como lo sugiere el gran tamaño del residuario, la existencia de una amplia población.

Una fecha de 670 ± 70 a.p.; 1280 ± 70 d.n.e. (Beta – 148 958; madera carbonizada; d 13c / 12c = - 25.0 %) fija los inicios de la habitación en El Boniato (ibíd.), un sitio ubicado a 500 metros de Chorro de Maíta. El sigma de la datación de 730 ± 60 a.p. de Chorro de Maíta y su calibración —*2 sigma calibration: Cal AD 1200 to 1320 (Cal BP 750 to 630) and Cal AD 1350 to 1390 (Cal BP 600 to 560)*— indican una situación de contemporaneidad y, por tanto, algún nivel de relación entre ambos asentamientos, puesto que se encuentran próximos.

El Boniato es un yacimiento pequeño, con deposiciones antrópicas reducidas

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

y escasos objetos asociados al adorno corporal. Su presencia afecta las áreas de explotación económica de Chorro de Maíta, así como los límites del espacio donde debió estar invertido el trabajo de la comunidad en forma de sembrados y elementos vegetales controlados. Resulta poco probable que los aborígenes asentados en Chorro de Maíta permitieran un establecimiento tan cercano de personas extrañas o no amigas. La similitud de la cultura material de ambos yacimientos sugiere grupos muy próximos culturalmente, por lo que es posible que El Boniato fuera un desprendimiento poblacional de Chorro de Maíta o estuviera vinculado con sus habitantes en razón de nexos parentales o de alianza.

A menos de dos kilómetros de Chorro de Maíta se ubican tres sitios de habitación, además de El Boniato: una cueva ceremonial, una cueva funeraria y dos paraderos (ver ilustración). En Banes son comunes parejas de sitios, pero no conjuntos como éste. Si se considera la probabilidad de una larga habitación en Chorro de Maíta, es posible en algún momento la ocupación sincrónica de muchos de estos residuarios. Éstos, como El Boniato, comparten entre sí y con Chorro de Maíta rasgos culturales que van más allá de las similitudes generales del área arqueológica. Poseen incluso características comunes en la posesión de determinados objetos de adorno corporal y uso ceremonial (Valcárcel, 1999: 91), no observadas en otras agrupaciones y definidoras de una identidad propia para Yaguajay. Estos elementos arqueológicos expresan un vínculo importante, quizás asociado a relaciones de parentesco.

Según Cassá (1992: 90), el patrón de aldeas grandes rodeadas por aldeas menores esta referido en los datos históricos de La Española. Respondía a relaciones tribales en las que el asentamiento mayor asumía la jefatura del conjunto. Para algunos investigadores (Guarch *et al.*, 1995), en el caso de Cuba refleja una "dependencia tribal o gentilicia, como producto de desprendimientos a partir del grupo matriz por razones demográficas u otras causas". Desde esta perspectiva y dado su superior potencial demográfico y económico y su fuerte producción de objetos suntuarios y ceremoniales, Chorro de Maíta, tal como ha sugerido Rouse (1942: 155, 157), pudo funcionar como el asentamiento cabecera de este conjunto de sitios; es difícil, sin embargo, definir las atribuciones de su posible jefatura.

EL CEMENTERIO

La presencia de un cementerio es otro elemento singular, pues en Banes las cuevas constituyen el espacio funerario típico (Rouse, 1942: 149; Rodríguez, 1989: 2; Guarch, 1996: 15). En la unidad de excavación más importante, denominada Unidad 3, se extrajeron 93 esqueletos aborígenes, un cráneo europoide del período de contacto indo-hispánico y un esqueleto intrusivo contemporáneo; en zonas aledañas a la Unidad 3 se encontraron 17 esqueletos aborígenes. Antes de esta excavación hay reportes de la extracción de 18 esqueletos (Guarch, Rodríguez y Pedroso, 1987: 25; Rouse, 1942: 104). En total hasta el momento se han obtenido no menos de 128 esqueletos aborígenes.

Sólo ha podido ser estudiada, de manera parcial, la colección obtenida por el Departamento Centro Oriental de Arqueología. La investigación, realizada por

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

César Rodríguez Arce a partir de 106 esqueletos aborígenes, establece la presencia, según los grupos de edades considerados por Ubelaker (1991), de 20 niños, 6 adolescentes, 35 adultos masculinos, 43 adultos femeninos y 2 adultos de sexo no definido. Parte de los resultados de Rodríguez Arce, publicados en diversos artículos (Guarch, Rodríguez y Pedroso, 1987: 31-36; Guarch, 1996: 17-20), indica la presencia, en los cráneos conservados, de la deformación fronto-occipital tabular oblicua propia de los grupos de origen aruaco. Se determinó también la existencia de una gran variedad de formas de orientación de los esqueletos y de posiciones de entierro.

Un análisis preliminar de los elementos de salud distingue algunas afecciones dentarias, pero un número muy reducido de patologías óseas no dentarias. Sólo se detectaron dos costillas fracturadas en el esqueleto número 47 y una inflamación maxilar en el esqueleto número 25. Pese a la gran cantidad de entierros localizados en el Área Arqueológica de Banes, pocos han sido estudiados en este sentido. Solamente se reportan, según Torres y Rivero de la Calle (1972), un caso de espongio hiperostosis o criba orbitaria, en el sitio de El Porvenir, a 3,5 kilómetros de Chorro de Maíta, y una osteomalacia en los fémures de un individuo adulto femenino, también de este sitio. Estos autores mencionan, además, una osteolisis producto de una reacción inflamatoria subyacente, la cual se sospechó que era de tipo sifilítica, encontrada en un cráneo infantil sin localización definida, y un tumor óseo (osteoma primario), hallado en el húmero izquierdo de un esqueleto proveniente de la zona de Cañada Honda. Es significativo que en Chorro de Maíta, pese a la amplitud de su muestra de restos óseos, no se reporte ninguna de estas patologías.

El mínimo reporte de fracturas óseas señala una población bien sedentarizada y con actividades de estrés físico reducido. Por otro lado, la ausencia de patologías relacionadas con carencias alimentarias y el relativo escaso número de niños muertos sugieren un acceso estable a los nutrientes necesarios. Un estudio de paleonutrición, en el que se usa el estroncio como elemento traza (Taylor, 1990: 51-52), indica la presencia de una dieta variada. Esta situación se corresponde con los análisis de las actividades subsistenciales dependientes de la fauna (Rodríguez, 1987) y la determinación de un equilibrio en el consumo de especies marinas y terrestres. El análisis de paleonutrición (Taylor, 1990: 51-52) considera costumbres dietarias similares en toda la población y no aporta datos sobre un acceso diferencial a los alimentos según el sexo o la posesión de posibles atributos jerárquicos.

OBJETOS ASOCIADOS A ENTIERROS

En el Área Arqueológica de Banes se reportan (Miguel, 1949: 177; Rouse, 1942: 68, 149) entierros acompañados de vasijas de barro. En ocasiones también muestran hachas petaloides y collares de cuentas de piedra. En Chorro de Maíta ninguno de los esqueletos presenta vasijas y pocos poseen cuentas de piedra. Cerca de algunos aparecieron fragmentos pequeños y aislados de cerámica aborigen o europea y, en ocasiones, huesos de cerdo, jabalí o conchas de moluscos marinos; pero, por su distribución y escasa presencia, este material parece intrusivo. Cuando el

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

cementerio se excava de forma amplia, sólo se localizan siete esqueletos con cuentas de piedra, en su mayoría de cuarcita.

El objeto reportado en mayor cantidad de entierros es un pequeño tubo metálico con dimensiones promedio de 29 milímetros de largo y 2 milímetros de diámetro, elaborado a partir de enrollar una fina lámina de metal sobre sí misma. Los tubos permiten el paso de un hilo que facilita colgar la pieza sobre el cuerpo; aparecen ubicados preferentemente cerca del cuello y el tórax, y también en la pelvis y en la muñeca. En el entierro número 25, cinco de estos tubos aparecen unidos a un disco metálico recubierto de un tejido de algodón, colocado debajo de la rodilla izquierda (Guarch, 1996: 20). Hasta el momento se consideraba que eran de cobre (ibíd.); sin embargo, un reciente análisis mediante fluorescencia de rayos X determinó que uno de los tubos del esqueleto 69 y el tubo del esqueleto 84 eran de latón, y que uno de los tubos relacionados con el medallón del esqueleto 25 se elaboró en una aleación con presencia dominante de cobre (Valcárcel, 2002b).

Aparecen también cuentas de un material que pudiera ser coral (Guarch, 1996: 22). En tres esqueletos: uno llevaba cuentas de resina vegetal, dos portaban orejeras (en un caso de resina vegetal y en el otro de cuarcita), uno presentaba una cuenta en proceso de elaboración sobre una vértebra de pescado, y otro poseía tres cuentas de perla. En varias ocasiones un mismo esqueleto usa piezas de distintos materiales. Se da el caso excepcional del número 57, que tenía cuentas de coral y cuarcita, un pendiente tubular metálico y, de forma única en el cementerio, un pendiente ornitomorfo elaborado en aleación de oro, cobre y plata, así como cuatro pendientes laminares y un cascabel con igual aleación, tres cuentas de perla, dos cuentas manufacturadas en alambre aparentemente de oro y una cuenta esférica hueca que parece ser de una aleación de oro, cobre y plata.

Además de estos objetos, en los esqueletos 47, 57 y 72 aparecieron pequeños restos de tela, y junto al 31 se encontró parte de un hueso humano marcado con incisiones (ibíd: 21). Hay una fuerte concentración del material y un número reducido de esqueletos relacionados con objetos. Excluyendo los esqueletos 72 y 47, que sólo muestran restos de tela, todos los objetos mencionados se concentran en 25 esqueletos de los 110 extraídos por el Departamento Centro Oriental de Arqueología, es decir en el 22,7 % del total de la muestra. El esqueleto 25 presenta un disco de metal, y los tubos metálicos aparecen en 17 esqueletos. Los adornos de oro, cobre y plata, así como las perlas, están en un solo esqueleto, y los adornos corporales no metálicos se ubican en 10 esqueletos.

Al igual que las cuentas de piedra, cuya importancia está bien referida en la cróni-

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

ca europea, se trata en todos los casos de bienes de alto valor suntuario y simbólico. Vega (1979) precisa el carácter especialmente valioso de los objetos elaborados en una aleación de oro, cobre y plata denominada guanín, los cuales generalmente sólo eran usados por los caciques; constituían atributos jerárquicos y eran muy escasos, pues se importaban desde Suramérica. Según Oliver (2000: 213-215), eran una metáfora de lo divino y lo celestial, apoyada en diversos mitos y capaz de dar al cacique un carácter sagrado. Por su similitud con el guanín, el latón, llegado con los europeos, asumía la connotación simbólica y el valor de éste. El oro era usado en adornos corporales y en incrustaciones realizadas en objetos ceremoniales. Algunos símbolos de mando estaban elaborados en ese metal, y varios nombres de caciques importantes de La Española incluían su denominación (Vega, 1979: 52, 55).

Los cuatro pendientes laminares y el cascabel del esqueleto 57 presentan una proporción de oro, cobre, plata y silicio (Guarch, 1996: 24) en correspondencia con los parámetros señalados por Siegel y Severin (1993: 76) para estimar la presencia del guanín. En el caso de las otras piezas con presencia no establecida cuantitativamente de oro, cobre y plata, esta posibilidad no debe ser excluida. Además de los metales, las probables cuentas de coral, las cuentas de perla y las cuentas y orejeras de resina vegetal también debieron ser muy apreciadas. Sus formas, materiales y dimensiones requirieron una manufactura compleja y un cuidadoso proceso de selección de los materiales. En este sentido, debe referirse especialmente la presencia en el esqueleto 57 de microcuentas inicialmente identificadas como elaboradas en concha (Guarch, 1996: 22), aunque se ha comprobado que se trata de cuarcita. Estas piezas son excepcionalmente pequeñas, tienen de 1,5 a 2 milímetros de diámetro y 1 milímetro de alto, y se manufacturaron en un material de gran dureza, lo cual indica el grado de dificultad afrontado por sus creadores y su nivel de maestría técnica.

Los objetos asociados a entierros no son sólo significativos por su valor en la sociedad aborigen, sino también por el carácter extremadamente reducido de su presencia. Las cuentas y orejeras de resina vegetal, las cuentas de perla y las consideradas como de coral, no se han encontrado en ningún otro sitio de Cuba; tampoco hay reportes de cuentas de cuarcita con dimensiones tan pequeñas. Las piezas de metal aparecen sólo en cuatro sitios de Banes y siempre se trata de un solo ejemplar (Valcárcel, 1999: 89). En el resto de Cuba su reporte también es reducido; en Chorro de Maíta, sin embargo, hay 9 objetos de oro o en aleación con cobre y plata, además del disco metálico del esqueleto 25, y 28 tubos metálicos entre ejemplares completos y fragmentados (Valcárcel, 2002b). Esta presencia indica una situación de acceso a bienes de circulación limitada y alto valor suntuario y simbólico en razón de peculiaridades especiales propias del asentamiento. Si se atiende a los caracteres exclusivos de estos objetos y a lo limitado de su uso, es difícil pensar en una distribución arbitraria. Al considerar los rasgos del sitio, larga ocupación, superior tamaño respecto a asentamientos circundantes y probable preeminencia en sus vínculos con éstos (Valcárcel, 1999 y 2002a), es posible estimar la presencia de tales bienes como un indicio de distinciones sociales relacionadas

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

con posiciones de jefatura. La tipología de los objetos refuerza esa idea; no son vasijas de cerámica que portan alimentos para la otra vida: son adornos corporales no utilitarios, símbolos del carácter especial de su portador.

Esta situación no tiene apoyo en evidencias de niveles superiores de salud y alimentación entre los portadores de objetos; sin embargo, tiende a acentuarse cuando valoramos las bases del acceso de los niños a los objetos y la distribución espacial de los entierros con tales bienes. Similar cantidad de adultos masculinos (6) y femeninos (6) portan piezas metálicas. También lo hacen tres niños y dos adolescentes. Los objetos no metálicos se reparten entre las mujeres adultas (5 entierros) y entre los niños (3) y los adolescentes (2). Los niños y adolescentes comprenden también 29,4 % de los portadores de objetos metálicos y 50 % de los portadores de objetos no metálicos.

De forma notoria los conjuntos de objetos más complejos aparecen asociados a una adolescente de aproximadamente diecinueve años (entierro 57) y a un niño de entre cero y seis meses (entierro 58) (Guarch, 1996: 22). Aun si se admite que antes de los veinte años una persona en una sociedad de este tipo pudiese acumular méritos personales que la hicieran acreedora de un tratamiento diferencial, es imposible asumirlo para niños pequeños.

A los pies del entierro 57 aparece el 58; ambos están a similar profundidad y no se perturban entre sí, lo cual sugiere un mismo momento de inhumación. En varios cementerios antillanos el patrón de mujer con niño próximo se interpreta como entierro de madre e hijo (F. Luna Calderón, comunicación personal). Éste pudiera ser otro caso y explicaría en parte por qué razón un niño tan pequeño porta bienes de tanto valor: los recibe en virtud de su vínculo familiar.

La existencia de varios niños con objetos sugiere una transmisión hereditaria del estatus que debió ser socialmente aceptada y en alguna medida institucionalizada. La paridad de hombres y mujeres en el uso de objetos metálicos y el control de los objetos no metálicos por mujeres, niños y adolescentes, parecen apoyar lo anterior, pues aunque se admita la posibilidad del logro de importancia de algunas mujeres sobre la base del matrimonio, se trata de grupos de sexo y edad con pocas posibilidades de incrementar su estatus por el desempeño personal.

En la Unidad 3 se ubican la mayoría de los esqueletos aborígenes (93) y de los objetos. Éstos se agrupan en su parte central. Aquí están 53 esqueletos que representan 56,9 % de todos los esqueletos de la Unidad 3 y 48,1 % de todos los esqueletos aborígenes descubiertos durante la excavación del Departamento Centro Oriental de Arqueología. También se concentran 93,3 % de los esqueletos con objetos metálicos y 57,1 % de los esqueletos con objetos no metálicos de la Unidad 3. Respecto al total de entierros con objetos en el cementerio, representa 82,3 % de los esqueletos con adornos metálicos y 40 % de los esqueletos con adornos no metálicos. Indudablemente el tratamiento diferenciado recibido por ciertas personas en el enterramiento va más allá de la atribución de objetos especiales; incluye su ubicación en una zona determinada del cementerio, la cual debió ser muy importante pues es la que mayor cantidad de entierros recibe.

La cronología de los entierros no ha sido establecida adecuadamente; por tan-

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

to, es difícil entender la presencia de los objetos en un sentido temporal. El esqueleto 25 posee el medallón de metal y tela; tiene una datación de 870 ± 70 a.p.; 1080 ± 70 d.n.e (Beta – 148 956; hueso humano; d 13c / 12c = - 19 %). El 39, con un tubo de metal, está fechado para el 360 ± 80 a.p.; 1590 ± 80 d.n.e (Beta – 148 955; hueso humano; d13c / 12c = - 19 %), y los esqueletos 69 y 84 poseen tubos de latón, los cuales fijan su entierro después de la entrada de los europeos. Esto supone una temprana importación de metales, pues en las Antillas no hay evidencias de producción de aleaciones (Siegel y Severin, 1993; Vega, 1979), así como una tradición muy consistente en el empleo de los tubos metálicos, que sobrevive al contacto con los europeos y reajusta sus materias primas.

El pendiente ornitomorfo de oro, cobre y plata y el cascabel de guanín poseen una tipología no antillana. Se considera que la primera de estas piezas pudiera provenir del área caribeña de Colombia y estar relacionada con la cultura tairona (Oliver, 2000: 201 y nota 37: 216; Juanita Sáenz Samper, comunicación personal). Se desconoce la forma y el momento en que pudo entrar a la Isla, aunque de cualquier manera el carácter diferencial que dan a su portador resulta notorio, tanto en el período precolombino como con posterioridad a la entrada hispana. Es conveniente señalar que aunque no están claras las características de la relación sostenida por esta comunidad con los europeos, la presencia de tres esqueletos (39, 69 y 84) con cronología postcolombina y objetos metálicos indica la existencia de distinciones de estatus en momentos tardíos y quizás en una situación de contacto directo con los españoles.

MUERTE Y DESIGUALDAD SOCIAL

La desigualdad social es definida como una relación de poder asimétrica o desigual entre miembros o grupos de una sociedad (Siegel, 1999: 210). El paso de una sociedad igualitaria a una sociedad estratificada está marcado por la institucionalización de las formas de desigualdad social presentes en las comunidades igualitarias. Según Price y Feinman (1995), citados por diversos investigadores (Andrade y López, 2000: 132; Curet y Oliver, 1998: 218; Siegel, 1999: 210), esta institucionalización convierte en hereditarias (y reproduce socialmente) las desigualdades y formas de jerarquía anteriormente establecidas a partir del prestigio personal o prerrogativas relacionadas con el sexo o la edad.

La desigualdad social, y especialmente la desigualdad reproducida a través de la herencia, se lleva a los contextos mortuorios mediante mecanismos identificadores del carácter principal de la persona y su vínculo parental con la élite. Esta acción representa simbólicamente un acto de respeto hacia los muertos, pero también expresa y refuerza las relaciones existentes a nivel de la sociedad (Gamble, Walker y Rusell, 2001: 198; Renfrew y Bahn, 1993: 184). Un ajuar funerario importante puede ser evidencia de desigualdad. En las sociedades no igualitarias tal funcionalización se hace más necesaria, pues, además del estatus, se apoya simbólicamente su carácter hereditario y los límites sociales que establece (Gamble, Walker y Rusell, 2001: 198). Cuando este ajuar se asocia a niños pequeños, es posible considerar una reproducción del carácter diferencial mediante fórmulas

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

hereditarias, pues es poco probable que un niño alcanzara el estatus que le daba acceso a estos bienes a partir de méritos propios (Renfrew y Bahn, 1993: 184). Desde esta perspectiva se indica la importancia del niño como miembro de la élite, en razón de su parentesco.

El cementerio de Chorro de Maíta muestra diferenciaciones que parecen reflejar desigualdades sociales institucionalizadas. Allí se inhumaron personas con objetos suntuarios y simbólicos que indudablemente los distinguían del resto de la población. Estos entierros aparecen desde momentos tempranos, aunque no está claro cuándo tal presencia empieza a relacionarse con niños como expresión de un proceso de transmisión hereditaria del estatus y de institucionalización de la desigualdad. También aparecen, sin embargo, elementos que sugieren mecanismos de cohesión comunitaria propios de grupos igualitarios; por ejemplo, los entierros no son señalizados y muchas veces se perturban entre sí, sugiriendo que lo más importante es ubicar el cuerpo en este lugar especial. Según Bloch y Parry (1982), citado por Curet y Oliver (1998: 228), este bajo nivel de individualización de los muertos se relaciona con prácticas comunales dirigidas a reforzar el simbolismo de la unidad del grupo. Otro posible elemento a favor del perfil comunitario es el hecho de que algunos cuerpos fueran enterrados de forma descuidada, e incluso en posiciones que, como la de cúbito supino, sugieren algún nivel de rechazo hacia el muerto. También resulta significativo el predominio de entierros femeninos, sexo por lo general no asociado al control de la jefatura en estas comunidades. Tales situaciones y el limitado reporte de objetos de adorno corporal indican que probablemente allí se inhumaron personas de diversa condición social y no sólo representantes del grupo de élite.

Las fechas disponibles para los entierros indican un reconocimiento de la espacialidad del cementerio durante cinco siglos, aunque es difícil saber si su uso fue continuado. En caso de ser así, debió haber un nivel de selección, pues en un periodo tan extenso necesariamente las muertes serían numerosas y debería esperarse un número mayor de restos. No obstante, cabe la posibilidad de que los criterios de entierro variaran en distintas etapas, y con éstas las tendencias de jerarquización o igualitarismo, dándose incluso la coexistencia de ambas, aunque se nota cierta fuerza de los elementos de diferenciación en los períodos más tardíos, como lo sugiere la presencia de tres esqueletos con cronología postcolombina y objetos metálicos.

Pese a la falta de precisión en la temporalidad de los entierros, parece clara una acción de institucionalización de la desigualdad y es evidente la relación de tal proceso con la existencia de una élite cuya presencia se corresponde con los indicios de jefatura visibles en otros caracteres del asentamiento (Guarch, 1994; Valcárcel, 1999, 2002a), como son el control de un gran conjunto de objetos de adorno corporal y uso ceremonial no consumidos en las prácticas mortuorias; el desarrollo de una economía que permitía sostener una población posiblemente grande y con adecuados niveles de salud y nutrición; la captación de materias primas u objetos especiales y de circulación reducida, usados selectivamente en los ritos mortuorios; y la aparente posición de preeminencia del sitio en sus relaciones con los grupos vecinos. Desde esta

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

perspectiva, en Chorro de Maíta existen evidencias de una estructura jerárquica con grupos cuya posición dirigente se transmite de forma hereditaria y se refuerza mediante el acceso preferencial a elementos simbólicos y suntuarios. La presencia de estos grupos sugiere una sociedad que se complejiza y probablemente desarrolla vínculos zonales relacionados con formas cacicales incipientes.■

BIBLIOGRAFÍA

ANDRADE DE LIMA, T. y J. LÓPEZ MAZZ (2000). "La emergencia de complejidad entre los cazadores recolectores de la costa atlántica meridional sudamericana". *Revista de Arqueología Americana*, no. 17, 18 y 19, pp. 129-175.

BLOCH, M. y J. PARRY (1982). "Introduction: Death and the Regeneration of Life". En *Death and the Regeneration of Life*. Ed. por M. Bloch y J. Parry, Cambridge University Press, London, pp. 1-44.

CALVERA, J. *et al.* (1996). "El sitio arqueológico Los Buchillones". *El Caribe Arqueológico*, no. 1, pp. 59-67.

CASSÁ, R. (1992). *Los indios de las Antillas*. Editorial Mapfre, Madrid.

CURET, L. A. y J. R. OLIVER (1998). "Mortuary practices, social development, and ideology in pre-Columbian Puerto Rico". *Latin America Antiquity*, no. 3, pp. 217-239.

DOMÍNGUEZ, L. (1991). *Arqueología del centro-sur de Cuba*. Editorial Academia, La Habana.

DOMÍNGUEZ, L., J. FEBLES y A. RIVES (1994). "Las comunidades aborígenes de Cuba". En *Historia de Cuba. La colonia*. Grupo de redacción por M. del Carmen Barcia, G. García y E. Torres-Cuevas. Editora Política, La Habana.

GAMBLE, L., P. WALKER y G. S. RUSELL (2001). "An integrative approach to mortuary analysis: Social and symbolic dimensions of Chumash burial practices". *American Antiquity*, no. 2, pp. 185-211.

GUARCH, J. M. (1990). *Estructura para las comunidades aborígenes de Cuba*. Ediciones Holguín, Holguín.

———— (1994). *Yaguajay, Yucayeque, Turey*. Publicigraf, Holguín.

———— (1996). "La muerte en las Antillas: Cuba". *El Caribe Arqueológico*, no.1, pp. 12-25.

GUARCH, J. M., C. RODRÍGUEZ y R. PEDROSO (1987). "Investigaciones preliminares en el sitio El Chorro de Maíta". *Revista de Historia Holguín*, no. 3, pp. 25-40.

GUARCH, J. M. *et al.* (1995). "Historia de los aborígenes de Cuba (según datos arqueológicos)". En *Taíno. Arqueología aborigen de Cuba* (CD Rom), Centro de Antropología, Cenedit, México.

MIGUEL, O. (1949). "Descubrimiento y excavación de un montículo funeral en el potrero El Porvenir". *Revista de Arqueología y Etnología*, no. 8-9, pp. 175-194.

MOSCOSO, F. (1986). *Tribu y clases en el Caribe antiguo*. Ediciones de la Universidad Central del Este, Santo Domingo.

OLIVER, J. R. (2000). "Gold Symbolism among Caribbean Chiefdoms. Of Feathers, Cibas, and Guanín Power among Taino Elites". En *Pre-Columbian Gold. Technology, Style and Iconography*. Ed. por Colin McEwan. British Museum Press, London, pp. 196-219.

PICHARDO, H. (1971). *Documentos para la historia de Cuba*. Tomo I. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana.

PRICE, T. D. y G. M. FEINMAN (1995). "Foundations of Prehistoric Social Inequality". En *Foundations of Social Inequality*. Ed. por T. D. Price y F. M. Feinman. Plenum Press, New York, pp. 3-11.

RENFREW, C. y P. BAHN (1993). *Arqueología. Teorías, métodos y práctica*. Ediciones AKAL, Madrid.

RODRÍGUEZ, C. (1987). *Informe del proceso de interpretación del material arqueozoológico del sitio Chorro de Maíta* (inédito) Departamento Centro Oriental de Arqueología, Holguín.

———— (1989). *Las costumbres funerarias de los aborígenes agricultores de la provincia de Holguín, Cuba* (inédito). Departamento Centro Oriental de Arqueología, Holguín.

ROUSE, I. (1942). *Archeology of the Maniabón Hills, Cuba*. Yale University Press, New Haven.

SIEGEL, P. E. (1999). "Contested Places and Places of Contest: The Evolution of Social Power and Ceremonial Space in Prehistoric Puerto Rico". *Latin American Antiquity*, no. 3, pp. 209-238.

SIEGEL P. E. y K. P. SEVERIN (1993). "The First Documented Prehistoric Gold-Copper Alloy Artefact from the West Indies". *Journal of Archeological Science*, no. 20, pp. 67-79.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

TABÍO, E. y E. REY (1985). *Prehistoria de Cuba*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana.

TAYLOR, C. (1990). *Aplicaciones de los estudios de paleonutrición en el sitio agroalfarero de Chorro de Maíta, Banes, Holguín*. Tesis de diploma. Universidad de La Habana, La Habana.

TORRES, P. y M. RIVERO DE LA CALLE (1972). *Paleopatología de los aborígenes de Cuba*. Serie espeleológica y carsológica 32. Academia de Ciencias de Cuba, La Habana.

UBELAKER, D. (1991). *Human skeletal remains. Excavation, analysis, interpretation*. Manuals on Archaeology 2. Taraxacum, Washington.

VALCÁRCEL, R. (1999). "Banes precolombino. Jerarquía y sociedad". *El Caribe Arqueológico*, no. 3.

——— (2002a). *Banes precolombino. La ocupación agricultora* (en prensa). Ediciones Holguín, Holguín.

——— (2002 b). *Reporte de composición metálica de objetos asociados a entierros en el sitio arqueológico de Chorro de Maíta* (inédito). Departamento Centro Oriental de Arqueología, Holguín.

VEGA, B. (1979). *Los metales y los aborígenes de La Hispaniola*. Ediciones Museo del Hombre Dominicano, Santo Domingo.

Death, social inequality and chiefdom in Chorro de Maíta

In the cemetery of the archaelogical aboriginal site of Chorro de Maíta, in northeast Cuba, some human remains are singled out by possesing sumptuary and symbolic objects, highly valuable for the Arawac agricultural communities. The restricted use of these objects suggests hierarchical distinctions. Their having been reported on some remains of children is considered as both a process of hereditary rank transmission and an institutionalization of social inequality.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

Arte aborigen de Cuba: una mirada desde la arqueología

CONTRAPUNTEOS

PEDRO P. GODO

Arte aborigen de Cuba: una mirada desde la arqueología

El trabajo expone la trayectoria de los estudios acerca del arte aborigen de Cuba desde la perspectiva de la arqueología. Las diferentes corrientes o tendencias se abordan a partir del análisis de obras representativas para resumir los principales aportes y deficiencias. La valoración del conocimiento acumulado permite adelantar algunos criterios que pueden contribuir a la renovación de los fundamentos teóricos y metodológicos.

PEDRO P. GODO
Arqueólogo. Centro de Antropología.
ANTROPOL@CENIAI.INF.CU

Al pretender esbozar una evaluación de nuestras investigaciones acerca de los problemas del arte aborigen de Cuba, como siempre sucede en estos abordajes de síntesis crítica, el juicio desde el presente implica el riesgo de la sobrevaloración o la subvaloración y, por supuesto, de que no pueda arribarse a una conclusión categórica. A esto añadiría que mi discurso será desde la perspectiva de la arqueología y no desde la del historiador del arte, porque no es mi dominio. En Cuba, aún no se ha producido un debate teórico entre esas dos posiciones. Muy pocos historiadores del arte[1] han incursionado a tiempo completo en la temática aborigen;

[1] Desde esta perspectiva deben destacarse las investigaciones de Mosquera (1983), Fanego (1992), Ortega (1996) y de la profesora Yolanda Wood.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

por otra parte, arqueólogos formados en esa especialidad después de sus primeros trabajos no han mantenido una producción científica sostenida y sistematizada. Por último, salvo algunos resultados renovadores en las últimas décadas, los arqueólogos no han orientado sus investigaciones sobre la base de un cuerpo teórico y metodológico propio de la disciplina, el cual puede afirmarse que aún no ha cristalizado a plenitud.

Figurina de barro. Sitio Ventas de Casanova, Santiago de Cuba. Colección Gabinete de Arqueología, Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana.

En principio no me detendré a justificar si verdaderamente puede hablarse de arte aborigen durante esta etapa temprana de desarrollo social, dado que con frecuencia se esgrime el denominado *sincretismo* de la cultura primitiva, ni si el estudio de la evidencia, llamémosle artística, deba corresponder a la arqueología por cuanto se trata de obra humana y producto social. En ambos casos, mi respuesta es afirmativa.

Manifestaciones artísticas se observan en las tempranas sociedades de cazadores-recolectores y de pescadores-cazadores-recolectores, así como en las más evolucionadas y tardías de agricultores-ceramistas. En cuanto a las primeras, en detrimento de otros indicadores del registro arqueológico se ha dedicado mucha atención al asunto de los dibujos rupestres y petroglifos. Basta reconocer, entre los principales hitos, el mérito de los pioneros compiladores de las evidencias con énfasis en el tratamiento descriptivo, cuyo máximo representante ha sido Núñez Jiménez (1975). En otro orden, citaría las contribuciones más alentadoras, sustentadas en el análisis de motivos y diseños estructurales (Guarch y Rodríguez, 1980; Guarch, 1987) o en las búsquedas encaminadas a relacionar determinados aspectos formales de los dibujos (color, zoomorfismo, antropomorfismo, expresiones figurativas y geométricas) con ciertos indicadores arqueológicos de índole espacial (recintos costeros y de tierra adentro, cerrados o de mayor acceso) (Izquierdo y Rives, 1994). Un estudio de Mosquera (1983) reanimó en su momento la discusión científica con más suerte en el aspecto de los presuntos estilos artísticos y menos en las interpretaciones históricas; y otro, más reciente de La Rosa (1994), abordó críticamente las distintas tendencias historiográficas en las investigaciones del arte rupestre, si bien reclamaba el enfoque multidisciplinario a la vez que conceptualizaba la prioridad

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

de la arqueología y la necesidad de elaborar sólidos fundamentos metodológicos para ese fin.

Como mis comentarios en este ámbito del arte parietal son ciertamente incompletos y omito el esfuerzo y resultado de no pocos autores, remito al citado trabajo de La Rosa como la mejor síntesis del conocimiento acumulado hasta la fecha de su publicación. De la última producción rescataría el trabajo de Gutiérrez Calvache (2002) acerca del simbolismo y la función del número en los petroglifos, y el de Alonso (2001) que localizó el informe inédito de Fernando Ortiz sobre la célebre cueva de Punta del Este y además adjuntó importantes valoraciones para la interpretación de sus dibujos.[2] En el resto no encuentro contribuciones relevantes, pues siguen la ruta tradicional de la descripción del registro, la postulación de zonas o localidades geográficas del arte rupestre y, en algún caso, un enfoque indisciplinado de aventuradas especulaciones vinculadas a la mitología y la religión.

Por consiguiente, centraré mi atención en las formas artísticas más avanzadas de las comunidades neolíticas agroalfareras en nuestros textos, también nombradas taínas y subtaínas con un aliento etnográfico. La producción artística de dichas comunidades encuentra su mejor expresión en las decoraciones de la cerámica, en una gran variedad de adornos corporales y en múltiples artefactos simbólicos asociados a las prácticas rituales y ceremoniales, a la ideología y al poder.

De inicio, y sólo con el propósito de orientar la exposición, puede adelantarse una declaración genérica y de resultas insuficiente sobre la base de la bibliografía publicada —vale enfatizar este detalle—, en la que creo observar dos problemas fundamentales. El primero, que a pesar de la mayor orientación y en cierta medida excesos del análisis descriptivo en gran parte de los trabajos, poco se ha avanzado en el conocimiento de lo particular de las evidencias artísticas no sólo en los aspectos formales y básicos de sus diseños, sino también en el ámbito de las representaciones articuladas en sistemas de signos para acceder a las categorías conceptuales de sus hacedores. En otro orden, aún resta incorporar definitivamente la evidencia artística al contexto genérico de la cultura que la produjo, y reconocerla como forma específica de la producción espiritual y, a la vez, en la integridad de la producción social (Tolstyj, 1989: 119-177). No obstante, lo anotado en ningún modo supone un panorama pesimista, sobre todo ante las señales innovadoras de las últimas contribuciones, que han asimilado lo mejor de nuestra tradición científica.

La obra de los padres fundadores de la arqueología cubana —la mayoría de ellos integrados en la primera mitad del pasado siglo al grupo Guamá y a la Junta Nacional de Arqueología y Etnología (1937-1962)—, si bien no extensa, es variable cualitativamente y con no pocas sorpresas de lo que aún pretendemos alcanzar. De una parte, no faltaron los trabajos descriptivos de piezas excepcionales con distinto grado de análisis formal y de interpretaciones (Royo, 1939; Herrera Fritot, 1940, 1946, 1947, 1952; García Castañeda, 1947;

[2] Basta anotar que el informe de Ortiz, que recoge sus visitas a la cueva en el año de 1922, reporta dibujos originales imposibles de observar en la actualidad debido a las alteraciones y a una muy cuestionada labor de restauración de los mismos (Alonso, 2001).

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

Morales Patiño, 1942, 1951; Miguel, 1951), y en algunos casos sustentados en el ejercicio especulativo del "vale todo". Por ejemplo, cuando parecía orientarse por caminos más consecuentes con la disciplina, J. Álvarez Conde asumió la arqueología en uno de sus últimos trabajos (1960: 122) como una ciencia histórica y además hizo una declaración poco vista en las publicaciones de esa época:

> Los arqueólogos cubanos deben no sólo consagrarse a la búsqueda y localización de los materiales dejados por nuestros indígenas; es necesario que, además, se consagren a conocer cuál fue la función cultural y el mensaje que nos legaron nuestros antepasados, que puede constituir, como bien se ha dicho, una función social que debe descubrirse en cada artefacto, lo que nos facilitará el conocimiento de la cultura de un pueblo que vivió en el pasado [...].

Empero, en ese mismo trabajo, cuando comenta las interpretaciones acerca del conocido ídolo de Bayamo (ver figura, página 143) —para A. Poey un perro sentado, para M. Harrington una figura semihumana y otras—, dijo que probablemente era "un genio infernal cuya parte superior sale del abismo y la inferior queda hundida en él" (ibíd.: 112).

De aquella época data el precedente (Morales Patiño, 1943; Herrera Fritot, 1952; y otros) de asociar por analogía mítico-artística[3] algunas piezas con los cemíes, personajes y animales presentes en la relación de mitos recogida por el fraile Ramón Pané (1990) entre aborígenes de La Española. Mención aparte merecen las indagaciones de Herrera Fritot (en Herrera Fritot y Youmans, 1946) y de Fernando Ortiz (1943, 1947) en trabajos en los que se aborda el arte aborigen en buena medida desde una perspectiva arqueológica y con dominio de las categorías básicas de la investigación artística si se tiene en cuenta las fechas de estas publicaciones.

Herrera Fritot, en su estudio del sitio dominicano de La Caleta,[4] dedica un buen espacio al análisis e interpretación de los productos artísticos en el contexto de los materiales rescatados en ese asentamiento. Al pasar los años aún es válida la metódica empleada en función de las decoraciones cerámicas. Lejos del interés sobredimensionado por las vasijas completas o los diseños espectaculares, propio de la concepción coleccionista y museológica imperante, Herrera Fritot se enfrentó a series de asas y otros modos decorativos para descubrir los complicados procesos de síntesis y de transformaciones artísticas. Así abordó, por ejemplo, el caso de ciertas cabezas humanizadas con rasgos de murciélagos o de monos y sus variantes de una cabeza antropomorfa más declarada, o de asas más simples sin claras señales figurativas. En extensas descripciones y fases de análisis se compromete Herrera Fritot en la conceptualización de los motivos, la ubicación de éstos en el contexto temático observado, las simplificaciones

[3] Procedimiento desarrollado posteriormente en la obra capital de Arrom (1975), fundamentado además en consideraciones lingüísticas y seguido por García Arévalo (1989), Alegría (1978), Guarch y Querejeta (1992, 1993) y otros autores de Cuba y de las Antillas.

[4] Cualquier duda sobre la autoría del libro *La Caleta. Joya arqueológica antillana* queda esclarecida en la página 7 del prólogo de Fernando Royo, que delimita el grado de participación: "[...] su estudio completo encomendado, por el propio Coronel Youmans, al Dr. Herrera Fritot [...]."

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

o cualquier elemento clave orientado a esclarecer la significación de las piezas. Al sentido evolutivo por él propuesto, hoy podría plantearse la alternativa de un sistema de representaciones correlacionadas en una unidad estructural de pensamiento y ejecución de dichas formas artísticas, pero ante todo vale reconocer el procedimiento empleado como un reto para los que siguen la rutina clasificatorio-morfológica de los tipos de asas como único fin de la investigación. Sobre este aspecto aún volveremos más adelante.

En cuanto a la obra de Ortiz, compete aquí destacar que hoy no se estaría de acuerdo con algunas de sus interpretaciones sustentadas en el análisis de escasas evidencias y débiles bases arqueológicas, presentes necesariamente en la disciplina en el momento de su despegue. Ciertamente Ortiz interpretaba "por encima" de las posibilidades reales del registro arqueológico existente, pero con las ventajas de su erudición, el profundo ejercicio intelectual y la formulación de hipótesis audaces (entiéndase, no temerarias). Esto también es un desafío para quienes en nuestro ámbito académico han criticado a Ortiz, por supuesto nunca por escrito. Pero resta añadir lo que entiendo más importante: aun con las limitaciones de aquella arqueología en ciernes, él sí tenía un método, en esencia propuesto en las introducciones de sus principales obras (Ortiz, 1943: 3-5; 1947: 12-14).

Tanto en el estudio de las bolas, dagas u otros arqueolitos como en el de esas enigmáticas figuras con brazos curvados en forma sigmoide, que apasionadamente asoció a fenómenos pluviosos y de la tempestad, es patente una clara conciencia del objeto de la investigación:

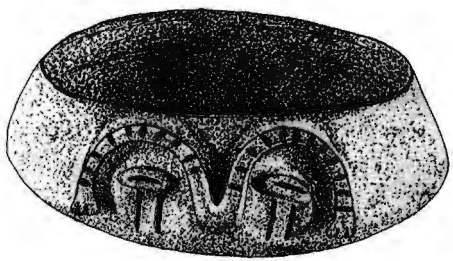
> Todo objeto arqueológico es por sí un conjunto de símbolos en busca de una expresión inteligible. Es como un ente muerto y desenterrado al cual hay que devolverle nombre y vida, haciéndole hablar su lenguaje propio, o sea el de la individualidad en el espacio y en el tiempo en que tuvo vigencia, cuando formó parte integrante y funcional de una cultura. Pero el lenguaje de los entes muertos no es de fácil inteligencia; hablan como los mudos por signos que sólo conocen los iniciados o que no conoce nadie [Ortiz, 1943: 3].

Con estas premisas abogó por la interpretación de dichos objetos como productos del hombre, para entender el papel que desempeñaron en la sociedad aborigen. Para ello, en alguna medida asumió un enfoque sistémico de la evidencia al examinar "uno a uno y en su conjunto todos los elementos característicos que integran su complejidad" (Ortiz, 1947: 12), la relación con otras piezas de su tipo y con homólogas de similar connotación, para entonces establecer nexos entre ellas. Junto a los aspectos artísticos, además tuvo en cuenta el tamaño, el material y el color de las piezas, los factores geográficos o ecológicos de posible conexión, las fuentes históricas y los aportes de la mitología y la etnografía comparada como soportes en la fundamentación de las hipótesis. En el caso de la mitología y la etnografía, vale aclarar que en ningún modo fue para inferir relaciones directas, sino con propósitos comparativos: "[...] para mostrar cómo un determinado objeto, concepto o símbolo de las culturas antillanas puede tener tal o cual interpretación porque ya la ha tenido en alguna otra cultura" (Ortiz, 1943: 4).

El ejercicio intelectual de Ortiz lleva a los arqueolitos de Cuba por caminos

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

insospechados de múltiples contextos arqueológicos y etnográficos de otras latitudes, no tanto para convencer con una última opción interpretativa, sino para alertar sobre las presumibles significaciones y funciones de esos objetos en su cultura. Lo mismo pudiera anotarse acerca de las figuras del Huracán, en las que asumió posiciones más comprometidas y, por consiguiente, discutibles.



Vasija de cerámica con representación de un individuo con lágrimas. Cueva Nuevo Mundo, provincia de Granma.

La obra de don Fernando —sin duda de un gran valor— quizás contribuyó a atenuar entre sus contemporáneos la tendencia especulativa del poco esfuerzo y de las soluciones rápidas e ingenuas en la interpretación de las piezas. El nivel supremo que ocupa en nuestra historiografía arqueológica, se justifica ante todo por las metas que se propuso alcanzar, sus hipótesis en pie y no pocas conclusiones, como él diría modestamente, "provisionales" que aún constituyen un terreno fértil para la polémica y la reflexión científica. Retomando palabras suyas de otra de sus publicaciones (Ortiz, 1935), precisamente en relación con el estado de la arqueología en su momento, puede afirmarse que se enfrentó al enmarañado maniguazo para abrir camino real, abierto y seguro. Sin embargo, en el desmonte aún hubo que superar otras dificultades.

Después de las incursiones de los fundadores, es ostensible no un abandono sino cierto retraimiento de las investigaciones del arte aborigen aproximadamente en las décadas de los años sesenta al ochenta. Con el término "zigzag" Navarro (1985) se ha referido a los diferentes factores que han afectado el desarrollo de las investigaciones literarias en algunos países; en nuestro caso, puede decirse que al menos hubo un zigzag en la arqueología de Cuba, reorientada en la década del sesenta a partir de los fundamentos metodológicos y conceptuales del materialismo histórico. Imperiosamente, con el objetivo de superar las deficiencias de la etapa anterior, se priorizó el conocimiento de los procesos socioeconómicos y en general infraestructurales, en tanto que la esfera superestructural quedó relegada, y por consiguiente el arte aborigen.

Cuando comencé a trabajar en el Departamento de Arqueología de la Academia de Ciencias de Cuba, el discurso institucional no era impositivo pero "recomendaba" que esas cosas del arte no debían investigarse al menos "por ahora", porque primero tenían que sentarse las bases —las socioeconómicas— o, en todo caso, era asunto de los historiadores del arte. Tal posición se hizo extensiva a la mitología —¿la relación de mitos de Pané no era del todo confiable?—, en particular con un rechazo a la aplicación de los métodos estructurales. Pero estos criterios nunca alcanzaron el nivel de un debate teórico en nuestros medios; y en la práctica, después de una larga crisis editorial, cuando pudo lograrse una publicación colectiva (Centro de Antropología, 1991) que abarcó la producción de las décadas precedentes, en rigor sólo se incluyó un estudio de arte rupestre entre una treintena de artículos.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

No niego la validez de esa urgencia por las investigaciones de la infraestructura, pues en definitiva consolidó las bases científicas de nuestra disciplina. No obstante, creo que ya por esa época se estaba acumulando una gran información de índole artística que reclamaba una consecuente atención. También creo que el desencuentro silente de opiniones se debió a una equivocada concepción del materialismo histórico. Pero en la sombra otros sí investigaron el arte aborigen desde distintas posiciones y también publicaron: basta una mirada a los títulos de ese período que se encuentran en las referencias del presente trabajo. La persistencia, que se debe agradecer a Dacal, Vázquez, Guarch, Domínguez y otros autores,[5] sirvió en fin para configurar y consolidar las líneas temáticas del arte aborigen, ya esbozadas en la obra de los fundadores.

Un balance de la bibliografía publicada, de inicio exhibe distintos grados de aproximación a la evidencia artística introducidos en acápites de textos genéricos o manuales de la arqueología de Cuba (Pichardo Moya, 1949; Rivero de la Calle, 1984; Tabío y Rey, 1966; Dacal y Rivero de la Calle, 1976) o con referencia a una cultura en particular (Guarch, 1978). Asimismo, en otros textos en catálogos o en artículos dedicados específicamente a la temática (Álvarez Conde, 1960; Rodríguez Cullel, 1986; Domínguez, 1986; Dacal y Rivero de la Calle, 1996; Jardines y Calvera, 1997) se plantea un mayor acercamiento a los objetos también con distintos grados de valoraciones estéticas y de nexos principalmente con la religión. No se menciona o se alude en menor medida al trabajo de los artesanos y a la producción artística como un reflejo de los procesos sociales. Ésta constituye la que podríamos denominar una vertiente generalizadora que, no obstante, tiene la importancia de resumir los conocimientos alcanzados en determinados períodos, e incluso generar hipótesis de trabajo. Tal es el caso del estudio de Dacal y Domínguez (1988: 35-37), en el que ya se plantea la posible existencia de artesanos especializados o afirmaciones como que el "arte agroalfarero no es el arte de una clase, pues ésta no está todavía formada, pero es la expresión de las ideas e intereses que se están gestando dentro de la comunidad primitiva de Cuba y, en forma más avanzada, en otras zonas de las Antillas Mayores". Entre otras consideraciones, los autores distinguen *dos ritmos de expresión del arte:* uno es mágico, ritual, estable, objetivado en materiales resistentes y difíciles de trabajar, y en función de la élite de los caciques y principales; el otro, de mayor libertad y complejidad, reflejado en las vasijas de barro e influido por los mitos, masivo por la ejecución de una colectividad de fabricantes y, por ende, más dinámico en la renovación artística.

Por supuesto, tal distinción puede revisarse en cuanto a la base mágico-mítica o ritual atribuida a una u otra expresión, y en otros aspectos, como el que remite a la cerámica, por cuanto sus formas artísticas particulares en sitios y entre sitios pueden

[5] Aún recuerdo la ponencia "Consideraciones generales sobre el arte primitivo del Caribe" de Rosaura Vázquez (1984), presentada en el Primer Encuentro Provincial de Arqueología en Santiago de Cuba, que magnificaba el arte aborigen de Cuba en comparación con su similar de la comunidad primitiva a nivel universal.

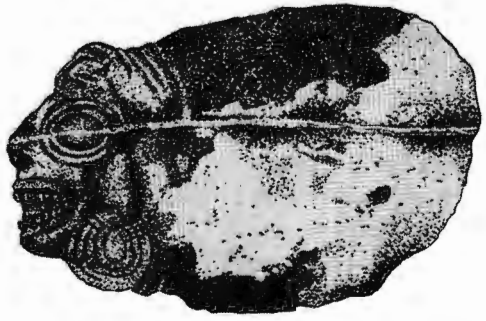
Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

reflejar el control monopolístico de los símbolos ideológicos por parte de la élite caciquil (Curet, 1991). No obstante, el estudio de Dacal y Domínguez queda como una importante contribución a los problemas teóricos del arte aborigen.

Respecto a la cerámica, ya que se ha tocado el tema, puede decirse que contamos con una voluminosa producción de artículos también variables en sus objetivos y resultados. En la mayoría se incluye en el estudio de un sitio o de sitios, o bien en un estudio particular, para abordar los problemas de la distribución crono-espacial y las variantes locales de la cultura arqueológica. Bajo estos presupuestos se ha tratado la decoración de la cerámica como modo conceptual para aprehender la variación cultural y pocas veces con los propósitos de las valoraciones artísticas.

Desde otra perspectiva se han confeccionado catálogos generales de los diseños (Navarro Betancourt, 1973; Rodríguez Cullel, 1978), que resumen la variedad y la complejidad de la ornamentación incisa, aplicada y asas por separado. Un trabajo de Valcárcel y otros autores (1996) si bien limita la gráfica y el análisis a la decoración incisa en la zona centro-norte de la provincia de Holguín, tuvo mayores pretensiones al esclarecer la forma en que se estructuran los 423 diseños presentes en vasijas completas y fragmentos pertenecientes a sitios excavados y a colecciones de museos. En tal sentido se definieron las estructuras de los motivos simples, repetidos y combinados, principalmente las líneas paralelas, perpendiculares y oblicuas al borde de las vasijas, y los punteados, curvas, óvalos y rectángulos que constituyen el fundamento de la mayoría de las decoraciones. Agrupaciones significativas de determinados diseños entre sitios y en la estratigrafía de sitios, acusaron la temporalidad temprana del punteado grueso y fino y las líneas paralelas y oblicuas que persisten en el resto de las ocupaciones de los sitios, en tanto que las curvas y los óvalos son típicos exclusivamente en las etapas media y tardía.

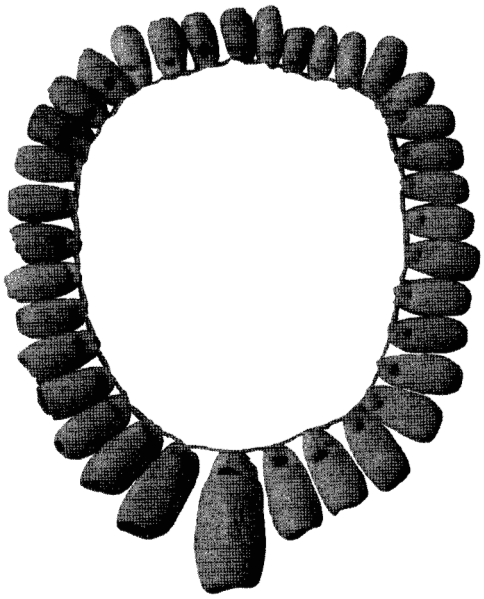
En otro orden se plantea el estudio de artefactos, también con diferentes límites en los análisis e interpretaciones. De una parte, los que abordan piezas excepcionales de la arqueología de Cuba, como el ya nombrado ídolo de Bayamo (Dacal y Navarro, 1972) o el hacha de la cueva de Ponce (ver figura) (Rivero de la Calle, 1984), con el interés de rescatar la historia de las circunstancias de los hallazgos, el destino de las piezas, la tecnología aplicada en la confección de las mismas y los elementos decorativos presentes. En estos trabajos es patente la continuidad de la línea eminentemente descriptiva.



HACHA DE LA CUEVA DE PONCE.

En otros trabajos el estudio de un tipo de pieza en dos momentos históricos bien distanciados se magnifica por el aporte de nuevos conocimientos. Tal es el caso de los artefactos confeccionados con el caracol del género *Oliva* que se utilizaron como adornos corporales e instrumentos musi-

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com



COLGANTES Y OLIVA *(OLIVA RETICULARIS)* GRABADA CON ROSTRO ANTROPOMORFO.

cales, es decir los colgantes de olivas y las olivas sonoras (ver figura). Morales Patiño (1942) tuvo el mérito de la clasificación tecnotipológica y del inventario de los diseños grabados con rostros humanos, y la síntesis de éstos u otras expresiones geométricas. Posteriormente, Valcárcel (1994) enriqueció los aspectos señalados ante todo con una base estadística superior y con el análisis e interpretación sustentado en el mejor manejo de las categorías artísticas. Pudo establecer una distribución espacial de las olivas en el territorio oriental con arreglo a sus distintos diseños, si bien en general antropomorfos con cierta incidencia y variedad del geometrismo en el centro-norte de la provincia de Holguín. Además, indagó en la relación de forma y contenido con las *guayzas* o máscaras también de concha, con su carácter de piezas escasas, tal vez como retrato del alma de los caciques y personajes principales; en tanto que la oliva, más abundante, quizás fuera el retrato del resto de los hombres, transferido entre sus portadores en un proceso de sucesión generacional. Otra hipótesis sugerente apunta hacia el origen "cubano" de las olivas grabadas como un producto de las relaciones etnoculturales con las comunidades arcaicas de pescadores-recolectores.

De igual modo podríamos valorar el caso de las figurinas o estatuillas femeninas modeladas en barro (ver figura, página 126) de inicio investigadas extensamente por Dacal (1972) en 30 ejemplares de éstas, destacando sus caracteres morfológicos y su vinculación con los cultos agrarios y de fertilidad o de reproducción biológica identificados en otras latitudes. Con este antecedente y nuevas

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

evidencias, Valcárcel (2000) desarrolló una concepción más amplia de los "seres de barro" que reafirma la preferencia del espacio simbólico femenino en ese material, teniendo en cuenta la menor representatividad de entes masculinos y zoomorfos en barro y, por el contrario, la mayor popularidad de estas últimas imágenes en piedra, concha y madera. Sus interpretaciones no desestiman criterios de otros autores que asocian las figuras femeninas a los ritos de fertilidad o a ciertos personajes mitológicos, pero paralelamente abren otra perspectiva a favor de la participación de la mujer en determinadas funciones religiosas reconocidas por la sociedad.

Con otra mirada se fundamentan nuevos contenidos que contradicen interpretaciones de otros autores. Checa y Pérez (2000) creen observar diversas patologías en objetos de Cuba y de República Dominicana. Cito sólo una: la joroba dorsal en una pieza con un abultamiento en la espalda, que otros autores (Dacal y Rivero de la Calle, 1976) la han asociado con reservas al gemelo Deminán Caracaracol, debido a la mitopoética del nacimiento de la tortuga en su espalda. Por otra parte, al investigar el tipo muy específico de idolillo colgante acuclillado y con tocado (ver figura, página 136) —frecuentemente identificado como el pluvioso Boinayel (Guarch y Querejeta, 1992; Ortega, 1994)—, Rodríguez Arce (2000) estima que en realidad se trata de piezas con cuerpo antropomorfo y rostro de quiróptero.

En estos textos es incuestionable la apertura de líneas de interpretación como una convocatoria a trascender lo ya dicho, lo sobreentendido; sin embargo, es evidente que las fundamentaciones se sustentan en rasgos morfológicos no siempre bien declarados y con el riesgo de la percepción desde nuestras categorías de pensamiento que, claro está, no son necesariamente las del artesano aborigen. Lo dicho en ningún modo desestima las similitudes formales que se hayan atribuido a algunas piezas.

Novedoso por muchas razones resulta el artículo de Ortega (1994), como una propuesta de integración de la evidencia artística al contexto arqueológico y otras consideraciones que parten de una declaración de principios: reconocer la producción plástica precolombina como expresiones artísticas y establecer el lugar que le corresponden en el ámbito caribeño y en la historia del arte nacional. Su trabajo trata la escultura menor de los idolillos colgantes de carácter antropomorfo desde el punto de vista de los principios básicos de organización de los diseños y, en ese caso, las particularidades del equilibrio y la proporción como estereotipos de la traducción cultural.

También desde la perspectiva del historiador del arte se distinguen los estudios de Vázquez (1978, 1980), que en su momento expresó el pensamiento de una escuela oriental de arqueología, liderada por el profesor Felipe Martínez Arango de la Universidad de Oriente, en Santiago de Cuba. Estos trabajos se insertan en la línea de la estética aborigen con no pocas valoraciones verdaderamente estimulantes en el panorama de las investigaciones de ese período, que apenas abordaban ese aspecto. Sin embargo, a mi juicio, se resienten por la terminología empleada en la denominación de estilos y las proposiciones interpretativas de los contenidos de las formas artísticas en función del fenómeno religioso.

En tal sentido, se plantea con términos de la contemporaneidad que una pieza es expresiva de un geometrismo simbólico

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

"cubista" y otras del expresionismo "indocubano". Así, por ejemplo, el conocido ídolo del Tabaco es ubicado en la tendencia estética geométrica; y el ídolo de Bayamo, en la expresionista (Vázquez, 1980: 181). En otro orden, en vías de comprender las evidencias artísticas se argumenta una suerte de evolución de la religiosidad de las comunidades agroalfareras, caracterizadas las más tempranas por "un incipiente culto agrario de carácter animista en formación —nahualismo— por medio de la representación totémica"; y las tardías, "por el énfasis del culto al antepasado, una mayor acentuación al cemiísmo y al behiquismo" (Vázquez, 1978: 227). Estas ideas se verían reflejadas en otro trabajo de Vera (1978) sobre asas de las vasijas de cerámica, que en esencia relaciona las zoomorfas con el supuesto totemismo nahualista y las antropomorfas con el cemiísmo.

En este discurso es patente la confusión en el aparato conceptual empleado en cuanto a las formas tempranas de la religión y más con el ingrediente de ese nahualismo mesoamericano de hombre y animales combinados entre sí, que participa de una religión más compleja que la profesada por nuestros aborígenes. En verdad, todo lo zoomorfo no es necesariamente totémico; en todo caso es un elemento concurrente en los sistemas de clasificación de los fenómenos sociales y naturales en el "pensamiento salvaje", según Lévi-Strauss (1972). A esto añadiría que el zoomorfismo reflejado en la plástica podría tener base animista o mítica; que si bien la mayoría de los cemíes reportados en fuentes documentales son antropomorfos, también los hay zoomorfos (Opilyeguobirán y Baraguabael); y que aún habría que tener en cuenta esa amplia categoría de lo antropozoomorfo en el análisis e interpretación de las formas y el contenido de la evidencia artística.

Cierto es que en muchos textos, por ejemplo en Domínguez (1984: 73-74), se observa este criterio de adoraciones totémicas o animales convertidos en tótem, debido al zoomorfismo presente en las decoraciones de la cerámica o en otros objetos, cuando en principio habría que demostrar la existencia de creencias totémicas en las comunidades agroalfareras de Cuba.

En otra dirección se ha consolidado la tendencia más popular que conecta las imágenes artísticas con la mitología aborigen, sobre lo cual el texto de Pané se ha convertido en realidad en la única referencia. Entre un buen número de títulos, citaría por su carácter generalizador los de Guarch y Querejeta (1992, 1993), que de inicio tienen el valor de cotejar el episodio o el personaje mítico con piezas de Cuba. En estos trabajos no se cita literalmente a Pané; los autores asumen otro discurso expositivo más libre en la interpretación mitopoética, incluyendo en algún caso elementos no relatados por Pané y estableciendo en otros un forzado nexo entre lo mítico y la iconografía supuestamente representada.

En esta tendencia en torno a la mitología, incluiría con otras consideraciones el esfuerzo de Fernández y González (2001) orientado a desentrañar el enigma de petroglifos agroalfareros localizados en una cueva del extremo oriental de Cuba, pero a fin de cuentas en la línea de seguir la pauta del soporte tradicional de los citados mitos y la referencia a escasos objetos arqueológicos. De resultas, se trata de un ejercicio también libre de la lectura de los mitos y de similitudes forzadas entre

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

petroglifos y personajes míticos: una imagen lacrimosa se asocia al cemí Boinayel, que en la crónica de Pané no llora; Corocote aparece transfigurado en funciones que tampoco anotara el fraile y además identificado en piezas en las que sólo basta que ostenten dos proyecciones en la cabeza; y por último, casi es imposible reconocer al cemí Guabancex en un petroglifo sinuoso de la citada cueva.

IDOLILLO LÍTICO COLGANTE, ANTROPOZOOMORFO Y CON TOCADO EN LA CABEZA.

Otros estudios desde distintas percepciones se pronuncian por una lectura más crítica del texto de Pané (Hernández Oliva y Roura, 2001) o de sus límites como fuente de referencia para las investigaciones del arte aborigen (Godo, 2002). En este campo, y ahora remito a mi experiencia, por lo que seré algo extenso, en una ocasión (Celaya y Godo, 2000) cuestionamos la supuesta relación del mítico Boinayel, proveedor de la lluvia, con el tradicional referente arqueológico de los individuos lacrimosos. El análisis artístico aportó más de treinta variantes del tema en la expresión más popular de la cerámica, que denotaba un rostro antropomorfo bajo un arco o doble arco, aplicado con líneas incisas en los ojos cual si fueran lágrimas (ver figura, página 130), y paralelamente evocaciones de esa imagen en procesos de síntesis al desaparecer los rasgos figurativos a modo de una peculiar sinécdoque en la que la parte sustituía al todo. Sin embargo, también se observaron individuos con lágrimas y otros atributos formales de zootemas presentes en las imágenes de la tortuga y de la lechuza, lo que sin duda complejizaba el fenómeno mítico-artístico.

Ciertamente, lejos de esperar una imagen estandarizada, el repertorio del supuesto llora-lluvia Boinayel es muy amplio y variado en sus formas artísticas, materiales y artefactos. Además de su particular expresión en la alfarería, se encuentra en petroglifos, colgantes, ídolos de made-

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

ra con plataforma sobre la cabeza para el rito de la cohoba, hachas petaloides y otros objetos. Por tanto, es muy compleja la variedad de estos personajes pluviosos o lacrimosos vistos en la iconografía para que siempre se piense en el Boinayel etnológico, o en todo caso podría aceptarse la posibilidad de un Boinayel con significados más amplios que los atribuidos en el mito.

Otro tema objeto de investigación fue el de la rana mítica, o mejor, el de los distintos personajes batraciformes que con objetividad pueden aislarse en la plástica aborigen. Las primeras indagaciones (Godo y Celaya, 1990) en una muestra de burenes decorados comparada con otros artefactos, revelaron la imagen de la rana estilizada (ver figura, página 138) o esquematizada, que bien podía rastrearse a partir del motivo de las extremidades traseras y sus variantes de la línea y un punto encerrados en un óvalo que supone la reflexión, y los motivos geométricos de los círculos concéntricos. Sin embargo, ¿por qué precisamente la presencia de la rana en los burenes y en una muy evidente relación con la agricultura?

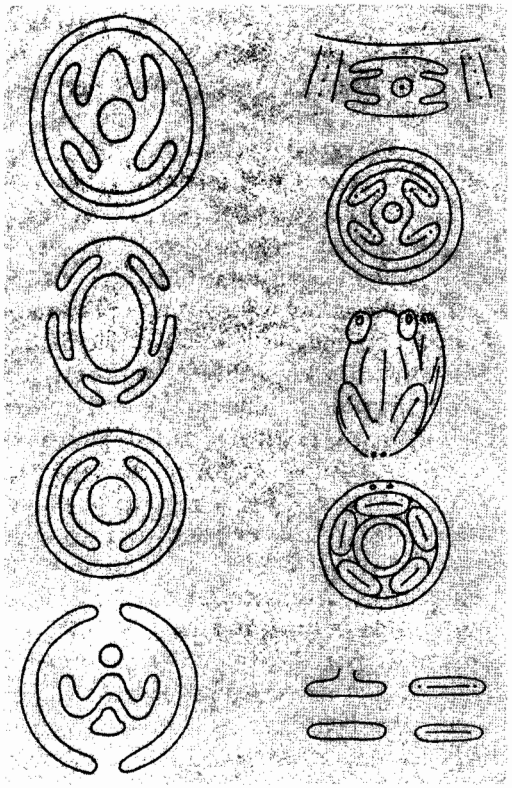
Claro está, los relatos de Pané no ofrecían la respuesta, pues sólo una señal sin obligada conexión remitía al pasaje mítico de los niños abandonados y convertidos en ranas debido al rapto de las mujeres por parte de Guaguyona. No obstante, la búsqueda de un referente debía cumplir la condición de un material etnográfico, al decir de Velandia (1994), correspondiente a sociedades homologables históricamente.

En un ciclo de mitos suramericanos, cuyas versiones aruaca y caribe son muy semejantes (López Baralt, 1977; Alegría, 1978; Lévi-Strauss, 1978), una vieja mujer-rana, madre adoptiva de unos gemelos, los mandaba todos los días a cazar o a pescar; cuando regresaban invariablemente encontraban el casabe preparado. Los gemelos decidieron descubrir el secreto de la rana y, escondidos, observaron que lo obtenía de una mancha blanca que tenía en la espalda y que cocía en el burén. En detalles de otra versión, la rana se arañaba el cuello y vomitaba fuego. A fin de cuentas, los gemelos logran apropiarse del casabe y del fuego bien robándolos, bien quemando a la vieja mujer en un bosque o en el claro de un campo. De esta forma se fundamentó el enlace de los burenes o decorados con los citados mitos como un caso de unidad e inversión en el plano mítico-artístico: en el relato la rana con el casabe en su cuerpo o encima de su piel; y en el artefacto, el casabe con la impronta de la rana, que pasa al alimento consagrada por el fuego y por el contacto de su imagen decorada en el burén.

Al observar en esa investigación duplicaciones de la rana o de los motivos batraciformes fuese en burenes o en otros artefactos, cuestión que hemos reafirmado posteriormente con otras evidencias (ver figura, página 139), se fundamentó la hipótesis de una versión antillana de los citados mitos, de similar estructura pero de transformación de las funciones míticas, en la cual los gemelos que sacrificaron a la rana se convirtieron a la vez en ranas. Dicha hipótesis tiene otro apoyo por la transfiguración zoomorfa de los gemelos en uno de los mitos, y ahora más recientemente al consultar a Oliver (1997), que identificó gemelos-ranas en la iconografía del centro ceremonial de Caguana en Puerto Rico.

Con las deficiencias que hoy puedan señalarse a nuestro trabajo, al menos comprobamos que en los burenes la decoración más recurrente concierne a la

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com



En la columna de la derecha, diseños batraciformes en burenes decorados y, a la izquierda, en otros artefactos (Godo y Celaya, 1990). Nótese la persistencia de los motivos de las extremidades de la rana y de los círculos concéntricos.

genealogía de la rana mítica. Otros diseños exclusivos de círculos, triángulos, rombos y de carácter geométrico, que también se observan en no pocos de esos artefactos, pueden alcanzar la categoría de unidades icónicas significativas no sólo porque esas figuras se asumen como esquematizaciones de los batracios, sino también porque se incluyen en el contexto del burén. El burén es la rana misma, si tiene algún sentido el pensamiento de Lévi-Strauss (1978) respecto a que los objetos alcanzan su existencia definitiva mediante la integración del decorado y su función utilitaria. Pero vale anotar que en este caso no se trata de una rana cualquiera, sino la rana que participa de los citados mitos de origen de la agricultura sistematizada. Ella posee el burén, el fuego y el casabe. Los gemelos la queman en un campo o en el bosque en una clara referencia a la técnica de roza. En lo adelante, asumen la identidad de la rana y se convierten en héroes culturales.

En estos trabajos se esbozaba con más o menos suerte la perspectiva del análisis estructural y de la semiótica en las investigaciones mítico-artísticas. En tal sentido se enfrentó la obra de arte como un texto al cual podíamos acceder si en principio se aislaban las unidades básicas de significado y los temas formados por ellas (Porebski, 1994). Algo pudo lograrse en la lógica estructural de los temas del individuo lacrimoso y de la rana y los gemelos, como una contribución al conocimiento de la evidencia artística y a la mítica representada, sin necesidad de recurrir a la crónica del fraile Ramón Pané.

Así las cosas, el balance nos obliga a no detenernos en la reseña crítica de lo acontecido sin avanzar al menos algunos criterios que puedan contribuir a la renovación de los fundamentos teóricos y metodológicos. Ciertamente, creo que estamos en condiciones de despojarnos de esa libre interpretación mitopoética que ha lastimado no pocos y valiosos empeños, y también de esa licencia de los prematuros juicios acerca de lo ritual o lo ceremonial cuando a veces se desconoce el significado y la función de las piezas. De igual modo, sobra el elogio a nuestros artesanos. Basta observar los objetos.

Crecernos en el dominio de las categorías artísticas es un reto, para no con-

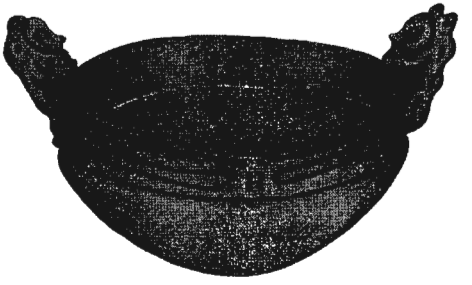
Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

fundir o abusar de términos como ritmo y estilo. Las descripciones pueden rendir mayor provecho si, además de los parámetros tradicionales de dimensiones, formas, motivos,... se presta más atención, al decir de Rivera (1990), a los arreglos espaciales del objeto, las proporciones, la ubicación relativa y el énfasis en ciertos atributos, contrastes y elementos significativos que revelen el esquema estructural de la obra y, por consiguiente, el pensamiento de sus creadores.

Respecto a la cerámica, debe superarse el enfoque fragmentario de las decoraciones a favor del análisis integral de la vasija en su unidad estructural. Es improcedente aislar las asas de la ornamentación en paneles e incluso de las formas y las funciones de las vasijas. Tal examen de la totalidad, extensivo al resto de los objetos, ha sido fundamentado por García Arévalo (1989) con buenos ejemplos acerca de las unidades sígnicas geométricas, que alcanzan su verdadero significado contextual cuando se integran articuladas a las representaciones más figurativas.

Se impone valorar los límites de los inventarios y la utilidad de saber si disponemos de tantas asas antropomorfas, del tipo cornamusa o de barbotina. No niego esta fase del ordenamiento de la información, que supera el caos, pero ante todo con una terminología uniforme en lo posible, y en la medida de abandonar esa posición de lo que "queremos ver" a nuestra conveniencia, cuando en realidad se trata de lo que hizo el aborigen.

Por otra parte, en su amplia concepción tecnológica y estilística, la cerámica sería de gran utilidad para visualizar la variación local como una expresión de las migraciones y de la etnicidad. Sobre este aspecto, remito a Navarrete (1990), que ha tratado extensamente el asunto con sólidas bases teóricas y metodológicas. En particular, las decoraciones, como un indicador de la producción alfarera diferenciada, pueden revelar los elementos que persisten en las migraciones como parte del sustrato cultural genérico y cuáles se transforman o surgen como nuevas formas y mensajes.



VASIJA DE CERÁMICA CON ASAS ANTROPOMORFAS DE GEMELOS Y MOTIVO EN EL PANEL DE LAS EXTREMIDADES TRASERAS DE LA RANA. EJEMPLAR DE UNA CUEVA DE BARACOA, PROVINCIA DE GUANTÁNAMO.

La introducción de la semiótica del arte también sería una contribución inestimable siempre que se observen los límites de esa disciplina, evitando que se convierta en un enfoque exclusivo y desvinculado de la vertiente arqueológica contextual (Olmos, 1991). En principio, priorizo establecer un banco de imágenes preferentemente contextualizadas en tiempo y espacio, desde luego con su correspondiente tratamiento estadístico. El objetivo, claro está, no es almacenar y clasificar datos, sino convertirlos en documentos de la trayectoria histórica de las formas artísticas y de la práctica social de sus productores. No procede evaluar el registro de las imágenes a través del prisma de nuestras propias categorías conceptuales. La interpretación de los textos estructurados implica aproximarnos a la

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

cosmovisión aborigen por cuanto se trata de una tradición cultural concreta, lo que de por sí es un gran problema.

Se impone descifrar los mecanismos de producción y funcionamiento de signos y sistemas de signos, en este caso no lingüísticos, articulados en un sistema de relaciones y significados. Olmos (1991), que se ha ocupado de este tema y a quien mucho debo en mis indagaciones, indica que el corpus de imágenes permite ir configurando los mecanismos en los que se mueve la iconografía y que la lectura e interpretación debe aportar las leyes que rigen los sistemas de representaciones.

Los arqueólogos más optimistas no sólo aspiran a investigar la esfera de la comunicación sociocultural (emisor-receptor); aún resta el hombre en el proceso de la creación artística como un producto social en el contexto genérico de la cultura y, entre otros indicadores, como un reflejo de las transformaciones sociales. Valcárcel (1999, 2000), por ejemplo, ha observado la concentración de la evidencia artística en individuos y en sitios del Banes precolombino como expresión de la posición social, la jefatura y el poder. Con lo anotado volvemos al punto de partida: a la prioridad de la arqueología como historia y a la urgente necesidad de la perspectiva interdisciplinaria para, sin prisa, aprehender el objeto artístico en su total dimensión. Está la puerta abierta, o mejor con las palabras de don Fernando: al menos una trocha para trabajar.

BIBLIOGRAFÍA

ALEGRÍA, R. (1978). *Apuntes en torno a la mitología de los indios taínos de las Antillas Mayores y sus orígenes suramericanos*. Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe, Museo del Hombre Dominicano, 179 pp.

ALONSO, J. (2001). "Ortiz y la cueva del templo o el informe de don Fernando". *Boletín Gabinete de Arqueología*, Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana, no. 1, pp 45-55.

ÁLVAREZ CONDE, J. (1960). "El arte precolombino en Cuba". *Revista de la Junta Nacional de Arqueología y Etnología*, La Habana, 4a. época, no. 1, junio, pp. 105-128.

ARROM, J. J. (1975). *Mitología y artes prehispánicas de las Antillas*. Siglo XXI editores S.A., México, 191 pp.

CELAYA, M. y P. P. GODO (2000). "Llora-lluvia: expresiones mítico-artísticas en la alfarería aborigen". *El Caribe Arqueológico*, Casa del Caribe, Santiago de Cuba, no. 4, pp. 70-84.

Centro de Antropología (1991). *Arqueología de Cuba y de otras áreas antillanas*. Ed. Academia, La Habana, 542 pp.

CHECA, A. y N. PÉREZ (2000). "Representaciones plásticas de afecciones osteoarticulares en el arte taíno". *El Caribe Arqueológico*, Casa del Caribe, Santiago de Cuba, no. 4, pp. 59-63.

CURET, L. A. (1991). "El cacicazgo en el registro arqueológico: modelos y variables arqueológicas". Actas del Decimotercer Congreso Internacional de Arqueología del Caribe, Curazao. Ed. E. N. Ayubi y J. B. Haviser, pp. 15-21.

DACAL, R. (1972). "Notas sobre las figurinas aruacas de la prehistoria cubana". *Universidad de La Habana*, vol. 2-3, no. 196-197, pp. 85-116.

DACAL, R. y D. NAVARRO (1972). *El ídolo de Bayamo*. Museo Antropológico Montané, Universidad de La Habana, Publicaciones 3, 37 pp.

DACAL, R. y M. RIVERO DE LA CALLE (1976). *Arqueología aborigen de Cuba*. Editorial Gente Nueva, La Habana, 197 pp.

DACAL, R. y L. DOMÍNGUEZ (1988). "El arte agroalfarero de Cuba". *Revolución y Cultura*, La Habana, no. 4, pp. 32-37.

DACAL, R. y M. RIVERO DE LA CALLE (1996). *Art and Archeology of Pre-Columbian Cuba*. University of Pittsburgh Press, Pittsburgh, 134 pp.

DOMÍNGUEZ, L. (1984). *Arqueología colonial cubana. Dos estudios*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 112 pp.

———— (1986). "Algunos aspectos del arte de los grupos aborígenes agricultores". En *Ar-*

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

queología de Cuba (en ruso). Ed. Naúka, Novosibirsk, Academia de Ciencias de la URSS, pp. 134-139.

FANEGO, N. (1992). "La escultura aborigen aruaca de Cuba" (inédito). Trabajo de diploma, Universidad de La Habana.

FERNÁNDEZ, R. y J. B. GONZÁLEZ (2001). *El enigma de los petroglifos aborígenes de Cuba y el Caribe insular.* Centro de Investigaciones y Desarrollo de la Cultura Cubana, La Habana, 96 pp.

GARCÍA ARÉVALO, M. A. (1977). *El arte taíno de la República Dominicana.* Exposición presentada por el Instituto de Cultura Hispánica en el Centro Cultural de la Villa de Madrid (15 may.-15 ag.). Edic. del Museo de Hombre Dominicano, col. Estudio y Arte, s.p.

———— (1989). "Los signos en el arte taíno". Serie monográfica, Ed. Fundación García Arévalo, no. 25, 39 pp.

GARCÍA CASTAÑEDA, J. M. (1947). "Los burenes marcados". *Revista de la Junta Nacional de Arqueología y Etnología,* La Habana, época II, año 1, no. 4-5, en.-dic., pp. 161-167.

GODO, P. P. (2002). *Expresiones mítico-artísticas de los aborígenes agroalfareros antillanos.* 67 Reunión Anual de la Sociedad Americana de Arqueología, Denver, Colorado, 20-24 mar.

GODO, P. P. y M. CELAYA (1990). "Expresiones mitológicas en los burenes de Cuba". *Anuario de Arqueología 1988,* Ed. Academia, La Habana, pp. 152-184.

GUARCH, J. M. (1978). *El taíno de Cuba.* Academia de Ciencias de Cuba, Dirección de Publicaciones, La Habana.

———— (1987). *Arqueología de Cuba. Métodos y sistemas.* Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 103 pp.

GUARCH, J. M. y C. RODRÍGUEZ CULLEL (1980). "Consideraciones acerca de la morfología y el desarrollo de los pictogramas cubanos". *Cuba Arqueológica II,* Ed. Oriente, Santiago de Cuba, pp. 55-76.

GUARCH, J. M. y A. QUEREJETA (1992). *Mitología aborigen de Cuba. Deidades y personajes.* Publicigraf, La Habana, 47 pp.

———— (1993). *Los cemíes olvidados.* Publicigraf, La Habana, 74 pp.

GUTIÉRREZ CALVACHE, D. (2002). "Sobre el simbolismo y la funcionalidad del número en el arte rupestre de la Cueva de los Petroglifos". *El Caribe Arqueológico,* Casa del Caribe, Santiago de Cuba, no. 6, pp. 23-34.

HERNÁNDEZ OLIVA, C. y L. ROURA (2001). "Reflexiones en torno al tema de la muerte en la mitología y la plástica aruaca". *Boletín Gabinete de Arqueología,* Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana, no. 1, pp. 36-44.

HERRERA FRITOT, R. (1940). "Un nuevo dujo taíno en las colecciones del Museo Antropológico Montané de la Universidad de La Habana". *Revista de Arqueología y Etnología,* La Habana, año II, no. 4, mayo, pp. 26-31.

———— (1946). "Tres notas para la arqueología indocubana: asas sonajeros. Tres épocas en un litoglifo. Notable similitud entre dos pendientes". *Revista de Arqueología y Etnología,* La Habana, 2a. época, año 1, no. 1, en. pp. 37-56.

———— (1947). "Tres tipos de objetos indoarqueológicos de Santo Domingo". *Revista de Arqueología y Etnología,* La Habana, 2a. época, año II, no. 4-5, en.-dic., pp. 125-145.

———— (1948). *Ejemplares únicos y ejemplares escasos de la arqueología indocubana en el Museo Guamá.* Contribución del Grupo Guamá, La Habana, no. 14, 37 pp.

———— (1952). "Arquetipos zoomorfos en las Antillas Mayores". *Revista de Arqueología y Etnología,* La Habana, época II, año VII, no. 15-16, en.-dic., pp. 215-226.

HERRERA FRITOT, R. y C. L. YOUMANS (1946). *La Caleta. Joya arqueológica antillana.* Imp. El Siglo XX, La Habana, 155 pp.

IZQUIERDO, G. y A. RIVES (1994). "Tendencias de desarrollo del arte rupestre de Cuba". En *Estudios Arqueológicos. Comp. de temas 1990.* Ed. Academia, La Habana, pp. 28-45.

JARDINES, J. y J. CALVERA (1997). Estudio técnico-estilístico de objetos de carácter superestructural de los grupos aborígenes agroceramistas de las Antillas". *El Caribe Arqueológico,* Casa del Caribe, Santiago de Cuba, no. 2, pp. 50-63.

LA ROSA, G. (1994). "Tendencias en los estudios sobre arte rupestre de Cuba: retrospectiva crítica". *Revista Cubana de Ciencias Sociales,* La Habana, no. 29, pp. 135-153.

LÉVI-STRAUSS, C. (1972). *El pensamiento salvaje.* Fondo de Cultura Económica, México, 413 pp.

———— (1978). *Mitológicas 2. De la miel a las cenizas.* Fondo de Cultura Económica, México, 438 pp.

LÓPEZ BARALT, M. (1977). *El mito taíno: raíz y proyecciones en la Amazonia continental.* Ediciones Huracán, Puerto Rico, 108 pp.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

MIGUEL, O. (1951). "El primer ídolo de oro precolombino encontrado en Cuba". *Revista de la Junta Nacional de Arqueología y Etnología*, La Habana, época II, año VII, no. 13-14, en.-dic., pp. 158-165.

MORALES PATIÑO, O. (1942). *Las olivas sonoras en México y en Cuba*. Contribución del Grupo Guamá, Antropología, no. 2, 29 pp.

———— (1943). "La religión de los indígenas antillanos". En *Actas y documentos. Primer Congreso Histórico Interamericano*. La Habana, oct. 1942, pp. 292-357.

———— (1951). "Estudio comparativo del pendiente efigie de oro encontrado en Banes". *Revista de la Junta Nacional de Arqueología y Etnología*, La Habana, época II, año VII, no. 13-14, en.-dic., pp. 166-227.

MOSQUERA, G. (1983). *Exploraciones en la plástica cubana*. Editorial Letras Cubanas, La Habana.

NAVARRETE, R. (1990). "Cerámica y etnicidad". *Gens. Boletín de la Sociedad Venezolana de Arqueólogos*, vol. 4, no. 2, ag.-dic., pp. 59-97.

NAVARRO, D. (1985). "Textos y contextos: un balance, un inicio". En *Textos y contextos. Una ojeada en la teoría literaria mundial*. Editorial Arte y Literatura, Ciudad de La Habana, pp. 7-19.

NAVARRO BETANCOURT, E. (1973). *Motivos de arte en la cerámica indocubana*. Museo Antropológico Montané, Universidad de La Habana, Publicaciones no. 4, 53 pp.

NÚÑEZ JIMÉNEZ, A. (1975). *Cuba: dibujos rupestres*. Industrial Gráfica S. A., Lima, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 503 pp.

OLIVER, J. R. (1997). *El Centro Ceremonial de Caguana*. Fundación Antropológica, Arqueológica e Histórica de Puerto Rico. W. A. Geigel, Esq. President. 413 pp.

OLMOS, R. (1991). "Nuevos enfoques y propuestas de lectura en el estudio de la iconografía ibérica". En *Arqueología*, Col. Nuevas Tendencias, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, pp. 209-230.

ORTEGA, O. (1994). "Proceso de diseño de los cemíes indocubanos". En *Estudios Arqueológicos. Comp. de temas 1990*, Ed. Academia, La Habana, pp. 46-58.

———— (1996). "El complejo sincretismo cultural neolítico de Cuba". Tesis doctoral. Centro de Antropología, Cuba.

ORTIZ, F. (1935). *Historia de la arqueología indocubana*. Colección de Libros Cubanos, vol. XXXIII. Cultural S. A., La Habana, 457 pp.

———— (1943). *Las cuatro culturas indias de Cuba*. Biblioteca de Estudios Cubanos, vol. 1. Arellano y Cía. Editores, La Habana, 176 pp.

———— (1947). *El huracán. Su mitología y sus símbolos*. Fondo de Cultura Económica, México-Buenos Aires, 686 pp.

PANÉ, R. (1990). *Relación acerca de las antigüedades de los indios*. Nueva versión con notas, mapas y apéndices de José Juan Arrom. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 148 pp.

PICHARDO MOYA, F. (1949). *Cuba precolombina*. Ed. Librería Selecta, La Habana, 118 pp.

POREBSKI, M. (1994). "Semiótica e icónica". *Criterios*, La Habana, no. 32, pp. 275-286.

RIVERA, M. (1990). "El reflejo de la memoria. Notas sobre arte y arqueología". *Revista Española de Antropología Americana*, Universidad Complutense de Madrid, no. 20, pp. 19-34.

RIVERO DE LA CALLE, M. (1984). "Estudio comparativo y localización del hacha de ceremonia de Cueva Ponce". *Santiago*, Revista de la Universidad de Oriente, Santiago de Cuba, no. 55, sept., pp. 147-157.

RODRÍGUEZ ARCE, C. (2000). "Apuntes sobre la figura del murciélago en la iconografía prehispánica de Cuba". *El Caribe Arqueológico*, Casa del Caribe, Santiago de Cuba, no. 4, pp. 94-99.

RODRÍGUEZ CULLEL, C. (1978). "Catálogo gráfico de los diseños en la cerámica taína de Cuba". *Cuba Arqueológica*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, pp. 177-224.

———— (1986). *Cemíes de Cuba. Arqueología de Cuba* (en ruso). Naúka, Novosibirsk, Academia de Ciencias de la URSS, pp. 147-151.

ROYO, F. (1939). "Posible significación de un ideograma taíno". En *Memorias de la Sociedad Cubana de Historia Natural Felipe Poey*, vol. 13, no. 1, pp. 13-16.

TABÍO, E. y E. REY (1996). *Prehistoria de Cuba*. Departamento de Antropología, Academia de Ciencias de Cuba, 280 pp.

TOLSTYJ, V. I. (1989). *La producción espiritual. Aspecto socio-filosófico del problema de la producción espiritual*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 322 pp.

VALCÁRCEL, R. (1994). "Olivas grabadas: caracoles del arte aborigen de Cuba". *Museológicas*, Universidad de Tolima, Ibagué, Colombia, vol. II, no. 2-3, pp. 115-131.

———— (1999). "Banes precolombino: jerarquía y sociedad". *El Caribe Arqueológico*, Casa del Caribe, Santiago de Cuba, no. 3, pp. 84-89.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

———— (2000). "Seres de barro. Un espacio simbólico femenino". *El Caribe Arqueológico*, Casa del Caribe, Santiago de Cuba, no. 4, pp. 20-34.

VALCÁRCEL, R. *et al.* (1996). "La ornamentación incisa en la cerámica aborigen del centro-norte de Holguín, Cuba". *El Caribe Arqueológico*, Casa del Caribe, Santiago de Cuba, no. 1, pp. 46-58.

VÁZQUEZ, R. (1978). "Comunicación estética con nuestros aborígenes". *Cuba Arqueológica*, Ed. Oriente, Santiago de Cuba, pp. 225-231.

———— (1980). "Tres ídolos, ensayo del arte aborigen cubano". *Cuba Arqueológica II*, Ed. Oriente, Santiago de Cuba, pp. 187-196.

———— (1984). *Consideraciones generales sobre el arte primitivo del Caribe.* Primer Encuentro Provincial de Arqueología, Santiago de Cuba, 8-10 nov.

VELANDIA, C. (1994). *San Agustín. Arte, estructura y arqueología.* Fondo de Promoción de la Cultura del Banco Popular, Santafé de Bogotá, 152 pp.

VERA, M. (1978). "Asas aborígenes de la tradición alfarera". *Cuba Arqueológica*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, pp. 243-263.

Cuban aboriginal art from archaelogy's point of view

The work reviews the trajectory of aboriginal art in Cuba from an archaelogical perspective. The different trends are approached from the analysis of relevant works as to summarize the main achievements and deficiencies. The assessment of the accumulated knowledge allows to put forward some criteria that may contribute to renovate the theoretical and methodological fundamentals.

ÍDOLO DE BAYAMO.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

¿Hubo cacicazgos en la mayor de las Antillas?

LILLIÁN JUDITH MOREIRA DE LIMA

¿Hubo cacicazgos en la mayor de las Antillas?

El tema de los cacicazgos entre los pobladores aruacos de Cuba ha sido objeto de diversas interpretaciones y criterios encontrados. A partir de una nueva visión del problema, en este artículo se analizan las relaciones económicas, sociales y administrativas de esas sociedades, no obstante las limitaciones documentales y arqueológicas, de las cuales se hace amplia utilización, con el fin de lograr una explicación sobre la posibilidad de la existencia de esa organización en un mundo no homogéneo. Se define el cacicazgo como una confederación en la cual el cacique principal tenía mando en los asuntos generales y comunes para el conjunto de los pueblos confederados. Será ésta la modalidad que asumió la administración y el poder político en la etapa de transición al que denominamos cacicazgo.

LILLIÁN MOREIRA
Profesora de Historia. Facultad de Filosofía e Historia de la Universidad de La Habana.

INTRODUCCIÓN

El tema de los cacicazgos de por sí entraña varias dificultades; en consecuencia, las conclusiones a las cuales se arriben tendrán carácter de aproximación a partir de hechos y datos históricos, pues no resulta totalmente viable asumir criterios absolutos. No obstante, resulta importante retomar su análisis, puesto que otros puntos de vista pueden motivar y enriquecer el intercambio científico al mismo tiempo que se actualiza sobre

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

diferentes criterios en relación con esa problemática. Si los antiguos pobladores de lengua aruaca que habitaron en Cuba conformaron sus cacicazgos o no, continúa siendo objeto de debate, puesto que las informaciones de las que se disponen son sumamente fragmentadas, tanto en relación con las fuentes escritas como con las pruebas que pudo incorporar la arqueología.

Los cronistas informan un poco más sobre lo acaecido en Puerto Rico y La Española, fundamentalmente porque la segunda constituyó durante varios años la única isla donde se asentaron los españoles. Muchas veces dejaron de informar sobre aspectos que pudieran resultar muy importantes o realizaron generalizaciones que, en la actualidad, algunas de ellas se ponen en tela de juicio al comparar esos datos con los hallazgos arqueológicos.

Esas condicionantes crean en consecuencia limitaciones a la hora de abordar dicha temática, aunque no por ello menos apasionantes, pues es posible realizar aproximaciones, reflexionar y adelantar hipótesis sobre lo acaecido en la mayor de las Antillas, tomando en consideración los datos a nuestro alcance.

Es conocido que el poblamiento de Cuba por los aruacos se hizo tardíamente en comparación con el de las otras dos grandes islas caribeñas. Una primera oleada que debió arribar hacia inicios del siglo VIII d.n.e., no había alcanzado los niveles de desarrollo cultural de las últimas que llegaron a fines del siglo XIII y en el XIV. Poco tiempo de asentamiento y de reacomodo en interacción con el nuevo medio geográfico para lograr realizaciones como las alcanzadas en Puerto Rico y La Española.

Durante muchas décadas se había generalizado entre los estudiosos del mundo de los indocubanos, que los taínos[1] —como dijo Mártir de Anglería que se llamaron a sí mismos los agricultores antillanos— no habían rebasado el nivel de una sociedad comunitaria. Que si bien existían caciques, éstos solamente tenían mando en sus propias aldeas. Sin embargo, se asumía que en Puerto Rico y en La Española hubo cacicazgos, puesto que para esas Antillas hay mayor información escrita, y la arqueología ha demostrado también evidencias más precisas que permiten arribar a esas conclusiones, al menos de carácter general.

Los trabajos arqueológicos desarrollados en Cuba en las últimas décadas, comienzan a abrir algunas perspectivas que permiten abordar ese tema y retomar los pocos textos referidos a este archipiélago, sin descartar totalmente lo referido para las otras islas caribeñas, y en consecuencia repensar los antiguos criterios en relación con la ausencia de cacicazgos en la mayor de las Antillas.

Con el objetivo de introducirse en el tema de los cacicazgos, lo primero que debe establecerse es el estadio de desarrollo alcanzado por esas poblaciones y determinar si hubo un proceso de transición hacia la sociedad de clases o no, para seguidamente adentrarse en la organización administrativa y política que pudieron haber conformado.

[1] Pietro Martire de Anglhiera relata que cuando esos pobladores veían a los españoles gritaban en voz alta "taínos, taínos", para que no se les confundiera con los caribes. Sergio Bernal Valdés precisa que el término en aruaco procede de *tai* que quiere decir buenos y de *nos* que significa nosotros.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

LA TRANSICIÓN A LA SOCIEDAD DE CLASES

El primer peldaño hacia la génesis de la transición a la sociedad de clases radica en las diferenciaciones sociales en el seno de las comunidades. Dichas diferencias por sí solas no implican un proceso de transición, puesto que diversos matices diferenciadores pueden observarse ya en sociedades de pescadores-recolectores-cazadores, pero el nivel alcanzado entre los agricultores implica una cualidad diferenciadora superior, e incluso expone la génesis de alguna modalidad de apropiación y/o distribución desigual. Por ello resulta fundamental determinar cuán avanzado se encontraba, entre los tradicionalmente llamados taínos, esa etapa para catalogarla de transición o no.

Al poco tiempo de arribar Colón a las Antillas, cuando recorría en su primer viaje la costa norte de Cuba, envió a dos cristianos, Rodrigo de Xerez y Luis de Torres, con el fin de hacer contacto con el "rey" de esas tierras. Cuando ambos regresaron, contaron lo que habían visto, hechos que el Almirante se encargó de anotar en su diario de navegación. De ese relato se infiere que existían marcadas diferencias sociales en el seno de esa comunidad, cuando dijo:

> [...] los habían recibido con gran solemnidad [...] los llevaron en brazos los más honrados del pueblo a la casa principal y diéronles dos sillas [...] y ellos todos se assentaron en el suelo en derredor d'ellos. [...] [cuando regresaron] Vino, empero, con ellos un principal del pueblo y un su hijo y un hombre suyo.[2]

La idea de que había personajes con más derechos que otros, fue vislumbrado rápidamente por parte de los españoles desde los primeros contactos con las poblaciones aruacas, según la descripción realizada por Xerez y Torres. En dos oportunidades mencionan a los principales del pueblo y que uno de ellos, que los acompañó hasta la nave, muy probablemente debió de ser un cacique.[3]

La sociedad taína, que tampoco era homogénea en todo el archipiélago, estaba dividida en capas sociales (no en clases sociales), en las que unos personajes ocupaban los peldaños superiores y otros los inferiores en el proceso de jerarquización, con sus matices y mayores o menores potestades según los rangos.

Al decir de los cronistas, los caciques ocupaban el peldaño superior; a su lado, pero en otro orden de funciones, estaban los behíques, los nitaínos y, en la escala inferior, el conjunto de los aldeanos.

De las crónicas queda claro también que el mundo aruaco no era uniforme, sino que el poder de los jefes —a quienes esos pobladores denominaban caciques; y los españoles, reyes— no siempre era el mismo, ya que el número de personas bajo su mando difería notablemente. Salvando las exageraciones que pudieran ser cometidas, Colón dejó constancia que Xerez y Torres visitaron en tierras de Cuba "una población de cincuenta casas donde habían mil vecinos porque viven muchos en una casa", pero luego no vieron poblaciones de más de cinco casas, según

[2] Cristóbal Colón: *Diario de navegación*, 6 de noviembre, 1492.

[3] "Los indios llaman cacique, así como los cristianos decimos rey", escribió Fernández de Oviedo en *Historia general y natural de las Indias*, t. 1, p. 27.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

lo expresado por Colón el 6 de noviembre. El 29 de ese mes, en su diario de navegación de 1492, precisa que "aquellas casas eran de manera que se acogen en ellas muchas gente en una sola, y deben ser parientes descendientes de uno solo". El habitar en casas comunales es otra expresión de que los vínculos comunales no habían sido totalmente destruidos.

En distintos pasajes de las obras de los cronistas se reitera el poder de mandar y dirigir que tenían los caciques. Aun cuando la conquista pudo distorsionar la estructura interna de dicha sociedad, a ellos correspondía organizar la producción y la distribución. Eran los encargados de conservar la tradición o hechos destacados que involucraban a la aldea, muchas veces mediante sus areítos o bailes rituales que acompasaban con flautas, guamos o fotutos y olivas sonoras en las muñecas y los tobillos. Los caciques debían aplicar las normas consuetudinarias, necesarias para el buen funcionamiento social, además de mantener la paz, según Las Casas.[4]

En torno a su persona existía un determinado ceremonial que destacaba su estatus superior. Era quien presidía el rito de la cohoba o cojoba —en el cual se inhalaba tabaco en polvo mezclado con polvos alucinógenos—, acto fundamental para esas sociedades, puesto que era la manera en que, luego de un proceso de prolongado ayuno y purificación física, el behíque lograba comunicarse con los cemíes y transmitir lo que éstos deparaban u orientaban a la comunidad. Era quien podía utilizar los pequeños asientos llamados dujos y lucir atuendos especiales para determinadas ocasiones, como cintos, caratonas y plumas de vistosos colores.

También se considera que la hechura de las casas de los caciques era diferente; frente a éstas había un espacio abierto, a veces cercado, donde se realizaban las ceremonias comunales. Pero este asunto sobre el tipo de casas antillanas es aún controvertido. Lo que dijo Colón cuando recorría el noreste de Cuba, fue:

> Las casas dis que eran ya más hermosas que las que habían visto [...]. Eran hechas a manera de alfaneques [campanas] muy grandes y parecían tiendas [...] sin concierto de calles, sino una acá y la otra acullá y dentro muy barridas y limpias [...] todas son de ramas de palma.[5]

Éstas eran las casas utilizadas por los grupos gentilicios, pero el cacique habitaba en otro tipo de vivienda, según señaló Gonzalo Fernández de Oviedo:

> Otras casas o bohíos hacen así mismo los indios y con los mesmos materiales; pero son de otra fasión y mejores a la vista [...] é para hombres más principales é caciques, hechas a dos aguas y lenguas [...] y en las principales hacen unos portales que sirven de zagúan o rescebimiento, e cubiertas de paja.[6]

Sin embargo, queda la duda en relación con la existencia o no de esas casas rectangulares en las Antillas. Colón describe sólo las circulares; incluso cuando recibe un informe en su tercer viaje sobre casas rectangulares en el golfo de Paria,

[4] Bartolomé de Las Casas: *Historia de las Indias*, t. II, pp. 516-517.

[5] Cristóbal Colón: ob. cit., 29 de octubre, 1492.

[6] Gonzalo Fernández de Oviedo: ob.cit. en nota 3, t. 1, p. 541.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

dice Las Casas que aclaró: "[...] y no redonda, como tienda de campo, de la manera que son las de las islas." Aunque más allá de la forma en que las construían en las Antillas, resulta innegable que las casas de los caciques eran mejores que las demás, según constancia de Xerez y de Torres cuando expresaron que los habían llevado a la casa principal.

Había también determinados alimentos que les estaban reservados, como algún tipo de iguana y el majá de Santa María, y tenían el privilegio de la poligamia. "[E]ra norma que cada uno tenía una mujer e no más; pero muchos tenían dos é los caciques [...] cuantas querían", decía Oviedo. Eran quienes dirigían y organizaban las actividades de la aldea, los encargados de establecer el momento de iniciar las siembras y realizar los ritos necesarios para lograr una buena cosecha, según Las Casas:

> Tenían cargo de mandar que hiciesen sus sementeras cuanto al pan, que fuesen a cazar y a pescar; traíanselo todo y él repartía a cada casa lo que había de menester para sustentarse. [...] lo mismo hacían en todas las cosas que les eran necesarias, mandando a cada persona y personas lo que habían de hacer, y en que se habían de ocupar.[7]

Aun cuando Las Casas acompañó a Velázquez en el proceso de colonización de Cuba, el cual se inició en 1510, y luego fue beneficiado con una encomienda en la mayor de las Antillas, sus descripciones no puntualizaron mucho las peculiaridades de los indocubanos. La arqueología, sin embargo, se ha encargado de informar que no había un desarrollo supraestructural igual al que alcanzaron las poblaciones de Puerto Rico y La Española, aunque llegó a un nivel superior si se compara con las otras comunidades asentadas en el archipiélago cubano.

Otra cuestión que permite fundamentar un proceso de transición, es la manera en que los caciques tenían acceso al cargo o función de jefe. Si bien existen varias versiones sobre la forma de su heredabilidad, lo cierto es que había dejado de ser un cargo solo electivo y temporal como era la norma entre sociedades comunitarias. Se producía además un proceso de transición del matriarcado al patriarcado, pues aun cuando la herencia de la jefatura se realizara por línea materna como señala Oviedo, el que heredaba era uno de los hijos del cacique; pero si éste no tenía descendencia, el heredero era el hijo de la hermana y añade: "[...] si el cacique moría sin dejar hijos o hijas, la herencia recaía sobre un hermano del padre si la herencia del cargo venía por esta línea, pero si venía por la madre, heredaba el pariente más cercano de la madre." Para Mártir, el heredero era el hijo de la hermana, en tanto que Las Casas reconoció que no había profundizado en la forma sucesoria, aunque concuerda con lo dicho por Mártir de Anglería.[8] Lo cierto es que los cronistas sólo han mencionado a caciques hombres; cuando en el cacicazgo de Xaraguá, en La Española, Anacaona asumió el poder, era ya una etapa de enfrentamiento con los españoles, y desconocemos las razones por las cuales ella sucedió a su hermano Behechio en el cacicazgo. La heredabilidad de la jefatura condujo a un salto cualitativamente superior

[7] Bartolomé de las Casas: *Apologética historia de las Indias*, t. IV, p. 242.

[8] Gonzalo Fernández de Oviedo: ob. cit., p. 295; Pietro Martire de Anglhiera: *Décadas del Nuevo Mundo*, p. 95.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

en la organización interna de la sociedad y, junto con el cacique, se beneficiaron sus parientes más cercanos y los miembros de su propia gens.

Los caciques estaban rodeados por hombres cercanos a él por vínculos consanguíneos o emparentados por enlaces matrimoniales, que serían los llamados nitaynos o nitaínos, a los cuales los españoles adjudicaron la categoría de "nobles". Las Casas señaló:

> Había en las Antillas mayores y en cada reyno della muchos nobles y estimados por de mejor sangre que los demás, y que tenían cargo sobre otros como de regillos y guiallos, estos, en la lenua común desta isla, se llamaban nitaínos [...] nitaíno era nombre de caballero y señor principal.[9]

El behíque constituía otra de las personalidades relevantes de la comunidad taína. En un mundo poblado de espíritus que intervenían en cada momento de la vida de los hombres y tenían poderes no sólo sobre éstos, sino sobre la naturaleza, no resulta difícil comprender que el behíque (herbolario, curandero, chamán) desempeñara un papel muy importante en esta sociedad. Se encargaba de intermediar entre los hombres y los cemíes, sus dioses; agradecerles o aplacar su ira, así como realizar los ritos pertinentes. Con ese propósito, además de largos ayunos, se provocaba un vómito ritual, con ayuda de una espátula, en cuyos mangos tallaban la representación de alguna de sus deidades.

Sus conocimientos sobre las propiedades de la extensa flora tropical resultaban muy importantes a la hora de curar a sus pacientes y prescribir lo que debían hacer, aunque era absolutamente imprescindible que siempre se efectuara bajo los auspicios del correspondiente ritual, puesto que consideraban que las enfermedades eran causadas por los cemíes. Sus poderes eran amplios; la comunidad los necesitaba, pero a su vez en algunos casos, como relata Pané, corrían el riesgo de ser castigados severamente si el paciente moría y tenía parientes principales. Nuevamente se destaca la idea de personas de mayor nivel social cuando Pané —aunque se refiere a lo que observó en un cacicazgo de La Española— precisa que el castigo lo asumían si los parientes del muerto eran "personas principales". Sociedad de transición, en la que regía aún la venganza de sangre ante la ausencia de leyes escritas.

De los buenos ritos y conjuros que realizara el behíque dependía la disposición de los espíritus y los cemíes, hecho que también explica el alto nivel de abstracción de sus ideas respecto a la forma de relacionarse y enfrentar su universo, así como la multiplicidad de espíritus y seres insustanciales que, según su cosmovisión, en determinados momentos se materializaban, convivían con ellos y decidían sus destinos. Oviedo señaló que "eran grandes herbolarios e tenían conocidas las propiedades de muchos árboles y plantas e hierbas e como sanaban a muchos [...] teníanlos en gran veneración y acatamiento, como sanctos".[10]

Por esas funciones imprescindibles para la adecuada articulación social, en la que realidad y magia no existían de forma indiferenciada, sino que se imbricaban indisolublemente, debe considerarse que

[9] Bartolomé de Las Casas: ob. cit., t. I, p. 275.

[10] Gonzalo Fernández de Oviedo: ob. cit., p. 112.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

su estatus era superior al de los demás aldeanos y se ubicaba así en un rango de prestigio jerárquicamente más elevado.

Los españoles también nombraron a un grupo de personas llamados naborías, pero no existe total claridad sobre quiénes eran realmente, ya que las referencias son pobres, ambiguas e incluso contradictorias. En oportunidades se señala que no son esclavos, pero están obligados a servir; también se les considera como sirvientes de la casa del cacique, pero el término *casa* en otras latitudes, como entre los tikopias en el Pacífico sur, incluía un conjunto de familias que integraban la gens o clan. Dentro del clan tikopia Raimond Firth observó que no todos estaban en la jerarquía de mandos, lo cual fue confirmado por otros etnólogos en distintas sociedades en proceso de transición. Pané precisa: "En dicha casa [se refiere a la del cacique] estaban sus servidores y favoritos, que son llamados naborías, y eran en total 16 personas todos parientes."[11]

Otros estudiosos consideran que naborías son todos los comunitarios. Juan y Salvador Perea precisan que, según los estudios realizados a partir del arauco insular, naboría se deriva del sustantivo *bor*, o de *ubor*, *uborum*, que significan "cavador"; de ser así, serviría para denominar a todos los comunitarios que cavaban y sembraban los conucos. Como sobre este tema existen divergencias, lo que aquí interesa es constatar que había otros individuos en la escala social, y lo cierto es que el trabajo fundamental recaía en los hombres y mujeres que constituían la mayor parte de la población.

No debe dudarse que hacia 1492 existía una sociedad con precisas diferenciaciones sociales y jerárquicas. Éstas se afianzaban, pero fuertes rezagos de la etapa comunal permanecían vigentes, como acaece en todo proceso de tránsito. La propiedad territorial mantenía aún su carácter comunal, colectivo; no se había desarrollado la propiedad privada, ni mecanismos suficientes para extraerle a los comunitarios un excedente productivo a favor de las altas jerarquías sociales mediante mecanismos claramente definidos de coacción extraeconómica, sino que asumían otras modalidades más sutiles.

No existía el comercio, ni se producía con ese fin. No había entre ellos una mentalidad verdaderamente mercantil. Tampoco se producían grandes excedentes, pero almacenaban su pan de casabe; el casabe para el cacique y de uso ritual se cocinaba en burenes decorados con significaciones simbólicas. Conservaban la yuca sembrada hasta tres años, para después recogerla en el momento oportuno; hacían montones e incluso iniciaron algún método primario de irrigación; y preparaban embalses o utilizaban los tibaracones naturales para tener siempre a disposición la cantidad de peces suficientes para su alimentación. Decía Las Casas:

> Es tanta la multitud de peces que en él hay, mayormente de lizas, que tenían los indios dentro del mismo puerto, en la misma mar, corrales hechos de cañas incadas, dentro de las cuales estaban cercadas y atajadas 20, 30 y 50 000 lizas, que una dellas no se podía salir, de donde con sus redes sacaban las que querían, y las otras dejábanlas de manera que las tuvieran en una alberca o estanque.[12]

[11] Ramón Pané: *Relación acerca de las antigüedades de los indios*, cap. XXV.

[12] Bartolomé de las Casas: ob. cit., t. II, p. 511.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

Sin embargo, el trueque no les era ajeno; por el contrario, lo realizaban con naturalidad. Esos intercambios obedecían aún a un código de reciprocidad. Colón señaló:

> [...] vinieron luego a los navíos más de diez y seis almadías o canoas con algodón hilado y otras cosillas suyas [...] vinieron aquel día muchas almadías o canoas a los navíos a resgatar cosas de algodón filado y redes en que dormían, que son hamacas [...]. Todo lo que aquella gente tenía diz que dava por muy vil precio, y que una gran espuerta de algodón davan por cabo de agujeta o otra cosa que se les dé [...]. Hizolos dar el almirante cascabeles y sortijas de latón y contezuelas de vidrio verde y amarillas, con que fueron muy contentos.[13]

La vida de esos hombres, mujeres y niños era frugal. Las Casas señaló en más de una oportunidad que estaban abundantísimos en comida y que no tenían más porque no querían tenerlo. Las provisiones eran para tiempos no muy extensos y a la vez en función del número de integrantes de cada comunidad. Ya en la época colonial unos pobladores que se sublevaron contra los españoles se refugiaron en otras aldeas de Camagüey, pero a los pocos días debieron volver sumisos, porque, según relata Las Casas:

> La causa de la vuelta [...] fue que los vecinos de la provincia de Camagüey no los pudieron sufrir, como era mucha gente, para dalles de comer de sus bastimentos; y la razón es, por que aunque todas estas Indias sean abundantísimas de comida, nunca los indios y vecinos de cada provincia tienen porque no lo procuran tener, más de lo que para si en sus casas ha menester.[14]

Un controvertido pasaje es la referencia que, sin más precisiones, realizara Las Casas cuando dijo que los "cibuneyes" fueron subyugados por los taínos. Lo importante a destacar es que, si había esa subordinación, la sociedad internamente debía tener condiciones para utilizar el trabajo de otros, hecho que requería que produjeran más de lo que consumían, como señaló Engels en *Teoría de la violencia*. No sería extraño que al llegar los taínos a Cuba ejercieran determinado control sobre las poblaciones anteriormente establecidas en la Isla. Lo que no se sabe es la gradación y el tipo de dependencia que se anudaron entre ellos, pero de lo dicho por el sacerdote y obispo de Chiapas se desprende que alguna modalidad de subordinación debió de haber observado para hacer esa afirmación. Esas condiciones bien pudieran estar relacionadas con obligaciones de aprovisionamiento de pescados por parte de los siboneyes. De estudios realizados en la bahía de Cienfuegos —donde existe una diversidad de sitios arqueológicos de procedencia taína, de los cuales fueron estudiados dieciséis por la arqueóloga Lourdes Domínguez— se pueden inferir procesos de centralización o control que sobrepasaba la geografía de una aldea, pues en las regiones costeras se localizó relativamente mayor cantidad de residuos de caza, mientras que en los de tierra adentro (ubicados a más de cinco kilómetros de la costa) predominaron los residuos de actividades de pesca.[15]

[13] Cristóbal Colón: ob. cit., 3 y 6 de noviembre y 3 de diciembre, 1492, pp. 49, 50, 53 y 70-71.

[14] Bartolomé de las Casas: ob. cit., t. III, p. 532.

[15] Lourdes S. Domínguez: *Arqueología del centro sur de Cuba*, pp. 19-20.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

El proceso de subordinación se vislumbraba en primer lugar en el seno de la propia comunidad. El control de la producción y la costumbre de entregar regalos y primicias a favor del cacique, eran exigencias que se ejercían sobre los propios comunitarios; ese hecho, de forma similar a lo acaecido en otras regiones del orbe, hace que el derrotero a seguir en el proceso de subyugación sea más lento, menos evidente. En las primeras etapas, para contar con el apoyo de los comunitarios era necesario que los jerárquicamente superiores se comportasen de manera que fueran reconocidos como portavoces de los intereses de la comunidad en su conjunto. Sin embargo, en algunas regiones se había avanzado un poco más: según narró Colón, al menos un cacique de La Española se valía de subterfugios, con el fin de ejercer un mejor control sobre los integrantes de su aldea. Es posible que ese hecho no fuera excepcional, sino una de las modalidades asumidas para avanzar hacia un mayor control de los recursos y de la vida de los aldeanos en general. El mencionado cacique utilizaba un falso cemí dentro del cual un hombre de su confianza decía lo que aquél quería; cuando se vio descubierto por los españoles, les pidió que no dijeran nada, porque de esa forma tenía al pueblo sumiso.

Al estudiar la transición a la sociedad de clases, Engels se basaba en el mundo europeo y en consecuencia consideraba la importancia de la propiedad privada y de la esclavitud como génesis de la sociedad clasista. Sin embargo, en *Formas de propiedad precapitalistas,* Marx expuso diversas vías como posibilidades de transición confiriéndoles mayor amplitud y posibilidades, pues no necesariamente la propiedad privada y la esclavitud acompañaron el proceso de transición. Ésta es la situación que se generaba en el mundo aruaco insular.

Entre los taínos de Cuba, según las referencias documentales y arqueológicas, el proceso de descomposición de la sociedad se conformó lentamente, y poco a poco fue comprometiendo e involucrando a los hombres libres de la comunidad. No todas las aldeas estaban en el mismo nivel de transición, pues las más pequeñas no tenían condiciones para iniciar ese proceso. Éste pudo surgir allí donde se configuraron múltiples condiciones internas y externas que dieron por resultado un cambio, una transformación, e impusieron un nuevo ritmo en las relaciones imperantes en el seno de los distintos poblados.

¿QUÉ SABEMOS SOBRE LOS CACICAZGOS EN CUBA?

Anteriormente se hizo referencia al poder de los caciques en cada uno de sus poblados, pero el concepto de cacicazgo supera notablemente el mando de dirección de una aldea, cualesquiera que sean sus dimensiones. El cacicazgo consiste en una organización administrativa y social del poder que supone el control en grados distintos de dominación por un cacique reconocido como principal, al que se subordinaban o vinculaban caciques que controlaban sus propios pueblos, pero que poseían menos rango en la jerarquía de mando cuando involucraban intereses de todas las aldeas. El cacicazgo consistió en una confederación, en la cual el cacique principal tenía mando en los asuntos generales y comunes para el conjunto de los pueblos confederados. Sería ésta la mo-

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

dalidad que asumió la administración y el poder político en la etapa de transición al que denominamos cacicazgo.

Los medios para llegar a la confederación o cacicazgo debieron ser diversos. Sin descartar totalmente la guerra —ya que no parece ser ésta la modalidad fundamental, pues Las Casas señala que vivían pacíficos en sus aldeas—, otros métodos más difundidos y observados por los etnólogos entre comunidades de ese nivel de desarrollo, fueron creando las condiciones para la coalición.

varias de éstas se conjugaban para alcanzar el resultado superior.

Entre estas modalidades, según se precisó, las alianzas matrimoniales eran muy relevantes, como sucedió en La Española. Anacaona, hermana de Behechio, jefe del cacicazgo de Xaraguá, estaba casada con Canoabo, otro destacado cacique. El éxito en una guerra ofensiva o defensiva aumentaba su prestigio. Las redes de trueques de productos alimenticios, y otros de carácter necesario, o aquellos considerados raros y estimados por la comunidad

Aun cuando cada cacique no había llegado al nivel de recaudar un tributo con definidos métodos de coacción, recibía privilegios, entre ellos las primicias de la producción y los "regalos" que la costumbre imponía. Asimismo, podían tener varias mujeres, señal de que su economía se lo permitía, pero también era un síntoma de prestigio y autoridad, puesto que muchas veces esos matrimonios se anudaban para acordar o mantener determinados lazos de compromiso y cooperación.

El cacique principal pudo llegar a ocupar esa posición destacada a través de diversas modalidades, las cuales muchas veces no se presentaban aisladas, sino que

que carecía de ellos, favorecían los acercamientos y vínculos entre distintas aldeas. De gran importancia también era el hecho de poseer los mejores cemíes. Pané relata que era usual que los taínos escondieran sus cemíes, pues era costumbre entre ellos robar aquellos que consideraban con mayores poderes. Es presumible entonces que el cacique que poseía un cemí poderoso tuviera mayor prestigio y una vía para imponerse a los demás.

Un incremento productivo en la aldea hegemónica debió asimismo desempeñar un importante papel. De igual manera, los servicios prestados al jefe por los parientes cercanos y por los hermanos de las

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

esposas a su cuñado, pues como la poligamia era norma entre los caciques, éstos incrementaban así sus beneficios. Pero sobre todo debió lograrse mediante la utilización de la siembra en montones, de más rendimiento que la siembra de roza y quema. El arqueólogo cubano Ernesto Tabío Palma reconocía que, al menos en la parte oriental de Cuba, ya se había implantado el sistema de montones. Éste posibilitó un aprovechamiento superior de los recursos, un incremento de la producción y de la productividad al obtener un alto rendimiento de la yuca. Aunque aún se intercambian diferentes criterios en relación con la función de unos muros localizados en Maisí, el territorio más seco de la Isla, existen fuertes indicios, como en Laguna de Limones, que permiten plantear que fueron utilizados para la contención de aguas aluviales, pues a través de una pequeña abertura en los cercados térreos, corrían y llenaban el lecho de una "laguna" cercana, preparada artificialmente ya que no disponía de otra fuente de abastecimiento de agua. Ante esas situaciones debió resultar imprescindible que el cacique organizara de forma más estricta a sus propios aldeanos, pues toda actividad y obra productiva se basaba en el esfuerzo humano debido a la ausencia de recursos técnicos. Por ello, todo parece indicar que sólo mediante una forma de centralización más intensa y de confederación con otras aldeas, era posible desplegar ese esfuerzo tan grande en la realización de obras que, para llevarse a cabo, exigían la intensa participación de los aldeanos. Así, puede adelantarse la hipótesis de la existencia de cacicazgos en esa región. El cacique que disponía de mayores recursos podía realizar más distribuciones, ser más generoso y con ello elevar su estatus social y su prestigio frente a las demás aldeas, e irlas integrando a su esfera de influencia.

Durante ese proceso de transición y formación de los cacicazgos no debe omitirse la especialización del trabajo. Las hachas petaloides, a causa de su perfección y pulimento, demandaban una ardua labor. Según cálculos de especialistas, eran necesarios algunos meses para su elaboración por estar hechas de un material muy resistente y porque los medios de pulimentación eran aún rudimentarios. Sin embargo, como eran de uso cotidiano debían ser los propios comunitarios quienes realizasen esa labor y preparasen sus instrumentos de trabajo, pero cuando había que trabajar las hachas ceremoniales o la hechura de cualquier otro objeto ritual —representación de cemíes en piedra, cerámica, madera o esculpidos en estalactitas, así como los petroglifos y pictogramas—, se requería de una especialización. Las representaciones del mundo ideal-material-ideal de los taínos era privativo de los iniciados, de los chamanes y sus colaboradores cercanos; era frecuente que cada aldea tuviera más de un behíque. La tarea, el trabajo fundamental de esos iniciados y especialistas no era la siembra de la yuca, sino proteger a los integrantes del micromundo aldeano.

Empero, la especialización no sólo estaba vinculada al mundo de los ritos. Los trabajos que hace ya unos años se realizan en colaboración con instituciones canadienses, en el sitio de Buchillones, en la costa norte de la provincia de Ciego de Ávila, en el centro de la Isla, han demostrado que sus pobladores, o algunos de ellos, trabajaron la madera y realizaron tallas de esmerado trabajo y perfección, duhos, bandejas, ídolos, entre otros.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

No hace mucho tiempo que se localizó una gran cantidad de tallas de madera, de las cuales se extrajeron ya más de doscientas piezas, que comprenden también vasijas y hachas petaloides. Los fechados radiocarbónicos arrojan antigüedades que van desde el siglo XIII al XVII d.n.e. Se trata, por lo tanto, de un sitio que fue ocupado con antelación a la llegada de los españoles y continuó dos siglos después. La belleza y la perfección de esas tallas son de tan alto nivel que incluso en los primeros momentos se llegó a pensar que eran de factura más reciente, pero los fechados radiocarbónicos no dejan dudas de su procedencia original. El otro problema que ronda en relación con Buchillones, es explicar por qué allí hubo esa profusión del trabajo en madera: ¿era un centro especializado que distribuía a otras aldeas?, ¿y por qué no a las otras islas cercanas? Una sola aldea no podía utilizar esa cantidad de artefactos rituales. Recuérdese además que la comunicación y el intercambio entre los territorios antillanos fueron constantes y que cuando Hatuey, procedente de La Española, llegó a estas tierras, sus congéneres lo recibieron como a un líder que organizó un areíto y les explicó los horrores que sucedían en su isla de origen.

El reconocimiento de poder transmitir la jefatura a un miembro de la familia, trajo consigo privilegios. El cacique y sus cercanos colaboradores debieron cuidar celosamente el nuevo estatus adquirido; y se desarrollaron los primeros intentos de apropiación desigual, a la vez que se conservaban normas comunitarias de reciprocidad. El control sobre determinados conocimientos fundamentales para la comunidad —como la observación de los ciclos lunares y solares para establecer la temporada de lluvias, de siembra y recolección; la conservación y transmisión de las tradiciones; y la intermediación con los cemíes— le confería una autoridad sobre los otros aldeanos, de manera que llegó a convertirse en el guardián de las reservas de la aldea y de su distribución.

No obstante, todos esos pasos de avances, el cacique superior no ejercía un poder totalmente centralizador por tratarse de una confederación, sino que aún debía y era fundamental que tuviera en cuenta el deseo de sus aliados. Decidía en los asuntos de carácter general que involucrara al conjunto de las aldeas.

Existen diversas informaciones que permiten vislumbrar que en Cuba se había iniciado la formación de algunos cacicazgos. Sin embargo, no parece que éstos involucraran a todos los poblados y los territorios de la mayor de las Antillas. Lo más probable era que el desarrollo haya sido desigual dentro del contexto del archipiélago cubano, como desiguales eran sus aldeas y la densidad de población en cada región.

Durante la colonización de la mayor de las Antillas, Diego Velázquez, en su avance desde oriente hacia occidente organizó tres expediciones y personalmente se dedicó al recorrido de la costa sur. En la carta que envió al rey refirió algunas de las cuestiones observadas en relación con los habitantes de la Isla y sus demarcaciones territoriales. Velázquez expone en más de una ocasión los nombres o la localización de lo que él denominó provincias. Así menciona una provincia donde está un pueblo cercano al río Caonao, y allí una aldea cuyo cacique había dado muerte a nueve cristianos. En su relato también incluye las provincias de Guamuhaya, Cavaneque o Zavaneque, Camagüey, Guacanayaboy,

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

Bayamo, Mayzí (Mayyé), Havana, Bani, Baraxagua, Guaunaya (Guaimaya), Maniabón, Boyucar, Cayaguayo, Mahaha (Macaca) y Guaniguanico. También en más de una oportunidad utiliza nombres similares, pero no idénticos, para designar algunas de las provincias. De este relato de Velázquez importa destacar que, de acuerdo con sus observaciones, encontró unas provincias subordinadas a otras. Cavaneque o Zabaneque (utiliza las dos denominaciones) estaba sujeta a Camagüey. Desde Cavaneque "anduvieron viendo y calando la tierra de las provincias sujetas a la de Camagüey". Pero también nombró a caciques principales en relación con otros, como a Yaguacayex, a quien señaló como el principal de La "Havana", hecho reconocido expresamente por dos cautivas españolas que con los naturales de la Isla convivieron durante un largo tiempo. Al encontrarse con Velázquez y sus huestes expresaron que "era el más principal de la provincia".[16] A su vez, Las Casas menciona la existencia de diversas provincias, pero éstas parecen tener más un contenido territorial y no necesariamente confirmar la estructuración de un cacicazgo.

Basándose en las referencias de Las Casas y en las cartas que Velázquez enviara a Fernando el Católico, don José María de la Torre realizó una división en cacicazgos, pero posiblemente el punto más débil del mapa (ver página 153) sea relacionar divisiones territoriales con una organización de cacicazgos, ya que, por otra parte, los límites geográficos entre provincias no son más que supuestos.

Históricamente no se dispone de toda la información que permita profundizar en el nivel de dependencia, subordinación o alianza entre caciques de distintas aldeas, de territorios aledaños y entre las distintas islas, pero existen fuertes indicios de la formación de algunos cacicazgos. El oriente de Cuba no sólo fue la región más densamente poblada, sino donde se localizaron modalidades de trabajo más productivas y manifestaciones elevadas en cuanto a las expresiones supraestructurales. Allí todo hace presuponer la formación de cacicazgos. Hubo aldeas importantes, como la referida por Colón el 27 de noviembre en su primer viaje, cuando recorría las costas de Baracoa y halló "una grande población, la mayor que hasta hoy haya hallado"; el día 30 reitera que "vieron muchas poblaciones y tierras fertilísimas y toda labrada y grandes riberas de agua". Por esas condiciones y por estar cerca de La Española se fundó allí, posiblemente en 1512, la primera villa.

La segunda, en 1513, fue la de Bayamo, centro de importantes poblados y donde fuera sometido a suplicio el cacique Hatuey, quien dirigió las primeras rebeliones aborígenes contra los españoles. La tercera villa fue la de Trinidad, fundada en 1514 y ubicada en las cercanías del puerto de Xagua, en la provincia de Guamuhaya, bahía de Cienfuegos, donde había múltiples aldeas y, como se dijo, la inversión de recursos alimenticios entre la costa y tierra adentro. En esa zona, en el poblado de Manzanilla permaneció Velázquez y sus huestes durante un tiempo. Allí se encontró con la expedición de Narváez y del padre Las Casas; en una de las isletas cercanas, en cayo Ocampo, permaneció varios meses. Fue en el puerto de Xagua

[16] "Relación o Estracto de una carta que escribió Diego Velázquez, teniente gobernador de la isla Fernandina [Cuba] a: s: A. Sobre el gobierno de ella", 1o. de abril de 1514, en Hortensia Pichardo: *Documentos para la historia de Cuba (época colonial)*, t. 1, pp. 74-78.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

o Jagua donde Las Casas observó los embalses de hasta cincuenta mil lizas. Cerca de allí, a unas diez leguas, en Casilda, existían otros importantes conglomerados aborígenes, hacia donde Velázquez trasladó la villa de la Santísima Trinidad, recientemente fundada. Son varias las regiones sobre las cuales se pueden adelantar criterios acerca de la formación de cacicazgos.

CONCLUSIÓN

Las condiciones y factores que propiciaron la transición hacia la sociedad de clases y la formación de algunos cacicazgos en la mayor de las Antillas, requieren que se enfoquen con un criterio amplio. Debieron intervenir diversos factores que no fueron necesariamente los mismos en todas las aldeas, aunque en líneas generales pudieron ser diversas condiciones que se conjugaron e hicieron viable la transformación de los vínculos entre las aldeas.

Formas de subordinación relativamente laxas se ejercían sobre los comunitarios; este tipo de dependencia se fue conformando a través de un largo período. El tránsito no implica por sí mismo que se esté en presencia de clases sociales en el sentido marxista, sino que se está en los umbrales de la consolidación del prestigio social, de las diferenciaciones también sociales y en el inicio del usufructo desigual de determinados bienes. Ya no es una sociedad comunitaria en su apogeo, sino, por el contrario, ha iniciado su declive, pero la sociedad de clases no ha surgido plenamente aún. Por eso se observan la persistencia de antiguas normas comunales, a la vez que van surgiendo nuevas modalidades de dominio y control por parte del cacique sobre sus aldeanos primero y sobre otras aldeas después, imponiéndose una organización política, una confederación de aldeas, en la transición de la sociedad comunitaria a la sociedad clasista y que en las Antillas recibió el nombre de cacicazgos.

Si bien no puede plantearse en términos absolutos la existencia de cacicazgos, existen fuertes manifestaciones históricas, arqueológicas y de la etnología comparada que hacen viable señalar que en Cuba, también de forma similar a lo acaecido en las otras Antillas, comenzaron a organizarse los cacicazgos, aunque, debido al tardío poblamiento del archipiélago, éstos eran también de más reciente formación.

BIBLIOGRAFÍA MÍNIMA

CASAS, BARTOLOMÉ DE LAS. *Historia de las Indias.* 3 tomos. FCE, México, 1951.

————. *Apologética historia de las Indias.* Ed. Biblioteca de Autores Españoles, Madrid, 1958.

COLÓN, CRISTÓBAL. *Textos y documentos completos. Relación de viajes, cartas y memoriales.* Alianza, Madrid, 1984.

DOMÍNGUEZ, LOURDES. *Arqueología del centro sur de Cuba.* Ed. Academia, La Habana, 1991.

ENGELS, FEDERICO. *Anti Dühring.* Ed. Pueblo y Educación, La Habana, 1975.

FERNÁNDEZ DE OVIEDO, GONZALO. *Historia natural y general de las Indias.* Guarania, Paraguay, 1944.

FIRTH, RAYMOND. *We, the Tikopia.* Beacon Press, Boston, 1963.

GUARCH, JOSÉ M. *El taíno de Cuba.* Ed. Academia, La Habana, 1978.

MARTIRE DE ANGLHIERA, PIETRO. *Décadas del Nuevo Mundo.* Bajel, Buenos Aires, 1944.

MOREIRA DE LIMA, LILLIÁN JUDITH. *La sociedad comunitaria de Cuba.* Ed. Félix Varela, La Habana, 1999.

MOSCOSO, FRANCISCO. *Tribu y clases en el Caribe antiguo.* Unión Central del Este, República Dominicana, 1986.

PANÉ, RAMÓN. *Relación acerca de las antigüedades de los indios.* [Estudio preliminar de J. J. Arrom]. Ed. Ciencias Sociales, La Habana, 1990.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

PEREA, JUAN y SALVADOR PEREA. *Glosario etimológico taíno-español*. Mayagüez, Puerto Rico, 1941.

PICHARDO, HORTENSIA. *Documentos para la historia de Cuba (época colonial)*. T. 1. Editorial Nacional de Cuba, La Habana, 1965.

————. *La fundación de las primeras villas de la isla de Cuba*. Ed. Ciencias Sociales, La Habana, 1986.

VALDÉS BERNAL, SERGIO. "En torno a los remanentes del aruaco insular en el español de Cuba". *Islas*, enero-febrero, no. 77, 1984.

Did ever exist caciquedom in Cuba?

There have been several conflicting opinions and interpretations about the existence of cacicazgos *(caciquedoms) within the Arawak population in Cuba. The economic, social and administrative relations in those societies are analyzed from a new point of view. Although they are scarce, documents and archaeological findings are widely used in this article, searching for an explanation of the potential existence of such an organization within a nonhomogeneous world. The caciquedom is defined as a confederation in which general and common matters are commanded by the main cacique for all the confederated peoples. This is the mode assumed by the administration and the political power in the transitional stage we call caciquedom.*

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

CONTRAPUNTEOS

Visión lingüística del Caribe insular precolombino

SERGIO VALDÉS BERNAL

Visión lingüística del Caribe insular precolombino

A partir de las más recientes investigaciones arqueológicas, históricas y lingüísticas, se ofrece una visión actualizada de las comunidades etnolingüísticas que poblaban el Caribe insular hispánico en tiempos de la conquista europea. El objetivo de esta investigación ha sido definir los componentes indígenas del Caribe insular que participaron en el proceso de transculturación que dio origen a las modalidades nacionales cubana, dominicana y puertorriqueña de la lengua española.

SERGIO VALDÉS BERNAL
Lingüista. Miembro del Consejo Científico de la Fundación Fernando Ortiz.

Nos recuerda Lillián Moreira (1999: 1) que el término "Caribe" puede ser entendido de dos formas, la geográfico-física y la etnocultural. Desde el punto de vista geográfico-físico, el Caribe abarca solamente el sector de tierras bañadas por el espacio marítimo denominado Caribe o mar de las Antillas, o sea el estrecho de Yucatán al oeste y las Antillas. Desde el punto de vista etnocultural, la acepción de Caribe es de más amplia proyección e integra propósitos etno-culturales, ya que comprende el espacio americano que recorre desde el golfo de México al noroeste hasta Guayana al sureste. Por tanto, la región caribeña, en el sentido etnocultural, se extiende desde las costas sudamericanas de Guyana, Venezuela y Colombia, pasa

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

por las de Centroamérica y la saliente de Yucatán, continúa por la costa bañada por el golfo de las Antillas hasta la península de la Florida, Bahamas, Antillas Mayores y sigue por el gran arco de islas, islotes y cayos del conjunto antillano caribeño del este. Esta autora acota con todo tino que las especificidades etnoculturales de la región demandan que se incluyan las desembocaduras de los ríos Orinoco, Amazonas y Magdalena, en América del Sur, y Mississippi, en América del Norte. Indudablemente, ése es el Caribe que ahora conocemos.

Llamamos *área cultural* a toda región geográficamente delimitada por rasgos culturales que se agrupan y permiten identificarla como tal, según explican A. L. Kroeber (1939), H. E. Deives (1961) y J. Sherzer (1976). Los estudios realizados sobre la América precolonial permiten deslindar un área o "nivel cultural" caribeño que pertenecía a Suramérica, culturalmente hablando, especie de región intermedia entre las grandes civilizaciones mesoamericanas y andinas, al decir de D. W. Lathrap (1970: 45).

En gran medida se debe a J. H. Steward (1948) el reconocimiento de un área cultural caribeña, identificación avalada por las apreciaciones de F. Johnson (1948) y P. Kirchoff (1948), que, a su vez, fueron tomadas en cuenta como válidas para el Caribe a la hora de determinar las restantes áreas culturales de la América indígena por la National Geographic Society (1974), G. Sandner y H. A. Steger (1987) y T. S. Kaufman (1976 y 1990), entre otros. Se supone que la cultura caribeña precolombina evolucionó a partir de la llamada cultura de los bosques tropicales (agricultura intensiva de tubérculos y máxima explotación de los recursos alimenticios de los ríos, lagos y costas mediante la pesca y la recolección, mientras que la caza de mamíferos, quelonios y aves ocupaba un lugar secundario), ya que entre las comunidades del área caribeña, en líneas generales, la agricultura cobró mucha mayor importancia que entre las de los bosques tropicales. Según D. W. Lathrap (1970: 45), los asentamientos caribeños precoloniales se caracterizaban —en su inmensa mayoría y sin tratar de absolutizar— por los siguientes rasgos: jefes o caciques con un poder más que nominal; caciques cuya autoridad iba más allá de las comunidades en estrecho contacto; patrones de guerra desarrollados; un sistema religioso con alto nivel de concepción jerárquica de las deidades; representación de las deidades mediante ídolos de piedra o de madera; complejas ceremonias religiosas; y desarrollo relativo de la agricultura con cultivo de la yuca, el maíz y el algodón.

Según la bibliografía consultada, desde el punto de vista geográfico el área cultural caribeña precolonial se diferenciaba de lo que hoy definimos como Caribe, ya que comprendía una subárea insular y otra continental: las Antillas y las Bahamas, de un lado, y Costa Rica (menos el noroeste, donde predominaban patrones culturales mesoamericanos), Nicaragua (menos la costa pacífica, de predominio cultural absolutamente mesoamericano) y el norte y el oriente de Honduras, del otro lado. Así, pues, las costas de Colombia y Venezuela —que en la actualidad conforman el concepto del Caribe postcolonial y moderno— no pertenecen al área cultural caribeña precolombina, pues la costa atlántica de Colombia en tiempos prehispánicos formaba parte del área cultural llamada Andes septentrionales,

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

mientras que el litoral venezolano correspondía al área cultural conocida como llanos del Orinoco (ver O. Schmieder, 1988).

Según I. Rouse (1989a), tres grupos étnicos, cada uno con sus respectivas lenguas y culturas, habitaban las Antillas y las Lucayas a la llegada de los europeos. Los llamados *guanahatabeyes* ocupaban el extremo occidental de Cuba y Haití; los *taínos* se habían asentado en las Bahamas y las Antillas Mayores; y los *caribes* se apoderaron de las Antillas Menores. Para Rouse, los guanahatabeyes aparentemente arribaron desde Centroamérica alrededor de 5000 a.n.e., aunque considera como más probable su procedencia de Suramérica, alrededor de 3900 a.n.e. Según este autor, los predecesores de los taínos repoblaron las islas desde Suramérica a partir de nuestra era e introdujeron la cerámica, la agricultura, la cestería, complejas creencias religiosas y lenguas de la familia aruaca. Los predecesores de los taínos, por su parte, expulsaron a los antecesores de los guanahatabeyes históricos mediante una sucesión de oleadas migratorias que los obligaron a concentrarse en el extremo occidental de Cuba y en el suroccidental de Haití. Tras los pasos de los taínos llegaron los antecesores de los llamados caribes insulares, poco antes del arribo de Colón, concluye Rouse (1992: 62). De ahí que muchos autores consideren que los caribes también repoblaron las Antillas Menores, originalmente ocupadas por los aruacos *igneris*. Sin embargo, Rouse señala que las evidencias lingüísticas indican que los caribes insulares venían en pequeñas partidas guerreras y que conquistaban la población local, pero que, a su vez, eran asimilados por los aruacos. Esta misma idea manifiesta C. J. R. M. Gullick (1980: 479).

Rouse señala que los guanahatabeyes fueron erróneamente llamados *ciboneyes* por M. Harrington (1921), R. Azcárate (1937) y C. Osgood (1942), entre otros, pero destaca que esta última denominación actualmente se refiere a un subgrupo taíno, con lo que coincide R. E. Alegría (1981: 5-6). Por su parte, M. Veloz (1980: 15) explica que la denominación de "ciboney" tenía una connotación muy etnológica, lo que ocurría igualmente con el vocablo "guanahatabey", como llamaron los españoles a los pobladores de rasgos arcaicos que habitaban el oeste de Haití, en la península de Guacayarima, y el occidente de Cuba. En cuanto a Cuba, E. Alonso (1995: 19 y ss.) destaca que las evidencias arqueológicas demuestran que la población aborigen asimilable a la variante guanahatabey (desconocían la agricultura, no se deformaban el cráneo, se alimentaban de productos de la caza, la pesca y la recolección y poseían una industria de concha o manicuaroide) se extendió por todo el país y se "desvaneció" en el extremo oriental del archipiélago cubano al ser ocupada esta región por inmigrantes portadores de la industria de talla de piedra en volúmenes pulidos, quienes, además de ser cazadores, pescadores y recolectores, practicaban la deformación craneana, poseían una agricultura rudimentaria y tenían conocimientos de cestería y cerámica (los españoles los identificaron como "taínos").

Un recurso para tratar de explicar la diferenciación cultural —y por ende lingüística— de los guanahatabeyes, ha sido pensar en inmigrantes procedentes de América Central o en representantes de etapas líticas y arcaicas de pobladores procedentes de Yucatán y Belice, recientemente descubiertos. O sea, muchos

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

estudiosos del tema piensan que los guanahatabeyes son portadores o descendientes de una cultura muy similar a la casimiroide (de Casimiro, residuario localizado en República Dominicana). Indiscutiblemente, los cráneos asociados a los guanahatabeyes son de menor tamaño que los de los restantes aborígenes cubanos (ciboneyes y taínos), y en algo recuerdan a los de Centroamérica. Sin embargo, a la teoría migratoria centroamericana se oponen la fuerza y la orientación de la corriente del Golfo, así como la distancia entre Cuba y Yucatán. Por otra parte, si bien existen evidencias de que hace más de cinco mil años el nivel de las aguas era mucho más bajo que en la actualidad, por lo que emergieron porciones terrestres que hacían menores las distancias a recorrer por mar, lo cierto es que esto hizo más fuerte la corriente del Golfo, lo que la convertía en una barrera infranqueable para migraciones desde Centroamérica, según nos comentara Ernesto E. Tabío durante una sesión de trabajo.

Otros autores, como L. Domínguez, J. Febles y A. Rives (1994) y J. Ulloa (2000), además de aceptar una migración desde Centroamérica, también toman en consideración una posible migración desde la Florida (así como la tercera y más convincente —arqueológica y lingüísticamente— ruta desde el nordeste venezolano, aceptada por todos). Sin embargo, Alonso (1995: 128) señala que las corrientes marítimas propiciarían más bien lo contrario, o sea pudiera haberse producido la influencia directa de antecesores de los guanahatabeyes en tierras floridanas. Por cierto, el historiador E. de Fontaneda (Real Academia de la Historia, 1885: V, 532-537) documenta un posible poblamiento precolombino del sur de la Florida por aruacos antillanos o lucayos, a lo que se suman las evidencias arqueológicas que mencionan A. Hrdlièka (1922), J. W. Fewkes (1922), S. Loven (1935) e I. Rouse (1948).

En cuanto a la lengua que hablaban los guanahatabeyes, casi nada sabemos, con la excepción de las interpretaciones de los cronistas en cuanto a que no se comunicaban con otros grupos de indocubanos, como documentan P. Mártir (1892: déc. I, lib. II, cap. VII) y B. de Las Casas (1885). De ahí que, como explican R. Dacal y M. Rivero (1984: 101), en el presente la casi totalidad de los arqueólogos e historiadores cubanos consideran a los guanahatabeyes como un grupo etnolingüístico diferente en relación con el resto de los indoantillanos.

Aun cuando algunos grupos de guanahatabeyes continuaron viviendo hasta fines del siglo XVII en completa libertad en lugares apartados y remotos del extremo occidental cubano, como aseveran Ernesto Tabío (1984: 44) y otros estudiosos, nadie se ocupó de recoger algo de su lengua. E. M. Alonso (1995: 130), por su parte, señala que, salvo contados documentos eclesiásticos en los que se registran bautismos y defunciones de algunos indios a partir de fines del siglo XVII en sus antiguas regiones de asentamiento, "no hay referencia escrita que permita conocer qué sucedió con el guanahatabey".

J. H. Granberry (1980) destaca que solamente se han preservado escasos topónimos aborígenes en la zona que ocupaban los guanahatabeyes a la llegada de los españoles, lo que es insuficiente para determinar su filiación lingüística. I. Rouse (1992: 29), por su parte, resalta que poco se sabe acerca de las relaciones entre los guanahatabeyes y los aborígenes de la Florida meridional, puesto que si bien las

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

evidencias arqueológicas muestran ciertas semejanzas, especialmente en cuanto a la industria de concha y de madera, no menos cierto es que ninguno de los nombres de lugares de esa región indica la presencia de una lengua que no sea aruaca. En fin, no se perciben diferencias lingüísticas sustanciales en la toponimia indocubana a todo lo largo y ancho del archipiélago recogida en mapas de diversas épocas históricas del período colonial, como hemos podido corroborar, lo que trasluce un origen común, suramericano, para todas las comunidades aborígenes cubanas. Además, el estudio comparado entre los topónimos indígenas del occidente de Cuba y los del sur de la Florida tuvo como resultado una gran diferenciación lingüística, o sea no tienen la misma filiación etnolingüística.

Debemos señalar que durante la conquista de Cuba (1510-1519) las huestes de Diego Velázquez, quien llegaría a ser el primer gobernador colonial de nuestro país, no penetraron en la zona de asentamiento de los guanahatabeyes —a diferencia de la zona ocupada por los arcaicos de La Española, que fue rápidamente ocupada por los españoles—, por lo que no se introdujeron en ella indios aruacohablantes del oriente de Cuba o del occidente de Haití, quienes fungían como guías o cargadores de los españoles, y quienes hubiesen podido identificar ríos, montañas, caseríos y lugares en general con vocablos aruacos. Además, el extremo occidental de Cuba no fue de interés para los colonizadores españoles y ni siquiera ese territorio atrajo a bucaneros y piratas (a diferencia de la zona ocupada por los arcaicos de La Española). Por ello, todavía en el siglo XVII existían guanahatabeyes dispersos por el extremo occidental cubano, cuando los españoles comenzaron a construir los primeros poblados, como fueron Guane (1600), San Juan y Martínez (1685), Las Pozas (1685), Pinar del Río (1690) y Consolación del Sur (1690).

Por último, desconocemos si la voz *guanahatabey* es un etnónimo o endoetnónimo —nombre por el cual ellos mismos se identificaban— o un exoetnónimo o denominación étnica que le asignaron las otras comunidades indocubanas. No obstante, a todas luces se trata de un vocablo aruaco. Aunque desconocemos su significado, tenemos el hecho de que Pedro Mártir de Anglería (1892: déc. III, lib. IX, cap. II) documenta el antropónimo *Guanahatabechena* como el nombre de una de las más bellas concubinas del hermano del cacique Behequio, "rey de Xaraguá", cacicazgo de La Española, cuya forma recuerda mucho el vocablo *guanahatabey*. Además, muchísimos indigenismos aruacos que se han preservado en la toponimia y la lengua española de las Antillas comienzan con la partícula *gua-* (*guayaba, guaniquiqui, Guanabo, Guacanayabo,...*). Lo mismo es válido para la terminación *-ey*, que en determinados casos significa "ser humano", como en *ciboney* y *batey*. Así, pues, por su estructura y componentes, la denominación étnica *guanahatabey* es indiscutiblemente aruaca.

En fin, si podemos deducir que la toponimia aborigen que se ha preservado en la zona originalmente habitada por los guanahatabeyes no fue afectada por la introducción temprana de indios foráneos —los identificados como ciboneyes y taínos—; si, además, en esta región lograron sobrevivir los guanahatabeyes hasta el siglo XVIII; y si los topónimos indígenas recogidos en mapas del período colonial coinciden por su forma con los del resto de

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

la Isla y difieren considerablemente de los que se han conservado en la Florida y Centroamérica, de donde supuestamente arribaron las comunidades arcaicas de Cuba, debe pensarse en un origen común suramericano.

Al parecer, se desprende que los guanahatabeyes hablaban una lengua aruaca. Ahora bien, esta lengua sí debió ser mucho más arcaica que las restantes lenguas aruacas presentes en Cuba en el momento de la conquista española, por lo que acaso sería de difícil comprensión por el resto de las comunidades aruacohablantes del archipiélago cubano. Y aquí podemos recurrir a los fechados históricos de asentamiento en nuestro suelo para sustentar esta idea. Por ejemplo, según I. Rouse (1989a: 122), los guanahatabeyes aparecen en la escena del Caribe granantillano en el año 3000 a.n.e.; E. Tabío (1984: 44) ofrece un estimado de 2000 a.n.e. a 1000 n.e.; mientras que para J. M. Guarch (1990: 79) el fechado es de 3500 a.n.e. Estos datos confirman la gran diferencia cronológica con los llamados taínos (800-1500 n.e.), los involuntarios guías, cargadores e informantes que acompañaron a las huestes españolas durante la conquista de nuestro país. Esta diferencia cronológica indudablemente repercutió en la diferenciación lingüística, y ahí estaría la respuesta, pensamos, a la diversidad idiomática que describió Pedro Mártir y que reproducen los cronistas que se basaron en sus escritos (Bartolomé de Las Casas, Gonzalo Fernández de Oviedo, Antonio de Herrera y Tordesillas, entre otros). Debemos recordar que las apreciaciones de Cristóbal Colón y los demás cronistas se basaron únicamente en el hecho de que el indio lucayo Diego, que fue un factor decisivo en el contacto inicial, no pudo entenderse con los llamados guanahatabeyes. Los cronistas dedujeron, a la ligera, que ello se debía a que las comunidades indocubanas más occidentales pertenecían a otro grupo lingüístico-cultural. Pero si tomamos en consideración el fechado arqueológico, pudiéramos apreciar que la lengua de los lucayos, aruaca indudablemente, es una lengua más tardía que la de los guanahatabeyes, puesto que los lucayos ocuparon las Bahamas en el año 1000 a.n.e. (cf. J. G. Guerrero: 1979). Y como Diego Colón hablaba la lengua aruaca de las lucayas, posiblemente no entendería la de los arcaicos del extremo occidental cubano.

En cuanto a los llamados ciboneyes, Bartolomé de Las Casas (1877: lib. II, cap. XXXI) resalta el gran parecido que tenían éstos con los lucayos, los aborígenes de las Bahamas, así como con los indígenas de las cayerías del norte y sur de Cuba. En lo que respecta al punto de vista lingüístico, podemos señalar que los llamados cibuneyes —posteriormente se estableció la grafía ciboneyes— y los indios cayos, como llamaban los españoles a los habitantes de los archipiélagos que hoy conocemos como Jardines o Jardinillos de la Reina y el de Sabana-Camagüey, hablaban una misma lengua. Llamamos la atención respecto de que P. Mártir (1892: déc. I, lib. III, cap. VII) señaló que el lucayo Diego Colón, quien fungía de intérprete del Almirante, pudo comunicarse con los ciboneyes e indios cayos con quienes entró en contacto Cristóbal Colón durante su segundo viaje a América (1493), cuando recorrió todo el sur de Cuba. A lo señalado por Mártir se suman las observaciones de Las Casas y otros cronistas de la época, lo que permite dilucidar que los ciboneyes, los cayos y los taínos

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

hablaban una misma lengua o lenguas aruacas afines, unidad lingüística que corroboran los estudios toponomásticos actuales, pues no se aprecian grandes divergencias —por su estructura morfológica— en los nombres de lugares indoantillanos que se han preservado en las zonas que estuvieron habitadas por estos aborígenes.

La filiación aruaca de las denominaciones étnicas de estos grupos se ha podido establecer. Por ejemplo, D. Brinton (1871) nos explica que la voz *lucayo* significa "hombre de los cayos", es decir, isleño, ya que se compone de *lucu-*, "ser humano", y *-cayo*, "islote"; mientras que Pedro García (1948: 593) señala que *ciboney* equivale a "cavernícola" u "hombre que vive entre rocas o piedras", puesto que está compuesta de los siguientes étimos: *ciba-*, "piedra", *-n-*, sufijo marcador de procedencia, y *-ey*, "ser humano". Asimismo, la voz *taíno* podemos descomponerla en *tai-*, "noble, bueno, pacífico", y *-no*, sufijo pluralizador equivalente al pronombre español de primera persona de plural, *nosotros*, o sea, "nosotros los buenos", palabra que gritaban a los españoles para que no los confundieran con los aguerridos "indios flecheros" de las Antillas Menores, a quienes se parecían por compartir la costumbre de deformarse el cráneo (inexistente entre los ciboneyes, indios cayos y guanahatabeyes), según se documenta en la carta del doctor Chanca, recogida por Martín Fernández (1858: 352). Por cierto, el morfema pluralizador *-no* está presente en muchos etnónimos aruacos, como en *lokono* (de *loko-*, "ser humano", y *-no*, "nosotros los humanos"), nombre con que se autodenominan diversas comunidades aruacohablantes de las Guayanas, o en *paraujano*, como se autodenominan los aruacos palafíticos —de ahí *para-*, "agua"— que viven en la península de la Goajira, compartida por Colombia y Venezuela.

La arqueología nos ofrece la visión que redondea lo que expusimos respecto de la misma procedencia lingüístico-cultural de lucayos, ciboneyes, cayos y taínos, así como los igneris, de quienes hablaremos en su momento. A partir de los datos que ofrecen las tres líneas de evidencia directa (arqueología, información documental u oral y etnología) y los datos lingüísticos o evidencia indirecta (para estos conceptos, consulte a E. Sapir, 1974: 394), A. Zucchi (1992) ha realizado un interesante estudio sobre la dispersión de los grupos aruacos en el noroccidente de la Amazonia. Según esta autora, entre 6000 y 5000 a.n.e. hablantes del proto-aruaco estaban concentrados a lo largo de las riberas meridionales del Amazonas oriental. Entre 5000 y 4200 a.n.e. la disminución de los recursos hidráulicos, debido a una fase relativamente seca, y la entrada en la región de nuevos grupos, fueron factores que dieron origen a una nueva distribución de las poblaciones que ocupaban el Amazonas central. Entre 4000 y 3800 a.n.e. una parte de la población aruaca penetró el Bajo Negro y devinieron los maipures del norte. La penetración y asentamiento de los hablantes de proto-maipure del norte en el ambiente oligotrópico del río Negro empeoró la situación debido a la sequía. Esto obligó a la ocupación de territorios más extensos, con mayor espacio entre los asentamientos. Como resultado de lo acontecido, explica Zucchi (1992), los hablantes del proto-maipure se subdividieron en cinco grupos: el proto-curripaco se dirigió al norte y se asentó a lo largo del río Isana; el proto-baré se movió hacia el Alto Negro; el proto-manao

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

ocupó el Medio Negro; el proto-palikur probablemente permaneció en el Bajo Orinoco y el proto-baniva-lokono se dirigió hacia el Alto Guaimica. Mientras, los proto-lokonos se separaron e iniciaron su migración hacia las actuales Guayanas.

Aparentemente, sólo tres de estas separaciones parecen haber implicado migraciones fuera del cuadrante noroccidental de la Amazonia. La primera de éstas fue la de los piapocos, quienes, según la tradición oral, se separaron de los curripacos en el Isana, pasaron a los Llanos Occidentales de Colombia, sitios donde aun se encuentra su territorio tradicional. La segunda fue la de los proto-igneris, quienes, al separarse de los barés, se dirigieron hacia el norte de Suramérica y penetraron en las Antillas. La tercera, que corresponde a los proto-palicures, emigró hacia la Guayana, donde habitan sus descendientes. En cuanto a la penetración de los hablantes de lenguas aruacas en las Antillas, Irving Rouse (1985: 20) recuerda que éstos hicieron una sola entrada en las Antillas —en vez de la doble entrada que se suponía previamente— y que partieron de la costa guayanesa, no de la desembocadura del río Orinoco, como se suponía antes.

Los arqueólogos concuerdan en que eran aruacohablantes los ceramistas que entraron en el Caribe insular alrededor del siglo I n.e. y arribaron a Puerto Rico y Haití durante los siglos I al VII vía Antillas Menores e islas Vírgenes. Estos grupos migrantes se relacionan con los estilos ceramistas salaloides (de El Salado, nombre del residuario prototipo, en Venezuela) de las costas del noreste venezolano, y fueron identificados por los cronistas con la denominación de *igneri, igñer* o *eyeri,* que en su lengua aruaca significaba "humano" (I. Rouse y B. Waters, 1983). Los preceramistas evitaron su mayor penetración en la isla de Haití, por lo que no llegaron a Cuba. El estilo cerámico asociado con los aruacohablantes igneris (salaloide) dio origen al ostionoide (de punta Ostiones, en cabo Rojo, República Dominicana). La cerámica ostionoide se caracteriza por no utilizar pintura blanca en su decoración, a la que recurrieron los salaloides, sino al rojo-rosado con ocasionales bandas en negro. A partir del siglo VII con ellos se inició la masiva penetración de los grupos alfareros en Haití, Jamaica y Cuba. Estos grupos fueron identificados por algunos arqueólogos como "subtaínos", pero para los españoles eran simplemente taínos.

Los ostionoides fueron sucedidos por los chicoides (de Boca Chica, en República Dominicana), cuya cerámica se caracteriza por la ornamentación incisiva y punteada, que forma motivos geométricos y modelados figurativos y zoomórficos. Algunos arqueólogos identifican esta cerámica con los llamados taínos, diferenciándola de la de los subtaínos (ostionoides). Entre los estilos ostionoides y chicoides existe una amplia gama de variantes cuya procedencia aún no está establecida. Los residuarios demuestran que entre los salaloides o igneris y los ostionoides o taínos la agricultura tuvo gran peso, lo que se deduce por los restos de burenes, especie de plato de barro cocido, sobre el que se echaba la yuca (*Manihot esculenta,* Crantz) rallada y, mediante cocción, se elaboraba una torta delgada conocida por casabe. El estilo más característico de los intermedios entre el ostionoide y el chicoide es el mellacoide (de Meillac, residuario en el norte de Haití), variedad de cerámica que se

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

extendió por el noroccidente de República Dominicana. Los mellacoides abrieron nuevas rutas a la expansión territorial de los aruacohablantes, pues se extendieron hacia las Bahamas, donde desarrollaron una cerámica muy tosca y frágil denominada palmito, y cuyos elaboradores fueron identificados como lucayos.

En Cuba los mellacoides devinieron las comunidades fronterizas con los aborígenes arcaicos, los guanahatabeyes, y fueron identificados mediante la denominación de ciboneyes —en la actualidad, arqueólogos como R. Alegría (1981) e I. Rouse (1992) prefieren identificar a los ciboneyes como "taínos occidentales", mientras que a los taínos los denominan "taínos clásicos". Por aquel entonces, los grupos aruacos asentados en la costa venezolana y cerca de ésta fueron sustituidos por grupos maipures, de igual procedencia aruaca, quienes asimismo se adentraron en las Antillas, desplazando a los grupos migratorios que les antecedieron. Por eso los incorrectamente llamados "caribes insulares", quienes habitaban las Antillas Menores en tiempos de Colón, hablaban una lengua aruaca de la rama maipure. Además, como los maipures fueron más influidos por los tupiguaraníes que los aruacos, de ahí se desprende el hecho de que los llamados caribes insulares practicaran el rito de la antropofagia, común entre los tupíes. En fin, de nuevo recalcamos que los estudios de arqueología sirven de apoyo a las deducciones lingüísticas respecto de que los taínos, cayos, ciboneyes, lucayos e igneris hablaban, al menos, lenguas aruacas muy afines, como lo demuestra el léxico indoantillano preservado en las crónicas de la época y en las variantes regionales de las lenguas europeas de la población actual de las Antillas y Bahamas, así como en el créole y el papiamento. En cuanto a los llamados "caribes insulares", la identificación genética de su lengua ha sido uno de los retos de los historiadores, etnólogos y lingüistas que se han dedicado al estudio del Caribe precolombino, como veremos más adelante.

Además de los guanahatabeyes, ciboneyes, indios cayos, taínos e igneris, los colonizadores europeos identificaron otros grupos ceramistas supuestamente no aruacohablantes, los que fueron identificados con las denominaciones de *macorije* y *ciguayo*. Según el "Mapa lingüístico del P. W. Wochsmidt", reproducido por H. Bock (1978: 14), los macorijes vivían en el oriente de La Española, mientras que los ciguayos ocupaban el oriente de Puerto Rico. Otros autores, por el contrario, ubican a los primeros en Puerto Rico y a los segundos en Haití. Por otra parte, A. Bachiller (1883) y F. Pichardo (1956) aseveran que en Cuba hubo macorijes en la zona de Matanzas, aunque no hay evidencias arqueológicas al respecto, como reconoció el propio Pichardo en su momento. No obstante, en la toponimia cubana se ha preservado el vocablo *macurije* (con *u*) como nombre de un río en la cordillera de Guaniguanico, provincia de Pinar del Río; como denominación de una punta en la costa sur, en el golfo de Ana María, provincia de Camagüey; y como nombre aplicado al curso superior del río Los Palacios, en la sierra del Rosario, provincia de Pinar del Río (Comisión Nacional de Nombres Geográficos, 2000: 201).

A partir de los datos históricos, S. Loven (1935: 46 y ss.), R. Azcárate (1937: 117 y ss.) y R. Cassá (1974: 17) señalan que los ciguayos y los macorijes se diferenciaban de los taínos por ser más belicosos, utilizar el pelo largo y echado hacia atrás (como los

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

caribes insulares, puesto que los taínos lo usaban recortado en la frente y la nuca), por el uso de plumas decorativas sobre la cabeza y mayor arcaísmo social y cultural. Algunos arqueólogos han encontrado diferencias en aspectos alfareros y ergológicos (objetos de la supraestructura) y han asociado la cerámica mellacoide con los macorijes, y la chicoide con los taínos. Sin embargo, acota J. G. Guerrero (1979: 107), esta incompatibilidad inicial entre ambas series arqueológicas se había diluido en parte en el momento del contacto con los españoles. Oviedo, en su *Historia general* (1851-55: lib. III), señala que los ciguayos procedían de algunas de las "islas cercanas a los flecheros" y que habían olvidado su lengua materna y aceptado "la lengua general [aruaca] de la isla". En cuanto a los macorijes, S. Loven (1935: 16), D. W. Lathrap (1970), R. Cassá (1974: 14) y B. Vega (1988: 66) concuerdan en asignarles origen aruaco-maipure, una de las ramas del tronco lingüístico aruaco. Por otra parte, el estudio de la toponimia de origen indígena en las zonas supuestamente ocupadas por los ciguayos y macorijes no arroja otra procedencia que no sea la aruaca.

Ahora bien, si los ciguayos y los macorijes —estos últimos supuestos descendientes de los "caribes insulares" o "indios flecheros"— eran aruacohablantes, ¿qué lengua utilizaban los habitantes de las Antillas Menores que fueron identificados como caribes? Colón, en su *Diario de navegación*, fue el primero en referirse a estos aborígenes con el nombre de *canima, caniba, caníbales*. Oviedo (1851-55: lib. II, cap. VII) señala que las Antillas Menores "[e]staban pobladas de muchos flecheros llamados caribes, que en lengua de los indios quiere decir bravos ó osados". J. B. Labat (1772), por su parte, documenta la palabra *caribe* con el significado de "hombre de mar". D. Taylor (1977: 25) opina que la voz *caribe* ha sido tomada de un "modelo desconocido", y sugiere que en aruaco insular el vocablo fuese *kanibna*. Así, pues, al parecer, el vocablo *caribe* tiene origen aruaco (cf. S. Valdés, 1991: 148).

El primero en adjudicar origen aruaco a la lengua de los llamados "caribes" de las Antillas Menores fue L. Adam (1879), quien se basó en las observaciones de Labat (1772) y en las obras lexicográficas de Raymond Breton (1665-1666). Posteriormente, De Goeje (1939) realizó similares estudios y, coincidiendo con Adam, estableció que en las Antillas Menores coexistieron dos lenguas: una caribe, impuesta por supuestos invasores continentales y preservada entre los hombres, y la aruaca, común entre las mujeres tomadas de los aruacos o igneris, cuya población masculina era eliminada por los "caribes" durante sus invasiones. Incluso Č. Loukotka (1968) llegó a distinguir entre el caliponau o aruaco hablado por las mujeres en poder de los caribes antillanos, y el calínago o caribe insular de los hombres.

El supuesto bilingüismo aruaco-caribe fue aceptado por unanimidad hasta época reciente, cuando D. Taylor (1953, 1956, 1957 y 1977) comenzó a poner en tela de juicio esa idea en una serie de artículos mediante estudios de lingüística comparada entre el llamado "caribe insular", de un lado, y el aruaco insular de las Antillas Mayores, el lokono de las Guayanas, el goajiro de Colombia y Venezuela y otras lenguas aruacas continentales, del otro. También se apoyó en estudios comparados con el dialecto centroamericano del "caribe insular", que en la actualidad subsiste en el litoral hondureño, en el

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

beliceño y en parte del guatemalteco que da hacia el Caribe, donde se identifica con la denominación de garífuna, así como con otras lenguas caribes continentales. Taylor ha demostrado que la gramática y la estructura del "caribe" de las Antillas Menores, posteriormente llevado a Centroamérica en la época colonial debido a deportaciones hechas por los ingleses, son fundamentalmente aruacas y conservan pocos rasgos de un influjo verdaderamente carina o kaliña. No obstante, Taylor continuó creyendo que sí hubo invasión caribe y que los invasores fueron asimilados lingüísticamente por la población local aruacohablante de los igneris avasallados.

Realmente, en la historia de la humanidad existen numerosos casos de pueblos invasores que fueron asimilados cultural y lingüísticamente por los invadidos. Por ejemplo, durante la segunda mitad del siglo VII la unión de tribus turcas conocidas por bulgari conquistaron a las tribus eslavas, de las que tomaron su cultura y con las que se asimilaron. Con ello dieron origen a un estado búlgaro-eslavo que en el transcurso de los siglos IX y X sirvió de base al surgimiento de la nación que en la actualidad conocemos como búlgara y cuya lengua es totalmente eslava, pero en la que se observan remanentes túrquicos en todos sus niveles (cf. V. Hubinger, Honzák y Polišenský, 1985: 62). Algo similar ocurrió en la Iberia, donde la transculturación entre los conquistadores romanos y las poblaciones célticas e ibéricas avasalladas dieron origen a nuevas lenguas. Sin embargo, la historia —según sepamos— no recoge un solo ejemplo de diferenciación lingüística del tipo que aparentemente hallaron los europeos en las Antillas Menores: las mujeres de los igneris avasallados lograron preservar su lengua aruaca, mientras que los invasores caribes conservaron la suya. ¿Y qué lengua hablarían los descendientes de esta mezcla?

Interesados en esta controvertida temática, releímos el capítulo quinto del libro de Labat (1772) sobre la lengua de los caribes insulares y constatamos que el autor señala que existieron tres "lenguajes" y no dos, como habían explicado Adam (1879) y sus seguidores:

> Hay un tercer lenguaje sólo conocido por los hombres que han ido a la guerra y particularmente de los viejos. Es más bien una jerga que han inventado que una lengua. Se sirven de él cuando hacen alguna asamblea de importancia, cuyas resoluciones quieren mantener secretas. Las mujeres y los jóvenes nada entienden de él.

Además, al releer a Adam (1879), confirmamos que lo que este autor interpretó como fenómenos lingüísticos diferenciadores de dos supuestas lenguas que convivían en una comunidad muy diferenciada sexualmente en cuanto a sus actividades —lo que es usual en las comunidades primitivas—, realmente no permite reconocer la existencia del bilingüismo (uso equivalente de dos lenguas en un contexto bilingüe), ni de diglosia (predominio de una lengua de mayor prestigio en un contexto bi- o plurilingüe):

> El doble lenguaje desde el punto de vista lexicológico se reduce a esta singularidad: para expresar principalmente cuatrocientas ideas sobre dos o tres mil, los hombres invariablemente, y las mujeres solamente entre ellas, se sirven de vocablos diferentes. Desde el punto de vista gramatical el habla masculina se distingue del lenguaje

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

femenino principalmente por el de las dos primeras personas del singular y en la tercera del plural, de prefijos pronominales diferentes (Ej.: *n-aku*, 'mi ojo'; *h-aku*, 'tu ojo'; *l-aku*, 'el ojo de él'; *t-aku*, 'el ojo de ella'). La segunda diferencia gramatical entre el habla masculina y la femenina consiste en que los hombres sufijaban la partícula *pa-* al tema verbal, y las hembras prefieren la partícula *ma-*, *m-* (Ej.: Masc.: *arameton-pa-ti-pa*, 'yo me escondo'; Fem.: *m-arameton-ti-ma*. 'lo mismo'). [L. Adam, 1879; utilizamos la traducción de 1940: 18-19.]

De estas explicaciones se desprende que no existió una diferenciación estructural tal entre el habla de las mujeres y la de los hombres como para considerar la menor existencia de un bilingüismo aruaco-caribe. En realidad, las mujeres no hablaban una lengua diferente a la de los hombres, sino que ambos, al utilizar su idioma, recurrían a morfemas que indican el género del hablante, lo que es muy usual en las lenguas aruacas y caribes que todavía se hablan. Por ejemplo, en el lokono, lengua aruaca de las Guayanas, la tercera persona del singular también se diferencia mediante morfemas que indican el sexo del que habla: *lu-si-kua*, "la casa de él"; *tu-si-kua*, "la casa de ella" (ver S. Perea, 1942).

Por otra parte, desde el punto de vista lexicológico, la división del trabajo por sexos —recalcamos que fue muy usual en las comunidades primitivas— debió ejercer su influjo, pues mientras los hombres se dedicaban al arte de la guerra, la pesca, la caza, la preparación de terrenos para la incipiente agricultura (tala y quema), la elaboración de intrumentos y el comercio con sus vecinos continentales: los verdaderos caribes, las mujeres, por el contrario, se dedicaban a la recolección, a la cestería y al tejido de redes y hamacas (auxiliadas por los hombres), a la preparación de los alimentos y al cuidado de la descendencia. Por tanto, hombres y mujeres realizaban diferentes actividades, acordes con la división sexual del trabajo, lo que indudablemente debió reflejarse en el léxico de la lengua cotidiana, con la posibilidad, además, de que algunos vocablos fuesen "tabú", por lo que no se podrían decir delante de las mujeres o de los hombres, como acontecía en las comunidades autóctonas de la Polinesia, de donde nos llega este concepto y vocablo. Este fenómeno no fue privativo del "caribe insular", pues, por ejemplo, se documenta entre los indios yanas del centro-oeste de los Estados Unidos, quienes hablan una lengua que pertenece a la familia hoka y entre quienes se percibe claramente la diferenciación sexual en cuanto al léxico que utilizan (ver W. H. Jacobsen, 1979). Además, los "caribes insulares", como acotó Labat (1772), crearon una especie de lengua esotérica, propia de los ancianos o "sabios" y de los hombres iniciados en el arte de la guerra, pero vedada y desconocida para el resto de los miembros de la comunidad (mujeres y jóvenes). Sin embargo, esto tampoco fue privativo de los "caribes insulares", puesto que, por ejemplo, los tupí-guaraníes mbyás crearon un lenguaje secreto (llamado *ayvu porá*, "lengua bella") para fines rituales, conocido solamente por los hombres adultos (ver L. Cadogan, 1952, y H. Clastres, 1975).

No obstante, sí es cierto que en el habla aruaca de los "caribes insulares" recogida en diversos documentos y diccionarios se observa la presencia de voces y hasta

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

de morfemas verdaderamente caribes. Por ejemplo, el propio L. Adam (1940: 19) reconoce los siguientes préstamos del caribe o kaliña al "caribe insular": a) el indicador de futuro; b) el aumentativo *a;* c) la partícula posesiva *ka;* d) el sufijo causativo *kete, keta.* ¿Son éstas las evidencias lingüísticas de una invasión de caribes procedentes del litoral continental suramericano o se debe a otros motivos?

En lo referente a la supuesta invasión caribe, L. Allaire (1980) cuestiona tal hecho, sobre la base de las evidencias arqueológicas. Señala que la cerámica suazoide (de Suazey, residuario prototipo en Granada), con la cual se ha asociado a los "caribes insulares", ha tenido desarrollo local y no fue introducida. Al respecto, vale la pena recordar, además, que el cronista Oviedo explica en su *Historia general* que el intento de los verdaderos caribes por invadir las Antillas fue detenido en Trinidad por los igneris, quienes aplicaron a sus flechas y lanzas partes del agujón de la raya (*Raia clavata).* Tal medida dio superioridad militar a los invadidos, pues las heridas se infestaban y eran mortales, lo que permitió echar por tierra los intentos de los caribes. Por cierto, R. Pérez (1862: 105-106) documenta que entre los aruacos goajiros de Venezuela era común utilizar el agujón de la raya en la confección de las flechas, al que le hacían muescas, para que se fracturase al penetrar en la piel. Acaso esto sirva de referencia de cómo los aruacos igneris detuvieron a los caribes en su intento de penetrar en las Antillas. Por otra parte, debemos tomar en cuenta otro hecho histórico, puesto que al iniciarse la conquista de Trinidad por los europeos, el extremo occidental de esta isla estaba ocupada por comunidades caribehablantes conocidas por yao, originarias de las Guayanas (ver Č. Loukotka, 1968: 216). Entonces, si al parecer los caribes no lograron ir más allá de Trinidad, ¿por qué hubo intercambio lingüístico aruaco-caribe?

La respuesta tal vez la hallemos en las siguientes explicaciones. En tiempos precolombinos e incluso durante la colonización europea, los galibis y los karinas o kaliñas, los verdaderos caribes, se dedicaron al comercio, entre otras actividades, y hasta fungían como intermediarios comerciales entre las tribus del litoral venezolano y del guayanés y las de los llanos —caribehablantes o no—, por lo que su lengua se impuso como *lengua comercial* en esta vasta zona, como se desprende de un interesante opúsculo anónimo conocido como *Relation de la Guiane,...* de 1674, cuya traducción pudimos consultar en la revista puertorriqueña *Caribbean Studies* (vol. XVI, no. 3-4, 1976, pp. 119-235).

Como es sabido, los "caribes insulares" hacían incursiones en el litoral venezolano para comerciar, por lo que debido a relaciones comerciales, a la convivencia geográfica —a veces no tan pacífica, pues los "caribes insulares" solían hacer sus correrías por las costas venezolanas—, hubo el intercambio lingüístico que debió permear el habla masculina, puesto que los hombres eran quienes se dedicaban a estas labores. Así, pues, era de esperar que en el habla aruaca de los "caribes insulares" hubiese alguna que otra palabra de origen kalina o gálibi, las verdaderas lenguas caribes. En la actualidad existen muchos ejemplos de este tipo de intercambio idiomático entre aborígenes que hablan su lengua tradicional y mantienen contactos con la población mestiza hispanohablante, como es el caso de los chamacocos en Paraguay, en cuya habla

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

cotidiana son comunes préstamos del español (ver H. E. M. Klein y L. Stark, 1983: 162). Sin embargo, un ejemplo de intercambio lingüístico sumamente interesante para nosotros lo documenta D. Heinen (1988) entre los waraos o guaraúnos, quienes habitan los caños del delta del Amazonas y áreas adyacentes de la Guayana y de los estados venezolanos de Bolívar, Monagas y Sucre.

Algunos lingüistas —como Č. Loukotka (1968)— consideran el warao como una lengua independiente, mientras que otros —M. Swadesh (1959), M. Larysse y J. Wilbert (1966), J. Wilbert (1972) y J. H. Greenberg (1987)— le asignan filiación chibcha. Según la tradición oral de los warao (de *wa-*, "canoa", y *-arao*, "gente"), la convivencia con las vecinas poblaciones aruacas fue pacífica, no así con los caribes karinas y otros grupos de esa misma filiación lingüística. Aunque han mantenido contacto con los mestizos hispanohablantes de la región, los waraos siempre se han mantenido refugiados en el laberinto de los caños del Orinoco y sus vastas zonas pantanosas, como forma de preservar su identidad. Pero la convivencia con los aruacos ha permeado su lengua no aruaca. De ahí que a medida que un muchacho o *noboto* participa en los trabajos de los hombres adultos, pasa a ser *neburatu*. Cuánto nos recuerda este vocablo la voz aruaca insular *naboría*, que, según B. de Las Casas (1877: lib. III, cap. XXXV), significaba "criado y sirviente ordinario de la casa". Para D. Taylor (1960: 348) era el nombre aplicado a la "casta o clase inferior"; R. Breton (1665: 20) indicaba que se utilizaba para identificar al "camarad, compagnien"; según F. Ortiz (1974: 268) era la "casta social apartada y abyecta"; J. A. Perea y S. Perea (1941: 56) indican que eran los "trabajadores de las sierras y de las minas". Este vocablo de los extinguidos aruacos de las Antillas Mayores pasó al habla de los colonizadores españoles con el significado de "esclavo doméstico", como se documenta en los escritos de los primeros decenios de la colonización (ver S. Valdés, 1991: 306).

La cultura material de los waraos es sumamente sencilla. En el vocabulario propio de estos aborígenes solamente se conoce la hamaca o chinchorro como parte del mobiliario de una casa. Sin embargo —y he aquí lo interesante—, cuando un amigo o huésped hace una visita a un warao en su choza, éste le ofrece una caja de madera a manera de asiento. Este asiento se llama *duhunoko* en warao, y proviene del aruaco *dujo* (o *duho*, como escribían los cronistas, con *h* aspirada). Por cierto, los curanderos o chamanes (behíques, diríamos nosotros) no actúan desde la hamaca, sino sentados sobre el *duhunoko*. Además, resulta interesante que los waraos empleen el término *duhokitane* —fusión del aruaquismo *duho* y del hispanismo *capitán*— para referirse a la toma de posesión de algún cargo de jefe a nivel regional o nacional. De esta manera, acota D. Heinen (1988: 661), "*duhu*, voz arawak de las Antillas, simboliza entre los Warao un cargo político-religioso de importancia" (sobre el origen de *dujo*, consulte a S. Valdés, 1991: 191-192).

Los estudios de lingüística comparada demuestran que existe la posibilidad de que en un remoto pasado convergieron en una región de la Amazonia, cerca de la actual ciudad de Manaos, en Brasil, los protoaruacos (los primeros en emigrar hacia otras regiones), los protocaribes y los prototupíes (los últimos

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

en iniciar su expansión), por lo que estas tres familias lingüísticas pudieron constituir originalmente un *filum* lingüístico amazónico (al estilo del indoeuropeo). Por ejemplo, D. G. Brinton (1891: 123) explica que K. F. P. von Martius (1876) era de la opinión de que la familia tupí-guaraní y aruaca estaban relacionadas con una lengua común muy antigua, mientras que D. Taylor (1953: 316) considera que las coincidencias léxicas entre las lenguas aruacas y caribes traslucen una relación genética en tiempos tempranos, a lo que se suman las observaciones de E. E. Mosonyi (1968: 77). Otros, como J. Hoff (1968) y A. D. Rodrigues (1983), señalan evidencias lingüísticas de relaciones prehistóricas entre la familia lingüística tupí y la caribe.

En definitiva, los vocablos comunes entre las lenguas aruacas, caribes y tupí-guaraníes, así como incluso algunos morfemas en común, constituyen una herencia no sólo debido a la convivencia geográfica en el pasado, sino a un probable origen común muy antiguo. De ahí que no nos debe sorprender que los cronistas españoles hayan documentado en el aruaco insular de las Antillas Mayores el uso de algunas palabras de irrefutable origen caribe, como es el caso de la voz *manatí (Trichechus trichechus manatus)*, entre otras (ver S. Valdés, 1993: 139).

La situación lingüística imperante dentro del Caribe insular precolombino fue rápidamente alterada por la conquista europea. Los aborígenes se extinguieron o fueron asimilados, y sus respectivas culturas y lenguas desaparecieron, no sin antes dejar una perceptible huella en el nivel léxico de las variantes nacionales caribeñas granantillanas del español, así como en las otras lenguas europeas aportadas al Caribe insular por los nuevos colonizadores, a lo que sumaríamos la evidencia aruaca insular en el léxico de las lenguas criollas conocidas como créole o haitiano y papiamento.

Basándonos en la bibliografía sobre arqueología e historia en torno al Caribe insular precolombino, hemos tratado de ofrecer un enfoque lingüístico acerca de los grupos indígenas que sufrieron el impacto de la colonización española y que, de una forma u otra, dejaron sus huellas en la cultura y las modalidades nacionales de la lengua española en Cuba, República Dominicana y Puerto Rico.

BIBLIOGRAFÍA

ADAM, LUCIEN (1879). "Du parler des hommes et du parler des femmes dans la langue Caraïbe". En *Extrait des mémoires de L'Académie de Sanislas pour 1878*. Hachette, París.

——— (1940). "Del hablar de los hombres y del hablar de las mujeres en la lengua caribe". *Revista Nacional de Cultura*, Caracas, no. 21, pp. 16-39; no. 23, pp. 11-22.

ALEGRÍA, RICARDO E. (1981). *El uso de la terminología etnohistórica para designar las culturas aborígenes de las Antillas*. Seminario de Historia de América, Universidad de Valladolid, Valladolid.

ALLAIRE, LOUIS (1980). "On the Historicity of Carib Migrations in the Lesser Antilles". *American Antiquity*, Washington, vol. 45, no. 2, pp. 238-245.

ALONSO, ENRIQUE M. (1995). *Fundamentos para la historia del guanahatabey en Cuba*. Editorial Academia, La Habana.

AZCÁRATE ROSELL, RAFAEL (1937). *Historia de los indios de Cuba*. Editorial Trópico, La Habana.

BACHILLER Y MORALES, ANTONIO (1883). *Cuba primitiva*. 2a. ed. La Correspondencia, La Habana.

BOCK, HERMANN (1978). *Elementos africanos y amerindios en el lenguaje y cultura de las Antillas Menores y su repercusión en América Central*. Tegucigalpa D.C.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

BRETON, RAYMOND (1664). *Petit catéchisme en sommaire des trois prémières partie de la doctrine christienne, traduit du français à la langue de Caraïbes insulaires.* Auxerre.

———— (1665). *Dictionnaire Caraïbe-Français.* Auxerre.

BRINTON, DANIEL G. (1871). "The Arawak Language of Guiana and its Linguistic and Ethnographical Relations". *Transactions of the American Philosophical Society,* Filadelfia, vol. 14., pp. 427-444.

———— (1891). *The American Race.* N. D. C. Hodges, New York.

———— (1895). "The Matagalpan Linguistic Stock of Central America". *Proceedings of the American Philosophical Society,* New York, vol. 34, pp. 403-415.

CADOGAN, LEÓN (1952). *Ayvu rapita. Textos místicos de los mbyá-guaraní de Guairá.* Universidade de São Paulo, Faculdade de Filosofía, Ciencias y Letras. Boletim no. 227, São Paulo.

CASAS, BARTOLOMÉ DE LAS (1877). *Historia de las Indias.* Tomos I-IV. Imprenta de Manuel Ginesta, Madrid.

———— (1885). "Memorial sobre los remedios de las Indias". En *Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas de Ultramar.* 2a. serie, Isla de Cuba. Real Academia de Historia, Madrid, tomo II, doc. 290, p. 70.

CASSÁ, ROBERTO (1974). *Los taínos de La Española.* Museo del Hombre Dominicano, Santo Domingo.

CLASTRES, HÉLÈNE (1975). *La terre sans mal. Le prophétisme tupi-guarani.* Éditions de Seuil, París.

COLÓN, CRISTÓBAL (1914). *Relaciones y cartas de Cristóbal Colón.* Perlado Pérez, Madrid.

———— (1961). *Diario de navegación.* Comisión Cubana de la UNESCO, La Habana.

Comisión Nacional de Nombres Geográficos (2000). *Diccionario geográfico de Cuba.* Oficina Nacional de Hidrografía y Geodesia, La Habana.

DACAL MOURE, RAMÓN (1968). *Introducción a la arqueología de la península de Guanahacabibes.* Editora Universitaria, La Habana.

———— (1979). "De los ciboneyes del Padre de las Casas a los ciboneyes de 1966". *Universidad de La Habana,* La Habana, no. 211, pp. 6-41.

DACAL MOURE, RAMÓN y MANUEL RIVERO DE LA CALLE (1984). *Arqueología aborigen de Cuba.* Gente Nueva, La Habana.

DEIVES, HAROLD E. (1961). *Indians of North America.* Chicago University Press, Chicago.

DOMÍNGUEZ, LOURDES, JORGE FEBLES y ALEXIS RIVES (1994). "Las comunidades aborígenes de Cuba". En *Historia de Cuba. La colonia.* Editora Política, La Habana, pp. 5-57.

FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, MARTÍN (1858). *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles.* Imprenta Nacional, Madrid.

FERNÁNDEZ DE OVIEDO, GONZALO (1851-1855). *Historia general y natural de las Indias.*

FEWKES, JOSEPH W. (1922). "A Prehistoric Island Culture of America". *Bureau of American Ethnology,* Smithsonian Institution, Government Printing Office, Washington, vol. 34, pp. 49-273.

GARCÍA VALDÉS, PEDRO (1948). "The Ethnography of the Ciboney". *Handbook of South American Indian,* Smithsonian Institution, Government Printing Office, Washington, vol. IV, pp. 503-505.

GOEJE, CLAUDIUS HENRICUS DE (1939). "Nouvel examen des langues des Antilles avec notes sur les langues Arawak-Maipure et Caraïbe et vocabulaires Shebayo et Guyana". *Journal de la Société des Américanistes de Paris,* París, vol. 31, pp. 1-120.

GRANBERRY, JULIAN H. (1980). "West Indian Languages and the Aboriginal Settlement of the Bahamas. A Working Hypothesis". En *Proceedings of the Bahamas 1492 Conference,* Freeport, pp. 15-20.

GREENBERG, JOSEPH H. (1987). *Languages in the Americas.* Stanford University Press, Stanford, California.

GUARCH DELMONTE, JOSÉ M. (1987). *El taíno de Cuba. Ensayo de reconstrucción etno-histórica.* Academia de Ciencias, La Habana.

———— (1990). *Estructura para las comunidades aborígenes de Cuba.* Ediciones Holguín, Holguín.

GUERRERO, JOSÉ G. (1979). "El contacto temprano indohispánico en Santo Domingo: una cultura histórica y arqueológica". *El Caribe Arqueológico,* La Habana, no. 3, pp. 102-108.

GULLICK, C. J. R. M. (1980). "Island Carib Traditions about their Arrival in the Lesser Antilles". En M. Lovenstein (ed.): *Proceedings of the Eigth International Congress for the Study of Pre-Columbian Culture of the Lesser Antilles.* Arizona State University, Tempo, pp. 101-112.

GUS PANTEL, AGAMENÓN (1983). "Orígenes y definiciones de la cultura taína: sus antecedentes tecnológicos en el precerámico". En *Las culturas de América en la época del descubrimiento.* Sociedad T. G. Farmer S. A., Madrid, pp. 10-14.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

HARRINGTON, MARK (1921). *Cuba before Columbus*. Museum of the American Indian, New York.

HEINEN, DIETER (1988). "Los warrao". En Walter Coppens y Bernarda Escalante (eds.): *Los aborígenes de Venezuela*. Fundación La Salle y Monte Ávila Editores, Caracas, vol. 3, pp. 585-692.

HOFF, JACOB (1968). *The Carib Language*. N. V. de Nederlandische Bock en Steendrukkerij V/H, H. L. Smits, Gravenhage.

HRDLIČKA, ALOIS (1922). *The Anthropology of Florida*. The Florida State Historical Society, Deland.

HUBINGER, VÁCLAV, FRANTIŠEK HONZÁK y JIŘÍ POLIŠENSKÝ (1985). *Národy celého světa*. Mladá Fronta, Praha.

JACOBSEN, WILLIAM H. (1979). "Hokan Inter-Branch Compositions". En Lyle Campbell y Marie Mithun (eds.): *The Languages of Native America: Historical and Comparative Assessment*. University of Texas Press, Austin, pp. 545-591.

JOHNSON, FREDERICK (1948). "Central American Cultures". *Handbook of South American Indians*, Smithsonian Institution, Government Printing Office, Washington, vol. 143, pp. 43-68.

KAUFMAN, TERENCE (1976). "Areal Linguistics and Middle America". En Thomas Sebeok (ed.): *Native Languages of the Americas*. Plenum Press, New York and London, vol. 2, pp. 63-87.

———— (1990). "Language History in South America. What We Know and How to Know More". En D. L. Pyne (ed.): *Amazonian Linguistics*. University of Texas Press, Austin, pp. 13-74.

KIRCHOFF, PAUL (1948). "The Caribbean Lowland Tribes: The Miskito, Sumo, Paya and Jicaque". *Handbook of South American Indians*, Smithsonian Institution, Government Printing Office, Washington, vol. IV, pp. 219-230.

———— (1960). "Mesoamérica". *Tlatoani*, México D.F., no. 3, pp. 3-15.

KLEIN, HARRIET E. MANELIS y LOUISE S. STARK (1983). "Las lenguas indígenas del Chaco paraguayo". En Bernard Pottier (ed.): *América Latina en sus lenguas indígenas*. UNESCO/ Monte Ávila, Caracas, pp. 240-253.

KROEBER, ALFRED L. (1939). *Cultural and Natural Areas of Native America*. University of California Publications In American Anthropology and Ethnology, Berkeley and Los Angeles.

LABAT, JEAN BAPTISTE (1772). *Viaje a las islas de la América*. Casa de las Américas, La Habana, 1980.

LATHRAP, DONALD W. (1970). *The Upper Amazon*. Thames and Hudson, South Hampton.

LAYRISSE, MIGUEL y JOHANNES WILBERT (1966). *Indian Society of Venezuela. Their Blood Group Types*. Monografía no. 13. Fundación La Salle de Ciencias Naturales. Instituto Caribe de Antropología y Sociología. Editorial Sucre, Caracas.

LOUKOTKA, ČESTMÍR (1968). *Classification of South American Indian Languages*. University of California Press, Los Ángeles.

LOVEN, SVÉN (1935). *Origin of the Tainan Culture, West Indies*. E. B. Aktiebolag, Göteborg.

MÁRTIR DE ANGLERÍA, PEDRO (1892). *Fuentes históricas sobre Colón y América*. Tomos I-III. Imprenta de S. E. de San Francisco de Sales, Madrid.

MARTIUS, KARL FRIEDERICH PHILIPP VON (1876). *Beiträge zur Ethnographie und Sprachenkunde Americas zumal Brasiliens*. Leipzig, vols. I-II.

MOREIRA DE LIMA, LILLIÁN J. (1999). *La sociedad comunitaria de Cuba*. Editorial Félix Varela, La Habana.

MOSONYI, ESTEBAN EMILIO (1968). "Elementos de lingüística aruaca". *Economía y Ciencias Sociales*, Caracas, año 10, no. 3, pp. 77-85.

National Geographic Society (1974). *The World of the American Indian*. Library of Congress, Washington D.C.

ORTIZ, FERNANDO (1974). *Nuevo catauro de cubanismos*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana.

OSGOOD, CORNELIUS (1942). *The Ciboney Culture of Cayo Redondo, Cuba*. Yale University Press, New Haven.

PEREA, J. A. y S. PEREA (1941). *Glosario etimológico taíno-español*. Tipografía Mayagüez, Puerto Rico.

PEREA Y ALONSO, SIXTO (1942). *Filología comparada de las lenguas y dialectos arawak*. Imprenta A. Monteverde, Montevideo.

PÉREZ, RAMÓN (1862). *Wild Scenes in South America, or Life in the Llanos of Venezuela*. Charles Scribner, New York.

PICHARDO MOYA, FELIPE (1956). *Los aborígenes de las Antillas*. Fondo de Cultura Económica, México D. F.

Real Academia de la Historia (1885). *Colección de documentos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas de Ultramar*. Tomos I-III. 2a. ed., Isla de Cuba. Sucesores de Rivadeneyra, Madrid.

RIVERO DE LA CALLE, MANUEL (1966). *Las culturas aborígenes de Cuba*. Editora Universitaria, La Habana.

RODRIGUES, AYRON D. (1983). "Evidences of Tupi'-Carib Relationships". En Harciel E. Manelis Klein y Louisa R. Stark (eds.): *South American Indian*

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

Languages. University of Texas Press, Austin, pp. 371-404.

ROUSE, IRVING (1948). "The Ciboney". *Handbook of South American Indians*, Smithsonian Institution, Government Printing Office, Washington, vol. 4, pp. 497-505.

———— (1985). "Arawakan Phylogeny. Caribbean Chronology and their Implications for the Study of Population Movement". *Antropologica*, New York, no. 63-64, pp. 9-21.

———— (1989a). "Peopling and Repeopling of the West Indies". En *Biography of the West Indies*. New Haven, pp. 119-136. Separata.

———— (1989b). "Ancestors of the Tainos: Amazonian or Circum-Caribbean?". En *13th International Congress for Caribbean Archaeology*. Willemstad, Curaçao. Separata.

———— (1992). *The Tainos*. Yale University Press, New Haven and London.

ROUSE, IRVING y B. WATERS (1983). "Environmental Diversity and Maritime Adaptation". En *Paper to Annual of the Society for American Archaeology*. Pennsylvania (en José G. Guerrero, 1979).

SANDNER, GERHARD y HANS ALBERT STEGER (1987). *América Latina: historia, sociedad y geografía*. UNAM, México D. F.

SAPIR, EDWARDS (1974). *El lenguaje*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana.

SCHMIEDER, OSCAR (1988). *Geografía de América Latina*. Instituto del Libro, La Habana.

SHERZER, JOEL (1976). *An Areal-Typological Study of American Indian Languages North of Mexico*. North Holland Publishing Company, Amsterdam.

STEWARD, JULIEN (1948). "The Circum-Caribbean Tribes. An Introduction". *Handbook of South American Indians*, Smithsonian Institution, Government Printing Office, Washington, no. 143, vol. 4, pp. 1-41.

SWADESH, MORRIS (1959). "Mapas de clasificación de México y las Américas". *Cuadernos del Instituto de Historia*, Serie Antropológica, México D. F., no. 8, pp. 5-37.

TABÍO, ERNESTO (1984). "Nueva periodización para el estudio de las comunidades aborígenes de Cuba". *Islas*, Santa Clara, no. 78, pp. 37-51.

TABÍO, ERNESTO y ESTRELLA REY (1979). *Prehistoria de Cuba*. 2a. ed. Academia de Ciencias de Cuba, La Habana.

TAYLOR, DOUGLAS (1953). "A Note on Some Arawak-Carib Lexical Resemblances". *International Journal of American Linguists*, Baltimore, vol. 19, no. 4, pp. 316-317.

———— (1956). "Languages and Ghost-Languages of the West Indies". International Journal of American Linguists, Baltimore, vol. 22, no. 2, pp. 180-183.

———— (1957). "On the Affiliation of Island Carib". International Journal of American Linguists, Baltimore, vol. 23, no. 4, pp. 297-301.

———— (1960). "Some Remarks on the Spelling and Formation of Taino Words". *International Journal of American Linguists*, Baltimore, vol. 26, no. 4, pp. 345-348.

———— (1977). Languages of the West Indies. Johns Hopkins University Press, Baltimore.

TAYLOR, DOUGLAS e IRVING ROUSE (1955). "Linguistic and Archaeological Time Depth in the West Indies". *International Journal of American Linguists*, Baltimore, vol. 21, no. 2, pp. 185-187.

TOVAR, ANTONIO (1986). "Las lenguas arahuacas. Hacia una delimitación más precisa de la familia arahuaca". *Thesaurus*, Bogotá, t. 41, no. 1-2-3, pp. 1-22.

ULLOA HUNG, JORGE (2000). "Migración en el Caribe precolombino". *El Caribe Arqueológico*, Santiago de Cuba, no. 4, pp. 14-19.

VALDÉS BERNAL, SERGIO (1991). *Las lenguas indígenas de América y el español de Cuba*. Tomo I. Editorial Academia, La Habana.

———— (1993). *Las lenguas indígenas de América y el español de Cuba*. Tomo II. Editorial Academia, La Habana.

———— (1994). "En torno a las lenguas aborígenes de Cuba en el período colonial". *Langues et Linguistique*, Québec, no. 20, pp. 155-172.

VEGA, BERNARDO (1988). *Los cacicazgos de la Hispaniola*. Museo del Hombre Dominicano, Santo Domingo.

VELOZ MAGGIOLO, MARCIO (1980). *Las sociedades arcaicas de Santo Domingo*. Editora Taller, Santo Domingo.

WILBERT, JOHANNES (1972). *Survivors of Eldorado: The Indian Cultures of South America*. Praeger Publishers, New York.

ZUCCHI, ALBERTA (1991). "Prehispanic Connections between the Orinoco Amazon and the Caribbean Area". En E. N. Ayubi y J. B. Hansen (eds.): *Proceedings of the Thirteenth International Congress of Caribbean Archaeology*. Archaeological-Anthropological Institute of Netherlands Antilles, Curaçao, parte I, no. 9, pp. 202-220.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

———— (1992). "Lingüística, etnografía, arqueología y cambios de los aruacos en el noroeste amazónico". En O. R. Ortiz-Troncoso y Thomas van der Haminnen (eds.): *Archaeology and Environment in Latin America. Proceedings of the 46th International Congress of Americanists*. Universidad de Amsterdam, Amsterdam, pp. 223-252.

Linguistic overview of insular pre-Columbian Caribbean

Taking into account the most recent archaelogical, historical and linguistic researches, an updated review of the ethno-linguistic communities that inhabited the insular Hispanic Caribbean in times of the European conquest is offered. To define the indigenous components of the insular Caribbean that have participated in the transculturation process that originated the Cuban, Dominican and Puerto Rican national modalities of the Spanish language has been the objective of this research.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

El cemí del tabaco del Museo Antropológico Montané

MARÍA DEL PILAR ZALDÍVAR FERNÁNDEZ

MARÍA DEL PILAR ZALDÍVAR FERNÁNDEZ
Especialista del Museo Montané de la Universidad de La Habana.

INTRODUCCIÓN

El presente trabajo sobre el denominado Cemí del Tabaco surge de la necesidad de recoger la mayor cantidad posible de información sobre la escultura más valiosa de la colección del Museo Antropológico Montané y una de las más relevantes de las Antillas.

Debido al interés que aumenta sobre detalles referentes a la pieza, el Museo consideró necesario reunir la mayor cantidad posible de información sobre la misma y los estudios a los cuales ha estado sometida. Se tratan los aspectos de la ubicación geográfica, la flora maderable y las características del grupo cultural de la región en que fue encontrado el Cemí.

Resulta atrayente el recuento histórico de la pieza, pues por primera vez se da a conocer los datos biográficos e históricos del primer propietario de la escultura y un análisis sobre los posibles motivos por los cuales fue donada a Tomás Estrada Palma y de éste al Museo.

También se recoge las opiniones de diferentes especialistas sobre el polémico tema de la antigüedad real de la escultu-

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

ra, con criterios que fluctúan entre los campos de la arqueología, la historia, la fisiología vegetal, la sociología y el arte.

En las conclusiones expresamos nuestra opinión sobre los diversos aspectos tratados, enfatizando en la idea de que todo intento por reconstruir parte de nuestra primera historia siempre estará expenso al enriquecimiento continuo de nuevos aportes.

RECUENTO HISTÓRICO

La escultura que despierta nuestro interés, es conocida hoy día como Cemí del Tabaco, aunque en las publicaciones aparecidas desde su hallazgo ha sido nombrada indistintamente como divinidad indígena, ídolo de madera, escultura religiosa, artefacto de uso superestructural, gran ídolo antropomorfo, figura exenta,... Al parecer, quien por vez primera le dio el nombre con que lo conocemos hoy, fue el investigador norteamericano Mark Raymond Harrington en su obra *Cuba antes de Colón*,[1] por su tipo husiforme. No debemos pasar por alto que el inicio del siglo XX fue el período de mayor esplendor tabacalero en Cuba, por lo que la Isla comenzaba a identificarse ya con el cultivo del tabaco y es probable que existiera el anhelo de encontrar una representación de la deidad del tabaco en objetos aborígenes y, al notar la forma externa del cemí, se creyera estar ante la presencia de ésta.

El Cemí del Tabaco comienza a convertirse en noticia en la prensa de la época cuando los diarios reportan que el 6 de enero de 1906 había visitado el Palacio Presidencial el señor Casiano E. Lores Lambert, vecino de Baracoa, con el fin de obsequiarle al entonces presidente de Cuba, don Tomás Estrada Palma, una divinidad indígena encontrada en las selvas vírgenes de Maya, Baracoa.

A fines de ese mismo mes vuelve a reflejarse en los diarios la donación del valioso objeto histórico al Museo de la Universidad. En este segundo artículo, algo más explícito, se menciona que la pieza había sido encontrada hacía unos tres años en una caverna rodeada de piedras "diente de perro".

Haciéndose eco de la noticia y conociendo la importancia que para la nueva institución representaba la donación efectuada por don Tomás, el doctor Arístides Mestre, quien fungía en aquellos momentos como ayudante del doctor Montané en el Museo, reseña en las páginas de la *Revista de la Facultad de Letras y Ciencias* una nota en la que declara que "como Ídolo parece ser el ejemplar más importante que tenemos".[2]

No se equivocaría Mestre en la apreciación que hizo sobre el valor de la pieza, pues meses más tarde, en la misma revista, el entonces director del Museo, el doctor Luis Montané, escribe un artículo algo más extenso, destacando que *alrededor* del Cemí se encontraron varias osamentas humanas (huesos largos, cráneos) y anuncia que en otra ocasión hará el correspondiente examen de los mismos.[3] El doctor Montané participó directamente

[1] Mark R. Harrington: *Cuba Before Columbus*, Museum of the American Indian, New York, 1921.

[2] Arístides Mestre: "Donación", *Revista de la Facultad de Letras y Ciencias*, vol. II, 1906, p. 216.

[3] Luis Montané: "El Ídolo de la Gran Tierra de Maya", *Revista de la Facultad de Letras y Ciencias*, vol. III, 1906, pp. 303-304.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

en la gestión para la donación de la pieza y así lo señaló en su artículo: "El respetable patricio Sr. Estrada Palma, obedeciendo a indicaciones mías —lo que mucho he de agradecerle— donó dicho ÍDOLO al Museo de Antropología que poseemos en la Universidad [...]."

En el artículo mencionado anteriormente, Montané comienza el mismo diciendo: "[...] un cubano muy estimable, vecino de Baracoa, y cuyo nombre es bien conocido de todos los que se dedican aquí a las ciencias antropológicas [...]." Cabe preguntarse qué vínculos existían entre Casiano Lores y la antropología. Según testimonios de la familia Lores, entre Casiano, don Carlos de la Torre y Fermín Valdés Domínguez existían fuertes lazos de amistad; don Carlos solía frecuentar la casa de Casiano en Baracoa, en donde se hospedó por los días en que realizaba el estudio sobre la enfermedad de los cocoteros, a la vez que recogía bellos moluscos terrestres conocidos como polimitas. Es muy probable que también Montané tuviera vínculos afectivos con la familia Lores en el tiempo que realizó sus estudios por la zona de Maisí, ya que esta familia era una de las pocas con cierta cultura en aquella época en aquel territorio, por lo cual, conociendo la importancia que revestían estos estudios, de seguro brindarían apoyo a los mismos.

Referente a Casiano, podemos decir que fue una persona instruida, se graduó en los Escolapios de Guanabacoa, en donde se licenció de maestro, carrera que no ejerció, salvo para la educación de los propios hijos.

En 1879, junto a un grupo de baracoenses, se alzó contra el gobierno español; fue apresado bajo el cargo de convenido, que significaba tener participación y dar apoyo a los insurrectos, por lo que guardó encarcelamiento en el castillo Seboruco (hoy hotel Castillo) hasta que fue deportado por un período de cinco años a unas islas africanas, propiedad de España: Chafarinas, Ceuta y Mahón. Estuvo por corto tiempo en España, de donde pudo regresar a Cuba en 1884, con la ayuda de una Fraternidad Masónica, institución en la que se inició en el exilio.

Al parecer, su vínculo con Estrada Palma está relacionado con el hijo mayor de Casiano, Eduardo Lores, quien estudió en una escuela para muchachos latinos que dirigía Estrada Palma en Central Valley, Orange, Estados Unidos. No se descarta la posibilidad que la relación de ambos haya sido, además, por lazos de confraternidad masónica.

Las noticias aparecidas en la prensa de la época no informan exactamente cómo fue descubierta la pieza ni por quién; tampoco ha sido encontrado documento que atestigüe la fecha exacta del hallazgo.

En Guantánamo vive un entusiasta coleccionista de arte aborigen, nombrado Conrado Rojas, quien en su archivo personal guarda unos datos suministrados por Manuel Legrá García, vecino de Pueblo Viejo, quien refiere que en 1898, en plena Guerra de Independencia, un campesino de la localidad de la Gran Tierra de Maya, Maisí, andando de cacería de jutías, se encontró el Cemí, que vendió a un comerciante de Santiago de Cuba.

De acuerdo con testimonios suministrados por los nietos de Casiano, Jacinta y José Ignacio Castro Lores, obtenemos la nueva versión: un asalariado de su abuelo Casiano, incógnito para la historia, halló la pieza en una de las cavernas existentes en la finca Chafarinas, propiedad de Casiano,

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

quien, sabiendo de las riquezas arqueológicas que guardaban esas grutas de Baracoa, había alertado a sus trabajadores que cualquier hallazgo de objetos aborígenes que fuera entregado a su persona, sería debidamente recompensado, como sucedió en este caso, pues el campesino recibió a cambio una res.

A partir del 31 de enero de 1906, cuando pasó a engrosar los fondos del Museo, la pieza ha sido una de las mayores atracciones de las distintas exposiciones que han permanecido en la institución. El Cemí ha despertado el interés de antropólogos, arqueólogos, historiadores, etnólogos, especialistas forestales, microbiólogos, artistas y hasta metafísicos; cada uno ha estudiado la pieza desde su universo.

Artistas plásticos y escultores también se han sentido atraídos por la fuerza expresiva de la pieza. Podemos mencionar a Silva, quien por vez primera hizo reproducciones en yeso; a Roberto Lueges, quien utilizó la técnica de pantografía; a Caridad Rodríguez, con una técnica en vinil sintético; y en la zona de Guantánamo, al escultor Manuel Fernández, que también ha reproducido la pieza en madera, con el propósito de exponerla en el Gobierno de Guantánamo, como símbolo de la provincia. Por su parte, en una serie de ilustraciones de reconstrucción etnográfica, el ilustrador José Martínez dedicó dos grabados a la misma.

No debemos pasar por alto que el Ministerio de Comunicaciones ha dedicado varias emisiones postales, en las cuales se ilustra la imagen del Cemí del Tabaco.

Es oportuno señalar que en los noventa y siete años de posesión de la escultura, ha habido épocas en que la misma no ha permanecido en el Museo Montané. En 1963, con motivo de celebrarse el LX Aniversario del Museo, se emitió una serie postal de sellos de tres piezas aborígenes pertenecientes a la institución, entre las cuales se encontraba el Cemí, que fue expuesto en los salones del entonces llamado hotel Habana Libre.

En 1996, al celebrarse en La Habana la Conferencia Tricontinental, el Cemí pasó a exhibirse en el nuevo Palacio Presidencial por un determinado período de tiempo. En la I Cumbre Iberoamericana, celebrada en Guadalajara en 1990, la escultura viajó al país azteca como símbolo de identidad nacional. En 1994, fue exhibida en París, Francia, en la exposición "El arte de los escultores taínos", celebrada en el Petit Palais.

Como se puede apreciar, el Cemí del Tabaco ha adquirido celebridad internacional, considerándose una de las piezas más representativas del arte aruaco y, sin dudas, del arte primitivo cubano.

FLORA MADERABLE

La flora cubana resultó tan variada que se convirtió en motivo de admiración de los hombres que acompañaron al almirante Cristóbal Colón en sus viajes de reconocimiento, lo cual reflejaron en sus crónicas y cartas, resaltando la diversidad de especies encontradas, algunas nuevas para los europeos.

Al estar Cuba situada geográficamente en medio de corrientes marítimas y aéreas, en el paso de las migraciones de las aves, su flora comprende, además de las especies autóctonas, la mayor parte de las que crecen en las costas del golfo de México y del mar de las Antillas. Fernández de Oviedo recoge cerca de treinta nombres de árboles que crecían en

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

La Española, también comunes en Cuba.[4] Ernesto Tabío, por su parte, recoge ciento veinte especies de plantas, algunas utilizadas por su fruto y otras por las propiedades medicinales, maderables o religiosas.[5] Muchos de tales árboles se mantuvieron con el nombre con que lo conocían los nativos, tales como guayabo, caoba, cupey, caguairan y guayacán, mientras que otros, por semejanza con la flora europea o africana, tomaron nombres impuestos por los europeos, como es el caso del almácigo, arbusto europeo que tiene las mismas cualidades curativas que la hierba denominada de esa forma en las Antillas.

Por estudios efectuados a las colecciones de madera existentes en museos, instituciones y a particulares del país, la mayoría perteneciente a la cultura taína, se ha conocido que, para la confección de bastones, coas, avíos de pesca, dujos e ídolos, empleaban diferentes árboles o las raíces de éstos, tales como cedro, jiquí, yana, icaco, caguairan, cuello de vaga y guayacán; de este último se puede apreciar su preferencia para la confección de dujos e ídolos como el que ocupa nuestra atención,[6] a lo que trataremos de dar respuesta más adelante.

Los especialistas forestales consideran que, para la confección de sus útiles, los nativos debieron emplear todas las maderas que estaban a su alcance —que no se han conservado hasta nuestros días por las características físicas de las mismas, algunas poco resistentes a la humedad—, aunque no se descarta la incidencia de mayor empleo de unas con respecto a otras, como es el caso del guayacán, por razones rituales, ya que durante la conquista los europeos apreciaron las bondades de este árbol por sus diferentes usos, sobre todo en la aplicación médica, a lo que se debió el sobrenombre de Árbol de la Vida. Sobre las diferentes características del guayacán nos ocuparemos más adelante.

DATOS GEOGRÁFICOS

El lugar donde fue encontrada la pieza es conocido como finca Chafarinas, Gran Tierra de Maya, Maisí, Guantánamo, el cual se encuentra enclavado dentro del área aparente de mayor dispersión del grupo cultural taíno, en la subregión fisiográfica que abarca desde la punta de Quemado, cerca de Maisí, hasta la cuenca de Guantánamo por el sur, y hasta el río Mayarí por el norte. Desde el siglo XIX, la región despertó interés arqueológico a partir de los hallazgos de Miguel Rodríguez Ferrer en 1847, durante su viaje al sitio de Pueblo Viejo; en 1890 el naturalista cubano Carlos de la Torre realizó una excursión científica para la recolección de polimitas; entre 1900 y 1914 exploraron la zona Stewart Culin (1901), el doctor Luis Montané (1902) y el arqueólogo norteamericano Theodor de Booy (1914).

A partir de 1915 y hasta 1963, la región de Baracoa fue explorada por diferentes personas, como Mark R. Harrington (1915), que publicó los re-

[4] Oviedo, Las Casas: *Crónicas escogidas*, Ediciones de la Fundación Corripio, Inc.

[5] Ernesto Tabío: *Arqueología-agricultura aborigen antillana*, La Habana, 1989.

[6] Raquel Carrera: *Maderas presentes en objetos aborígenes cubanos*, IV Simposio de Antropología Física Luis Montané, diciembre de 1994.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

sultados en su obra *Cuba antes de Colón*; y Antonio Núñez Jiménez, que exploró la cueva de La Patana en tres ocasiones: 1945, 1963 y 1967. A partir de 1964 la Academia de Ciencias realizó una serie de exploraciones en el área, cuyos resultados se encuentran expuestos en un libro de José M. Guarch.[7]

De estos trabajos mencionados, a nuestro juicio el libro de Harrington es el que más nos acerca a la forma de vida y desarrollo técnico y agrario del grupo taíno, de cuyas manos salió esculpida la escultura del Cemí del Tabaco. El material recolectado por Harrington se componía de hachas petaloides, manos de almirez, piedras bruñidoras, delgadas planchas de piedra arenisca, evidentemente usadas a su vez como raspadores para alisar superficies y como instrumentos cortantes e incisivos para trabajos en concha y madera. Instrumentos como éstos debieron ser los empleados para tallar el Cemí.

Muy interesantes resultan las anotaciones de Harrington sobre el clima de la zona, en las que llama la atención el mayor cambio climático en cortas distancias en la zona de Maisí, desde la seca y cálida costa cerca del Faro, que sube por las terrazas escalonadas, cada una más húmeda y rica en vegetación, hasta llegar a la meseta de la Gran Tierra de Maya, en la cual las abundantes lluvias dan origen a una rica y hermosa flora.

Esta característica de la zona probablemente fue lo que propició la elección de los pueblos taínos por los lugares altos, distantes de la costa, con la seguridad de contar con abundantes lluvias que beneficiaran sus cosechas. El territorio también cuenta con abundantes cuevas, que debieron ser utilizadas como abrigos naturales en caso de inclemencias atmosféricas y donde además se abastecían de agua potable.

Con respecto a las cuevas, es poco probable que se emplearan como habitación permanente, puesto que conocían la técnica de construcción de bohíos, fabricados en terrenos denominados bateyes, en los cuales desarrollaban la mayoría de las actividades sociales. En las costumbres funerarias del taíno, las cuevas se usaban como nichos de sus muertos; cuando era factible, sellaban la entrada con piedras, haciendo inaccesible el paso a esos lugares. Completamos estas anotaciones recordando que Baracoa fue la primera ciudad fundada por los españoles en 1512, que allí precisamente fue donde por vez primera se encontraron las dos culturas, lo que pudo dar lugar a que este Cemí permaneciera escondido hasta 1903 en que fue encontrado, bien porque, en su afán de que no les profanaran a sus antepasados, lo ubicaran de tal forma que a simple vista no fuera descubierto, bien porque la gruta en cuestión se encontrase en un lugar bien apartado, de difícil acceso, por lo que sería escogido como centro funerario ceremonial, en el cual realizaban una serie de actividades de tipo religioso.

Sí resulta innegable que las condiciones climáticas, con tierras fértiles y exuberante vegetación, como las de la Gran Tierra de Maya, constituye una evidencia positiva de que el grupo humano que habitó aquella zona debió tener prosperidad económica suficiente como para poder dedicar parte de sus fuerzas productivas al desarrollo y florecimiento de su mundo superestructural, como forma de expresión de agradecimiento al tótem o antepasado

[7] José M. Guarch: *El taíno de Cuba*, La Habana, 1978.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

de su grupo que propiciaba suficiente abundancia. El arte no fue solamente reflejo del proceso laboral, sino parte integrante de éste, pues una economía generadora de una mayor acumulación de excedentes da paso a un mayor refinamiento tecnológico.[8]

DESCRIPCIÓN DE LA PIEZA

Los taínos que habitaron la isla de Cuba, procedían del tronco aruaco de la parte norte de América del Sur, que emigraron hacia las Antillas ocupando las islas de Puerto Rico y La Española a partir del siglo V n.e. y posteriormente llegaron a la parte oriental de Cuba en diferentes oleadas migratorias desde el siglo VIII hasta la llegada de los conquistadores europeos. Como ajuar religioso tenían una amplia gama de ídolos de piedra, concha, barro o madera, como es el caso de la pieza que estamos estudiando, la cual denota el alto nivel técnico del artífice que la confeccionó.

El Cemí del Tabaco (ver página 195) es una de las esculturas de madera de mayor tamaño encontradas en las Antillas Mayores, con elementos del arte ritual aruaco, de forma humana esquematizada, acuclillada, en la cual se destacan la utilización de la greca que corona la parte superior de la pieza: una diadema frontal, expresión de jerarquía; un rostro logrado por la incrustación de conchas para destacar ojos y dentadura; el ombligo situado en el centro de la figura humana; el sexo masculino; las extremidades superiores y las inferiores, que terminan la figura en abultados tobillos por los laterales; y por la parte posterior se destaca la columna vertebral. La pieza en conjunto es husiforme, con los extremos aguzados, forma que dio origen al nombre con que se conoce actualmente.

Pasemos a estudiar por parte los motivos utilizados para realizar esta escultura.

En la parte superior ostenta un adorno en forma de aro de seis centímetros de ancho, que rodea toda la pieza, logrado por medio de dibujos geométricos, dos triángulos paralelos con líneas paralelas transversales a los lados, situados al frente de la figura, al centro del cual hay un círculo perforado, y de forma coordinada tres círculos más, rebajados en su interior, profundidad que pudieron ocupar incrustaciones de concha o guanín; el círculo central y el de la parte posterior tienen una circunferencia interior de tres milímetros. Estos detalles denotan el perfeccionamiento logrado por el artífice que esculpió la pieza, que en poco espacio conjugó círculos, triángulos y líneas transversales de real belleza e impacto. Este aro es sellado por ambos extremos por una franja de cinco centímetros de grosor, en alto relieve.

ROSTRO Y DIADEMA

En la parte anterior de la pieza, a la altura de la representación de los hombros de la figura, aparece esculpido el rostro, de forma ovoidal.

En semicírculo, limitando la parte superior de la cara, aparece un cintillo en forma de diadema, conformado con los mismos motivos geométricos de círculos perforados y triángulos que el aro superior. Los triángulos aparecen alternados con las bases, unas veces hacia arriba, otras hacia abajo.

Es interesante constatar la perfecta distribución de las figuras geométricas in-

[8] Daisy Fariñas G.: *Religión en las Antillas*, Editorial Academia, 1995.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

tercaladas con líneas transversales tanto en el aro superior como en la diadema; en el primero emplea cinco líneas diagonales para separar cinco triángulos; en la segunda, redujo las líneas a cuatro para separar diez triángulos, que le dan un acabado artístico perfecto.

Esta diadema presenta en su parte media 3,5 centímetros de ancho; el adorno interior es de 1,2 por 1 centímetro de ancho en sus franjas más sobresalientes. La diadema culmina sus extremos con unos círculos de cuatro centímetros de ancho, con un círculo interior de tres centímetros, en el que se aprecia la huella de alguna sustancia resinosa que debió servir de pegamento de algún adorno de concha o guanín con la madera. También aparece una figura sinusoide en el extremo de la misma, que pudiera representar el lóbulo de la oreja.

Frente. La frente es amplia y abultada, de nueve centímetros de alto (tomado a partir de la diadema hasta la nariz). Es interesante observar la frente de perfil, pues a nuestro juicio no se observa la deformación frontooccipital que los taínos aplicaban a sus cráneos de forma artificial. Curioso resulta observar que por regla general ninguna de sus deidades tiene representada la deformación; por tanto, una vez más constatamos que los taínos contaban con un estilo definido para la ejecución de sus esculturas.

Cejas. Esta parte del rostro puede considerarse como tal si se toma como su expresión la línea divisoria entre la frente y los ojos. Estas líneas dan la impresión de un gesto fruncido, de seriedad o circunspección, que le da realce a la fuerza que emana de la figura.

Ojos. Están expresados en bajorrelieve, de seis centímetros de largo, de forma romboidal, con incrustaciones de concha en el ojo derecho, que simulan este órgano visual. En el ojo izquierdo que falta, todavía se observa vestigios del pegamento resinoso empleado para pegar la concha a la madera. La cavidad ocular presenta un reborde que pudiera simular el párpado.

Nariz. Aparece ubicada simétricamente entre los ojos, con buena proporción de tamaño, pues es de nueve centímetros de largo. Está representada por una elevación de menor a mayor, de forma semicónica, cuya parte inferior termina en unas depresiones y un reborde que indican las ventanas y aletas de la nariz.

Boca. Con 2,3 centímetros de separación respecto a la nariz, aparece representada la boca, de forma rectangular con ángulos redondeados de dos centímetros aproximados de alto y seis centímetros de ancho. Fue tallada profundamente para incrustar en ella una dentadura que debe haber sido de la misma forma que la cavidad bucal. Los taínos acostumbraban representar los dientes bien en la misma pieza escultórica, bien en pieza independiente para pegar. Este detalle de los dientes, que figura una boca abierta, le daría al rostro una expresión de agresividad, si aún mantuviera este aplique.

Partiendo de la nariz, podemos ver unas líneas transversales que marcan la comisura de los labios y destacan los pómulos; culmina la representación del rostro con la delimitación de éste por medio de una línea en semicírculo, que se une con la diadema.

OMBLIGO Y PENE

A la distancia de cinco centímetros por debajo de la línea demarcadora del

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

rostro, aparece un sello, con una depresión central, que representa la cicatriz umbilical, que mide tres centímetros de diámetro.

En todos los tiempos el hombre ha sentido curiosidad por el ombligo. Así vemos que en tiempos del Renacimiento consideraban que éste era el estigma del pecado, bien visible en nuestros vientres. Por su parte, los musulmanes plantean en su mitología que el Maligno, al ver al primer hombre creado por Alá, como muestra de ira y desprecio escupió en su abdomen, creando de esa forma el ombligo.

Como se aprecia, desde sus posibilidades intelectuales el hombre ha tratado de explicar la importancia y origen de este conducto, que al nacer mantenemos abierto y sirve de comunicación directa con la progenitora en la vida prenatal, encerrando un vínculo misterioso entre la naturaleza y el hombre.

El ombligo se vincula con un sinnúmero de conceptos mágicos, místicos y míticos; su estudio es parte importante de la historia de las religiones y, por tanto, del pensamiento filosófico.[9] Desde épocas inmemoriales el ombligo, por su emplazamiento en el cuerpo humano, se ha convertido en símbolo del centro de cualquier centro celeste, terrestre o imaginario, en su proyección cosmogónica. Centro y ombligo se igualan.

En la cosmogonía de los antiguos, en ambos mundos el ombligo es el lugar sacratísimo de la creación, el único punto donde es posible la comunicación con la morada de los muertos y de los dioses: inframundo y cielo.

En el mundo mental de los indígenas amazónicos contemporáneos abundan las equiparaciones entre el cuerpo humano y el universo, lo que hace pensar que la concepción antropocósmica fue también patrimonio de nuestros antepasados, entre los cuales se destaca el concepto del ombligo-centro como el relicto de una riqueza mental insospechada del hombre primitivo, más íntimamente ligado a la naturaleza y a sus misterios que nosotros.

En las primeras fuentes de información sobre las costumbres de los habitantes de las islas antillanas, encontramos en el capítulo XVI de Ramón Pané[10] que la práctica curativa del behíque también incluía el ombligo como orificio importante por donde podía sustraer del cuerpo del enfermo la enfermedad que lo aquejaba:

> El behíque, sentado solo en la casa del enfermo, daba dos vueltas alrededor de éste, se le ponía delante, lo agarraba por los pies, después tiraba de él fuertemente, como para arrancarle alguna cosa, después de otros movimientos chupa al enfermo por el cuello, el estómago, la espalda, las mejillas, el pecho o por el vientre. Hecho esto, comienza a toser como si hubiese comido alguna cosa amarga y escupe en la mano y saca lo que se había metido en la boca ya sea piedra, o hueso, o carne.

Pero para esta cultura, el ombligo también tiene otra interpretación relacionada con el umbral entre los vivos y los muertos. En el capítulo XIII el mismo Pané plantea:

> Dicen que durante el día están recluidos (los muertos), y por la noche salen

[9] Tibón Gutierre: *El ombligo como centro cósmico. Una contribución a la historia de las religiones*, Fondo de Cultura Económica, México.

[10] José J. Arrom: *Relación acerca de las antigüedades de los indios*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1990.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

a pasearse, y que comen cierta fruta, que se llama guayaba y por la noche se convertían en fruta, y que hacen fiesta, y van juntos con los vivos. Y para conocerlos observan esta regla: que con la mano le tocan el vientre, y si no les encuentran el ombligo, dicen que es operito, que quiere decir muerto; por esto dicen que los muertos no tienen ombligo. Y quedan engañados algunas veces, que no reparan en esto y yacen con alguna mujer de las de Coaybay. Y cuando piensan tenerlas en los brazos, no tienen nada, porque desaparecen en el instante... Y esto lo creen todos en general tanto chicos como grandes; y que se les aparecen en forma de padre, madre, hermanos o parientes y en otras formas.

Como se ha podido apreciar, existen tres ideas fundamentales sobre la importancia del ombligo: a) relacionada con el ombligo como centro; b) como orificio por donde se sustraían las enfermedades y c) el ombligo como frontera entre los vivos y los muertos.

Veamos a continuación las características que presenta el ombligo de la pieza en estudio. Mide tres centímetros de diámetro, algo abultado y con reborde de un centímetro de ancho. Este abultamiento es una de las formas expresivas de la plástica aruaca, que podemos notar en los idolillos y otros cemíes. Quizás la exageración de la representación umbilical denote lo mágico y sagrado que representa tanto el punto de curación como la pertenencia de la figura antropomorfa esculpida a un espíritu vivo. Pero lo que nos llama fuertemente la atención es que, al hacer las mediciones pertinentes a la pieza, nos percatamos de que el punto medio del ombligo es la mitad de la medida entre el punto medio del arco de la diadema, o sea la culminación de la cabeza de la figura, y la parte en donde está representada la base de la misma. Esta exactitud de medidas revela que para nuestros aborígenes existía también el concepto de centro: el ombligo como centro del hombre, el hombre como centro del mundo.

A seis centímetros del ombligo se aprecia un abultamiento de la madera, que representa el pene del individuo tallado, de nueve centímetros de largo: seis de pene y tres de testículos. Se destaca además una división que media entre ambos. El pene está expresado en forma erecta, lo que pudiera sugerir una figura viril, potente y fecundante.

TOBILLOS Y PIES

Los tobillos se representan en forma de abultamientos en los laterales inferiores de las piernas, pero no en la posición normal de este hueso, sino posterior a las piernas. Para algunos autores, los aborígenes tenían presunción de que las pantorrillas manifestaran un grosor más de lo regular, para lo cual usaban ligaduras para retener la circulación y producir el deseado engrosamiento de las piernas.[11] Otros autores opinan que entre las enfermedades comunes de los aborígenes estaban los problemas renales, que también producen engrosamiento de las piernas y, por ende, de los tobillos. Al respecto, Humboldt alude a las deformaciones como una tendencia que tenían los pueblos americanos de atribuir la idea de hermosura a todo cuanto

[11] Lelia Delgado: *Seis ensayos sobre estética prehispánica en Venezuela*, Caracas, 1989.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

caracteriza la fisonomía nacional. Lo cierto es que en idolillos, hachas ceremoniales e ídolos, los tobillos siempre se resaltan, aunque los pies se expresen sólo en forma esquemática.

La parte de la pieza que debe representar los pies, se encuentra algo deteriorada, por lo que no puede distinguirse claramente su digitación: aparecen varias incisiones verticales que nos sugieren raíces de un árbol penetrando en la tierra. Tanto es así que por la parte posterior, en el lugar donde debía representarse el calcáneo, la madera se halla lisa, redondeada, sin ningún trabajo de talla, como si el artífice hubiera olvidado terminar la pieza, a no ser que el olvido fuera intencional, por lo que la escultura posee una fusión fitoantropomorfa.

COLUMNA VERTEBRAL

Por la parte posterior de la pieza se aprecia lo que fácilmente se identifica como la columna vertebral, otra de las formas expresivas de la plástica aruaca, que se representa en el mayor porcentaje de las figuras antropomorfas, antropozoomorfas en vasijas, botijas o ídolos de barro, piedra, concha o madera.

La columna se extiende desde la parte alta de la diadema hasta la más baja de los glúteos, y está representada por una franja de cuarenta y nueve centímetros de largo, más ancha en la parte superior con 3,5 centímetros de ancho y más estrecha en la parte inferior con 2,5 centímetros. Las vértebras se han marcado por medio de líneas incisas que dividen la franja en doce fragmentos.

Al inicio de las investigaciones, este número de vértebras nos sugirió la idea que quizá se haya querido expresar ciclos lunares (muy aproximados al calendario gregoriano) y que el total expresara doce ciclos lunares o, lo que es lo mismo, un año gregoriano, pues es evidente que debió existir una especie de calendario por el cual se dividía el tiempo, las épocas de sus cosechas,...

Es oportuno recordar que otros ídolos y vasijas con representación antropomorfa destacan el detalle de las vértebras, pero no siempre coincide la cantidad numérica. Entonces observamos que todas las piezas que analizamos representaban a figuras encorvadas, muy inclinadas hacia delante y acuclilladas; de esa forma es evidente que en la espalda se marquen *n* número de vértebras, cuya cantidad visible dependerá de la estatura y grado de inclinación que presente la figura.

Por lo antes expuesto, hasta tanto no se tengan conocimientos más profundos sobre la división del tiempo entre los aborígenes y su relación con algún mensaje, nos limitaremos a pensar que estamos simplemente ante la presencia de una columna vertebral muy curvada, quizás por estar el sujeto representado durante el rito de la cohoba.

Si aceptamos como válido todo lo anteriormente planteado, entonces debemos considerar que la escultura consta de una base, que es la que tendría aspecto husiforme, más la interior, y de una figura antropofitomorfa.

IDENTIFICACIÓN Y DATACIÓN DE LA MADERA

Aunque desde las primeras noticias escritas aparecidas sobre el Cemí se menciona la confección del mismo en madera de

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

guayacán, no es hasta 1992 que científicamente se demuestra que era cierto, contando para ello con la colaboración interinstitucional del Museo Real del África Central, de Bélgica, el Instituto de Investigaciones Forestales de Cuba y el Museo Antropológico Montané.

Para identificar la madera se empleó el método usual para el estudio de la anatomía de ésta. Por comparación con la xiloteca del país, según la clave para la identificación microscópica de las maderas de Cuba (ver Raquel Carrera: ob. cit. en nota 6), se determinó que se trataba de la especie *guayacum linnae*.

De esta primera colaboración de trabajo, se estudió la posibilidad de determinar la antigüedad del Cemí, considerado una de las piezas excepcionales del mundo superestructural taíno, pero que, por su excepcionalidad, precisamente suscitaba dudas sobre la real antigüedad de la misma, ya que algunas personas creían ver rasgos transculturales en la misma.

Estas dudas fueron despejadas al ampliar el marco de colaboración con el Laboratorio de Química Inorgánica y Nuclear de la Facultad de Ciencias de la Universidad Católica de Lovaina, Bélgica. En octubre de 1993, el señor E. Gilot, químico que realizara la datación por C-14, notificó al señor Deschamps los resultados de forma epistolar, que confirman la autenticidad de la pieza y, en documento aparte, el resultado de antigüedad de 1 110 años ± 69 BP y con un intervalo de confianza de 68 %.

También quedó determinado que el Cemí se confeccionó del tronco de un árbol, conclusión a que se llegó tomando en consideración el grosor promedio que alcanzan estos árboles en su edad adulta de cincuenta o setenta centímetros de diámetro.

Es oportuno aclarar que mediante la técnica de datación por C-14 se determina el tiempo de muerte de la materia, pues, si se toma como ejemplo un árbol, éste, como materia viva, contiene siempre la misma cantidad de radiocarbono por gramo de carbono. Al morir la materia, o sea el árbol, termina la ingestión de radiocarbono que se produce en la naturaleza como resultado de la irradiación de aire por los rayos cósmicos. Para contar la edad de la muerte de la materia, se introduce en el contador la misma cantidad de átomos de anhídrido carbónico que de radiocarbono, para poder detectar las radiaciones que emite.

Alrededor de este nuevo dato científico existen diversos criterios referentes a si se considera válido también este fechado para la confección del Cemí. Por la divergencia de criterios, nos dimos a la tarea de apoyar los mismos con opiniones de diferentes especialistas que pudieran aclarar las dudas surgidas.

Los que se inclinan a conferir la misma antigüedad a la talla que al resultado de C-14, como fundamento se basan en las costumbres de los habitantes de La Española, recogidos en el capítulo CXX "De los ídolos que veneraban los indios de la isla Española", escrito por fray Ramón Pané: "De éstos [los ídolos o cemíes] eran algunos de madera y otros de piedra." Los de madera, cuenta fray Ramón Pané, los fabricaban de esta manera:

> [...] cuando algún indio iba caminando y veía algún árbol que con el viento más que otro se movía, de lo cual el indio tenía miedo, llegábase a él y preguntábale: ¿Tú quién eres? Y respondía el árbol: "Llámame aquí a un behíque y él te dirá quién soy." [...] Venido aquél, llegábase al árbol y asentado

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

junto a él, y hecha cierta ceremonia, levantábase y referíale las dignidades y títulos de los mayores señores que había en la isla, preguntábale: Qué haces aquí, Qué me quieres, Para qué me mandaste llamar? Dime si quieres que te lleve, porque yo te haré una casa y una labranza. El árbol entonces le respondía lo que quería, y que lo cortase, y daba la manera como le había de hacer la casa y la labranza y las ceremonias que por el año le había de hacer. Cortaba el árbol y hacía de él una estatua o ídolo de mala figura, porque comúnmente hacían las caras de gestos de monas regañadas, hacíale la casa y labranza, y cada año le hacía ciertas ceremonias, al cual tenía como oráculo, preguntando y sabiendo de él las cosas futuras de mal o de bien, las cuales él después a la gente común predicaba.

Pero este episodio no debe tomarse como concluyente, pues en el mismo libro, en el capítulo XXXIV, se refiere otra costumbre de cómo hacer un ídolo:

[...] Dicen que un día, antes que la isla fuera descubierta, en el tiempo pasado, no saben cuánto tiempo hace, andando de caza, hallaron un cierto animal, tras el cual corrieron, y él huyó a un hoyo y mirando por él, vieron un leño que parecía cosa viva. De donde el cazador, al ver esto, corrió a su señor, que era cacique y padre de Guarionel, y le dijo lo que había visto. Luego fueron allá y encontraron la cosa como el cazador decía; y cogido aquel tronco le edificaron una casa [...].

Por lo visto, había más de una forma de escoger los árboles de los cuales saldría la materia prima con el objetivo de confeccionar sus ídolos; además, podemos concluir que éstos eran creados lo mismo de árboles que pedían que se construyera de él una deidad con ciertas características, o de un tronco encontrado en cualquier lugar, arrancado de la tierra, quizá por cualquier fenómeno atmosférico, como los temibles huracanes, y que por sus creencias creyeran vivo, con alma o espíritu.

Referente a la veracidad de lo escrito por Pané, Fernando Ortiz plantea que no hay que fiarse demasiado de lo que él dice, por varios motivos: no hablaba bien la lengua castellana, por ser catalán de nación, ni tampoco la de los indios, según opinión de fray Bartolomé de Las Casas; por otra parte, por la confusión y absurdidad con que suelen manifestarse los mitos.[12]

Del otro lado de los criterios, los especialistas forestales consultados consideran que la sustancia resinosa que contiene el guayacán y lo lubrica, hace que después de cortado el árbol, o tumbado por algún fenómeno atmosférico, pueda conservar sus características físicas en un margen de tiempo hasta de cien años. Si sumamos a esto las características naturales del guayacán y las condiciones ambientales de los bosques, en estado casi virgen, con espeso follaje, aumentaría la posibilidad de ser trabajado escultóricamente hasta con instrumentos líticos tan rudimentarios como las hachas petaloides, los raspadores y las herramientas de sílex.

Opinamos que la antigüedad de la pieza no tiene necesariamente que coincidir con el fechado por C-14. Creemos que por el grado de perfeccionamiento que tiene la escultura a nuestro juicio, fue confec-

[12] Fernando Ortiz: *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*, Universidad Central de Las Villas, 1963.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

cionada más cerca del siglo XV, antes de la conquista, pues todos los rasgos estilísticos analizados, como las medidas y los motivos empleados, no presentan influencias del arte que trajeron los europeos y más tarde los africanos y de otras latitudes. Puede incluso caber la posibilidad de que no fuera confeccionada en nuestro país, sino traída desde La Española o Puerto Rico, pues de seguro cuando ellos se trasladaban de territorio, ya por conveniencia de buscar mejor vida, ya por huir de los agresores, debían llevar consigo lo más preciado para su comunidad: sus ídolos y otros útiles necesarios.

MITO, RITO Y RELIGIÓN

El surgimiento de las ideas y las prácticas religiosas está vinculado con el desarrollo de las fuerzas productivas y de las relaciones sociales más complejas, en las que el hombre ya gozaba de una economía generadora de mayor cantidad de excedentes agrícolas, lo cual le permitía contar con cierto tiempo libre para emplearlo en otras labores, como la artesanía ritual. Esta labor, en la que se interrelaciona estrechamente arte y religión, era realizada, según consta en los escritos de los primeros cronistas, por profesionales (específicamente el behíque para la confección de cemíes). Por su parte, la existencia de estas personas con ciertas labores especializadas evidencia que ya se estaban sentando las bases para el surgimiento de una división social del trabajo, etapa en la que aún no se encontraban los grupos aborígenes antillanos. Tal planteamiento se patentiza en el arte religioso, el cual posee divinidades no concebidas como dioses (propio de sociedades clasistas), sino con poderes atribuidos que los asemejan más bien a un jefe tribal, a un antecesor de su comunidad, por lo cual es posible presionarlo y hasta controlarlo de cierta forma mediante definidos ritos mágicos.[13] Cabe señalar que también existían deidades no relacionadas con los antepasados de la tribu, como los dioses del agua y las tempestades o el espíritu de ciertos productos agrícolas o árboles con propiedades especiales, como el caso del árbol de guayacán.

El mito —con su función gnoseológica de transmitir a través de él conocimientos, nuevas técnicas y experiencias acumuladas en la comunidad— está inserto en la religión y es una forma de exteriorización de la necesidad de conocer el mundo y sus leyes, comprender su origen y el de la sociedad. Por medio de los mitos y personajes mitológicos, el hombre conformaba su árbol genealógico en su afán de dar pasado, presente y futuro a su historia y a las leyes que regían el ordenamiento de su mundo.

La mitología aruaca cuenta con diferentes deidades, algunas relacionadas directamente con la vida económica de su comunidad, como Yucahú Bagua Maorocote, ser supremo relacionado con su principal cultivo, la yuca; Baibrama, fertilizador de la yuca; Atabey, madre de las aguas; Bayamanaco, poseedor del secreto del casabe y practicante de la cohoba. Otros están relacionados con la vida, las enfermedades o la muerte.

Dentro de este mundo mítico, ¿qué lugar corresponde al Cemí del Tabaco?, ¿qué función desempeñaba dentro de la

[13] Daisy Fariñas: ob. cit. en nota 8.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

comunidad a que pertenecía?, ¿está asociado a la vida o a la muerte?, ¿representa a una divinidad humana o de la naturaleza? A estas interrogantes trataremos de dar nuestra respuesta.

Dentro del culto totémico practicado por los taínos, existieron tótems de tipo fitolátrico, pues se relacionaba la denominación de algunas plantas con los nombres de caciques, tal es el caso de guao, denominación de un arbusto, y Guaora, nombre de un cacique que al parecer asimiló las características de la planta como propias. De este mismo modo y asociados a la fitolatría debieron existir árboles y plantas que fueron venerados por sus características botánicas, atribuyéndoseles poderes sobrenaturales, como pudo haber sido el caso del guayacán, árbol común en Cuba, las Antillas y parte norte de América del Sur.

Las características específicas del guayacán, conocido también como palo santo o *lignum vitae*, lo hacen indispensable para ciertos usos por tener la fibra entrelazada, por lo cual es muy difícil su ruptura o agrietamiento en sentido de la fibra; además, es una de las maderas más duras y resistentes, que suministra una resina que le sirve de lubricante. Tiene propiedades medicinales curativas, pues el ungüento de su resina se empleaba para cerrar heridas y aliviar dolores; de las hojas se obtenía una cocción que se utilizaba para curar enfermedades venéreas.

Por todas estas propiedades, que hacen que el guayacán sea un árbol especial dentro del reino vegetal, es muy probable que se le atribuyera un carácter sobrenatural, tal como se adoraban otros árboles como la ceiba; que al árbol, y por ende a las representaciones en forma de cemí que se obtuvieran de él, se le concediera un alma, un espíritu animado, causante del brote, desde sus entrañas, del líquido resinoso propiciador del alivio y cura de las dolencias que los aquejaban.

RELACIÓN DEL CEMÍ CON EL TABACO

Por el nombre con que se conoce la pieza, las personas la asocian a la planta del tabaco, creyendo encontrar la representación del cultivo en su imagen. Debe recordarse que al principio del artículo se expresó que el nombre se conoce a partir de la obra de Harrington *Cuba antes de Colón*, pero hay otros detalles que indican que no hay relación directa.

Aunque el tabaco se destinaba a satisfacer un hábito, tuvo principalmente una finalidad mágico-terapéutica. Esta planta tiene características narcóticas, eméticas y antiparasitarias. Su uso era en forma de rama, utilizada ritualmente como símbolo de amistad y como emplasto sobre el cuerpo del paciente; en líquido, en forma de cocimientos, tisanas y unturas; en polvo, para esparcirlo por el aire y ahuyentar los malos espíritus; en humo, como sahumerio y como la materialización visible del espíritu o potencia sobrenatural del tabaco, que se manifiesta tanto en los fenómenos estimulantes y narcóticos como en los medicinales.[14]

Ortiz agrega a estas características una teoría sobre las costumbres de los aborígenes cubanos, tan dados a los cultos fálicos: es posible que el tabaco tuviese por su forma un simbolismo priápico; y su

[14] Fernando Ortiz: ob. cit. en nota 12.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

humo, la figuración de la potencia seminal que penetra, fecunda y anima la vida en los casos que era empleado por el behíque, que soplaba el humo sobre las enfermedades o sobre el cemí con el cual quería entrar en contacto.[15]

Para algunos investigadores, incluso los primeros cronistas, que observaron las costumbres de los habitantes de nuestra Isla, el tabaco era la causa y el efecto de las transformaciones eufóricas, y en ocasiones de locura, que sufrían los que participaban en el rito de la cohoba. Por investigaciones posteriores se ha podido determinar que la sustancia alucinógena es producida por una planta denominada *Pictadenia peregrina*, la cual era mezclada con otras sustancias, entre las cuales, según Morales Patiño, podía emplearse el tabaco como fin curativo o de penetración, como plantea Ortiz, al soplar sobre las partes enfermas, pero el tabaco no era el elemento fundamental del rito de la cohoba, con el cual están asociados otros objetos aborígenes, como el platillo sobre el cual se vertía la mezcla del alucinógeno, las pequeñas vasijas de concha trabajadas para poder colocar el polvo, los majaderos-efigies y los inhaladores.

Llegados a este punto se puede inferir que el tabaco pudo participar en el rito de la cohoba como elemento mágico-terapéutico, pero no como agente propiciador de alucinaciones; por lo tanto, la escultura conocida como Cemí del Tabaco, a nuestro juicio, no está relacionada directamente con la planta.

Creemos más bien que se asemeje a la representación del Cemí del Guayacán, una deidad con características antropofitomorfas, un antepasado, espíritu que vive y hace sus milagros por medio de la savia de este árbol, que se resiste a ser cortado de buena manera como cualquier otro, que repele cualquier golpe que se le propine con algún instrumento, al hacer que rebote el mismo; que emana de él, como la sangre en el cuerpo humano, la resina que cura muchos de los males que les aquejaban.

La figura tiene forma humana, pero la base, más que pies, parece ser la representación de unas raíces introduciéndose en la tierra, para absorber del suelo los nutrientes necesarios para la vida, la cual está expresada en el ombligo sobresaliente de la misma. Si existió una deidad que reflejara la veneración de los habitantes precolombinos por esta especie de árbol, el guayacán, sin dudas pudiera decirse que es la que hoy conocemos como Cemí del Tabaco.

CONSIDERACIONES ACERCA DEL USO

Por los primeros informes periodísticos acerca de su hallazgo, se conoce que alrededor de la pieza se encontraron varios cráneos y huesos largos, por lo que pudiera pensarse que el uso de la misma era como urna funeraria, empleo análogo al de las urnas aparecidas en República Dominicana y Haití. Pero cuando observamos detenidamente el interior de la pieza, observamos que el diámetro del aro superior es más pequeño que un cráneo; además, el interior tiene un pulimento que a nuestro juicio se logró por el uso continuado del mismo como mortero con fines rituales, al friccionar contra sus paredes

[15] Fernando Ortiz: ibíd.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

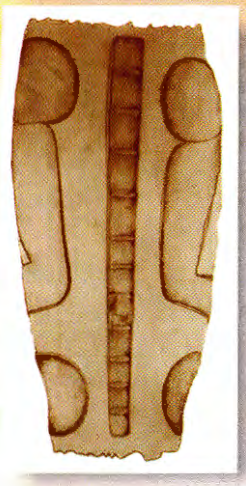
otra materia dura, presumiblemente una mano de mortero. Entonces el interior se utilizaba para triturar algo, posiblemente hierbas medicinales, las mismas hojas del guayacán, con la cual confeccionaban el ungüento o tisana para emplearlo en algún rito propiciador de la salud y en el cual debió participar el Cemí para, en su presencia y con su ayuda, pedir salud y bienestar para el enfermo que lo necesitase.

Es de suponer que el Cemí se mantuviera en una habitación o cueva destinada a actos ceremoniales, a cuyo lugar debía asistir el behíque para hacer uso de sus poderes y magias, y donde debía consultarse o pedirse a la divinidad que atendiera sus ruegos, a la vez que se empleaba el interior del mismo como vasija para preparar la quimioterapia deseada.

Sobre el conocido Cemí del Tabaco o del Guayacán, como hemos expresado en este trabajo, queda mucho por decir, su historia se ha escrito por más de 800 años y continuará interesando a aquellos que intentamos conocer un poco más sobre nuestros Primeros Padres. ■

CASIANO E. LORES LAMBERT.
FOTOS: MUSEO MONTANÉ.

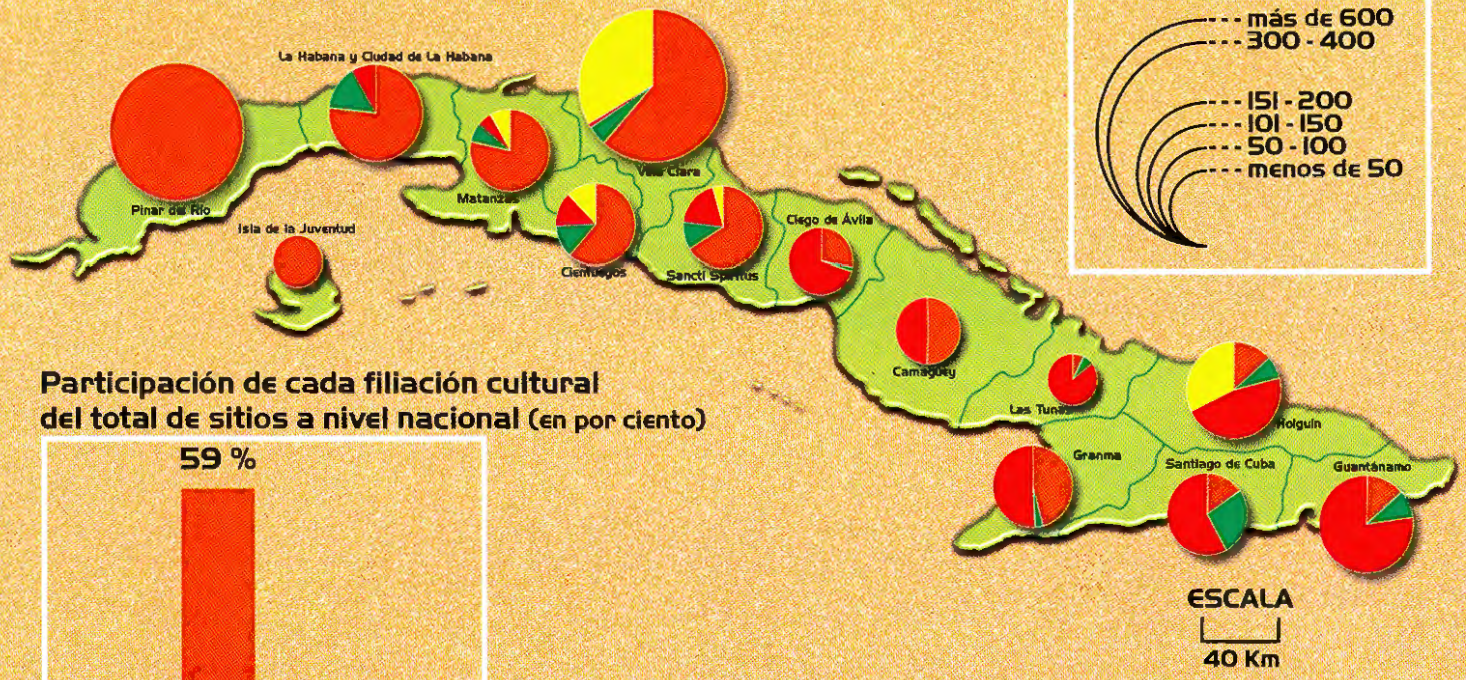
Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com



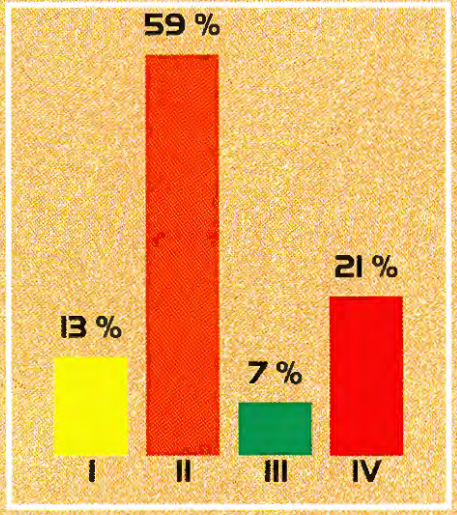
Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

Sitios arqueológicos por provincias

Total de sitios: 2 273



Participación de cada filiación cultural del total de sitios a nivel nacional (en por ciento)



Filiación cultural

- I Preagroalfarero (comunidades con tradiciones paleolíticas)
- II Preagroalfarero (comunidades con tradiciones mesolíticas)
- III Protoagroalfarero (comunidades con tradiciones neolíticas incipientes)
- IV Agroalfarero (comunidades con tradiciones neolíticas)

Cartógrafo: Raúl Rodríguez Solís

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

Clasificación de las culturas aborígenes

Provincias	Preagroalfareros con tradiciones paleolíticas	Preagroalfareros con tradiciones mesolíticas	Protoagroalfareros con tradiciones neolíticas incipientes	Agroalfareros con tradiciones neolíticas	Total de sitios
Pinar del Río		395			395
Ciudad de La Habana y Habana		123	24	13	160
Matanzas	11	105	10	8	134
Villa Clara	204	376	25	5	610
Cienfuegos	14	72	15	16	117
Sancti Spíritus	6	97	16	28	147
Ciego de Ávila		14	1	36	51
Camagüey		26		25	51
Las Tunas		1	1	12	14
Granma		47	3	52	102
Holguín	56	23	13	81	173
Santiago de Cuba	6	19	34	74	133
Guantánamo		21	15	124	160
Isla de la Juventud (municipio especial)		32			
Total por filiación	297	1351	157	474	2247

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.org

Pobladores de Caridad de los Indios, Manuel Tames, Guantánamo.
Fotos: Julio Larramendi

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

Atlas Arqueológico de Cuba:

una estrategia científica para la investigación y la conservación del patrimonio histórico aborigen

DEPARTAMENTO DE ARQUEOLOGÍA,
CENTRO DE ANTROPOLOGÍA

IMAGINARIO

El Atlas Arqueológico de Cuba, obra científica del Centro de Antropología y colaboradores de otras instituciones del Ministerio de Ciencia, Tecnología y Medio Ambiente, el Ministerio de Cultura y la Sociedad Espeleológica de Cuba, aún se encuentra en fase de ejecución. Si bien se espera en los próximos años la introducción de sus resultados en un material cartográfico y textual, puede que, por su esencia de macroproyecto con objetivos supremos de contribuir al desarrollo de la investigación y la conservación del patrimonio arqueológico aborigen, no haya tenido una fecha exacta de inicio, ni se vislumbre su fin.

La historia acerca de la necesidad de esta obra no debe desligarse del desarrollo de la ciencia arqueológica en Cuba en las últimas décadas, ni de los problemas concernientes a la salvaguarda de su patrimonio. Una mirada al pasado nos devuelve los precedentes valorizados con el objetivo de asumir la responsabilidad del presente y los retos del futuro, que no sólo se remiten al ámbito académico, sino que entrañan el compromiso más vasto de la

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

contribución a la historia de la nación cubana.

Una breve exposición de las secciones temáticas convence acerca de la magnitud del contenido del Atlas.

1. *Poblamiento aborigen en el contexto americano.* Abordará las hipótesis del poblamiento de América; la población aborigen ejemplificada en familias etnolingüísticas a finales del siglo XV por áreas geográficas; la configuración física y del clima en el área circuncaribe entre 18000 y 3000 a.n.e.; las hipótesis del poblamiento de Cuba; el encuentro indo-hispánico y las rutas del descubrimiento, la población aborigen a la llegada de Cristóbal Colón; las rutas de la colonización y la fundación de las primeras villas; la rebeldía aborigen y otros acontecimientos históricos del siglo XVI.
2. *El medio ambiente durante la comunidad primitiva.* Representará la biocenosis en diferentes periodos climáticos desde 18000 hasta 3000 a.n.e.; las áreas con recursos fáusticos y florísticos accesibles para la economía de las tempranas comunidades apropiadoras; la fertilidad de los suelos destinados a la agricultura de las comunidades agroalfareras más avanzadas; la habitabilidad del territorio en la Isla; y las fuentes de abasto para las industrias de la lítica y la alfarería.
3. *Antecedentes de censos arqueológicos.* Compilará los diversos censos nacionales o provinciales realizados en la historia de la arqueología de Cuba antes de 1983, como expresión del registro cuantitativo y cualitativo de sitios conocidos hasta esa fecha.
4. *Comunidades aborígenes.* La información más actualizada quedará representada en mapas de sitios arqueológicos divididos por regiones físico-geográficas y por municipios, atendiendo a la clasificación acordada: preagroalfarero con tradiciones paleolíticas, preagroalfarero con tradiciones mesolíticas, protoagroalfarero con tradiciones neolíticas incipientes, y agroalfareros con tradiciones neolíticas. Se incluirán las áreas en las cuales se hayan realizado trabajos de campo, sean excavaciones o exploraciones.
5. *Actividades subsistenciales dependientes de la fauna.* Los mapas de esta sección reflejarán las actividades de recolección, pesca, caza y captura presentes en las comunidades de las diferentes filiaciones socioeconómicas y culturales, a modo de conjuntos de sitios y datos porcentuales que tengan relación con dichas actividades.
6. *Industrias aborígenes.* Se representarán las industrias de la piedra tallada, de la piedra en volumen y de la concha, en conformidad con las características tecnotipológicas de los útiles de trabajo en las distintas filiaciones culturales. Con este objetivo se seleccionan conjuntos de sitios y datos porcentuales de las herramientas predominantes. La industria alfarera se expresa en las filiaciones protoagroalfarera y agroalfarera en sus parámetros tecnológicos y estilísticos de las vasijas y los burenes. Por último, se presentarán catálogos de piezas excepcionales de la arqueología de Cuba, tanto las ubicadas en museos y colecciones de instituciones como aquellas que fueron extraídas del territorio nacional.
7. *Arte rupestre.* En esta sección se presentan las regiones pictográficas de Cuba, así como las cuevas o solapas con

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

dibujos rupestres y petroglifos de acuerdo con la filiación cultural de los ejecutantes. La información contenida en mapas, catálogos y textos recrea además los motivos y diseños más notables, el color, la técnica de elaboración y otras características que se consideren de interés en los distintos contextos arqueológicos.

8. *Costumbres funerarias y rasgos somáticos.* Esta sección contiene los entierros aislados y conjuntos de entierros más significativos de las culturas arqueológicas de Cuba y la indispensable información correspondiente a su ubicación en cuevas o al aire libre, si son de carácter primario o secundario, y agrupados por sexo, edades, tipos de ofrendas y otros indicadores mortuorios. Se incluyen datos en cuanto a la distribución de la población aborigen en la Isla, rasgos somáticos y costumbres que influyeron en el aspecto físico.
9. *Toponimia aborigen.* Los mapas reflejarán la toponimia aborigen más actualizada, como fruto de las labores censales y la consulta de una amplia documentación histórica y bibliográfica. En éstos se observarán topónimos regionales, zonales, orográficos, hidrográficos, litorales, ecológicos y otros. En los textos se hará énfasis en la importancia de la toponimia en función de los trabajos exploratorios y, en lo posible, su conexión con los eventos históricos.
10. *Contacto indo-hispánico y supervivencia aborigen.* La última sección recoge la ubicación de los denominados sitios de contacto donde se han efectuado excavaciones y/o hallado evidencias significativas de supervivencia indo-hispánica, o que sean expresivos del proceso de transculturación; el periodo de existencia de esos sitios; información relativa a pueblos de indios; y por último, las zonas actuales con población cubana descendiente de aborígenes.

Un problema cardinal para emprender los censos arqueológicos y la fase experimental de las primeras representaciones cartográficas, fue el relacionado con la clasificación de las comunidades aborígenes a partir de una valoración de las precedentes o las más utilizadas en nuestros textos. La propuesta final acordada por el Consejo Científico del Departamento de Arqueología no supone una alternativa ni el rechazo a otras clasificaciones, en particular las elaboradas por los maestros Ernesto Tabío (1984) y José Manuel Guarch (1990). La clasificación con propósitos operativos y en función exclusivamente de las tareas del Atlas Arqueológico en gran medida estableció un nexo entre la cultura y los procesos socioeconómicos predominantes en los distintos eventos históricos; sin embargo, en rigor, hizo énfasis en las tradiciones culturales presentes en los registros arqueológicos.

En ese orden, los *preagroalfareros con tradiciones paleolíticas* se identifican con los protoarcaicos o paleoarcaicos de la cultura Seboruco, sociedades de cazadores-recolectores que exhiben como registro principal la industria macrolítica de la piedra tallada. Los *preagroalfareros con tradiciones mesolíticas* comprenden las sociedades de pescadores y recolectores, caracterizadas por las industrias de la concha y de la lítica tallada preferentemente en lascas, y que además conocieron las técnicas de la piedra pulida. En este caso se hace referencia a los guanahatabeyes y ciboneyes de anteriores

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

clasificaciones sobre bases etnográficas. Los *protoagroalfareros con tradiciones neolíticas incipientes* serían aquellas sociedades también de economía apropiadora predominante y con artefactos líticos y de concha semejantes a los del evento anterior, pero que conocieron una alfarería poco evolucionada y tal vez practicaron algunos cultivos. Por último, los *agroalfareros con tradiciones neolíticas* corresponden a los taínos y subtaínos de otras clasificaciones; es decir, las comunidades tardías de agricultores y ceramistas portadores de la piedra pulida y protagonistas del encuentro con el conquistador europeo. En este evento se incluyen los controvertidos registros de la denominada cultura Mayarí dentro de la clasificación de Tabío y Rey (1986), que como es sabido presentan tradiciones económicas y artefactuales más neolitizadas que las atribuidas a los protoagroalfareros y que, además, participan de la misma posición cronológica de los agroalfareros.

Hasta el presente se ha concluido la representación cartográfica de ocho secciones temáticas correspondientes al municipio especial de Isla de la Juventud y a las provincias de Pinar del Río, La Habana y Ciudad de La Habana (unidas), Matanzas, Cienfuegos, Villa Clara, Sancti Spíritus, Ciego de Ávila, Camagüey, Granma y Holguín. Por diversas razones (entre ellas, la interrupción temporal de la obra y la falta de información en ciertos indicadores arqueológicos) aún restan las provincias de Las Tunas, Santiago de Cuba y Guantánamo. No obstante, se sigue trabajando sobre la base de 2 155 sitios a nivel nacional en el último corte de los censos realizados en 1996 y se esperan nuevos reportes que se añadirán en una nueva etapa de ejecución de la obra. Por el momento, el gráfico y la tabla que aparecen en las páginas 196 y 197, constituyen la compilación más actualizada del potencial arqueológico del archipiélago cubano.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

Una punta foliácea bifacial en Guaní, Caibarién

ALFREDO B. PÉREZ CARRATALÁ

ALFREDO B. PÉREZ CARRATALÁ
Delegación CITMA de Villa Clara.

INTRODUCCIÓN

Las puntas de proyectil son artefactos muy comunes en casi todas las comunidades primitivas del orbe. Fabricadas en hueso, concha o piedra, se usaron para darle mayor poder de penetración o impacto a flechas, dardos y lanzas.

Tanto en el Viejo Mundo como en América se reportan puntas fabricadas en piedra, fundamentalmente rocas silíceas, desde el período paleolítico (paleoindio en América) hasta el neolítico (neoindio en América).

En nuestro continente el primer pueblo que fabricó estas herramientas, lo hizo hace entre 13 500 y 12 900 años a.p. (antes del presente) y desarrolló una industria lítica conocida y aceptada universalmente como Clovis; se encontraba en el centro-oeste de Norteamérica (Grosvenor, 2000).

Recientemente se ha descubierto en Monte Verde, Chile, un sitio arqueológico en donde se reportan puntas de proyectil, largas y estrechas, fabricadas en basalto, que han sido fechadas, por asociación con restos de mastodontes y carbón,

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

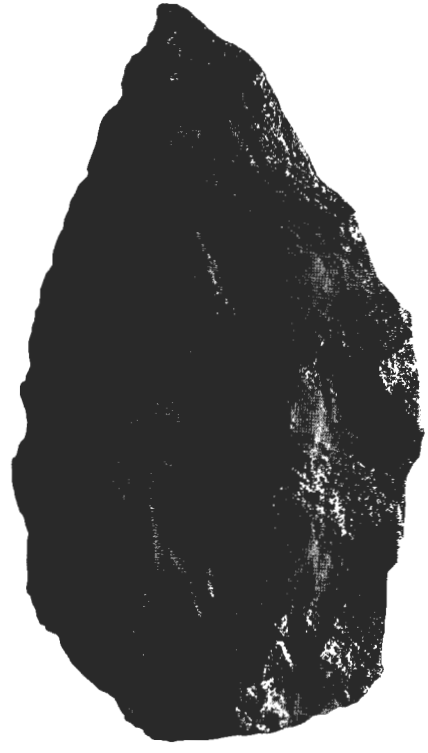
en 14 800 años a. p., lo que constituye un enigma acerca del cual debate la comunidad científica internacional: si se acepta como principal la entrada de los primeros hombres a América por el estrecho de Bering, desde Asia, no más allá de 14 000 años a. p. (ibíd.).

Mucho más cerca de Cuba, en la Florida, han sido halladas puntas foliáceas, de talla bifacial, en todos los períodos de desarrollo de la comunidad primitiva (Purdy, 1981: 53).

El arqueólogo polaco Janusz K. Kozlowski ha señalado que los tipos de puntas foliáceas se encuentran en todas las industrias paleoindias del pleistoceno final y el holoceno antiguo (inferior) de América, a partir de Canadá y Alaska hasta el extremo sur de América del Sur (Kozlowski y Ginter, 1975).

En nuestro país, las comunidades aborígenes desarrollaron industrias de la piedra tallada, que tenían como característica tecnotipológica la talla de puntas de proyectil unifacial, es decir por una sola cara, fundamentalmente la cara dorsal. No obstante, han sido reportadas hasta el presente tres puntas foliáceas con talla bifacial: una en la zona de Yaguajay, cerca de Banes, Holguín; otra en Nibujón, también en la región oriental; y la última en la colección del Museo Antropológico Montané, de la Universidad de La Habana, sin que se haya podido precisar la localidad de procedencia.

El mencionado científico polaco ha dicho de estas piezas que las puntas aparecidas en Yaguajay y Nibujón muestran una influencia mesoamericana, posiblemente de México, que data del primer milenio de nuestra era o de los últimos siglos antes de nuestra era (Kozlowski, 1975: 19). Por otra parte, la punta bifacial, triangular de base rectilínea, que se encuentra en el Museo Antropológico Montané, posee una similitud con las puntas del tipo Belle Glade y denota una influencia de la Florida en nuestro país, de tiempos inmediatamente anteriores a la conquista española (ibíd.).

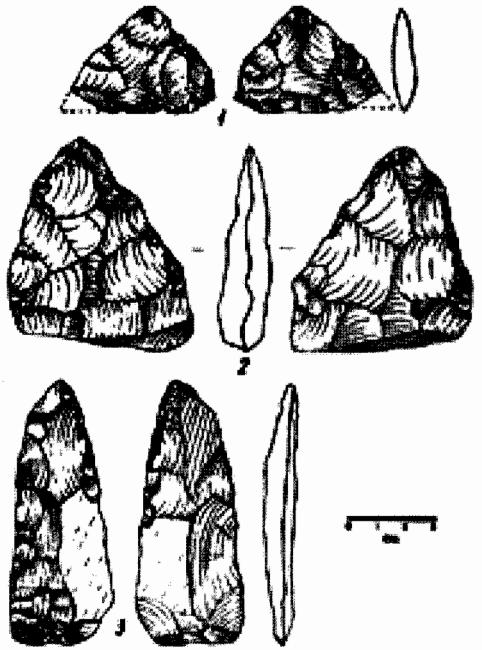


PUNTA FOLIÁCEA.

RESULTADOS Y DISCUSIÓN

En la Sección de Arqueología, en la colección del Museo Municipal de Remedios Francisco Javier Balmaseda, inventariada con el número 2-36, encontramos una punta foliácea con talla bifacial, la cuarta que se reporta en Cuba.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com



PUNTAS FOLIÁCEAS.

La pieza fue hallada en 1967 en la zona de Guaní, Caibarién, por Francisco Guevara, vecino de esa zona, quien la donó al Museo de Remedios, única institución de ese tipo en aquellos momentos en la región.

Esta punta, fabricada en una preforma de lámina, presenta una elaboración bifacial con retoques superficiales. Sus lados son curvos y convergentes en un extremo distal puntiagudo que, aunque no muestra una simetría perfecta, denota una planta lanceolada. La base es recta, aunque algo oblicua; el talón es sencillo, preparado y con una inclinación de 90°; no hay presencia de espiga.

Las dimensiones totales de la herramienta son: largo 9,4 centímetros; ancho 4,8 centímetros; grosor 1,3 centímetros. Su peso es de 109,6 gramos.

El perfil de la pieza es recto, pero el filo presenta una línea sinuosa más acusada en el lado derecho.

El extremo proximal de la punta posee un pedúnculo ancho, bien definido, aunque no muy simétrico.

La materia prima con que se elaboró esta punta, es un hihalobasalto silicificado presente en el afloramiento de la formación de Sagua la Chica, que se encuentra en la región a veinte o veinticinco kilómetros al sur-suroeste del área donde se halló la pieza. Sometida a análisis en el laboratorio de petrografía de la Empresa Geologominera del Centro, se pudo observar que la roca presenta un alto contenido de cuarzo.

En la cara dorsal, zona mesial, hay un orificio (que al parecer es producto de una burbuja de gas durante la formación de la roca) que después se rellenó parcialmente con cuarzo durante el proceso de silificación. En ambas caras se pueden ver manchas de óxido de hierro.

Consideramos que es posible que el enmangamiento haya sido por ajuste, pues al parecer se introduce algo más de un tercio de la pieza.

Por la forma del extremo distal, sección transversal, y el aspecto aerodinámico que presenta, pudo haber tenido una función de penetración; por sus dimensiones y peso debió estar engastada en un astil para usarse como lanza, sin dejar de considerar que en ocasiones pudo haber tenido polifuncionalidad, como cortar, raspar, raer y punzar, ya que se observan huellas de trabajo en sus bordes, sobre todo en el izquierdo.

Experimentos realizados en Europa con puntas de proyectil arqueológicas de casi todas las áreas del mundo, incluso de América, han denotado que las puntas de

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

PUNTAS FOLIÁCEAS.

flecha no sobrepasaban los 5 gramos, para un peso total de la flecha de 30 gramos, mientras que las jabalinas de hasta 158 centímetros, lanzadas con ayuda de un propulsor, albergaban puntas bifaciales hasta 195 gramos (Bergman, McEven y Miller, 1988).

En junio de 1995 se exploró minuciosamente el área del hallazgo de la pieza, empleando el método de marcha ruta en espiral concéntrica. En esa ocasión fueron descubiertos cinco nuevos sitios arqueológicos: dos talleres correspondientes a comunidades preagroalfareras con tradiciones paleolíticas —con una industria similar a Seboruco—, de los cuales ya se habían reportado sitios en punta de Vizcaíno, Cambaíto y la cueva de Sierrezuela; los otros tres sitios corresponden a comunidades preagroalfareras con tradiciones mesolíticas, iguales que los reportados por el grupo de aficionados Cayobarién en Guajabana (muy cerca del lugar del hallazgo de esta punta) desde la década del ochenta.

CONCLUSIONES

Tanto en las zonas próximas a Guaní como en el marco territorial cercano, no se han reportado herramientas que se vinculen tecnotipológicamente con la punta foliácea bifacial, hallada por un campesino en 1967 y que hoy forma parte de la Sección de Arqueología de la colección del Museo Municipal de Remedios Francisco Javier Balmaseda.

No creemos oportuno aventurarnos a formular hipótesis sobre la presencia de esta pieza en esa zona del noreste villaclareño. Pudiera hacerse cuando poseamos más información sobre las demás áreas adyacentes que aún no se han explorado, así como la necesaria comparación con otras industrias similares en la región centroamericana y del sur de Norteamérica. De momento sólo pretendemos hacer el reporte del hallazgo y confirmar lo que dijo Kozlowski hace treinta y un años sobre las posibilidades de descubrimiento de otras industrias líticas en Cuba.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

BIBLIOGRAFÍA

ARDILA CALDERÓN, GERARDO y GUSTAVO POLITIS. "Nuevos datos para un viejo problema. Investigaciones y discusión en torno al poblamiento de América". *Boletín,* no. 23, Museo del Oro, Bogotá, 1988.

BERGMAN, E., MCEVEN y MILLER. "Algunas consideraciones sobre el inicio de la arquería prehistórica". http//www.uned.es/dpto-pha/proyectil/proyectil.htm.

FEBLES DUEÑAS, JORGE. *Las industrias de la piedra tallada de los aborígenes de Cuba.* Ed. Academia, La Habana, 1988.

GROSVENOR, GILBERT M. *et al.* "Los albores de la humanidad. Poblamiento de América". *National Geographic Magazine,* Washington DC, diciembre, 2000.

KOZLOWSKI, J. K. "Las industrias de la piedra tallada de Cuba, en el contexto del Caribe". Serie Arqueológica no. 5, Ed. Academia, La Habana, 1975.

KOZLOWSKI, J. K. y BOLESLAW GINTER. *Técnica de la talla y tipología de los instrumentos líticos.* Ed. Pueblo y Educación, La Habana, 1975.

PURDY, BARBARA A. *Florida's Prehistoric Stone Technology.* University Presses of Florida, Gainesville, 1981.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

Historia de un despojo:

Mark Raymond Harrington y el ídolo aborigen de Patana

ÁNGEL GRAÑA GONZÁLEZ
EUGENIO PÉREZ FERRER

ÁNGEL GRAÑA GONZÁLEZ
Fundación Antonio Núñez Jiménez de la Naturaleza y el Hombre. Sociedad Espeleológica de Cuba.

EUGENIO PÉREZ FERRER
Fundación Antonio Núñez Jiménez de la Naturaleza y el Hombre. Sociedad Espeleológica de Cuba.

Mark R. Harrington nació en Ann Arbor, Michigan, Estados Unidos, el 6 de julio de 1882. Desde muy pequeño se sintió atraído a coleccionar puntas de flechas, cavar y leer libros referidos a los indios. Era muy joven cuando comenzó a trabajar junto al profesor F. W. Putman en el Museo Americano de Historia Natural de la ciudad de Nueva York. En 1915 realizó una exploración arqueológica en la parte oriental de Cuba y un reconocimiento de la zona occidental.

Durante sus exploraciones por la región oriental de Cuba visitó, en la zona de punta de Maisí, un lugar conocido por Patana. Un vecino de este lugar nombrado Benito Mosquera lo acompañó a una cueva que había descubierto anteriormente. De la visita a esta espelunca tomamos el siguiente relato de Harrington, publicado en su libro *Cuba before Columbus* de 1921.

> [...] Al llegar a la entrada, nos sentamos para descansar, fatigados y descorazonados por hallar tan leves vestigios del hombre en una tan maravillosa caverna [...] nuestra mirada se posó en el muro de la cueva tras la laguna, no-

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

tando a plena luz del día, pero parcialmente oculto por una musga vegetación, algunos genuinos y antiguos petroglifos, y algo más atrás otro grabado; nos maravillamos al darnos cuenta de que una gran estalagmita ante la cual habíamos pasado varias veces al visitar la cueva, tenía no sólo esculpida un bien marcado rostro, sino indicaciones de un cuerpo igualmente esculpido sobre ella [pp. 268-269].

Esta estalagmita se encontraba a unos pocos metros de la entrada de la cueva, a donde le llegaban los rayos del sol. Harrington la midió y refirió:

Medía 4 pies de altura; su base, 25 pulgadas de norte a sur y cerca de 7 pies de este a oeste. Tenía una forma alargada, como dos puntas proyectándose hacia arriba; la del oeste más corta, con tres pequeñas cavidades hechas sobre ella que formaban un rostro grosero, consistente sólo de ojos y boca mirando al oeste. La punta mayor y más alta de la formación se elevaba en su extremo oriental y contenía el rostro primeramente descubierto, [...] otro trabajo escultórico, consistente en ranuras, con boca, nariz y ojos claramente marcados, en tanto que otras ranuras sugerían los miembros y las partes genitales del hombre. Igualmente la cabeza estaba rodeada de ranuras que simulaban una banda. Esta imagen miraba al este, y la naturaleza la había colocado de tal manera que a cierta hora de la mañana, por lo menos durante nuestra estancia en junio y julio, un rayo de sol penetraba por una hendidura y caía de lleno sobre el rostro de la figura durante unos minutos. El lado sur de la cabeza tenía marcada una tercera grosera cara, indicada por tres ligeras depresiones. Al lado norte, junto a las ranuras que podían representar una oreja del rostro mayor, existía un cuarto rostro [pp. 269-270].

Sin dudas el hallazgo de esta figura impactó grandemente a Harrington, quien de inmediato pensó en la forma de poder extraer esa importante pieza con el objetivo de llevarla al museo de la Heyes Foundation. El tamaño y sobre todo el peso de la estalagmita, que él había calculado en unas 800 o 900 libras, harían muy difícil su traslado.

Después de meditar sobre la forma de extracción, se le ocurrió al arqueólogo aserrar la pieza en varias partes; por tanto, con la ayuda de Mosquera y otros campesinos se dieron a la búsqueda de dos sierras de árboles y cortaron la pieza en cinco partes.

Una vez realizado el trabajo, las piezas fueron cargadas en mulos y transportadas a Maisí, donde posteriormente se colocaron en cajas de madera, llevadas en una goleta hasta Baracoa, la Ciudad Primada de Cuba, donde fueron embarcadas en un barco noruego que cargaba frutas en esa ciudad y trasladadas a la ciudad de Nueva York. Este hecho sucedió en el año de 1915. Con aquella acción Harrington despojaba al pueblo cubano de poder admirar una pieza genuina de su patrimonio, realizada por nuestros antepasados, al mismo tiempo que impedía el estudio que pudieran haber realizado los investigadores. Contemplaríamos con dolor, al visitar la cueva para su estudio muchos años después, la base de la estalagmita donde pudimos apreciar perfectamente el corte de los cerrotes usados por Mark Harrington.

En su libro *Cuba: dibujos rupestres* (Lima, 1975), Antonio Núñez Jiménez

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

transcribe el artículo "El ídolo de la cueva" de Harrington, publicado en *Natural History* en 1951. El arqueólogo norteamericano relata las vicisitudes para poder sacar el ídolo:

> No pude hacer más que fotografiar el ídolo y los grabados, y cuando regresé a la finca lo mencioné en el informe de rutina que envié al museo. Apesadumbrado pensé que había terminado el asunto. Pero estaba equivocado.
> Un día, al llegar de una excursión, me encontré un cable del director, el doctor Heyes. "Obtenga ese ídolo", era todo lo que decía [p. 210].
> Más adelante, Harrington dice:
> Una vez recibidas sin novedad, las piezas fueron armadas, y el ídolo de la punta de Maisí al fin se puso en exhibición en el Museo del Indio Americano, Fundación Heyes, donde aún puede ser visto en la actualidad [pp. 211-212].

No fue hasta el año de 2001 cuando los autores de este artículo tuvimos acceso a los fondos del Museo del Indio Americano, del Smithsonian Institution, en el Cultural Resources Center, Maryland. Por primera vez, después de ochenta y seis años, ojos de investigadores cubanos pudieron admirar, ver y tocar esta fenomenal pieza, lo que no pudieron hacer los grandes hombres de ciencias cubanos Fernando Ortiz, Antonio Núñez Jiménez, Manuel Rivero de la Calle y muchos otros que dedicaron toda su vida al estudio de nuestras raíces aborígenes.

En nuestra memorable visita vimos las cinco piezas del ídolo sin armar, por lo que dudamos de lo dicho por Harrington en ese artículo.

Mientras observábamos la impresionante obra de arte, nuestras cámaras fotográficas no cesaban de funcionar. El estado de la pieza es inmaculado: los mecanismos de conservación con que cuenta esta importante organización cultural de los Estados Unidos han hecho que éstas y muchísimas otras piezas de Cuba y del mundo se encuentren en las mejores formas de protección.

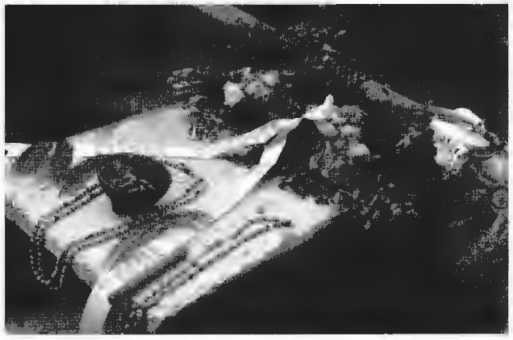
Ángel Graña ante el ídolo de Patana, en el Museo Smithsonian en Maryland. Foto: Eugenio Pérez Ferrer.

Sin dejar de observar esta maravillosa estalagmita, convertida en ídolo por nuestros antepasados, no pudimos contener que por nuestras mejillas corriera más de una lágrima: no pensábamos en nosotros, que tuvimos la hermosa oportunidad de verla y palparla, sino en los millones de cubanos que disfrutarían de igual manera esta hermosa pieza, digna del arte aborigen cubano.

Desde luego, nuestra visita al Smithsonian no se realizó solamente para poder observar las colecciones, sino para puntualizar el proyecto de repatriación de los restos y evidencias aborígenes extraídos de nuestro país por el arqueólogo Harrington, gestión que encabezan, con importantes resultados, el director del Programa de Repatriación, el señor Jim Pepper Henry, y, por la parte cubana, la Fundación Antonio Núñez Jiménez de la Natu-

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

Escena del enterramiento en el cementerio de Caridad de los Indios, Manuel Tames, Guantánamo. Fotos: Julio Larramendi.



Pequeña bóveda construida en el cementerio con sus ofrendas.

raleza y el Hombre, representada por nosotros y la Dirección Nacional de Patrimonio del Ministerio de Cultura de la República de Cuba.

El día 19 de junio de 2002, a las 11 de la mañana se recibió en la Fundación Antonio Núñez Jiménez de la Naturaleza y el Hombre a una delegación del Smithsonian Institution, integrada por Richard West, director del Museo del Indio Americano; John E. Huerta, del Consejo General del Smithsonian; Niki Sandoval, coordinadora; Jim Pepper Henry, director del Programa de Repatriación; y Nancy Oswald, especialista en repatriación. Por la parte cubana, se encontraban Lupe Velis, presidenta de la Fundación Antonio Núñez Jiménez; Eliades Acosta, director de la Biblioteca Nacional; Sergio Pastrana, secretario de la Academia de Ciencias; y numerosos invitados.

La delegación norteamericana hizo entrega a la Fundación, en calidad de custodio, los restos de indios extraídos de Cuba por el arqueólogo Mark R. Harrington a principios del siglo XX, los que posteriormente serían enterrados en el cementerio de Caridad de los Indios, Manuel Tames, Guantánamo.

La ceremonia de enterramiento se realizó el día 9 de enero de 2003: fue sencilla y emotiva, con la presencia de Jim Pepper Henry, Nancy Oswald, funcionarios del Museo del Indio Americano del Smithsonian, el general Francisco González, participantes indios de la Gira del Legado Indígena del Caribe, funcionarios de la Dirección de Patrimonio de Guantánamo, así como vecinos de Caridad de los Indios.

En el libro citado de Núñez Jiménez, éste escribe en 1975 una nota aclaratoria debajo de la frase de Heyes: "Obtenga ese ídolo."

> La frase es todo un reflejo de la prepotencia imperialista yanqui en el ámbito del saqueo patrimonial cultural de los pueblos latinoamericanos. Y así, sin permiso de ninguna autoridad nacional, el ídolo de la Caverna de La Patana salió partido en varios pedazos rumbo a Nueva York, donde todavía se exhibe en el Museo del Indio Americano. Algún día el pueblo norteamericano sabrá devolverlo al pueblo socialista de Cuba.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

¿POR QUÉ CATAURO?

EL CATAURO Y LA JABA

En Cuba se utiliza el vocablo *catauro* para denominar un tipo de cesto hecho de fibras de yagua tejidas, que sirve para transportar frutas, carne y otros artículos, principalmente en las zonas rurales. Esteban Pichardo fue quien documentó por primera vez esta voz como de uso en el español de Cuba. Antonio Bachiller también la registró, pero con las formas de *cataure* y *catauro*; esta última es la que ha pervivido hasta el presente.

Catauro es, indudablemente, un préstamo de las lenguas caribes al español hablado en Venezuela, desde donde nos llegó el vocablo y el objeto que éste designa. El erudito filólogo colombiano Rufino José Cuervo hizo constar el origen cumanagoto (*catabre* o *catabro*) de esta voz y su vigencia en el español de Venezuela y Colombia, al igual que el filólogo venezolano Lisandro Alvarado, quien además de señalar su procedencia cumanagota, la hace proceder, asimismo, de otras lenguas caribes que se hablaron en el litoral venezolano, como es el caso del kaliña (*catauli*) y del gálibi (*catoli*).

Para el acucioso investigador de nuestra cultura que fue ese gran sabio cubano llamado Fernando Ortiz Fernández (1881-1969), la problemática lingüística relacionada con nuestra identidad no escapó a su atención. Por eso, cuando Constantino Suárez publicó su *Vocabulario cubano* en 1921, Ortiz hizo una elogiosa reseña en la *Revista Bimestre Cubana*. Pero como Suárez no incorporó a su obra una serie de voces y expresiones muy cubanas, con las que se tropezaba diariamente Ortiz en su quehacer científico, este último decidió recopilarlas, explicar su contenido y publicarlas en la *Revista Bimestre Cubana* con el título de "Catauro de cubanismos", explicando que:

> Si el vocabulario de Suárez es un apéndice de la decimocuarta edición del *Diccionario de la Lengua Castellana* por la Real Academia Española, este pequeñísimo mamotreto servirá a su vez a manera de apéndice del vocabulario de cubanismos, por donde habrá de serlo del manoseado catálogo académico.

Realmente, la edición seriada del "Catauro de cubanismos" en la *Revista Bimestre Cubana* y su publicación en forma de li-

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

bro, en 1923, adolecen del defecto de no tener el léxico ordenado alfabéticamente. Ortiz explicó que ello se debía a que entregaba a la imprenta las papeletas, según salían de su pluma y, por ello, pensamos, denominó esta sección "Catauro", como un cesto en el que se echan las cosas. También pensamos que prefirió el vocablo caribe —ya enraizado en nuestra lengua— al más "cubano" *jaba*, voz tomada de nuestros aborígenes para referirse a una cesta similar, ya que este último tenía cierta connotación despectiva en aquel entonces, puesto que era muy usual en aquellos días la expresión *Salir con la jaba* con el significado de 'pedir limosna', 'empobrecerse', 'llegar a un miserable'.

Debido a la importancia que reviste el *Catauro de cubanismos* en su forma seriada o como libro, la Editorial de Ciencias Sociales dio a conocer, en 1974, una nueva versión. Realmente, el *Nuevo catauro de cubanismos*, como se denomina esta última edición, es algo más que una simple ampliación y ordenamiento alfabético, pues se trata de una nueva versión cualitativa y cuantitativamente superior que en el presente no ha perdido vigencia como obra de consulta para todo aquel que se interese en el estudio del nivel léxico de la modalidad cubana del español.

Por eso la Fundación Fernando Ortiz ha escogido la denominación de *Catauro* para identificar su revista, en la que estudiosos cubanos y extranjeros de la cultura nacional y universal podrán dar a conocer el resultado de sus respectivas investigaciones, para, como dijera don Fernando Ortiz en su momento, continuar abriendo brechas e intentar nuevos derroteros en el contexto actual cubano.

"Histoire Naturelle des Indes" de sir Francis Drake, manuscrito conservado en la Pierpont Morgan Library de Nueva York. Tomado de Bernardo Vega: *Las frutas de los taínos*, Amigo del Hogar, Santo Domingo, 1996.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

Idea de las culturas precolombinas de Cuba.

El primer período de las exploraciones arqueológicas: trabajos realizados por Rodríguez Ferrer*

CARLOS GARCÍA ROBIOU

CARLOS GARCÍA ROBIOU (LA HABANA, 1900-1961)
Doctor en Ciencias Naturales en 1926. Arquitecto y Profesor Titular de Antropología General y director del Museo Antropológico Montané en 1951.

*LA TESIS INÉDITA DE DOCTORADO DE CARLOS GARCÍA ROBIOU: UNA OBRA PARA ANALIZAR***

Carlos Enrique Nicolás de Jesús de Praga García Robiou (La Habana, 1900) es una de las personalidades de la antropología cubana menos estudiadas. Se graduó de doctor en Ciencias Naturales en 1926 y once años más tarde de arquitecto. En la Universidad de La Habana realizó toda su vida científica, desde que matriculó en el curso 1918-1919 hasta su fallecimiento el 23 de enero de 1961. En ella ejerció como escribiente, mecanógrafo, ayudante facultativo interino, Profesor Titular de Antropología General y director del Museo Antropológico Montané, nombrado por el Rector el 2 de julio de 1951.

En 1926 presentó la tesis "Ideas de las culturas precolombinas de Cuba. El primer período de las exploraciones arqueológicas: trabajos realizados por Miguel Rodríguez Ferrer". Con la misma obtuvo el grado de doctor en Ciencias Naturales ante el riguro-

* Tesis para el grado de doctor en Ciencias Naturales.

** A manera de prólogo.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

so tribunal de la Escuela de Ciencias que integraban Víctor José Inocencio Rodríguez Torralba (1888-?), Julio Morales Coello (1883-1970) y Arístides Mestre Hevia (1858-1952).

La obra defendida por el célebre profesor describe las pesquisas emprendidas por el naturalista español Miguel Rodríguez Ferrer (1815-1889), quien viajó a Cuba en enero de 1843, con el objetivo de llevar a la Metrópoli información sobre las características físicas del territorio cubano, la cultura, la civilización y las tradiciones del pueblo. Con el material compilado se editó el Diccionario geográfico, estadístico e histórico de España y sus posesiones de ultramar del político Pascual Hernández.

La tesis de García Robiou es en la actualidad un documento válido, aunque posee un enfoque positivista muy marcado. Para la historia científica de la disciplina permite conocer la literatura antropológica que se utilizaba, las hipótesis y técnicas de arqueología que se dominaban, así como los autores que más influían en la enseñanza. Entre éstos se encontraba el checoamericano Ales Hrdlicka (1869-1943). En sus teorías se basó Robiou para ratificar que no había un hombre auténtico americano, ni cubano, razón por la cual la posible existencia del Homo cubensis, referida por el paleontólogo argentino Florentino Ameghino (1854-1911), quedó descartada. Estos postulados, que ocuparon un espacio en la antropología desde finales de la decimonónica centuria hasta los inicios del siglo XX, fueron aclarados para siempre por el alumno disertante.

La tesis de García Robiou contempla gran parte de la bibliografía antropológica de su tiempo, puesto que consulta a Mark Raymond Harrington (1881-?), Juan Luis Epifanio Montané Dardé (1849-1936) y Arístides Mestre. Fue Robiou un hombre justo que valoró el trabajo de Juan Antonio Cosculluela Barrera (1884-1950) y en particular el libro Cuatro años en la Ciénaga de Zapata, editado en 1918. Esa obra constituyó un vuelco en el análisis de las sociedades comunitarias que poblaron el Caribe antes de la llegada de los europeos.

Robiou fue un estudioso y un defensor de las culturas prehispánicas de Cuba y de América, recuperó parte del patrimonio nacional existente en otras latitudes y fomentó las colecciones en la Universidad para la docencia. Le correspondió a él transformar la enseñanza de la antropología, preparar nuevos programas y enfrentar el reto que implicó traspasar la disciplina de los médicos a los naturalistas, pues desde el siglo XIX habían sido los galenos los que la habían conducido.

Constituye siempre la obra de Carlos García Robiou un espacio de luz y sombra en el cual debemos encontrar respuestas a las grandes incógnitas que nos depara el período republicano de la antropología.

ARMANDO RANGEL RIVERO

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

Resulta en realidad difícil poder determinar claramente la prehistoria de un pueblo si se tiene en cuenta que los documentos de un género u otro, en donde podemos obtener ciertos datos, escasean, no porque éstos dejen de existir, sino porque la mano del hombre, en su afán de descubrir e investigar, haya tenido o no suerte en estos descubrimientos, no ya desde el punto de vista científico, sino sobre todo desde el punto de vista de relación, pues de nada sirve encontrar un objeto que haya pertenecido a razas cuya existencia haya sido anterior a nosotros, o restos fósiles o no fósiles de animales o de individuos mismos, si éstos se hallan aislados y sin poder relacionarlos con ciertas circunstancias que, unidas, nos puedan dar el hilo de hechos ocurridos con anterioridad a nuestras investigaciones.

Con respecto a la antropología prehistórica cubana ha pasado algo semejante, pues si bien es verdad que contamos con que nuestros antepasados nos han dejado restos de sus civilizaciones, en algunos casos estos documentos históricos no bastan para establecer conclusiones absolutas o categóricas sobre ciertos hechos que no pasan de ser suposiciones más o menos fundadas. Esta falta de pruebas ha dado origen a la discrepancia surgida entre autores notables, discrepancia que por fortuna no ha sido grande y que tiende a desaparecer a medida que el tiempo pasa y que nuevas investigaciones y nuevos descubrimientos van poniendo de manifiesto lo cierto o lo verdadero.

Teniendo en cuenta lo expresado anteriormente, vamos a entrar en la materia de la tesis.

América no es autóctona —como lo acaba de demostrar el sabio antropólogo Ales Hrdlicka, del U.S. National Museum—, luego Cuba tampoco lo es; ahora bien: veamos cuál ha sido la procedencia de los primeros pobladores de esta Isla.

Hay varias teorías para explicar el origen de los primeros habitantes de Cuba: ya por la semejanza que existe entre los restos de otras civilizaciones y en territorios cercanos, o por la proximidad de radicación entre dos pueblos determinados y, como lógica consecuencia, la existencia del último por el ensanchamiento del ya establecido a los lugares más próximos; verdaderas migraciones ya con el fin de nuevos descubrimientos o nuevas conquistas: lo primero, para encontrar lugares más apropiados para vivir, por las comodidades que les represente desde múltiples puntos de vista, tales como flora, fauna, condiciones climáticas, abrigo y condiciones topográficas; y lo segundo, para satisfacer la ambición humana, en su afán de mejorar y engrandecerse por diferentes medios.

No siempre este principio es cierto, pues, por ejemplo, se han encontrado hachas de piedra en Europa, muy semejantes a las encontradas en Cuba, sin que esto quiera decir que tengamos relación directa con los hombres primitivos que fabricaron estas hachas en el viejo continente. Así, a pesar de haberse desarrollado en la península de Yucatán, en México, la cultura maya, una de las más florecientes e importantes de la América precolombina, y estar esta península situada geográficamente tan cerca de la isla de Cuba, no dejó sentir en lo absoluto ni la más ligera influencia de sus adelantados pobladores.

En Cuba se ha podido comprobar que han existido varias clases de culturas de origen muy diferente, lo que supone que no fue uno sólo el lugar de donde procedieron nuestros aborígenes. En efecto, si

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

nos detenemos a analizar los restos de osamentas de indios, así como sus utensilios e implementos hallados, a primera vista salta que hay algunos objetos, principalmente los de piedra, que están bastamente tallados y que, junto con ciertos restos de moluscos y conchas, forman un conjunto que es distinto completamente a otro, en donde se ve claramente un pulimento o tallado de las piedras muy superior, así como otros objetos, tales como fragmentos de alfarería, que denotan un grado más de avance en las primitivas manifestaciones de la industria humana.

Se ha dado el caso de encontrarse superpuestas, en diferentes capas geológicas, diversas culturas, sirviéndonos esto para poder establecer su orden de prelación, aunque no es necesaria la superposición, pues auxiliándonos con la geología, la estratigrafía y la paleontología, o en una palabra, de la arqueología en general, podemos determinar, dentro de un límite más o menos amplio, la cronología de los hechos prehistóricos-antropológicos.

Si analizamos el mapa de las Antillas en general, veremos que por la posición geográfica que ocupa Cuba no son muchos los puntos cercanos que puedan dar lugar a la migración en esta Isla. Podemos considerar cuatro grandes derroteros a seguir:

1. Siguiendo la larga cadena de islas que, en el mar Caribe y con el nombre de Grandes y Pequeñas Antillas, se desarrolla y va a parar hasta las islas de Granada y Trinidad, frente a la hoya del Orinoco. Derrotero que es muy aceptable si se tiene en cuenta la corta distancia que hay entre las islas que forman esta cadena, distancia que podían salvar perfectamente en sus embarcaciones sin muchas dificultades; y las posibilidades de comunicación en virtud de los vientos reinantes, así como de las grandes corrientes marinas.
2. Podemos considerar como otra corriente migratoria la procedente de las costas de la Florida y de allí al grupo de islas Lucayas o Bahamas denominado Biminí, o directamente a Cuba, lo que no es tan probable. Este otro origen es motivado por la comparación de restos de culturas encontradas en nuestras vecindades. Como que no nos han quedado de esas culturas nada más que utensilios usados por ellos para distintos fines, fragmentos de alfarería, algunos monumentos de carácter funerario o restos óseos, sólo un minucioso estudio comparativo de la prehistoria de las Antillas en general nos puede dar luz sobre el camino seguido por esas civilizaciones, mediante el cual han llegado a nosotros, pues, con respecto a documentos escritos o tradiciones, los primeros han sido hechos con una escrupulosidad relativa que depende de la aproximación individual de los primeros historiadores, que se limitaban simplemente a relatar lo que veían; y las segundas se han deformado de tal manera que ya no se pueden creer, habiéndose perdido la mayoría.

   Al hacer el estudio comparativo a que nos referimos anteriormente de la prehistoria de la Florida y principalmente de las islas Lucayas o Bahamas, se han encontrado algunos restos de antiguos pobladores de esos lugares que guardan mucha semejanza con los de Cuba; desde luego que hay ciertas diferencias específicas entre esos restos, que son características de cada lugar y le

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

dan un sello especial a los ejemplares encontrados en distintos territorios.

3. Queda otra posibilidad de ruta migratoria, pero es mucho menos probable que las indicadas en líneas precedentes, por lo que actualmente se duda con fundadas razones que haya podido existir: es la que se refiere a Yucatán y el cabo de San Antonio. Bien es verdad que la proximidad de México con respecto a Cuba es grande, pero las diversas investigaciones hechas no han dado una conclusión francamente favorable; tal parece que no ha habido ningún nexo o relación entre los indios mexicanos y los cubanos, pues las culturas de ambos pueblos, tratadas en rasgos generales, difieren notablemente, y ni aun en los tiempos más lejanos se han encontrado huellas que denoten la influencia de las civilizaciones que florecieron en la península mexicana.
4. Habiéndose terminado ya toda posibilidad de migración por no existir más rutas geográficas capaces de tomar en consideración, sólo nos queda, por último, pensar en una unión remotamente probable de la isla de Cuba con el continente americano allá por el fin del período terciario o principios del cuaternario, cuando hubo los grandes acontecimientos geológicos que afectaron a Cuba tan grandemente, originando el aislamiento ya por desprendimiento, ya por sumersión de enormes masas de tierra de la que es hoy nuestra Isla; pero aunque hoy en día se admite la existencia del hombre terciario, se circunscribe esa existencia al viejo continente: más aún, a una región que se encuentra en Asia y que se supone sea el centro de la aparición humana. Por otra parte, como ninguna de las osamentas encontradas hasta ahora en este suelo presenta los caracteres de aquellos hombres primitivos, así como tampoco se han encontrado restos humanos junto con los fósiles animales pertenecientes a esos períodos, es lógico suponer que por aquel entonces la América estaba despoblada y, por tanto, cuando hubo la separación de la tierra, no fue acompañada de separación de pueblos o razas, por lo que es muy difícil que fuera ése el origen de nuestros primitivos y antiquísimos aborígenes.

Una vez que hemos expuesto someramente unas ideas generales de las posibles rutas o derroteros que necesariamente han tenido que seguir nuestros primeros pobladores para justificar su presencia en Cuba, pasemos a estudiar las diversas culturas que han desarrollado nuestros aborígenes en este suelo, a fin de que más adelante, cuando analicemos ciertos objetos encontrados, restos de esas civilizaciones y principalmente los que descubrió y estudió don Miguel Rodríguez Ferrer, podamos por comparación intentar clasificar a qué cultura pertenecen.

CULTURA CIBONEY

La cultura originaria o primitiva de nuestra Isla, de acuerdo con las investigaciones de Rodríguez Ferrer, Fewkes, De Booy, La Torre, Montané, Cosculluela, Harrington y otros autores no menos notables, fue la cultura ciboney; ésta es la que se considera la más antigua que ha habido en Cuba, tan antigua que verdaderamente se pierde en los tiempos más remotos el nacimiento de los indios poseedores de ella

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

y que se denominaron con el nombre de ciboneyes.[1]

Las muestras de la existencia de esta cultura se han hallado esparcidas en todo el territorio de la Isla, pudiendo diferenciarse perfectamente o, mejor dicho, clasificarse con bastante seguridad los útiles de diversas clases que la caracterizan.

Invadió una parte de las Antillas que es importante consignar, sobre todo cuando se trata de estudiar su procedencia.

El centro de irradiación parece que debió ser la península de la Florida, que, como ya hemos dicho anteriormente, presenta ciertos caracteres arqueológicos y aun paleontológicos que tienen semejanza notable con los encontrados en Cuba, tales como restos de moluscos, conchas y algunos montículos de tierra llamados *mounds*, análogos a los terraplenes que aquí han construido los indios.

Cuando se trata de relacionar los indios ciboneyes cubanos con los de la Florida, se cita a los timaquas, seminolas, apalaches, tekestas, etcétera, todos de cultura muy primitiva y de un carácter parecido al de los ciboneyes.

En cuanto a la difusión de la cultura ciboney en las demás islas antillanas, hay algunas dudas de clasificación, pues sufre a cada momento ciertas modificaciones o variantes que aún no están bien estudiadas, por lo que provoca confusiones con otras civilizaciones.

La cultura ciboney forma lo que pudiéramos llamar una cultura paleolítica, ya que fue la piedra toscamente tallada la que constituyó uno de sus caracteres más marcados, además de otros objetos que denotan un gran atraso en sus industrias, y que tuvieron que utilizar por desconocer otro medio fuera de ese natural y primitivo que les brinda lo que ellos perseguían.

La antigüedad de los indios ciboneyes está demostrada perfectamente, pues sus restos se han encontrado hasta en formaciones geológicas muy antiguas; aun más: se han hallado restos de osamentas en estado de fosilización más o menos adelantado. Claro está que la fosilización de los huesos no siempre significa un período de tiempo largo, pues depende de las circunstancias y cualidades del terreno en que estén depositadas; pero en general puede decirse que el proceso de

[1] La etimología de la palabra "ciboney" no está aún bien definida; en efecto: "El P. Las Casas, llama Ciboneyes y también Cibuneyes a los indios de Cuba, asegurando que al ocurrir el descubrimiento, no hacía apenas 60 años que los indios de Haití habían pasado a Cuba y convertido a los Ciboneyes en sus sirvientes, es decir, en naboríes. Parece que la etimología, se refiere al carácter de estos indios, calificándolos de gente simplísima, pacífica, benigna, desnuda, sin cuidado de hacer mal a nadie, añadiendo después que la religión que tenían no era ninguna, porque ni tenían templos, ni ídolos, ni sacrificios ni cosa que se pareciese, sino sólo tenían sacerdotes o hechiceros." A. Zayas: *Lexicografía antillana.*

Luis T. Mendoza, al hacer la traducción de *Documentos inéditos de la India* los llama zibuneyes.

José M. de la Torre, en su *Diccionario topográfico antiguo de Cuba*, al referirse a lo que dice el padre Las Casas, se expresa de esta manera: "[...] es de extrañar que los haitianos, llamaban Siboneyes a los naturales de Cuba, pero no he podido averiguar la etimología de tal nombre."

Muñoz, al hacer la misma traducción de *Documentos inéditos de la India*, dice cibuneyes.

Pero es de notar que todas las discusiones anteriores son más bien de carácter etnológico, esto es, con respecto a las razas y costumbres y no etimológico. Teniendo que añadir que hoy en día se acepta casi unánimemente la expresión "ciboney", entre todos los antropólogos que han estudiado las Antillas en su parte prehistórica.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

fosilización es muy lento y supone muchos años.

Como dato curioso es digno de mencionarse lo siguiente: a pesar de atribuírsele un gran número de años o un origen remotísimo a nuestros antepasados, ninguno de los cráneos encontrados pertenecientes a esos aborígenes presentan los caracteres de la raza de Neanderthal y sí los caracteres mongoloides, lo que viene en apoyo de la teoría de la invasión, a través del estrecho de Bering, de razas asiáticas que originaron más tarde los diversos troncos de familias americanas.

Aunque brevemente, haremos un estudio más detallado de las características principales de los indios ciboneyes.

Los ciboneyes pertenecieron al grupo de las familias trogloditas; esto es, habitaron en las cuevas formadas en las rocas, sobre todo si había cerca algún día y principalmente en todos aquellos abrigos naturales que les brindaban comodidades al establecer su asentamiento, ya que ellos no tenían el afán de la conquista, ni el espíritu guerrero sino, al contrario, eran de carácter bondadoso y de una condición más bien tranquila, tal como nos lo cuentan en las crónicas Las Casas, Oviedo y otros historiadores.

La época en que existieron, se puede denominar francamente paleolítica —desde luego que como carácter local del territorio cubano, ya que probablemente en Europa había sin duda pasado este período, estando tal vez en el neolítico o aun en el empleo de los metales—, ya que sólo emplearon la piedra de una manera basta y sin pulimento. Su cultura se llamó de la costa, por ser en donde más huellas se han encontrado.

No se deformaban el cráneo, como se ha podido comprobar en varias sepulturas ciboneyes estudiadas, y su talla probablemente variaba de 1,50 a 1,60 metros. En Puerto Príncipe, Rodríguez Ferrer halló unas osamentas fósiles pertenecientes a individuos de gran talla, pero no se sabe a punto fijo si atribuirlas a esta raza de indios.

Los utensilios de que se valieron para poder vivir o, como si dijéramos, el desarrollo de su industria manufacturera, fueron bien limitados y primitivos, reduciéndose a raspadores, gubias o cucharas hechas de caracoles y conchas, además de una especie de mortero tallado bastamente en piedra o directamente en las rocas, que les servía para triturar los alimentos duros, teniendo este mortero su mano, también de piedra. Lo más notable de todo lo que emplearon, es el receptáculo o vasija que utilizaban para los líquidos, que no es más que el interior del caracol *Strombus gigas*, o *Cassis tuberosus* de Linneo, o *Triton nodíferus* de Lamarck, al que han sacado la espira que a su vez se emplea para convertirla en gubia.

Además, se han encontrado fragmentos de diferentes tamaños de rocas durísimas y que, a manera de morteros, fueron empleados para triturar los hematites que usaban en sus pinturas. Otras clases de piedras eran las llamadas de pedernal, que servían para hacer fuego. Las hachas que se han podido recoger, pertenecientes a los indios ciboneyes, las hay de dos clases: unas son de piedra toscamente talladas y otras son hechas de concha.

Como utensilios no corrientes, se han encontrado también algunas puntas de flechas, de piedra, y hasta unos depósitos de madera dura, que recuerdan la forma de las cazuelas actuales.

Otros objetos notables, aunque tampoco de uso corriente, son un ídolo de pie-

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

dra y un bastón de mando parecido al que emplean los jefes de ciertas tribus polinésicas y cuya procedencia ciboney no la asegura Harrington, que fue el que hizo ese hallazgo.

Emplearon también las osamentas de los peces, tales como las vértebras, y otras partes del esqueleto, y aun se han encontrado dientes de tiburón, especialmente preparados para servir de adornos a sus cuerpos pintados.

Aunque como se ha dicho anteriormente, se han encontrado puntas de flechas, hachas, mazas y otros objetos al parecer guerreros, no fueron empleados éstos sino únicamente para cazar.

La ornamentación se limitó solamente a pendientes de piedras toscamente labradas, o a cuentas hechas de conchas perforadas cerca de uno de los bordes.

Tampoco ha sido mucho lo que dejaron los ciboneyes en esculturas, a pesar de poseer gran número de objetos de piedra, limitándose a unos cuantos ídolos mal tallados. Con respecto a su pictografía, se puede decir que ha sido nula, pues todos los vestigios de ella existentes no son propios de la cultura ciboney, sino de otra.

Es digno de estudiarse el gran estancamiento que sufrió la cultura ciboney, pues desde su origen se mantuvo poco más o menos al mismo nivel, creyéndose que la apatía de estos indios fue tan grande que ni aun las demás culturas que existieron en la Isla, no obstante ser superiores y tener ellos ciertas relaciones entre sí aunque no de un carácter muy amistoso, sino más bien hostil, ejercieron ninguna influencia sobre la cultura ciboney; tal vez sería por el espíritu que pudiéramos llamar de raza.

La evolución social de los ciboneyes fue tranquila: no teniendo enemigos con quienes pelear, sólo tuvieron que preocuparse de buscar sus alimentos para subsistir, pues ni el problema de la habitación les vino a importunar; en primer lugar, por ser absolutamente inofensiva la fauna de Cuba, y en segundo, por la benignidad del clima, que no requiere grandes abrigos ni en plena estación de invierno, y sólo de las lluvias tuvieron que protegerse, sirviéndoles para ello cualquier hueco natural encontrado en las rocas, montañas o árboles.

Por la disposición de los restos de osamentas, se ha podido apreciar que vivían agrupados en grandes porciones y que se reunían especialmente cuando iban a efectuar algún acto de importancia para ellos, esto es: cazar o celebrar algún rito religioso. Parece que en la caza a lo que dieron especial preferencia fue a ciertos mamíferos, tales como la jutía y el manatí, pero sobre todo a la pesca, no habiéndose encontrado restos de aves.

El culto religioso no se conoce exactamente, y con respecto a sus costumbres de enterramientos o funerarias, diremos que colocaban a los muertos en el terreno que servía de piso a las cuevas, sin regularidad con respecto a la profundidad, posición u orientación. Otras veces los colocaban en una especie de cementerio que no es más que un terraplén de poca altura análogo a los *mounds* de la Florida. Sin embargo, en la Ciénaga de Zapata, Cosculluela ha podido observar cierta marcada orientación de los esqueletos hallados, con la cabeza hacia el este y los pies hacia el oeste.

No siempre los *mounds* han tenido carácter funerario, pues muchas veces sólo se han hallado en ellos restos de caracoles, conchas y algunos utensilios, por lo que se cree que también han de haber tenido algún empleo religioso.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

CULTURA SUB-TAÍNA

Como un paso de avance a la cultura ciboney, se han encontrado ciertos restos de utensilios que no se pueden clasificar dentro del grado de civilización alcanzada por los ciboneyes, pero que tampoco caen dentro de franco período de otra cultura que enseguida estudiaremos y que fue la que más desarrollo consiguió dentro de nuestros primitivos pobladores, llamada taína; por consiguiente, como en cierto modo establece un lazo de unión entre las dos culturas, se le ha llamado sub-taína, para significar que siendo superior a la ciboney, no llega al perfeccionamiento que alcanzó la taína.

Por otra parte, diremos que no está muy bien estudiada la cultura sub-taína, pues lo encontrado es en realidad bien poco y, hasta que no se hagan nuevos descubrimientos, no se podrá decir exactamente cuáles fueron sus características principales.

En primer lugar, hay que hacer notar que la alfarería, aun la más primitiva, es muy rara en los lugares de asentamiento de los ciboneyes, exceptuándose ciertos casos en que ha sido encontrada cerca de la superficie, intrusivamente y de confección taína; pero en un lugar situado en los alrededores de la meseta de Buena Vista, cerca de Jauco, se han hallado fragmentos planos de vasijas, algunos de los cuales están decorados con dibujos de formas angulares que, aunque toscos y de una forma globular y aplastada, parece que es el comienzo de una industria alfarera.

Otro ejemplo lo tenemos en Pinar del Río, así como también un tipo en "forma de bote", que es una especie de óvalo al que se le han aguzado sus extremos.

Ni los fragmentos semiglobulares, ni los de "forma de bote" son desconocidos para los taínos, aunque no fueron empleados muy corrientemente por ellos. Lo verdaderamente significativo es que tales formas y ejemplares se hayan encontrado asociados a la cultura ciboney.

Una ligera ojeada o un ligero estudio a la colección que de alfarería o cerámica de Jamaica existe en el Museo del Indio Americano de la Heyes Foundation, nos muestra el hecho importante de que las formas y los decorados de la cerámica primitiva de esa Isla, tienen gran parecido con los que nosotros hemos hallado algunas veces asociados en determinados lugares a los restos de cultura ciboney en Cuba. De aquí que parece posible que haya habido colonias de indios taínos venidos con anterioridad al grueso de ellos, con una cultura inferior, verdaderos taínos atrasados con respecto a los otros, por su temprana llegada y cuando aún no habían alcanzado el desarrollo que más tarde fue el orgullo de esa raza.

A esta cultura así desenvuelta a medias, pudiera decirse, se le ha dado el nombre de sub-taína.

CULTURA TAÍNA

La otra gran cultura primitiva en la isla de Cuba fue desarrollada por los indios taínos. Fue la más importante de todas las culturas que existieron en nuestro suelo en época precolombina, siendo superior en todos los conceptos a la de los ciboneyes, los cuales fueron conquistados y sometidos por los taínos.

Vamos a dar una idea general del desenvolvimiento de esta importante etapa de las civilizaciones que florecieron entre los primeros habitantes de esta Isla.

Como hemos dicho anteriormente, todas las investigaciones que se han hecho,

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

parecen indicarnos que el derrotero de migración por los antepasados de estos indios fue el designado con el nombre de Trinidad-Granada (islas que se hallan frente a la hoya del Orinoco, centro verdadero de irradiación).

Fueron invadiendo de una manera lenta la cadena de las Antillas Menores, ya favorecidos por las corrientes y vientos, ya por la proximidad de las islas entre sí, lo que también les permitió utilizar las embarcaciones por ellos construidas. Se desconoce la causa que motivó esta migración general, pero lo cierto es que poco a poco fueron cubriendo islas y más islas hasta llegar a las Antillas Mayores y principalmente a la que hoy es Puerto Rico, cuyo grado de cultura alcanzado ha sido el más alto de todas las Antillas y apenas mejorado por alguna otra civilización americana, pues esta cultura desarrolló principalmente el tallado y el pulimento de la piedra, lo que llegaron a efectuar de una manera verdaderamente notable, como tendremos oportunidad de ver más adelante; y por consiguiente, fueron los taínos los que marcaron el fin del período paleolítico en Cuba e iniciaron el período neolítico.

A pesar de los taínos haber llegado a esta Isla en pleno período de desarrollo de las pocas actividades ciboneyes, no se llegaron a mezclar nunca de una manera franca sus costumbres, ni mucho menos sus civilizaciones, como se ha podido comprobar arqueológicamente. Es curioso observar cómo el adelanto de la cultura taína fue proporcionalmente desarrollándose a medida que pasaba el tiempo; así vemos que, como la ruta migratoria que siguieron fue primero Puerto Rico, luego Santo Domingo, Cuba y por último Jamaica, resultó que en Puerto Rico alcanzó mayor desarrollo esta cultura que en Santo Domingo, en ésta más que en Cuba y, por último, en donde menos avanzó fue en Jamaica, presentando allí un período francamente arcaico.

La civilización taína no sólo fue propia de las Antillas, sino que trascendió hasta la Florida, pero de una manera poco marcada, como un ligero barniz dado a los indios floridanos en sus costas, después de haber tendido su influjo o, mejor dicho, pasado por las islas Lucayas o Bahamas, llegando a pasar del todo con relativa rapidez a esas islas desde su partida de la hoya del Orinoco.

En Cuba se ha llamado a la cultura taína "de tierra alta", por tener su asentamiento principal en el interior de la Isla; esto se ha podido comprobar a medida que se han ido haciendo descubrimientos.

También se sabe que la mayor actividad taína fue desenvuelta en la parte oriental, aunque posteriormente ocupó toda la Isla, como lo atestigua la base que tenían en el Departamento Occidental y en donde surtían a los españoles de ciertas provisiones.

Cuando los taínos fueron invadiendo a Cuba, lo que efectuaron de oriente a occidente, se encontraron conque ya había habido otros indios que estaban asentados en ella. Parece que después de ciertas hostilidades, que tal vez no puedan llamarse propiamente guerras por no estar preparado uno de los contendientes, y ser el otro de carácter poco feroz, como los taínos eran superiores en civilización a los ciboneyes, fueron dominando a los que se quedaban, utilizándolos como sus siervos o criados, o haciendo emigrar a otros lugares a los demás.

Las relaciones sociales entre unos y otros no fueron buenas, y lo demuestra el que los ciboneyes no aprendieran nada de

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

los taínos; o mejor, tal vez no quisieron aprender, pues existe marcada diferencia entre las dos culturas a pesar del contacto más o menos íntimo que debieron tener, diferencia que no ha sido siquiera atenuada por un paso intermedio. Quizás sería por espíritu de raza.

Estos taínos alcanzaron un alto grado de adelanto en lo que se refiere al período neolítico en que vivieron, pues ahí nos quedan sus famosas hachas petaloideas, en las cuales el pulimento y la forma no ha sido superada por ninguna otra cultura, siendo maravillosa la simetría que lograron darle a estos objetos, que talmente parecen hechos por los procedimientos mecánicos más perfeccionados, no obstante no haber conocido ellos ni el más sencillo empleo de los metales.

Estudiemos ahora un poco más de cerca a los indios taínos de Cuba.

Los taínos eran de estatura regular, pero de los descubrimientos hechos y por relaciones de los historiadores se ha sacado en consecuencia que los individuos de talla más bien baja eran los que abundaban.

Tenían un carácter étnico muy importante: éste era la deformación del cráneo, que conseguían por medios artificiales, oprimiéndose el frontal y el occipital, dándole a la cabeza un aspecto alargado. Esto ha sido causa de errores con respecto a la etnología cubana, pues en un principio se creyó que era propia de los caribes solamente; y así se ha pensado en colonias caribes en esta Isla, cuando probablemente éstos no vinieron a Cuba, o si lo hicieron fue de una manera tan superficial que apenas si nos han dejado algo para demostrar que estuvieron.

Eran los taínos buenos agricultores, y parece que construyeron habitaciones primitivas para guarecerse de las lluvias y el frío, aunque de estas últimas no se han encontrado restos precisos. Las mujeres eran las que principalmente ejecutaban las labores del campo, dedicándose los hombres a cazar y a pescar y a la talla de las piedras y confección de útiles e implementos necesarios para poder efectuar todas estas labores.

El ajuar taíno era muy rico: en primer lugar figura el hacha petaloidea, piedra que, como hemos dicho en párrafos anteriores, constituye un gran exponente de la cultura neolítica desarrollada por ellos. Poseen un grado de simetría casi perfecta y están admirablemente pulidas. A estas hachas los campesinos cubanos las han llamado "piedras de rayo", atribuyendo la formación de estas piedras a las descargas eléctricas.

Además, piedras parcialmente talladas que empleaban para afilar las hachas y hachuelas de piedra; otras que hacían a veces de martillo; y otras, por último, que les servían de raspadores.

Se han encontrado también unos ídolos pequeños, así como fetiches y otros objetos trabajados en piedra. Todas las piedras que emplearon para labrar, son dioritas, serpentinas y otras rocas muy duras, debiéndose el hermoso aspecto que presentan las hachas petaloideas al gran pulimento de que es susceptible la diorita, que es el material que más usaron para la confección de ellas.

La cerámica está constituida por útiles que presentan formas de cazuelas, tazas y hasta platos, los cuales están decorados con dibujos y adornos bien en las asas o alrededor del borde, siendo estas decoraciones de carácter zoomorfo, antropomorfo, o geométrico en otros casos.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

Trabajaron asimismo la madera dura, habiéndose encontrado unos ejemplares que parecen asientos, llamados "dujos", muy adornados algunos, así como ídolos, entre los cuales se halla el famoso de la Gran Tierra de Maya, en extremo interesante por varios conceptos; por último, unas bandejas hechas también de madera dura, que han resistido bastante bien los numerosos años que sobre ellas pesan.

En cuanto a sus adornos personales, son muy variados, consistiendo éstos en cuentas de conchas perforadas, discos que usaban en las orejas a manera de aretes, pendientes de conchas, amuletos en forma de figuritas hechas también de conchas, de piedra y hasta cuentas de hueso.

Es característico de la cultura taína unos objetos de hueso, en forma de cuchara, pero delgados y débiles, que algunas veces se hallan hechos muy cuidadosamente, a los cuales se les ha dado el nombre de "palitos de golondrinas", suponiéndose que los empleaban los indios cuando para purificarse, de acuerdo con ritos religiosos, los introducían en su garganta, a fin de provocarse el vómito, según cuentan las crónicas.

No cabe duda alguna que los indios taínos emplearon canastas, plumas y tejidos, de los que no se han conservado ninguno, debido a la poca resistencia al tiempo de esos objetos, pero si se observa el grado de cultura alcanzado por ellos, tenemos que aceptar la idea de que tienen que haber empleado estos objetos que, estando perfectamente comprendidos dentro de su capacidad industrial, han de haber sabido confeccionar a fin de utilizarlos.

El *habitat* de los taínos consistió en unas especies de aldeas de probablemente no más de 1 000 personas, situadas siempre en la parte más alta del terreno y a una regular distancia de la costa, en donde las condiciones para el cultivo del maíz y de la yuca eran más favorables.

Tenían dos maneras de enterrar a sus muertos; una era fuera de la población, en una especie de lomas pequeñas y en posición doblada de lado o boca arriba, dirigiendo su cabeza o mirando hacia el este; y la otra consistía simplemente en colocar el cadáver en el piso de una cueva tapiando luego la entrada con piedras si era posible.

La mayoría de los cráneos deprimidos o deformados encontrados en Maisí, lo han sido en esta última forma de sepulturas.

Las artes, tales como la pintura y escultura, también fueron objeto de un desarrollo que aunque no fue muy grande, fue lo bastante para dejarnos sus huellas indelebles en las paredes de ciertas cuevas, así como multitud de ídolos de varias clases, que se les denomina cemíes, aparte de idolitos pequeños o fetiches que les servían de amuletos contra males o desgracias.

El más importante de todos los ídolos de piedra es el que se encontró en Bayazo y que habiéndoselo regalado a Rodríguez Ferrer, éste a su vez lo obsequió al Museo de Antropología de La Habana.

Son notables algunas petrografías y petroglifos encontrados en la cueva del cemí en la Patana, Maisí.

Con respecto al culto religioso que siguieron los taínos, diremos que se desconoce por completo, de la misma manera que se desconoce el de los ciboneyes, pero de los diferentes ejemplares de ídolos hallados, pudiera colegirse que, al igual que otros indios de América, le tributaron veneración a esta clase de figuras.

Es necesario hacer constar que lo que se ha dicho de los taínos es sólo lo que se

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

refiere a Cuba, pues de otras islas antillanas se tiene gran conocimiento con respecto a sus costumbres religiosas, principalmente en Haití, donde alcanzaron gran desarrollo.

Para terminar esta parte, diremos algo de la navegación; tenían barcas de diversos tamaños, que empleaban para la navegación fluvial o para hacer verdaderas travesías, utilizando entonces las mayores, que tenían una capacidad bastante grande.

Respecto al comercio que sostenían entre sí, no se sabe nada, pero es de suponer que ellos cambiaran entre unos y otros sus instrumentos o artefactos.

LOS CARIBES

En las exploraciones efectuadas principalmente en la región oriental de la isla de Cuba, se han encontrado, aunque con alguna escasez, ciertos restos de utensilios que no caen directamente en ninguna de las culturas estudiadas en páginas anteriores, acusando una procedencia diferente de las demás. Dichos objetos encontrados se refieren sobre todo a unas hachas que no afectan la forma petaloidea taína y mucho menos las construidas por los ciboneyes, por lo que al parecer determinan otra cultura o civilización desarrollada.

En efecto, si hacemos un estudio comparativo de las diversas civilizaciones que han florecido en el resto de las Antillas, vemos que estos objetos se repiten en las islas que han tenido como primeros pobladores a una tribu que se le ha dado el nombre de caribe; por consiguiente, esos objetos encontrados, no cabe duda, que a esa misma tribu han pertenecido.

Ahora bien, como de esa cultura sólo vemos en Cuba una parte muy limitada de sus implementos, reduciéndose más bien a ejemplares de hachas propias de ellos, ha servido este hecho para suponer que esos caribes no pertenecieron al grupo de nuestros aborígenes, sino que se limitaron a hacer incursiones en las costas de Cuba, principalmente en la región oriental como se ha dicho más arriba.

Siendo el carácter de los caribes feroz por excelencia, incluso antropófagos, como se ha podido comprobar por las crónicas de todos los historiadores, aparte de un espíritu de conquista que tenían, unido a que sólo implementos de carácter guerrero han sido hallados en Cuba, da lugar a creer que la teoría de la no existencia de ellos permanentemente en esta Isla está bastante bien fundada. Junto con las hachas encontradas se han visto cráneos deformados más o menos, que corresponden perfectamente al carácter étnico de esa familia. La deformación es semejante en alto grado a la que se hacían los taínos, existiendo en la mayoría de los casos verdadera dificultad para poder decir si la deformación es taína o caribe.

Otro hecho muy importante, y que sirve para darle más fuerza a la teoría de que los caribes no tuvieron representación en Cuba como pueblo aborigen, es el que no se haya encontrado resto alguno de cerámica o alfarería, lo que es muy abundante en las islas donde su asentamiento ha sido fijo, tales como Haití, Puerto Rico, Guadalupe y San Vicente.

Resumiendo las líneas anteriores, podemos decir que los caribes no forman parte de nuestros primeros pobladores, que su cultura en general, y particularmente en lo que se refiere a la industria lítica, fue perfectamente diferenciada de la industria

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

taína, a pesar de que subsistió al mismo tiempo en algunas de las islas de las Antillas, y por último que aunque no tuvieron su asentamiento en nuestro suelo, no por eso dejaron de ser conocidos para los otros moradores de Cuba precolombina, debido a las incursiones que hicieron en ella, incursiones que tal vez puedan calificarse de piratéricas, puesto que venían a conquistar a estos pacíficos habitantes para llevarse lo que encontraran, ya que no las hicieron con la idea de establecer definitivamente sus colonias en esta Isla.

Es muy interesante el estudio y desenvolvimiento de la cultura caribe, pero como estos capítulos se han desarrollado a base de las diferentes manifestaciones culturales de las razas prehistóricas que han existido en Cuba solamente, se ve claramente en lo que respecta a los caribes, que se sale completamente de nuestro propósito, por lo cual sólo nos hemos limitado a exponer los hechos que en relación con nuestra Isla tuvo esa tribu.

TRABAJOS REALIZADOS POR RODRÍGUEZ FERRER

Según dice el naturalista español don Miguel Rodríguez Ferrer[2] en los tres capítulos que bajo el título de "Estudios arqueológicos" ha dedicado a la historia natural y a la civilización de la isla de Cuba en su libro titulado *Naturaleza y civilización de la grandiosa Isla de Cuba*, en dos tomos, trabajo publicado en Madrid en 1876, los hallazgos arqueológicos pueden resumirse de la siguiente manera.

Lo primero que llamó la atención de este gran naturalista en su viaje a la extremidad oriental de Cuba en 1847, en la ciudad de Mayarí, cerca de la bahía de Nipe, fue la existencia de piedras hermosamente pulidas, llamadas por los campesinos "piedras de rayos", por creer que caían de las nubes y que procedían de las descargas eléctricas durante las tempestades. También encontró hachuelas de piedra, de diorita y serpentina perfectamente pulidas y talladas, y que no le parecieron a él pertenecientes a los indios encontrados por Colón, sino tal vez de algún otro pueblo, como Yucatán. "Sin duda alguna hubiera experimentado mayor sorpresa", dice Harrington, si "él hubiese sabido que tales objetos y aun otros de manufactura más complicada podían haberse encontrado en las mismas regiones donde él había hallado esas hachas de piedra, con sólo cavar más profundamente y que parecen haber pertenecido a los últimos indios taínos que vivieron en aquel distrito."

Rodríguez Ferrer hace la descripción de dos ídolos de piedra que le fueron donados. Uno representa una semifigura humana en posición inclinada, que pesa cerca de 50 libras, encontrada en la hacienda

[2] Miguel Rodríguez Ferrer, hombre público y escritor español nacido en Lebrija, Sevilla, en 1815 y muerto en 1889. Estudió jurisprudencia y teología en la capital y explicó en la Universidad Hispalense como profesor sustituto. En 1838 desempeñó el cargo de ayudante del Estado Mayor General del Ejército de Reserva de Andalucía; tres años después el de corregidor de Vizcaya, interinamente, así como el de jefe político de la provincia de Álava, en 1843. Posteriormente se trasladó a las Antillas, donde en 1852 se le confirió el cargo de asesor de la Intendencia de Puerto Príncipe. Muchas e importantes producciones se deben a su pluma, de las cuales podemos citar como de interés para Cuba las siguientes: *El tabaco habanero* (Madrid, 1851), *Los nuevos peligros de Cuba: reforma de la Isla* (1868), y por último *Naturaleza y civilización de la grandiosa Isla de Cuba* (Madrid, 1876), compuesta de dos volúmenes.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

de Valenzuela, cerca de Bayazo, y que fue obsequiada por él a nuestro Museo Montané de esta Universidad.

El otro, mucho más pequeño y que se encuentra hoy en día en Madrid, se encontró en la cueva llamada Ponce, a tres leguas de punta de Maisí, y que más que un ídolo parece la parte cortante de un hacha de ceremonia con cierta semejanza al ejemplar de Jauco encontrado más tarde y que se conserva en el Museo de Santiago de Cuba.

Los dos lados del último ídolo estudiado por Rodríguez Ferrer son tan sumamente parecidos que él estimó que debió haber sido hecho en un molde, si bien es que no explica la manera cómo se hizo; tal es la maravillosa simetría de este ejemplar.

Aunque admitiendo que los seres que representan parcialmente figuras de animales y humanas pudieran haber pertenecido al panteón de los indios encontrados por Colón, él sigue en el convencimiento de que tales trabajos no pudieron construirse sin el auxilio de instrumentos metálicos y que, por consiguiente, estos hallazgos no fueron propiamente de los primitivos indios cubanos, sino de una cultura más avanzada, tal como la cultura maya.

Uno de los más notables servicios prestados por Rodríguez Ferrer a la historia de la arqueología cubana, fueron sus relatos de los viajes de exploración que emprendió, de los cuales él ha dicho que dejaba el itinerario para que los exploradores posteriores que quisieran seguirlo tuvieran facilitada en parte esta ardua tarea. Los viajes de exploraciones que él hizo pueden resumirse de la siguiente manera.

El primero de los viajes mencionados fue a Puerto Príncipe, llamado así entonces y actualmente Camagüey, adonde fue en busca de caneyes que se decía que contenían antigüedades singulares. Los caneyes son, según explicación dada por él, pequeños terraplenes o *mounds* de los floridanos encontrados, de forma circular a veces, otras rectangular, que se destacan sobre el nivel del terreno que los circunda, y que se encuentran en varios lugares de la costa meridional de esa región, que contienen con frecuencia huesos, conchas, restos de moluscos, etcétera, dispuestos en capas de diferentes espesores.

El caney que él visitó, no estaba en tierra firme, sino en una isleta o cayo cerca de la bahía de Santa María Casimba, a tres cuartos de legua del puerto de Remate, cerca de la boca del río Rioja, conocido con el nombre del Caney de los Muertos. Según había él oído decir, este caney tenía un piso de cemento u hormigón en donde se habían encontrado numerosos esqueletos extendidos a lo largo.

Llegó a él después de grandes dificultades debido a los manglares que allí había, pero por fin logró subir a un pequeño cayo de tierra en medio de ellos, que sólo tenía 23 pasos en su mayor anchura y unos 85 centímetros de circunferencia. En vez del piso de hormigón como esperaba ver, encontró una costra de arena y conchas pegadas unas con otras por un proceso natural, y en vez de numerosos esqueletos, muchas piezas de fragmentos humanos esparcidos. A causa de la rápida infiltración de las aguas del mar en el agujero practicado, se hizo imposible excavar profundamente y tuvo que contentarse con llevarse un pedazo de aquel conglomerado, que contenía huesos pegados encontrados en uno de aquellos agujeros hechos.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

Un examen ulterior permitió comprobar la presencia de un fragmento de quijada, al parecer humana, en completo estado de fosilización. Esta quijada fue donada por el investigador al Gabinete de Historia Natural de Madrid para su estudio, y después de muchos años que permaneció olvidada, a raíz de los descubrimientos paleolíticos hechos en Francia, una comisión de hombres de ciencia la estudió nuevamente, llegando a la conclusión de que no solamente era humana, sino que estaba completamente fosilizada y pertenecía a un individuo de remoto origen.

Es digno de mencionarse en esta parte el brillantísimo estudio que de ella había hecho anteriormente el sabio naturalista cubano don Felipe Poey que, aún en contra de la teoría sustentada por el no menos sabio Cuvier de la no existencia de fósiles humanos, por creer que no había transcurrido el tiempo necesario para ello, no solamente llegó a la conclusión de que era humana —la mandíbula está ligeramente deformada *post mortem*—, sino que también era fósil, aseveraciones que luego se vieron ratificadas por el grupo de sabios que la estudiaron concienzudamente en Madrid.

Un artículo que apareció en las *Memorias* de la Sociedad Económica de Amigos del País en 1843, y que fue reproducido en muchos de los periódicos que por entonces se publicaban, fue sin duda lo que indujo a Rodríguez Ferrer al examen del Caney de los Muertos; artículo que en síntesis dice lo siguiente: en primer lugar, la situación del Caney, que está cerca de la bahía de Santa María Casimba, en la localidad llamada con este motivo Los Caneyes, y cómo allí podían ser vistos algunos esqueletos esparcidos en un piso al parecer de hormigón, entre los cuales había algunos notables por su gran tamaño, pudiendo verse sólo estos esqueletos cuando la marea estaba baja. Decía también que se habían encontrado varios esqueletos pertenecientes a los dos sexos y que uno de ellos, al parecer de mujer, tenía descansando entre sus dos piernas uno más chico, tal vez de un niño, presumiendo que dichas osamentas pudieran haber pertenecido a la raza india debido a su gran talla y que había existido antes de que la descubrieran los españoles, siendo totalmente exterminada por éstos desde entonces.

También se hace allí mención de que esos huesos se encontraban perfectamente conservados y petrificados, recordándose también la observación de Cuvier a propósito de los esqueletos fósiles encontrados en Guadalupe, de los cuales dice que no son fósiles en el sentido restringido de la palabra, aunque sí lo son tomando esta palabra en un sentido más lato. Terminando ahí el artículo.

PRIMER KJOEKKENMEDDING[3] *ENCONTRADO CERCA DE MANZANILLO*

Cuenta Rodríguez Ferrer que en agosto de 1847 se encontraba en el puerto de Manzanillo, cuando le comunicaron que a algunas leguas de allí y en el centro de un bosque no muy lejano, se podían hallar, apenas se removía la tierra, infinidad

[3] *Kjoekkenmeddings, Kiokenmodingos* o *rebuts de cuisine* son grandes acumulaciones de despojos culinarios que se encuentran en las costas de Dinamarca y Suecia.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

de huesos humanos, pedazos de barro como de burenes (vocablo indio que significa la loza esférica o torta de barro cocido, donde los indígenas cuecen la torta de casabe que sacan de la yuca) y otros objetos domésticos. Pasando mil penalidades por el estado en que se encontraban aquellos caminos interiores, por ser el tiempo de las lluvias, llegaron al referido punto. Hallábase éste como a doce leguas de Manzanillo en una hacienda llamada "La Bermeja". Principióse a cavar en la parte que el práctico señaló, y sin profundizar mucho empezaron a salir conchas, inmensa porción de huesos no humanos como decían, pero que a primera vista parecían, por su color, cual pedazos de barro, siendo éstos los de *cazuelas* y *burenes* de que hablaba el público, y que después resultaron ser, en consulta con los Sres. Graells y Vilanova (que formaron parte de la comisión que estudió con anterioridad la mandíbula encontrada en el Caney de los Muertos), probablemente del cetáceo herbívoro llamado manatí. Como la noche se aproximaba, se vio obligado a abandonar el lugar, no sin antes haber hecho arreglos con el juez de aquel punto para que continuara la excavación, cuyo resultado comunicó más tarde.

Rodríguez Ferrer hace la consideración de que tales despojos no pudieron ser llevados por las aguas del mar, puesto que éste se encontraba a muchos cientos de metros de distancia y uno o dos metros de profundidad con relación al terreno; por consiguiente, los compara con otras acumulaciones de igual clase que se encuentran en las costas de Dinamarca y Suecia, y que con el nombre de Kjoekkenmeddings, se tienen y juzgan hoy por ciertos rasgos que dejaron allí las grandes multitudes que asistían a ciertos groseros festines.

PRIMERAS EXPLORACIONES EN MAISÍ, PUEBLO VIEJO

En otras exploraciones hechas por Rodríguez Ferrer a la región oriental, en vez de encontrar las ruinas de edificios de piedra que él se imaginaba, halló simplemente una serie de murallas o terraplenes, de poca altura, cavando los cuales se encontraron una mezcla de guijarros que aparentemente procedían del lecho del río Maya, que estaban unidos entre sí por medio de arena y una sustancia limosa, pero de tal manera que formaban una especie de masa compacta como el cemento; si esto había sido hecho a propósito, o si era simplemente el resultado de un proceso natural, es cosa que no se ha podido asegurar.

PRIMEROS CRÁNEOS DEFORMADOS

En un viaje que hizo Rodríguez Ferrer a una cueva llamada del Indio, por haber oído hablar que allí existían huesos humanos, se encontró en una cámara interior de muy difícil acceso, seis o siete cráneos deprimidos o deformados, mezclados con restos de huesos sobre un depósito de guano de murciélago. Él no creyó que tales cráneos pertenecieran a los caribes o a los ciboneyes encontrados por los españoles en las Antillas, porque ninguno de los autores primitivos que escribieron sobre la conquista o el descubrimiento hace mención de tal deformidad, que indudablemente hubiera despertado de una manera grande su atención. Por lo que supone que éstos pertenecieron a una tribu que existió antes del descubrimiento.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

En otra expedición visitó este naturalista el cabo Cruz, al sur de Manzanillo, y allí, entre los acantilados abruptos de la costa, encontró una cueva muy profunda pero estrecha, sobre cuyo piso había huesos humanos, pero no había cráneos completos ni artefactos de ningún género.

En Pinar del Río han sido encontrados huesos a lo largo del río Cuyaguateje, que se supone pertenecieron a los indios que en los días sombríos de la conquista apelaban a la soga o al veneno para librarse de la esclavitud de sus perseguidores españoles.

EXPLORACIONES EN REMEDIOS

Los huesos que se encontraron en una montaña de la hacienda de Salamanca, cerca de Remedios, en 1848, aunque no los visitó Rodríguez Ferrer, supone en su obra que se trataba de huesos de una antigüedad extrema, por la gran fragilidad de ellos.

EXPLORACIONES EN BANES

Finalmente, Rodríguez Ferrer cita otra relación que le hicieron, aunque no tuvo oportunidad de investigar y que la cree imposible, referente a una cueva cerca de Banes, la que le dijeron contenía asientos y mesas de piedra, y un hogar con seis vasijas de alfarería sobre él, decoradas con figuras de plantas, arbustos, chozas con techos de hojas, flechas de caza y otras cosas. Aunque esto pudiera parecer invención, puede estar fundado en el hecho relativo al descubrimiento real de una cueva que contenía piedras naturalmente talladas o modeladas, usadas como mesas y asientos, un hogar indio real, y vasos de alfarería adornados con decoraciones grotescas, pertenecientes a la más avanzada cultura taína, y que la imaginación del investigador pudo hacer interpretado como representando casi algo.

Rodríguez Ferrer publicó una relación más de sus investigaciones cubanas, la que apareció en las *Memorias* del Congreso Internacional de Americanistas, reunidos en Madrid en el año de 1881, relación en la que simplemente reitera o ratifica los hechos de su obra anteriormente publicada, y en la cual arguye que los ejemplares encontrados no podían ser atribuidos a los indios que encontró Colón cuando hizo el descubrimiento. El único informe adicional que contiene, es la relación de M. Henry de Saussure sobre la mandíbula humana fosilizada, a efectos de que se trata de una mandíbula normal de una persona de edad, probablemente una mujer, pero que muestra huellas de un proceso artificial *post mortem;* que el estado de fosilización es incompleto y finalmente que, aunque este resto es evidentemente de origen prehistórico, no hay nada que la haga suponer de una antigüedad remota ni por el ejemplar mismo, ni por las condiciones en que fue hallada.

Para terminar, sólo quiero decir que este pequeño trabajo no es más que un débil reflejo de la gran obra que este sabio naturalista español desarrolló durante su estancia en Cuba, y que ha servido para estimular la curiosidad científica de otros notables hombres de ciencia no sólo cubanos, sino extranjeros, contribuyendo de esa manera al estudio de la prehistoria cubana, que se halla realmente en un estado de cierta oscuridad y de la cual no podremos salir hasta que no se tome verdaderamente en

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

serio este problema; es necesario, pues, contar con el apoyo efectivo del pueblo cubano en general para que, cooperando de una manera u otra y estableciendo Comisiones Exploradoras, se llegue a la consecución de la verdad, y que ésta al brillar, rompa el manto de tinieblas que existe sobre nuestra prehistoria.

Habana, diciembre 16 de 1926.

BIBLIOGRAFÍA

BACHILLER Y MORALES. *Cuba primitiva.*
BEUCHAT, H. *Manual de arqueología americana.*
COSCULLUELA, JOSÉ A. *Cuatro años en la Ciénaga de Zapata.*
————. *La prehistoria de Cuba.*
————. *Nuestro pasado ciboney.*
CULIN, STEWART. *The Indians of Cuba.*
FERNÁNDEZ OVIEDO Y VALDÉS, GONZALO. *Historia general y natural de las Indias.*
FEWKES, WALTER. *Prehistoric culture of Cuba.*
HARRINGTON, M. R. *Cuba Before Columbus.*
MESTRE, ARÍSTIDES. *La antropología en Cuba.*
————. *Poey en la historia de la antropología cubana.*
————. *La antropología en Cuba y el conocimiento de nuestros indios.*
MONTANÉ, LOUIS. *L'Homme fossile cubain.*
MORALES COELLO, J. *El hombre terciario.*
ORTIZ, FERNANDO. *Las nuevas orientaciones de la protohistoria cubana.*
————. *Historia de la arqueología indocubana.*
RODRÍGUEZ Y FERRER, M. *Naturaleza y civilización de la grandiosa Isla de Cuba.*
TORRE Y HUERTA, C. DE LA. "Conferencia científica". *Anales de la Academia de Ciencias*, 1890.
————. *Historia de los indios de Cuba.* 1901.
————. *Los primeros habitantes de Cuba.* 1904.
ZAYAS Y ALFONSO, A. *Lexicografía antillana.*

CARLOS GARCÍA ROBIOU. FOTO: MUSEO MONTANÉ.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

BERNARDO VEGA

Bernardo Vega de Boyrie (República Dominicana, 1938)
Economista, arqueólogo y profesor. Director general del Museo del Hombre Dominicano.

Pasando de las técnicas de producción a cultivos individuales, es indiscutible que la yuca y su industrialización vía el casabe representan el aporte más importante de la agricultura taína a la dieta dominicana.

El casabe no fue la fuente de alimentación por excelencia tan sólo de los taínos, pues los conquistadores, en sus primeros años, literalmente se hubieran muerto de hambre si hubieran obviado un producto no perecedero como el casabe. La necesidad del mismo llegó a extremos tales que exigían oro a los indios como tributo, pero frenaron su avaricia demandándoles casabe a otros para sobrevivir. Luego, cuando los indios buscaron formas de derrotar a los españoles, optaron por irse a vivir a las montañas para que nadie trabajase los montones de yuca y tratar así que los españoles muriesen por falta de alimentos. Todos los barcos que salían de Santo Domingo a descubrir nuevas tierras, llevaban casabe como alimento esencial para los tripulantes.

Tirso de Molina, quien vivió entre nosotros, se refiere en su obra *La villana de*

* Separata de la obra *Ensayos sobre cultura dominicana,* Serie Conferencias no. 10, Ediciones Museo del Hombre Dominicano, Santo Domingo, República Dominicana, 1981, pp. 14-20.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

Vallecas al jabjao, que era un casabe fino reservado a los caciques.

La importancia del casabe en la dieta dominicana a principios del siglo XVII se hace evidente en el censo de 1606, pues de los 9 648 esclavos que había, solamente 888 trabajaban en ingenios y en el servicio doméstico; el resto laboraba principalmente en estancias de jengibre, casabe y maíz.

En el ataque español a los piratas de la Tortuga, en 1653, se obtuvo un botín de once embarcaciones cargadas de artillería, sal, "cazabe, yuca y otras labranzas", pues dichos piratas en "las costas de la banda del Norte, hacen sus rancherías y sementeras de tabaco, jenjibre y cazabe".

INDIOS TAÍNOS HACIENDO CASABE.

En 1672 un huracán "afectó los conucos de yuca y de plátanos que los habitantes tenían para alimentarse". Según la Real Audiencia, en carta escrita en el mismo año, "la actividad económica en toda la colonia se redujo a trabajos de subsistencia luego de la ruina del cacao, y la gente ahora se dedicaba a fabricar casabe, que se convirtió en la actividad más productiva por ser el pan ordinario de la población".

En el siglo XVIII continúa la importancia del casabe. Moreau de Saint Méry visita en 1783 nuestra parte de la isla y dice: "Los plátanos, el maíz y el casabe, es lo que les sirve de pan." En ese mismo siglo, la poesía popular recoge la importancia del casabe. Maese Mónica dice:

No es ningún asunto grave
en el que os vengo a ocupar,
pues sólo vengo a buscar
una torta de casabe.
En lo posible no cabe
el que de ti yo me valga;
y para que con bien salga,
si tu amistad me remedia,
dame una torta, media,
que yo no busco una carga.

En el siglo XIX también se cita la preponderancia del casabe. Randolph Keim viaja al país en 1860 y dice: "El pan del país se fabrica con la raíz de la yuca." Y agrega: "La arepa, una especie de pan de maíz, se emplea extensamente y no es desagradable al paladar. No hay dificultad en disponer durante todo el año de yuca y maíz."

En resumen, la yuca, el maíz, el casabe, la arepa y la catibía (palabras taínas) han sido continuamente parte esencial de la dieta dominicana. Hoy en día el casabe se sigue produciendo de la misma forma en que lo hacían los taínos, y las palabras que definen los instrumentos siguen siendo las mismas palabras taínas: guayo, guariquitén, naiboa, cuisa, jibe,... La harina de maíz ha disminuido en importación, a diferencia de Haití, donde el sorgo y el maíz son parte esencial de la dieta.

En el lenguaje popular decimos, por ejemplo, "hacer la yuca" y el baile de la yuca.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

Palabras inéditas de homenaje

al doctor Manuel Rivero de la Calle

en el nonagésimo aniversario del Museo Antropológico Montané

ANTONIO NÚÑEZ JIMÉNEZ

ANTONIO NÚÑEZ JIMÉNEZ (LA HABANA, 1923-1998)
Geógrafo, espeleólogo y arqueólogo. Fundador en 1940 de la Sociedad Espeleológica de Cuba. Presidente fundador de la Academia de Ciencias de Cuba.

entre VISTAS entre

El profesor Manuel Fermín Rivero de la Calle fue un científico revolucionario. Para hablar o escribir de su obra se debe meditar profundamente, pues resumir su trabajo como Profesor de Mérito, su labor como espeleólogo y su capacidad para dirigir temas de antropología sólo pudo hacerlo otro científico de su talla, el doctor Antonio Núñez Jiménez (1923-1998). Ambos compartieron ideas políticas, culturales y científicas en las universidades de La Habana y Las Villas, en la Sociedad Espeleológica de Cuba y en las expediciones por las simas y las cimas de este gran archipiélago. Fue Rivero de la Calle en quien Núñez Jiménez confió para que se revisara la Geografía de Cuba *y se conservara el original, lo cual hizo el honrado profesor; y en Núñez Jiménez confió Rivero para que expresara estas palabras que se han conservado por diez años en el Museo Antropológico Montané.*

En 1993 el doctor Antonio Julián Martínez Fuentes organizó en el salón 250 de la Universidad de La Habana el Taller Científico por el Noventa Aniversario de la Fundación del Museo Montané. Se reunieron varias generaciones de arqueólogos, espeleólogos,

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

geógrafos e historiadores de diferentes instituciones del país y se invitó al doctor Miguel Ángel Puig Samper, jefe del Departamento de Historia de las Ciencias del Consejo Superior de Investigaciones Científicas de España. Desde entonces quedó guardada esta grabación que hoy se ha transcrito para deleitarnos y comprender parte de la vida de dos hombres que han legado una obra difícil de igualar.

Rivero de la Calle nació el día 5 de abril de 1926, en Esmeralda, Camagüey. Muy cerca de su casa tenía los asentamientos de las culturas prehispánicas marcadas por el río Caonao y el arte rupestre de la cueva de los Generales en la sierra de Cubitas. Allí transcurrió la infancia del amante de la lectura, del estudioso riguroso de la historia y la geografía, del admirador de algunas especies animales que de vez en cuando eran sometidas a disecciones empíricas. Desde entonces se despertó en él una profunda vocación por la historia natural, que lo llevó a convertirse de un destacado alumno universitario en La Habana y Amsterdam a un eminente conferencista en los Estados Unidos, México, Panamá, Chile, República Dominicana, Martinica, España, Francia, Alemania, Gran Bretaña, República Checa y Rusia.

Fue la personalidad cubana de mayor prestigio científico nacional e internacional en antropología física en la segunda mitad del siglo XX, y discípulo y compañero de todos los grandes antropólogos que pasaron por la cátedra universitaria de la disciplina, excepto de Juan Luis Epifanio Montané Dardé (1849-1936). Participó de los cambios ocurridos en la enseñanza de la especialidad, desde las escuelas europeas hasta la norteamericana.

El doctor Manuel Rivero de la Calle tuvo gran afición por la cultura de Cuba y del mundo, lo cual dejó escrito en sus varios libros y más de cien artículos, en la docencia que tanto amó y a la cual se vinculó en 1951 hasta su muerte el 23 de septiembre de 2001. Su deceso ha ocasionado una suerte adversa para la antropología clásica en Cuba. Su formación como naturalista nos legó un amor infinito por el conocimiento del hombre.

ARMANDO RANGEL RIVERO

Antonio Núñez Jiménez: [...] nos dedicamos exactamente al contenido del nombre de esta Sociedad Espeleológica, que devino, en realidad, una sociedad que, como Carlos de la Torre y Huerta, el eminente naturalista discípulo de Felipe Poey, dijo cuando conoció los primeros años de nuestras exploraciones y estudios, debía llamarse Sociedad Espeleológica y "etcétera" de Cuba, porque, efectivamente, nosotros empezamos a asomarnos al mundo de la naturaleza cubana, de la geografía, de la arqueología y también del aspecto social de nuestra patria.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

Rivero[1] me decía, cuando me invitó, que era para conmemorar el noventa aniversario de la fundación del Museo Montané, y yo le pregunté que de qué debía hablar. Me dijo que de esta época, de la Sociedad, de nuestras relaciones con el Museo Montané. Al asomarnos al mundo de las cavernas, nos asomamos también al mundo de la superficie de Cuba, las montañas, los valles, pero también a la geografía humana. Vimos los aspectos dantescos que formaban el conglomerado social de nuestros campesinos, pero también nos asomamos al mundo submarino, y con los recursos de la Revolución, andando el tiempo, hicimos también un estudio aéreo de nuestro país. Decimos que no fue la obra del fundador de la Sociedad, sino de los compañeros que poco a poco fueron nutriendo las filas de aquella Sociedad casi infantil, de adolescentes. Recuerdo cuando conocimos a Rivero de la Calle. Rivero era estudiante de la Universidad; pudiéramos decir que reclutamos a Rivero de la Calle como reclutamos a otros jóvenes que iban despuntando ya como estudiantes en el estudio de la naturaleza cubana. Creo que esto es muy importante decirlo en esta tarde de hoy: el mérito fundamental de la Sociedad Espeleológica de Cuba, aparte de consideraciones revolucionarias, aparte de su contribución a esta u otra disciplina, es haber creado una escuela de investigación en nuestro país. ¿Por qué digo esto? Hasta la fundación de nuestra institución, la exploración geográfica de Cuba —para decirlo con una frase que lo abarque todo— era una exploración casuística y muy interrumpida por parte de los geógrafos: no había lo que hoy llamamos a veces un poco en broma el "geógrafo de pata y mochila". En general, el cubano no viajaba por su país; es muy raro el investigador que se echaba una mochila no en una excursión —que eso siempre lo hubo— sino toda una vida, más de medio siglo sin parar, explorando sistemáticamente nuestro país; aquí la gente no conocía a Cuba: cuando un individuo de La Habana iba al Pan de Guajaibón era un acontecimiento tal que en 1943 fuimos nosotros los que llevamos por primera vez la bandera cubana a ese lugar, no conocían la bandera cubana; cuando fuimos al Turquino nadie había escalado el pico Suecia, en la historia de la cultura había apenas un relato del viaje por el río Toa. De las cavernas, ni hablar. Al principio hicimos una lista sobre las cuevas conocidas de Cuba, y la publicamos en la *Revista de Arqueología y Etnología:*[2] un registro de cien cuevas conocidas en Cuba. Hoy tenemos 25 000 cuevas registradas en nuestro país; no estudiadas hay como 5 000 cavernas en nuestro país. Es decir, si vamos a ver las

[1] El doctor Manuel Fermín Rivero de la Calle nació el 5 de abril de 1926, en Esmeralda, Camagüey. Falleció el 23 de septiembre de 2001 a las 6 de la tarde en el hospital Hermanos Ameijeiras en Ciudad de La Habana. En 1949 se graduó de doctor en Ciencias Naturales en la Escuela de Ciencias de la Universidad de La Habana, obteniendo premios en varias asignaturas. Fue especialista en Ciencias Arqueológicas y Profesor de Mérito.

[2] En 1937 se fundó en el Museo Montané la Junta Nacional de Arqueología, que editó *Revista de Arqueología,* cuyo nombre cambia en 1946 por *Revista de Arqueología y Etnología.* La Junta se preocupó por todo el patrimonio antropológico de Cuba en su acepción más amplia y en sus ediciones se pueden leer trabajos de Fernando Ortiz, René Herrera Fritot y Julio Morales Coello, todos profesores e investigadores de la especialidad en la Universidad.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

localidades de *Megalocnus rodens* en Cuba, las tres o cuatro que se conocían son centenares ahora. ¿Por qué? Porque sistemáticamente se creó una escuela de caminantes, de estudiosos, de exploradores, de hombres con mochila, tanto en el campo de la arqueología como la antropología, la espeleología, la geografía, la geología; se creó una escuela, se creó un discipulado. Creo que ése es el mérito fundamental de la Sociedad Espeleológica de Cuba: haber contribuido como nunca antes ninguna institución o persona al conocimiento de la naturaleza cubana.

Cuando empezamos nuestras tareas, unas veces la Sociedad se reunía en mi casa en los primeritos años; después, en otros lugares. Una etapa de consolidación fue cuando entramos en contacto con la Escuela de Ciencias Naturales de la Universidad de La Habana, donde estudiaba Rivero de la Calle, que tenía —y tiene, por suerte— el Museo Antropológico Montané. En ese entonces allí trabajaba como director el doctor Carlos García Robiou, un hombre técnico, bueno, bondadoso, que nos abrió las puertas, lo que no era muy común en nuestro país: que un consagrado le abriera las puertas de estos centros a gente joven, a gente que comenzaba a aflorar en la vida. Incluso trasladamos de hecho la sede de la Sociedad Espeleológica para el Museo Montané durante bastante tiempo; nos reuníamos todos los martes, que era la tradición de la Sociedad, no solamente para reuniones de la Sociedad como tal, sino como obra cultural, porque todos los martes teníamos, al mismo tiempo que la reunión oficial, la reunión de conferencias o de charlas. Se estableció durante décadas y décadas que todos los martes un compañero de la Espeleológica o de otra institución diera una conferencia, lo cual tuvo mucha importancia en las relaciones de las instituciones. Hasta tuvimos acceso a una vitrina en el Museo Montané para exhibir lo que íbamos descubriendo en el campo de la arqueología. Aquellos autodidactos juveniles que éramos nosotros, sistematizamos nuestro reguero de conocimientos con cursillos de verano de arqueología, que dictaban García Robiou y Herrera Fritot, de quien voy a hablar después, y ligamos mucho nuestra existencia al Museo Montané. Los cursos tenían prácticas de campo, que las hacíamos frente a la cueva La Tomasa, en el Rincón de Guanabo. Recuerdo la última vez que vimos a García Robiou en su casa. Era un hombre hasta entonces lleno de vida, bastante joven, siempre muy bondadoso; cuando lo fuimos a ver, pues me dijeron que estaba enfermo, lo que vimos fue prácticamente un cadáver con un poco de vida: lo había mordido el cáncer, estaba tan delgado que apenas se reconocía. Recuerdo que cuando nos vio, lloró de emoción. No sé si Rivero fue, pero sí iba con algunos compañeros espeleólogos. Nos dijo que estaba así porque había comido unas fabadas españolas que le habían caído mal; parece que es el mecanismo que tiene la gente cuando ya está a punto de morir; el cáncer era más que evidente. Bueno, nos dijo que ésa era la causa de su mal... Estaba realmente en un estado que no podré olvidar jamás. Me marcó mucho lo que es un cáncer, un cáncer galopante que se lo llevó casi de inmediato. En el Museo también trabajaba otro gran hombre de las ciencias, el doctor René Herrera Fritot. Era una excepción en aquella Sociedad de profesores, porque Herrera era un hombre también de mochila, un hombre de caminar en el campo; no era ese

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

tipo de sabio que tuvimos en los primeros años de la República, que no conocía prácticamente nuestro país. Había, por supuesto, muchas excepciones, por ejemplo, Carlos de la Torre y Huerta. Con Herrera tuvimos relaciones muy buenas; a veces nosotros, que estábamos muy a la izquierda de él, le hacíamos algunas críticas políticas, porque Herrera era un hombre sin brújula política, era un profesor, un sabio. Lamentablemente su desorientación política casi siempre lo llevaba por malos caminos. Recuerdo, por ejemplo, las discusiones que teníamos con él por su elogio al tirano Rafael Leónidas Trujillo. Cuando regresó de Santo Domingo, una vez la Federación Estudiantil Universitaria quería hacerle una manifestación —ahora se diría "de repudio"; estamos hablando de los años cuarenta, de los cincuenta— que yo evité, porque sabía que Herrera no era un hombre malo, que si Herrera tenía esas posiciones era por falta de política, de conocimiento de lo que es la historia del hombre. Siempre aceptó las críticas nuestras, porque sabía que eran unas críticas fraternales, pero también puedo decir a plenitud que era un hombre bueno, un hombre que ayudaba a la juventud y que dedicó toda su vida a los estudios arqueológicos.

Nuestra etapa montaneísta fue definitiva para formar en nuestra conciencia una vocación más científica, y aprovecho esta oportunidad para reconocerlo.

Después de esta etapa, ya se aproxima la etapa que inicia Fidel Castro aquí precisamente en la Universidad. Cuando subimos el cerro de Cabras, vimos a una familia que para que el médico curara al hijo del campesino, tuvieron que vender la única vaca que tenían para pagar la consulta del médico. Eso está escrito en el *Diario de viaje*. Además publicábamos casi todo inicialmente en las revistas obreras de Cuba, las revistas de los sindicatos, en la revista *Espuma*, órgano de los trabajadores de las perfumerías; la revista *Luz*, de los trabajadores eléctricos; la revista CTC, que dirigía Lázaro Peña en aquel entonces, y otras, de manera que fuimos ligando nuestra vida al proletariado cubano, al campesinado más pobre. Cuando en 1954 decidimos sistematizar los conocimientos que habíamos adquirido en un libro —en un libro, además, de texto— que se titula *Geografía de Cuba*, reunimos todo esto del aspecto social, y lo publicamos. Estábamos convencidos de que el libro había que apurarlo si queríamos publicarlo, porque ya se veía venir en nuestro país un régimen fascistoide. Dos años antes Batista había dado el golpe de Estado, y vivíamos en un estado represivo. Recuérdense que el libro se publica en 1954; es decir, se escribe en 1953, que es justamente cuando Fidel se decide a atacar el Moncada. Claro, este libro lo hacemos prácticamente en la clandestinidad, escondido; no pudimos revisar ni siquiera las pruebas de plana en algunas ocasiones. Rivero guardó los originales manuscritos; creo que me los va a entregar hoy, después de tantos años de guardados. Se publicó el libro, y no tardaron los camiones del ejército de Batista en presentarse en la editorial Lex y ocupar la edición. Ya habíamos sacado algunos libros y los habíamos distribuido en algunas librerías. Entonces llevan los libros para la fortaleza de Columbia y los queman; se formó un "aguaje" nacional e internacional terrible, porque es el primero y el único libro que se ha quemado en la historia de Cuba. En su biografía Batista habla de este libro y de su autor, "el tenebroso Núñez Jiménez". Me llamó mucho la atención, porque siempre he creído que lo

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

único que no tengo en el mundo es nada de tenebroso más que la parte espeleológica: las tinieblas de las cuevas. Protesta mucho porque pinté una Cuba que no le agradó: la Cuba de los niños con parásitos, la Cuba del campesino que tiene que vender una vaquita parar curar a la hija, la Cuba sin caminos, la Cuba de los ladrones, del imperialismo yanqui; y porque defendía con Martí el criterio de que no debíamos enseñarles a los niños en las escuelas el fatalismo geográfico: que Cuba no puede ser libre ni independiente mientras existan los Estados Unidos como potencia de dominación neocolonial. Bueno, por todo eso quemaron el libro y al mismo tiempo comenzó una persecución contra el autor de la *Geografía* y contra la mayoría absoluta de los miembros de la Sociedad Espeleológica, que participaban igualmente que yo en ciertas labores de carácter clandestino y después, algunos, en el Ejército Rebelde. Para que ustedes tengan una idea de lo que estamos hablando, Mario Pozo, miembro de la Sociedad, lo colgaron junto a veinticinco jóvenes en la Navidad de 1958 en los árboles de la ciudad de Holguín; o el asesinato de compañeros nuestros que estaban en la columna de Camagüey, incluso el comandante Loret de Mola.

Muchos compañeros nuestros pasaron por la Novena Estación de Policía, que era la del torturador Ventura, y así pudiéramos hacer un recuento de todas las penalidades que la Sociedad Espeleológica padeció a finales de la década del cincuenta.

No tardó la policía en asaltar frontalmente y con armas el local de la Sociedad Espeleológica de Cuba, que estaba situado en la muralla colonial que está frente a la estación ferroviaria. Asaltaron el local junto con un grupúsculo de seudoespeleólogos que estaban algunos infiltrados por la policía allí y otros que no eran infiltrados, miembros de la Sociedad que no supieron mantenerse verticales en una coyuntura como aquélla y se hicieron soplones y cómplices de la policía. Esto debe haber ocurrido en 1956, y la Sociedad no se volvió a abrir para los verdaderos espeleólogos hasta los primeros días de enero de 1959, cuando, por una orden de Che Guevara, una escuadra de su columna abrió el local y se le entregó de nuevo a los espeleólogos.

Esto es, en síntesis, la historia hasta hoy. En el vigésimo aniversario de la Sociedad Espeleológica de Cuba Fidel Castro hace un discurso que reconoce que por primera vez se escribió una historia humana, una geografía humana de nuestro país. En el cuadragésimo aniversario el compañero Fidel nos mandó un mensaje diciendo que de lo que se trataba ahora no era tanto conocer a Cuba, sino transformarla positivamente, transformar la geografía de nuestro país. En fin, es una historia bella que no necesitamos llevar exactamente hasta este momento, pues nos llevaría mucho tiempo. No sé si Rivero quería hablar de algún detalle que se nos olvidó, pero creo que el acuerdo que tomé con Rivero de que ustedes pudieran hacer algunas preguntas, nos puede ayudar a satisfacer algún interés específico sobre esta historia que acabamos de hacer. Muchas gracias.

Rivero de la Calle: Quiero hacer la primera pregunta o el primer comentario importante. El compañero Núñez Jiménez fue el descubridor de la llamada *cultura de Seboruco*; tenemos aquí en el Museo Montané —que de paso los invitamos, porque recientemente ha sido remodelado y está en una etapa superior— una vitrina que exhibe una gran cantidad de piezas

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

de esa *cultura de Seboruco*. A mí me gustaría que el compañero Núñez Jiménez nos hablara un poquito de cómo fue que descubre eso y cómo fue que se percató de su importancia, porque era la primera vez en Cuba que aparecían herramientas con características paleolíticas, ¿no? Creo que para la historia del Museo y de la arqueología cubana sería interesante que nos hablara lo que recuerde, porque hace ya unos cuantos años de eso.

Antonio Núñez Jiménez: Tiene que ver con el divorcio de mis padres, que vivían aquí en La Habana. A causa del divorcio mi padre se va a trabajar como obrero agrícola al central Guatemala en Mayarí, actual provincia de Holguín, y mi madre quedó aquí como costurera en La Habana, de manera que yo debía ir cierta parte del año con mi padre y cierta parte quedarme aquí con mi madre en La Habana.

Ahí en Mayarí, no lejos de la ciudad de Matanzas, había y hay unas cuevas que se llaman las cuevas de Seboruco; ya yo había visitado en La Habana mi primera cueva en 1939. Tenía unos quince años de edad, y me fascinó el mundo subterráneo. En Mayarí me hablaron de las cuevas de Seboruco y fuimos a caballo desde Preston a esas cuevas; se publicó un artículo, un folletico, en el que describía estas cuevas. En el año 1945, seis años después, durante una expedición que se llamó "Expedición geográfica a Oriente", estuvimos medio año recorriendo la provincia de Oriente con una mochila al hombro: el Toa, el Turquino, e incluimos las cuevas de Seboruco. Ya con un poquitico de más experiencia hicimos el descubrimiento, en el piso de la cueva, de miles de sílex lasqueado y algunas piezas redondas, achatadas, como unos discos de piedra, pero sobre todo muchos cuchillos de sílex más algunos huesos, etcétera. Recogimos varios cajones de esos sílex y los trajimos para La Habana, se clasificaron y se publicaron en 1945 en un folleto que era el segundo de la serie de la expedición a Oriente, se llamaba *Estudio de la región de Mayarí*. En ese folleto hacemos la primera descripción que se conoce en la historia de Cuba, la primera clasificación del sílex lasqueado de Cuba. Me llama la atención que los libros de arqueología que se han publicado después, especializados en ese dato, no lo mencionan no sé por qué, pero es muy curioso pues tiene una descripción pormenorizada de los tipos de sílex que encontramos y una descripción tecnológica, porque nos habíamos basado en estudios de Europa, que eran los que en ese entonces estudiaban el sílex. En América el sílex casi no se estudiaba, ¡con la importancia que tiene! Pero lo más importante es que nosotros —como dijo años después Ernesto Tabío Palma—[3] tuvimos

[3] Después de 1960 el doctor Antonio Núñez Jiménez le encomendó al doctor Ernesto Tabío Palma (1911-1984) que proyectara el Museo Cubano de Ciencias Naturales, en su condición de secretario en la Comisión Nacional de la Academia de Ciencias de Cuba. Tabío, quien organizó el Departamento de Antropología y la Sub-sección de Arqueología Aborigen, Arqueología Colonial, en estrecha relación con la Comisión Nacional de Monumentos y la sección de Antropología Física; publicó en 1966, junto con la doctora Estrella Rey, *Prehistoria de Cuba*. En el texto los autores propusieron una nueva periodización: taíno, subtaíno, ciboney aspecto Cayo Redondo y ciboney aspecto Guayabo Blanco, y un nuevo grupo cultural, el Mayarí, descubierto por los autores en 1964. Esta clasificación reveló, por primera vez, el análisis de nuestras sociedades comunitarias con una óptica filosófica basada en el materialismo dialéctico e histórico y permitió una interpretación diferente sobre los primeros pobladores del Caribe, en cuanto al desarrollo de las fuerzas productivas.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

una intuición extraordinaria: decir que ésa era la cultura arcaica de Cuba. Ya señalábamos ahí algo que diferenciaba a esta cultura de las culturas históricas de Cuba. Según mi clasificación, en Cuba hay culturas históricas de los aborígenes: los taínos, los siboneyes y los guanahatabeyes —los historiadores modernos, es decir, después de Colón, hablan de esto—, pero hay culturas muy anteriores, que es a las que me refería con lo de "cultura arcaica". Poco después le dimos el nombre de *cultura de Seboruco* a esa cultura, basándonos en que siempre que se descubre una cultura distinta se le pone el nombre, generalmente, de la localidad.

Iba a cada rato a Seboruco, hasta que encontré en unas excavaciones un esqueleto que fue estudiado por Rivero: una adolescente de unos trece años de edad, que era una guerrera o algo muy relacionado, porque estaba rodeada de imponentes hachas y armas de sílex. Este esqueleto tenía tres mil y tantos años, según los estudios que hizo nuestro amigo Roberto[4] por el método del calógeno; pero hubo más todavía: encontramos al lado otros huesos que no llegaban a formar íntegramente un esqueleto, que fechados también dieron una asombrosa fecha, que en números redondos son seis mil años antes del presente. Se convertían así en los restos humanos más antiguos de las islas de las Antillas Mayores; es decir, los de nuestro descubrimiento de la adolescente de Seboruco. Aquella intuición de que era una cultura arcaica, se fue confirmando con el tiempo, y hoy, sin duda de ninguna clase, es una cultura que hay que estudiar en nuestro país, entre otras cosas porque hasta ahora es la más antigua que se ha encontrado.

Después, al encontrarse cavernas similares en Cuba y lugares al aire libre en número de cien localidades, se vio que esta cultura ocupó todo el territorio nacional, e incluso en Barrera y en Mordán, allá en Santo Domingo, se han encontrado también, y en otros lugares de las Antillas. Parece que la filiación más posible de esta cultura de Seboruco no es con el movimiento migratorio del Amazonas-Orinoco-Caribe, sino más bien con el de Centroamérica por la Florida-Bahamas a Cuba. Esto está por confirmar, pero hay más identidad con los yacimientos de Costa Rica, de América Central, que con otros yacimientos de América del Sur.

Esto es lo que puedo decir en contestación a la pregunta de Rivero de la Calle.

[...]

Garcel: ¿Cuándo conoce usted al doctor Rivero de la Calle? ¿Cuándo establece relaciones de trabajo con el doctor Rivero de la Calle?

Rivero de la Calle: Yo sí recuerdo perfectamente; fue en la exposición que hizo la Sociedad Espeleológica de Cuba en la feria del libro de noviembre o diciembre de 1949, pues yo había llegado a La Habana para estudiar ciencias naturales en septiembre de 1949, y en marzo-abril de 1950 estábamos ya haciendo exploraciones en La Tomasa y en la cueva del Indio.

Núñez Jiménez: Imagínense, esto fue ya en 1948-1949. Rivero era un muchacho muy delgadito, muy estudioso, si no fuera así no se hubiera empatado con nosotros o no nos hubiéramos empatado nosotros con

[4] Roberto Rodríguez Suárez, investigador del Laboratorio de Arqueometría del Museo Antropológico Montané, fue el introductor en Cuba del método del calógeno para fechados arqueológicos, junto al doctor Ercilio Vento Canosa, actual presidente de la Sociedad Espeleológica de Cuba.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

él; tenía una inclinación muy definida por los estudios antropológicos. Creo que nació antropólogo; por lo menos nació con mucha afición por la cultura de Cuba. Cuando hablo de cultura, incluyo las ciencias también. Cuando él era un niño salió algo de él en el periódico *Hoy*, y Blas Roca te dio un diploma en un concurso.

Rivero de la Calle: Sí, fue un concurso. El periódico *Hoy* tenía una página y un suplemento infantil; convocaron a un concurso para que los llamados abuelos, bisnietos y nietecitos de la Abuela Rosa confeccionaran una página infantil; preparé una página que tenía un crucigrama, un cuento, un dibujo y otra actividad que no recuerdo.

Núñez Jiménez: Sí, ya ustedes ven, vamos sacando el ovillo por ahí. Ése era el periódico de los comunistas.

Rivero de la Calle: Y yo gano el primer premio. El regalo fue una camarita Kodak —así de este tamaño— que conservo todavía, lógicamente. El diploma... los que hayan estado en casa, recuerdan que está al lado del buró mío; todavía tiene las firmas. Félix Pita Rodríguez fue uno de los que firmó el diploma.

Núñez Jiménez: Imagínense que los primeros pininos públicos de Rivero fueron en el periódico de los comunistas. Él se cría en un ambiente proletario y comunista, porque su padre, hasta los últimos días de su vida, fue un hombre de ideas comunistas, de ideas marxistas —el marxismo como es en el Trópico; un marxista materialista que creía en un montón de cosas que no tienen nada que ver con el materialismo; es decir, que tienen que ver con el mundo religioso, mágico, ultraterreno, que es parte de nuestra cultura. Tuve una influencia positiva de mi amistad con el viejo Rivero;[5] éramos grandes compañeros e incluso en un momento dado tuve tanta amistad con su padre como con el hijo. Rivero sacó mucho de las ideas de su padre, tanto en el orden idealista como en el orden materialista. Por ejemplo, recuerdo cuando subimos un farallón peligroso en extremo para llegar a la cueva de El Guanajo en el abra de Jibacoa, en las montañas del Escambray. Todo el mundo con escaleras de aluminio, amarrados con soga, seguridad, y Rivero cogió por aquel farallón como si fuera la Autopista Nacional, sin seguridad ni nada.

Rivero ha tenido una doctrina de pensamiento —yo no sé si es una religión—; que a él no le puede pasar nada; por lo menos en aquel entonces era así, no sé si hoy es distinto. Todo el mundo se quedó asombrado, todo el mundo sabía que Rivero tenía una creencia que estaba fuera de la lógica, estaba dentro de la lógica de él, no de la lógica de nosotros.

Participante: Doctor, hemos leído en muchas ocasiones historias de todas las excursiones que usted hizo a las cuevas de Cotilla, pero en muy pocas ocasiones habla sobre las vivencias arqueológicas que han encontrado, o sea, asociadas a qué tipo de grupos, de grupos culturales; más bien siempre asocia a grupos coloniales, pero de aborígenes casi nunca se ha hablado nada.

Núñez Jiménez: Bueno, la cueva de Cotilla fue prácticamente la primera cueva que describí públicamente en Cuba; fue en el periódico *Alerta*, que era un

[5] Se refiere a Francisco Rivero Rodríguez, padre del doctor Manuel Rivero de la Calle.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

periódico subsidiario de cierta manera del *Diario de la Marina*. Hablo de un articulito que salió a mediados del siglo pasado que hablaba de los indios en relación con las cuevas de Cotilla, pero nosotros no hallamos nunca nada específicamente aborigen en las cuevas de Cotilla; además, durante muchos años las hemos olvidado intencionalmente, porque en las cuevas de Cotilla hay cosas especiales que no hay por qué estarlas "meneando" aquí.

Rivero de la Calle: No sé si después Antonio[6] querrá agregar algo. Creo que ha sido una sesión de trabajo muy interesante, muy útil, por lo menos muy amena. Agradecemos al doctor Núñez Jiménez que haya dedicado parte de su tiempo. [Aplausos.]■

[6] Se refiere al doctor Antonio Martínez Fuentes, director del Museo Antropológico Montané y presidente de la Cátedra Honorífica de Antropología Luis Montané.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

Ruptura y continuidad en arqueología: Ramón Dacal Moure

ARMANDO RANGEL RIVERO

ARMANDO RANGEL RIVERO
Historiador. Especialista del Museo Montané de la Universidad de La Habana.

entre VISTAS entre

Cuando el jefe de redacción de esta prestigiosa revista cubana de antropología sugirió entrevistar a Ramón Dacal Moure, resultó una tarea difícil, porque el entrevistado es un hombre que no tiene mucho tiempo libre. Es asesor del Consejo Nacional de Patrimonio y participa en reuniones científicas en el Centro de Antropología y en el Gabinete de Antropología de la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana. A ciencia cierta Dacal es de esos hombres que nunca se retiran; la jubilación es sólo un pretexto administrativo para continuar.

Si existiera una disciplina científica que se llamara arqueología espeleológica, sería la ideal para poder enmarcar la obra de Ramón Dacal Moure, nacido en La Habana el 17 de febrero de 1928. Su preocupación por la naturaleza y la historia de la humanidad lo unieron a Rivero de la Calle, Núñez Jiménez, Oscar Arredondo y Gilberto Silva. Ellos conformaron una generación de sólida formación autodidacta que, con mochila al hombro y machete en ristre, le dieron a Cuba un novedoso espacio en las ciencias naturales.

Fue alumno del profesor Carlos García Robiou en los cursos de arqueología impartidos

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

en la Escuela de Verano de la Universidad de La Habana en 1948, 1949 y 1950. Su trabajo como arqueólogo comenzó quince años más tarde en el Departamento de Antropología de la Academia de Ciencias de Cuba, en el que realizó tareas de investigación en el campo y en el laboratorio. En este período asistió al curso de arqueología que impartían los profesores René Herrera Fritot, Ernesto E. Tabío y Alberto Ruz Lhuillier. Después de su defensa exitosa de la tesis "Arqueología de la península de Guanahacabibes, Pinar del Río, Cuba", recibió en 1970 el título de arqueólogo, especializado en culturas aborígenes de América.

Dacal es en la actualidad una de las más distinguidas personalidades de la arqueología cubana y caribeña. Sus conocimientos sobre el mundo prehispánico le han permitido realizar labores como especialista en la isla de Aruba, región sobre la cual se escribió un texto titulado *The Archaelogy of Aruba: The Tanky Flip Site*, editado por A.A.D.H. Brsteeg y Stephen Rostain y publicado en 1997 por el Museo Arqueológico de Aruba, en cual constituye un estudio científico del Caribe, Aruba y Amsterdam.

Ha laborado con arqueólogos y antropólogos de diferentes países, entre los que se destacan Chile, México y los Estados Unidos; en este último país ha participado en dos congresos en Danvers (Massachusetts) y Filadelfia. Además, escribió el libro *Art and Archaelogy of Pre-Columbian Cuba*, con el profesor Manuel Rivero de la Calle. La obra cuenta con el prólogo de Thor Heyerdahl y la edición de Daniel H. Sandweiss y David R. Watters de la Universidad de Pittsburgh.

Trabajó en el Museo Antropológico Montané durante veinte años. En esta institución ejerció como conservador e investigador y recibió la categoría de Profesor Titular Adjunto de la Facultad de Filosofía e Historia de la Universidad de La Habana, en la cual impartió docencia durante varios años.

El estimado Ramón Dacal Moure es un hombre sencillo, arqueólogo por vocación y formación que supo preparar para enseñar a muchas generaciones de cubanos, para mostrar un talento *sui generis* que nunca le ha permitido abandonar la vida laboral.

Ante todo, queremos felicitarlo por sus 75 años de vida que se cumplieron el 17 de febrero; ese día pero de 1926 nació usted en La Habana. ¿Siempre vivió usted en la capital?

No siempre viví en la capital. A principios de los años treinta mis padres se trasladaron a España, donde permanecí por un tiempo viviendo en una aldea de Galicia en la provincia de Orense.

Es graduado de publicidad desde marzo de 1958 y posee el título de profesional publicitario de la Escuela Profesional de Publicidad del Ministerio de Educación de la República de Cuba. ¿Por qué razón abandonó la profesión como diseñador o dibujante?

Primero, yo no era dibujante. Tenía una empresa de vallas anunciadoras, y en 1959 mi señora y yo decidimos donar la misma al Estado cubano, porque, debido a nuestras actividades políticas, nos vimos inmersos en el quehacer revolucionario de aquellos momentos.

Diez años antes de graduarse como publicitario inició estudios de arqueología en la Escuela de Verano que organizaba el doctor Carlos García Robiou, en la Universidad de La Habana. He encontrado

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

que asistió en los cursos de 1947, 1949 y 1950. ¿Sentía desde entonces vocación por esta ciencia? ¿Qué recuerdos tiene de Carlos García Robiou?, ¿se considera un buen alumno de él? A usted lo conozco un poco y le pido que abandone la modestia por unos instantes, pues sus respuestas pueden ser muy importantes para la historia de la antropología.

Realmente no sentía vocación por la arqueología. Sucedió que Antonio Núñez Jiménez, que en aquel momento presidía la Sociedad Espeleológica de Cuba, de la cual yo era miembro, consideró importante para nosotros tener una visión de la disciplina, debido a que era frecuente que aparecieran en las cuevas materiales que debían ser estudiados.

Recordar al doctor Carlos García Robiou es algo que creo que todos sus alumnos, que ya deben quedar pocos, deben tener en mente, porque era un excelente profesor; es probable que García Robiou fuese en aquel momento el único cubano con una formación arqueológica profesional y con un sentido muy claro de lo que significaba para preservar el patrimonio cultural de nuestro país. Siempre recordaré que nos dijo que un arqueólogo no podía ser un coleccionista, porque lo desviaba de su labor central de investigación. Pero lo más importante es, quizás, que era un gran hombre en el sentido más amplio de esta palabra.

No me puedo considerar un mal alumno de él, pues creo que grabé en mi mente todas las ideas centrales que nos expuso en estos cursos de la Escuela de Verano.

¿Cómo se podía desarrollar un arqueólogo en la república burguesa?, ¿cómo se podía hacer trabajo de campo sin un trabajo profesional que lo respaldara económicamente?

Creo que te refieres a la república burguesa de Cuba, porque, como tú y todos sabemos, la arqueología es una profesión que se desarrolló y se sigue desarrollando en las repúblicas burguesas, y en cualquier sociedad donde exista un pasado que escudriñar, a partir de evidencias materiales dejadas en cualquier momento anterior por esta propia sociedad o por otra anterior.

Hacer un trabajo de campo profesional y eficiente, realmente se hizo en muy pocos casos, debido a que practicar la arqueología es también un problema financiero; no obstante, Cuba cuenta con hombres que, sin trabajar profesionalmente en la arqueología, desde el siglo XIX y hasta mediados del XX son un ejemplo de dedicación a esta disciplina, y casi siempre utilizaron fondos que provenían de su peculio particular.

Usted comienza de forma sistemática sus trabajos como arqueólogo en 1965 en el Departamento de Antropología de la Academia de Ciencias de Cuba, y al mismo tiempo perfecciona sus conocimientos al lado de René Herrera Fritot, Ernesto Tabío y Alberto Ruz. Cinco años más tarde defiende la tesis "Arqueología de la península de Guanahacabibes, Pinar del Río, Cuba" y se le otorga el título de "Arqueólogo especializado en culturas aborígenes de América" en 1970. ¿Cuál era la estructura del Departamento de Antropología de la Academia de Ciencias de Cuba?, ¿quiénes más laboraban allí?, ¿cómo llega a la Academia?

El Departamento de Antropología de la Academia de Ciencias de Cuba tenía dos vertientes de trabajo: una, dedicada a la antropología física, que duró muy poco tiempo, y otra dedicada a la arqueología. Ya Ernesto E. Tabío, que dirigía el departamento,

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

consideraba la arqueología como una de las disciplinas investigativas de la historia, con dos vertientes: los estudios de las comunidades primitivas, es decir, de los aborígenes cubanos; y el estudio de lo que hoy llaman arqueología histórica, que Tabío llamaba arqueología colonial. En general, todos trabajábamos en estas dos especialidades de acuerdo con las necesidades del departamento.

El grupo de compañeros que trabajaba en la arqueología, lo encabezaba el propio Tabío y René Herrera Fritot, seguidos de José Manuel Guarch Delmonte, Rodolfo Payarés, Milton Pino, Jorge Calvera, Lourdes S. Domínguez y un personal auxiliar para los trabajos de dibujo, fotografía y administración que se requiriesen en el centro. A lo largo del tiempo hubo investigadores que laboraron con el departamento, pero no mantuvieron por mucho tiempo su presencia.

Un caso particular es la doctora Estrella Rey Betancourt, quien trabajaba en el departamento y a la que podemos considerar la gestora de la paleoantropología en este centro de investigaciones; tuvimos el placer de tenerla como profesora en nuestro proceso de formación.

Me preguntas cómo llegué a la Academia de Ciencias. Realmente se debió a un libro de Mortimer Wheeler, uno de los más notables arqueólogos ingleses, que fue traducido al español por quien después fue nuestro amigo, José Luis Lorenzo, hoy fallecido. El libro me lo había obsequiado Manuel Rivero de la Calle.

Al leer este libro, *Arqueología de campo*, me vinieron a la mente los conocimientos que nos había impartido García Robiou y sentí la necesidad, el deseo, de trabajar en esta disciplina.

Como es natural, al tratarse de un funcionario público que quería hacer un cambio tan drástico en su tarea, tuve que solicitar permiso para poder ingresar en la Academia de Ciencias. En realidad, fue Carlos Rafael Rodríguez quien, lleno de asombro por este súbito interés, me advirtió que iba a perder unos años de experiencia en el trabajo dentro de la economía, a la cual me había dedicado. Él habló con Antonio Núñez Jiménez para que me autorizara a ingresar en el Departamento de Antropología, lo que fue acogido con beneplácito por él. Creo que Carlos Rafael, después de mis más de treinta años en esta actividad, consideraría acertada esta decisión.

El mismo año que se gradúa, inicia sus labores en el Museo Antropológico Montané, de la Universidad de La Habana, en donde labora hasta 1989 como arqueólogo, profesor e investigador. Tuvo a su cargo diferentes proyectos de investigaciones arqueológicas e impartió permanentemente la asignatura de arqueología tanto a biólogos como a historiadores. ¿Cómo organizó la docencia y los trabajos de campo?, ¿qué estructura tenía el programa de estudios?, ¿lo iniciaba por prehistoria de Europa?

Debo comenzar por tratar el aspecto de la docencia. Había dos grupos de estudiantes: el primero lo formaban los alumnos de la especialidad de Antropología de la Escuela de Ciencias Biológicas, quienes tenían una asignatura de arqueología dentro de su currículo. El segundo eran los alumnos del Departamento de Historia de Cuba, de la Facultad de Filosofía e Historia, que tenían en su primer año una introducción en generalidades sobre la arqueología.

El plan de estudios para los alumnos de la especialidad de Antropología, que

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

como es natural ya estaban en sus últimos años, tenía por finalidad hacer que comprendieran el trabajo práctico en la investigación arqueológica y los aspectos relacionados con la arqueología dentro de la antropología. En este caso les dábamos docencia para que fuesen capaces de trabajar directamente en el campo de la arqueología tanto en investigaciones de campo como de laboratorio, esto es, algunos aspectos de cartografía, problemas directos en la excavación, sus técnicas, interpretación de las diversas industrias, una historia de la disciplina arqueológica y un estudio sistemático con materiales del propio Museo Antropológico Montané.

Para los alumnos del Departamento de Historia de Cuba, quienes comenzaban en ese momento su carrera, tratábamos de que comprendieran la arqueología en un plano muy general e iniciábamos los trabajos poniéndolos en contacto con una serie de materiales del cuaternario europeo, tanto originales como excelentes copias que tiene el Museo Antropológico Montané en sus colecciones, lo que nos llevaba hasta piezas interesantes de la etapa precolombina americana, y en particular la cubana. Se trataba de que los alumnos tuvieran una base para comprender los procesos de interpretación de la historia que debían formar parte de su currículo, con una aproximación a la realidad que permiten las evidencias materiales colectadas por los arqueólogos.

Los trabajos de campo son, si se quiere, una muestra de lo que se puede hacer algunas veces cuando se cuenta con muy pocos recursos, como es el caso de nuestros proyectos, concebidos según la poca disponibilidad de fondos que casi siempre nos llevaron a realizar trabajos de campo en áreas muy pequeñas o muy reducidas de los sitios arqueológicos cubanos, pero llevadas a extremos realmente eficientes. Un ejemplo puede ser la excavación que realizamos en el sitio de Aguas Verdes, en Nibujón, Baracoa. Se efectuó una excavación de un metro por un metro y llegamos a los ochenta centímetros de profundidad; debidamente controlado y envasado el material en su totalidad, lo trasladamos al Museo Antropológico Montané, donde se limpió y se estudió todo lo que se había traído de la excavación.

Es también bueno recordar que, en mi caso, muchos años en la labor espeleológica y también como funcionario, me hacían fácil conseguir la colaboración de algunas entidades para lograr excavar, lo cual me preocupaba. Te puedo decir que en Baracoa nos llevaron a la fábrica de chocolate, donde en el proceso de producción se rompían muchas pastillas al envolverlas; nos dieron una caja bastante grande, llena de fragmentos de pastillas de chocolate, con lo cual estuvimos desayunando durante muchos días.

Por otra parte, si uno se hacía su propia comida podría ahorrar una parte de las dietas y así prolongar la estadía. Debemos recordar las muchas veces que, al no tener adonde acudir, fuimos a las organizaciones del Partido de las áreas donde estábamos trabajando, y en todas las ocasiones nos prestaron la ayuda que requeríamos. Además, estábamos acostumbrados a subsistir en el campo al estilo de la Sociedad Espeleológica de Cuba, de la etapa prerrevolucionaria, y quizás de la actual, consistente en sobrevivir con el mínimo de recursos.

¿En dónde conoció a Rivero de la Calle?, ¿cuándo entró en la Sociedad Espeleológica de Cuba?, ¿dónde conoció a Antonio Núñez Jiménez?

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

En 1946 entré en la Sociedad Espeleológica de Cuba. Mi primer viaje a una cueva fue a la cueva de la Virgen, en el este de la ciudad de La Habana, y en aquel momento conocí a otro miembro que estudiaba las ciencias naturales, a nuestro amigo y director del Museo Montané, Manuel Rivero de la Calle.

A Antonio Núñez Jiménez lo conocí cuando regresó de la expedición geográfica a Oriente, creo que a finales de 1946; con él visité innumerables cuevas en nuestro país. Se dice que subir montañas hermana a los hombres: yo les digo que explorar cuevas también une a las personas.

En los años cincuenta se organizó la expedición por el Caribe. ¿la recuerda o ha leído sobre ella? En esa época llega la colección de hachas del Caribe, que fueron estudiadas por Herrera Fritot. ¿Por qué *nunca* se expusieron?

La expedición por el Caribe es un tema que algunas veces le agradaba tratar a nuestro profesor y amigo René Herrera Fritot. No sólo sus narraciones, sino las múltiples fotografías que tomó, me fueron mostradas en varias oportunidades.

Herrera Fritot publicó un estudio de las hachas antillanas en 1938, y posteriormente, en 1964, otro más amplio en el que establecía índices axiales para las petaloides.

Por qué nunca se expusieron las hachas de otras áreas del Caribe que poseía el Museo Montané, es algo que no conozco, quizás un problema de espacio o quizás por un criterio de no incluir estos materiales en las colecciones que exhibía permanentemente.

En una oportunidad escuché una ponencia suya sobre Miguel Rodríguez Ferrer, autor de *Naturaleza y civilización de la grandiosa isla de Cuba;* nos pareció excelente a todos los que escuchábamos. ¿Considera usted que es a partir del geógrafo español que debemos iniciar la división por períodos de la historia antropológica de Cuba?

¿Es Miguel Rodríguez Ferrer un geógrafo, como tú planteas?, ¿es *Naturaleza y civilización de la grandiosa isla de Cuba* un libro de geografía, o la obra de un hombre que vino a Cuba para colaborar con el diccionario de Pascual Madoz y que trató en su obra una amplia rama del conocimiento de las ciencias naturales de su época y además de la arqueología de las comunidades aborígenes cubanas?

Realmente, cuando planteas la división por períodos de la historia de la antropología en Cuba, tendríamos que pensar que Rodríguez Ferrer era un antropólogo; no obstante, en el campo de los estudios sobre las comunidades aborígenes cubanas, actuó más bien como correspondía a alguien que fue conservador de un museo en la ciudad de Vitoria, capital de la provincia de Álava, en España, y que estaba al tanto de los métodos de la arqueología en Europa y mantenía relaciones con especialistas de las ciencias naturales de su país y de otras partes del continente.

Si hay que hacer una división por períodos de la historia antropológica de Cuba, me parece que no tuviéramos que contar con su obra, pero sería otra cosa si tratáramos la historia de la arqueología en Cuba.

En el libro *Arqueología aborigen de Cuba* usted y el doctor Manuel Rivero de la Calle proponen una nueva clasificación para las culturas prehispánicas. Si tuviera que hacerla ahora, con los nuevos conocimientos y la experiencia acumulada, ¿qué propuesta haría?

Si tuviera que hacer una nueva clasificación para las culturas prehispánicas de

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

Cuba, me vería en un gran aprieto para lograr llevarla a cabo. En primer lugar, está la cuestión teórica que me vería en la necesidad de desarrollar; por otra parte, con la experiencia acumulada a partir de los trabajos del censo arqueológico, de las investigaciones realizadas en distintas áreas del país por arqueólogos locales, me encontraría ante un hecho: todo este proceso investigativo no obedece a un programa bien definido y adolece del uso de algunas técnicas que hoy en día son normales en la arqueología mundial, como son los fechados de cronología absoluta de C-14 u otros métodos y los análisis de polen; en algunos casos, adolece de información sobre técnicas de clasificación de diversas industrias. Por motivos algunas veces financieros, y otras de conocimientos de las técnicas aplicadas, no me permitiría estar muy seguro de una problemática división de las culturas.

En realidad, se han hecho muchos trabajos desde que Rivero y yo hicimos este libro, pero no contamos con una cierta seguridad en cuanto a hechos arqueológicos específicos —me refiero en especial a las técnicas de campo— que pudieran dar lugar a los elementos necesarios para una periodización. Me parece que la arqueología cubana ha avanzado y cuenta con personas de conocida capacidad, pero no ha logrado una dirección común y un mecanismo de información que a estas alturas el país ya va requiriendo; por lo tanto, yo no podría hacer una propuesta con la cual estaría en desacuerdo.

Además, quiero aclarar que nuestra clasificación tenía un objetivo más bien docente, y fue una adaptación de aquella usada por Ernesto Tabío y Estrella Rey en 1966, con la única diferencia de un criterio acerca de lo que llamaron Grupo Mayarí, que siempre para nosotros estuvo muy confuso, sobre todo en el estudio específico de los materiales de Arroyo del Palo, su sitio cabecera, y, en particular, de su cerámica.

¿Qué significan para usted Canímar, Playitas, Nibujón?

En primer lugar, la cuenca del río Canímar es un área arqueológica muy interesante. Si sus lugares han logrado conservarse a lo largo de los años, se presta para un estudio del área de esta cuenca que puede servir como modelo para futuros trabajos. Por otra parte, el sitio de Playitas, en el área del río Canímar, en la ribera este del mismo, significó una sorpresa en cuanto a la industria lítica y a la presencia de algunas piezas de cerámica dentro del contexto.

Nibujón —creo que te refieres al sitio que llamamos Aguas Verdes— fue el resultado de una búsqueda en el área de Baracoa de un metal lítico del cual me había hecho referencia Ernesto Navarro Betancourt, gran amigo y antiguo conservador del Museo Antropológico Montané. Se trataba de un fragmento de una pequeña hacha almendrada que, desde el punto de vista de la experiencia, no debía ser de Baracoa; no obstante, Navarro nos indicaba que así era. Por consiguiente, excavamos en Aguas Verdes y trajimos a La Habana todos los materiales. Como resultado, pudimos darnos cuenta de que la industria lítica de Playitas era distinta a la de Aguas Verdes. Le mostramos el material a Janusz Kozlowski y a Jorge Febles posteriormente.

En la propia excavación de Playitas tuvimos el gusto de recibir a Betty Meggers, a quien le mostramos el sílex microlítico de este lugar y le preguntamos si consideraba que tenía parecido con el

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

sílex microlítico estudiado por ella en Ecuador, a lo cual nos respondió que no se parecía.

Empezamos a reunir bibliografía sobre sílex microlítico del área del Mississippi y de la costa del golfo de la Florida, y pusimos estos materiales a la disposición de Jorge Febles. Esto dio lugar a la publicación por él mismo de trabajos en los que se establecían criterios sobre los materiales. Hoy en día le hubiéramos enviado la cerámica de ambos lugares a la doctora Irina Jouravleva y trabajaríamos para profundizar más en los conocimientos sobre estos sitios, a los que indiscutiblemente les faltan técnicas de arqueometría, con análisis de polen incluidos. Así que el trabajo de estos dos lugares hubiera requerido por mi parte una mayor calidad en la ejecución de los mismos.

En realidad, mi opinión sobre Playitas y Aguas Verdes fue presentada en una ponencia en la III Jornada de Arqueología, celebrada en Holguín en 1976, con el título de "La cerámica y el sílex microlítico en comunidades aborígenes cubanas y sus relaciones con el formativo". Creo que una buena parte de lo que opinábamos en 1976 sigue teniendo vigencia; sin embargo, cometí un error: me referí a sus relaciones con el formativo, cuando en realidad el texto y mi idea intentaban exponer no las relaciones, sino las similitudes; esto es, no exponer una dependencia en tiempo, espacio y materiales, sino una similitud entre dos momentos históricos. En realidad, si la ponencia se publicara ahora en que se discute mucho el tema, pudiera ser útil, puesto que no es muy conocida.

Quiero dejar para el final algunos temas de interés científico y profesional. ¿Qué son para usted la antropología y la arqueología?, ¿por qué la combinación autoral Dacal Moure y Rivero de la Calle? Ésta es más personal: ¿por qué su jubilación formal?

Para nosotros, la antropología y la arqueología son disciplinas que se caracterizan por tener un material de estudio distinto. Ambas son disciplinas que han venido unidas desde bastantes años; no es la primera vez que me preguntan esta misma cuestión. La respuesta no es nada fácil, pues está asociada a los caminos que tomaron en distintos países de Europa y América el estudio del hombre y su sociedad. En realidad, este estudio siempre ha tenido y tiene un fondo de interés social por parte de aquellos que las patrocinan, pero, más que todo, ambas disciplinas han sido llevadas de la mano por los materiales que han estudiado.

Podemos decir que la arqueología parte de los anticuarios. En grandes rasgos, recibe su impulso central al fundarse el Museo Nacional de Dinamarca en 1819. Christian Jurgensen Thoomse, con su clasificación por edades, y Sven Nillson, con su estudio sobre los medios de subsistencia, dieron pasos que hacen de los países nórdicos el área gestora de esta disciplina.

En un momento la antropología fue la ciencia de Paul Broca y de Armand de Quatrefages, un médico y un naturalista; con ellos como centro surge la Sociedad Antropológica de París en el año 1859. La investigación antropológica se dirige al estudio del hombre físicamente. La evolución de la familia, la evolución como herencia de caracteres adquiridos, la lucha por la supervivencia y la existencia del más apto, Cesare Lombroso y la antropología criminal son partes de este mosaico en el siglo XIX.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

Las sociedades antropológicas se diseminaron en muchos lugares: en Madrid se fundó en 1865; la de La Habana, el 26 de julio de 1877. Tres años antes había llegado a Cuba un médico, Luis Montané y Dardé, quien había estudiado en los laboratorios y el museo de la Sociedad Antropológica de París, con él mismo como antropólogo general y con Antonio Mestre y Arístides Mestre. La medicina legal, la antropología jurídica, la cátedra de antropología y el Museo Antropológico Montané se inician en el siglo XX en Cuba.

En América del Norte en 1782 se realizó una excavación estratigráfica con fines que hoy llamaríamos arqueológicos; la hizo un caballero culto de Virginia: se trataba de Thomas Jefferson (1743-1826), tercer presidente de los Estados Unidos. Es posible que si su actividad en la política y su labor en la formación de la nación se lo hubiesen permitido, la arqueología de este país hubiese avanzado en forma más independiente.

La realidad fue otra. El estudio de la población autóctona recluida en reservas llevó a una investigación acuciosa de éstas, no con un concepto de historia sino con el concepto de sociedad viva. Las diversas industrias, la forma de alimentación, el vestido, el arte, los sistemas de parentesco, despertaron el interés de departamentos de antropología que crearon toda una escuela.

La arqueología existía en los Estados Unidos. Se trabajó por muchos años, y tuvieron notables especialistas. Han hecho aportes importantes a la disciplina en el campo internacional, pero se partía del entramado docente, el cual estaba formado por departamentos de antropología. En la actualidad, cuando la Society for American Archaelogy es un hecho y las leyes respaldan su actividad, todavía se dice que si la arqueología no es antropología, no es nada.

Debemos recordar que aun en 1959 un departamento que realmente se dedicaba, como ya dijo Tabío, a la arqueología como una de las disciplinas investigativas de la historia, fue el llamado Departamento de Antropología.

No es posible en unos pocos párrafos resolver este problema, porque ambas disciplinas tienen un carácter social y obedecen consciente o inconscientemente a las necesidades de los grupos que detentan el poder.

Hay también el problema de las personalidades que han surgido en estas esferas. Sus influencias, sus preferencias y también sus necesidades han inclinado la balanza a uno y a otro lado. Por lo tanto, solamente con saber qué cosa estudian, qué técnicas se utilizan para lo mismo, ya empezaré a pensar si pudiera llamarla antropología o arqueología.

Me preguntas por qué la combinación autoral de Dacal Moure y Rivero de la Creo que se trataba de dos personas de la misma generación que estábamos trabajando en lo mismo, que conocíamos a los mismos colegas en el medio profesional y que pudimos unir nuestros conocimientos específicos de antropología y arqueología para hacer varias publicaciones. También parece que tenía importancia la biblioteca que había reunido Manolo en su casa y el café que nos servía la madre y después sus tías en las interminables horas de labor. Me parece que lo más importante fue que ninguno de los dos pensó nunca que lo sabía todo; la duda siempre fue un aspecto importante.

¿Por qué me jubilé formalmente? Creo que llega un momento en que uno necesita

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

cambiar el medio, disfrutar de la familia, ver crecer a los nietos; todo lo llevé a vías de hecho. Pero los nietos crecen y la vida me llevó a encontrarme con arqueólogos de otras áreas, a quienes pude ofrecer mis conocimientos y al mismo tiempo captar lo que ellos me podían mostrar de técnicas nuevas y enfoques sobre la disciplina; así es que, aunque estoy jubilado, aún estoy trabajando dentro de la arqueología.*

De izquierda a derecha: Roberto Rodríguez, Ramón Dacal, Manuel Rivero de la Calle y Omar Fernández. Cueva San Martín, Boca de Jaruco, 1985. Foto: Museo Montané.

* Ramón Dacal Moure murió el 30 de noviembre de 2003. Ver "Obituario" en la página 264. (Nota de la Redacción.)

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

Presentación del número 7 de *Catauro*

La revista *Catauro,* de la Fundación Fernando Ortiz, dedicada a la importancia que tiene la antropología como medio efectivo para la indagación de la actualidad social cubana, fue presentada el 29 de octubre en el hotel Sevilla de La Habana.

La presentación estuvo a cargo de Miguel Barnet, presidente de la Fundación Fernando Ortiz, y del ensayista y crítico cultural Rufo Caballero, cuyas palabras aparecen a continuación.

La Cuba profunda

¡Cuántos surcos de la Cuba profunda, de La Habana intrincada, de la identidad recóndita, nos faltan por transitar! Cuando estamos convencidos de padecer un hartazgo de Cuba, La Habana nos sorprende con nuevas esquina del placer y de la sabiduría, hasta recordarnos nuestra precaria condición de fragmentos a un imán. Ahora mismo me acabo de percatar de que todos estos años me he perdido una gran revista cubana. He visitado *Catauro* tras la huella de algún texto específico, y lo he hecho —declaro la culpa— con la premura de quien debe insertar una determinada lectura en un afán mayor. Hasta hoy *Catauro* ha sido para mí una leja na marca de prestigio; he sido consciente de que clasifica sin duda entre nuestras escasas y mejores revistas especializadas, pero he distado, muchísimo, de sospechar el esplendente tesoro que implica la publicación, ahora que la he tenido en sistema, que la he leído de punta a cabo y me he sumergido en sus ríos ocultos, en sus tensiones internas, en la apacibilidad con que el conocimiento surge de ella seguro y fluido.

El gran tema interior de este número 7 de 2003 se ocupa de enfatizar que la antropología, menos que ninguna otra ciencia, puede encorsetarse en un recinto académico de preceptos puros y presupuestos estériles. El sello de esta edición está en el orgullo con que la antropología se enfunda en la vida y se apresta a desentrañarla desde la lucidez que al mundo regresa. He leído con verdadero sobresalto —que en este caso quiere decir gozo— el ensayo-reportaje de Mirian Herrera y Daniellis Hernández, "¡A pulmón!: los bicitaxistas en La Habana. Supervivencia, conflictos y solidaridades", porque las autoras han trazado un intenso imaginario, el que argumenta la mentalidad genérica del bicitaxista, a partir de una agudeza de percepción y una destreza de generalización que confirman el real sentido de la cultura. Ellas aseguran

DESDE LA 27

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

que, en la praxis urbana de la tipología del bicitaxi, "la invasión del espacio público no sólo es espacial sino simbólica", y se aprestan a relatar prácticamente todos los costados de la sicología social que fundamenta, prescribe, emplea y polemiza la práctica del bicitaxi. El ensayo es de una utilidad ejemplar en la medida en que proporciona una primera base de datos a partir de la cual el lector reconfigura el imaginario. Por ejemplo, ellas cuentan entre las mayores virtudes de su estudio, una sana distancia que no confunde la seriedad del retrato con el involucramiento emocional en relación con sus referentes. A mí, que me costaría mucho trabajo escribir así, sus meditaciones me han corroborado una vieja sospecha: el lado de heroicidad, de tenacidad y honestidad profundas que asiste a la mayoría de esos cubanos de a pie que convierten su cuerpo en máquina con tal de no robar. Me parece sencillamente enternecedora esa gente que con tal de rehuir el mundo de las drogas, del negocio fácil, de la salicidad económica que con frecuencia se troca en perdición social, se lanza a las calles aun a sabiendas de que van dejando sus órganos en el camino. El estudio de Mirian y Daniellis hace parte de los intentos actuales de la ciencia cubana por ocuparse de los nuevos sujetos sociales, de las nuevas tipologías de operatividad social que la violencia de los cambios económicos han auspiciado, y de veras que posee una clara previsión, siempre que en su escritura hay un adelanto de memoria, una firme transgresión de esa cierta ceguera de las ciencias que se enredan en los conceptos puros y no avanzan a descubrirse en la calle, en la Cuba sumergida, que es a menudo la Cuba ronca de los mayores aprendizajes.

Algo similar emprende el profesor Alain Basail Rodríguez en su "Religiosidad social en Cuba. Escenas de *fin de siècle*", en el que parangona fenómenos del humor público que toma por referente a la institución religiosa a finales de los siglos XIX y XX. En su perspicaz cotejo, Rodríguez concluye que si bien durante la primera postrimería la desestabilización crítica del catolicismo deja ver "una cultura religiosa claramente disidente de la ortodoxa, con una subyacente dimensión política", los comentarios sociales que acompañaron la visita del Papa en enero de 1998 encauzaron la capacidad del cubano para revisar la política desde un efecto de carnavalización que respondía entonces a hondos desconciertos económicos y sociales. El ensayo de Rodríguez, al emplazarse en los predios presuntamente rescatados de la institución religiosa, ratifica el poder subversivo de la cultura popular —por mucho que al autor le moleste la categoría de "lo popular"— en cuanto a cuestionar la hegemonía de los relatos vigentes, exponer y proponer caminos laterales de interpretación, y superponer, en definiti-

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

va, otras capas de lectura a la historia oficial que se repite todos los días. En ese sentido el ensayo de Rodríguez, como el de Mirian y Daniellis, sistematiza un saber invaluable sobre el completamiento de la expresión de la cubanidad primordial, acaba con zonas de omisión que linealizan la historia de este país y su gente, y consolida en suma la responsabilidad social del intelectual cubano de este minuto.

La importancia de que la antropología no descuide su razón vital adquiere en el presente número dos contornos precisos: la asociación entre antropología y medicina, y la relación entre antropología y cocina. Lo primero queda desplegado en dos acuciosos textos que se interesan por la historicidad de la antropología médica: "Medicina y esclavitud" de Enrique Beldarraín Chaple y "La antropología médica en las sociedades de riesgo", firmado por José Valero Salas. "Medicina y esclavitud" revisa las primeras obras que se escribieron en el país acerca de la medicina para los esclavos, destaca el contenido humanista prevalente en la mayoría de ellas, así como también el racismo latente, toda vez que, nos dice el autor, "no consideraron a los negros en el mismo nivel social ni intelectual de los blancos". Más encaminado el otro a las exactitudes terminológicas, ambos son textos enjundiosos sobre la literatura que se explica el trabado nexo entre la profilaxis explicativa de la antropología y la curación física de la medicina. Entretanto, Adriadna Prats y Félix Julio Alfonso introducen una celebración de "La sabrosa aventura del ajiaco cubano" inventado por los taínos; tema que de alguna manera enlaza con la crónica de Miguel Barnet sobre los dulces criollos y "Los vendedores ambulantes". Leyendo la diáfana prosa de Miguel me convenzo más del juicio por el que muchas veces he sido criticado: una metáfora y un buen relato literario pueden aportar todo el conocimiento que escapa en oportunidades a la academia de franca escolástica.

Otros dos textos suben la temperatura abstracta de la publicación: "El movimiento de los conceptos en la antropología" de Roberto Cardoso de Oliveira y la entrevista que hace Susana Sel a "Roberto Rex: maestro de antropólogos", cada cual mejor. Cardoso esclarece que, a diferencia de las llamadas antropologías centrales, absortas en sus pretensiones de universalidad, las periféricas se desean y hallan "dirigidas, por lo general, a las singularidades de sus contextos socioculturales". De ahí que, continúa el autor, en contraste con el antropólogo europeo, "en América Latina el profesional tiene otro compromiso, igualmente ético, aunque no siempre transparente para sí mismo o para su comunidad de colegas: su participación en la tarea cívica de la

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

construcción de la nación". Este acento del principio ético de la antropología acaba de condensar el gran enunciado del número 7 de *Catauro* y, en circularidad, parece referirse a las acciones de elucidación social aportadas por los autores de "¡A pulmón!..." y "Religiosidad social en Cuba. Escenas de *fin de siècle*". Pero no bastando con este viaje al núcleo mismo de la edición, el ensayo de Cardoso regala todavía una buena cantidad de observaciones críticas, como aquella en la que denuncia como al paso "los intereses del Estado que, en los países latinoamericanos, nunca se configuran como multiétnicos". Pienso que en este particular ni siquiera el honroso caso de Cuba es una excepción, puesto que el justo propósito de borrar cualquier resto de racismo ha llevado en la práctica a una falsa homogeneidad etnorracial que desatiende las marcas históricas, las memorias específicas de las razas, ciertamente amalgamadas en un todo social compacto, pero no por ello indivisible.

Por su parte, el argentino Alberto Rex le concede a Susana Sel no pocas ideas inquietantes sobre (es un ejemplo) la supuesta "crisis de la antropología", a tenor de las ya bastante atorrantes defunciones proclamadas por el pensamiento posmoderno, para el cual, comenta Rex, cuanto "vale es la escritura. Sobre todo los filósofos posmodernistas nos han llevado a lo que entre nosotros se ha llamado la 'muerte de la antropología'", y de inmediato se interna en contundentes razonamientos críticos contra tamaña presunción. La saga estructuralista del siglo XX también es saeteada por Rex, quien asevera cómo "la cultura no se compone exclusivamente de puras estructuras". Precisamente por insistir en el mundo de las estructuras, el pensamiento levi-straussiano, por ejemplo, "se desarrolla en un plano horizontal, en un plano que carece de profundidad histórica", colige en otro de sus lúcidos momentos Alberto Rex.

El número se completa, a más de sus secciones habituales, perfectamente resueltas en este caso, con los artículos "Yedrismo: un culto de origen africano poco conocido" de Luis E. Ramírez, primera aproximación al culto de la hiedra como "árbol de la vida" por algunos practicantes detectados en Cienfuegos y Camagüey, en lo que representa desde ya un interrogante inmenso y un desafío de interpretación para los estudiosos de la afrocubanidad, y "La posesión simbólica en la santería", escrito por Rosa María de Lahaye, antropóloga que describe cómo "la posesión confiere al hombre y a la mujer de la religión el poder mayúsculo de reapropiarse simbólicamente, aunque sólo sea de manera temporal, de las fuerzas colectivas enajenadas en la forma de orichas".

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

Todos estos textos se articulan en una pensada dramaturgia que asegura a la revista la amenidad que de otro modo hubieran podido sustraer las densidades de algunos de los ensayos. *Catauro* es una revista exquisitamente editada, con la sensualidad sutil del conocimiento vasto y atractivo, y la autoridad de sus editores muy capacitados para bailar en casa del trompo. Confieso que cuando la pusieron en mis manos sospeché que se me venía encima un ladrillo; un ladrillo erudito pero un ladrillo en definitiva. Hoy les digo que la he leído con el interés que me hubiera despertado una novela, porque encuentro en ella pequeñas narraciones y sobre todo un universo de interconexiones, ese que los lectores vamos advirtiendo de la mano de los suspicaces editores.

Sin embargo, lo mejor del número no tiene mucho que ver con nada de esto, sino con la frase que en algún momento emplea Alberto Rex a propósito de una situación muy otra: "[...] dedicarse a la ciencia del Hombre tiene un sentido subversivo." Quienes lean estrictamente los relatos que están por encima o por debajo de los textos, entenderán de una vez la certeza de esa profunda paradoja.

RUFO CABALLERO

Premio Catauro Cubano 2002

El premio Catauro Cubano correspondiente al año 2002, que entrega la Junta Directiva y el Consejo Científico de la Fundación Fernando Ortiz, fue entregado a la obra *Nzila ya Mpika* del filólogo, poeta y ensayista cienfueguero Jesús Fuentes Guerra. La entrega del premio se realizó el 19 de junio de 2003 en la Fundación Fernando Ortiz, con la presencia de la doctora Graziella Pogolotti, vicepresidenta de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC), y de Iroel Sánchez Espinosa, presidente del Instituto Cubano del Libro. En esta ocasión las palabras de agradecimiento y fundamentación estuvieron a cargo de Miguel Barnet, presidente de la Fundación Fernando Ortiz, y de Sergio Valdés Bernal, miembro del Consejo Científico de la Fundación. En palabras del doctor Bernal:

> *Nzila ya Mpika* es un libro sumamente interesante y útil. Interesante, por acercarnos al mundo lingüístico del palero, poco estudiado, poco descrito y bastante desconocido. Útil, por abordar y darnos a conocer la esencia de lo que su autor llama "jerga palera".

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

[...] el autor se apoyó en fuentes históricas y culturales, así como en un amplio trabajo de campo realizado entre practicantes de la regla de palo o regla conga, quienes en sus diferentes cultos utilizan un medio de comunicación en el que pueden apreciarse elementos lingüísticos de indudable raigambre subsaharana.

Diplomado de Antropología Cultural

15 de marzo-4 de junio de 2004

Convocatoria

La Fundación Fernando Ortiz convoca a profesores, investigadores y especialistas a participar en la tercera presentación del Diplomado de Antropología Cultural en 2004. Este diplomado se propone aportar herramientas teóricas, a partir de la experiencia cubana, para el trabajo del antropólogo.

Conceptos como cultura, vida cotidiana, oralidad, género, emigración y nuevas tecnologías, se debatirán en conferencias, seminarios y trabajos de campo.

Los cursos están estructurados en cinco módulos. Se otorgan créditos para continuar maestrías y doctorados en la especialidad de antropología. La evaluación final consiste en la combinación de la participación de los diplomantes en seminarios previamente acordados con los profesores, junto con un proyecto de investigación sobre el contenido de los módulos del diplomado. Para tener derecho a la evaluación y al correspondiente certificado, el participante debe cumplir los requisitos de asistencia y evaluación de todos los cursos que forman parte del diplomado. A los estudiantes extranjeros interesados solamente en los módulos II, III y V, se les emitirá un certificado de curso de postgrado por estos módulos.

Objetivos

1. Conocer las teorías que permiten definir la antropología cultural.
2. Valorar la tradición de estudios antropológicos en Cuba.
3. Incorporar la interdisciplinaridad en la comprensión de la cultura.
4. Comprender la vida cotidiana desde la complejidad de identidades culturales diferenciadas.
5. Reflexionar sobre las políticas culturales y los espacios de acción social.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

6. Valorar el impacto de las nuevas tecnologías en la generación e intercambio de conocimientos en la antropología.

Temáticas

Módulo I. *Teorías antropológicas.* Evolucionismo cultural. Difusionismo. Funcionalismo. Estructuralismo. Antropología posmoderna. Antropología simbólica.

Módulo II. *Los estudios antropológicos en Cuba (I)* Dos tipos de prácticas discursivas: científicas y médico-jurídicas. Relación entre antropología, medicina y raza en la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana y en la Sociedad Antropológica de la Isla de Cuba. Principales representantes, publicaciones y temas de investigación.

Módulo III. *Los estudios antropológicos en Cuba (II).* Los estudios antropológicos de 1902 a 1959. Significación de la vida y obra de Fernando Ortiz (1881-1969). El Departamento de Folklore del Teatro Nacional de Cuba. El Instituto de Etnología y Folklore de la Academia de Ciencias de Cuba (1961-1973). Nuevas instituciones, publicaciones y líneas de investigación.

Módulo IV. *Concepto de cultura.* Diversas corrientes de interpretación. Marxismo y cultura. Psicoanálisis y cultura. Descripción densa: hacia una teoría interpretativa de la cultura. Transculturación: una perspectiva no eurocéntrica de la cultura. La construcción de las identidades sobre la base de la diversidad cultural. Cultura y emigración. Cultura y estudios poscoloniales.

Módulo V. *Las fuentes e instrumentos para el trabajo antropológico.* Fuentes orales de información en la investigación antropológica, tradición oral, historias de vida. Principales instrumentos y técnicas para el antropólogo. La antropología en la sociedad de la información. Instrumentos teóricos, técnicas básicas del trabajo de campo y de gabinete. Nuevas tecnologías y antropología.

Modalidad de trabajo

Estudio intensivo durante dos meses y medio en el horario de 9:00 A.M. a 1:00 P.M. de lunes a viernes, con actividades de autopreparación, colectivos de estudios, conferencias, seminarios y trabajos de campo.

Requisitos de ingresos

- Presentación de títulos o certificado de graduado de nivel superior.
- Curriculum vitae.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

- Carta de recomendación del centro de trabajo o estudios.
- Presentación de un anteproyecto de investigación sobre una temática antropológica que propone desarrollar.

Tiempo:
Total de horas: 220 horas, cinco módulos de 40 horas cada uno.

Matrícula disponible:
30 estudiantes

Calendario (2004):
Recepción y solicitudes: hasta el 20 de febrero de 2004
Notificación a los aceptados: 6 de marzo
Inscripciones: 8 al 12 de marzo
Período del Diplomado: 15 de marzo al 4 de junio

Cuota de inscripción
Cubanos: por convenio institucional
Extranjeros: 100.00 USD cada módulo

Diplomado coordinado por:
Dr. José A. Matos Arévalos, ffortiz@cubarte.cult.cu

Beca Fernando Ortiz 2003

El viernes 18 de julio pasado la Fundación Fernando Ortiz otorgó la Beca del mismo nombre al proyecto titulado "La medicina y los inicios de la antropología en Cuba" del doctor en Medicina Enrique Beldarraín Chaple, de la provincia de Ciudad de La Habana, elegido entre diecisiete proyectos de investigaciones enviados desde diversos lugares de nuestro país.

Dicho proyecto fue considerado merecedor de tal distinción "por la originalidad del tema, la calidad del proyecto y su aporte a los estudios de antropología en Cuba. El estudio se propone demostrar que las investigaciones sobre las enfermedades que padecían los esclavos en nuestras plantaciones constituyeron los primeros pasos de la antropología en Cuba. En particular, se plantea analizar la composición de la población cubana durante los siglos XVI al XIX, describir las principales causas de morbilidad y mortalidad, así como las condiciones de vida de los esclavos africanos en nuestro país. El proyecto indaga en las enfermedades más frecuentes de los esclavos africanos y en los tratamientos propuestos para

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

luchar contra las mismas. Los resultados de este proyecto serán de utilidad para los investigadores y especialistas de las ciencias sociales y la antropología".

Al mismo tiempo la Junta Directiva y el Consejo Científico de la Fundación Fernando Ortiz consideraron otorgar un reconocimiento especial al proyecto "Tanatos y cultura cubana" del licenciado en Psicología Juan Paulo de Armas, de la provincia de Ciudad de La Habana. Este reconocimiento fue entregado "por la calidad del proyecto y porque es una propuesta de investigación sobre un área del saber insuficientemente tratada en nuestra bibliografía. Los escasos acercamientos a la temática dejan múltiples brechas para la reflexión de las ciencias sociales; en este contexto el proyecto asume la responsabilidad de actualizar e indagar sobre la influencia que tiene la muerte como centralidad en la existencia, no sólo de los practicantes religiosos sino del género humano".

Maestría en Arqueología

Desde el mes de septiembre de 2001 se viene desarrollando por el Centro de Antropología la primera versión de la Maestría en Arqueología, como respuesta a la necesidad cada vez más creciente de elevar la capacidad profesional de los arqueólogos cubanos, encargados de enfrentar urgentes problemas científicos sobre la base de nuevas propuestas teóricas y metodológicas en conformidad con el avance de la ciencia a nivel internacional.

Entre sus objetivos fundamentales se encuentran la formación de investigadores científicos, capacitados para desarrollar las funciones de investigación, docencia y divulgación de las etapas tempranas de la historia de Cuba a través de los datos arqueológicos; la consolidación de los fundamentos teóricos y metodológicos de la arqueología; la investigación de los problemas científicos más urgentes de la arqueología como contribución al conocimiento de la historia de Cuba y del ámbito caribeño; la introducción de los resultados de las investigaciones en la práctica social a través de publicaciones, eventos, cursos, asesorías y otras formas de divulgación de la ciencia; y la contribución al fortalecimiento de la cultura nacional y de los valores identitarios del pueblo cubano.

Para obtener más información, comuníquese con las investigadoras Liz Bárbara Marichal García o Melba Pérez González mediante las siguientes direcciones de correo electrónico: ccs@citma.cu y antropol@ceniai.inf.cu.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

Visita ministro de Cultura de Gabón la Fundación Fernando Ortiz

El 15 de octubre de 2003 la Fundación Fernando Ortiz recibió al señor Pierre Amoughe Mba, ministro de Cultura de Gabón. El funcionario gabonés mostró mucho interés en los proyectos de investigaciones y las actividades que se realizan en nuestra institución. La reunión se desarrolló en un ambiente de cordialidad y fue muy fructífera en términos de convenios futuros entre la Fundación Fernando Ortiz e instituciones gabonesas.

Obituario

La ciencia y la cultura cubanas están de luto. El 30 de noviembre de 2003 ha fallecido en La Habana Ramón Dacal Moure, una de las personalidades más importantes de la arqueología cubana postrevolucionaria. Hombre de concepciones científicas muy profundas sobre las sociedades comunitarias prehispánicas que poblaron América y el Caribe, profesor de varias generaciones de amantes de la disciplina y editor de diversas publicaciones relacionadas con la especialidad.

Ramón Dacal Moure, nació en La Habana, el 17 de febrero de 1928. En las postrimerías de la década de los años cuarenta, trabajó como publicista, y en marzo de 1958 recibió el título de Profesional Publicitario de la Escuela Profesional de Publicidad del Ministerio de Educación de la República de Cuba. Al triunfo revolucionario de 1959, desempeñó diversas labores en la organización y defensa de la Revolución. Con posterioridad se vinculó directamente al campo de la arqueología, en el que desarrolló el resto de su vida.

Inició su formación como arqueólogo con el profesor Carlos García Robiou en los cursos sobre la disciplina que se impartían en la Escuela de Verano de la Universidad de La Habana, entre los años de 1948 y 1950. Al mismo asistían varios miembros de la Sociedad Espeleológica de Cuba.

En 1965 comenzó de manera sistemática sus trabajos como arqueólogo en el Departamento de Antropología de la Academia de Ciencias de Cuba. En la institución ejecutó tareas de investigación, tanto de campo como de laboratorio. Al mismo tiempo continuó la superación, y cursó un conjunto de asignaturas relacionadas con la arqueología durante cinco años. El programa estaba dirigido por los profesores René Herrera Fritot, Ernesto E. Tabío

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com
Palma y Alberto Ruz Lhuillier y su objetivo era preparar a nuevos especialistas en arqueología, por la carencia que existía en el país.

Al concluir estos estudios en 1970, defendió la tesis "Arqueología de la península de Guanahacabibes, Pinar del Río, Cuba". Recibió la máxima calificación y se le otorgó el título de Arqueólogo especializado en Culturas Aborígenes de América.

A partir de 1970 y hasta 1989, laboró en el Museo Antropológico Montané de la Universidad de La Habana, desempeñando funciones de arqueólogo, museólogo, profesor e investigador. Dirigió varios proyectos de investigaciones arqueológicas, e impartió permanentemente la asignatura de arqueología de la especialidad de Antropología de la Facultad de Ciencias Biológicas y de la Facultad de Filosofía e Historia.

En 1984, el Ministerio de Educación Superior le confirió la categoría de Investigador Agregado. Tres años más tarde recibió el Diploma de Especialista en Ciencias Arqueológicas otorgado por la Universidad de La Habana, cuya equivalencia es la de Máster en Arqueología. Al mismo tiempo, se le concedió la categoría de Profesor Titular Adjunto del Departamento de Historia de Cuba, perteneciente a la Facultad de Filosofía e Historia de la Universidad de La Habana.

Ejerció la docencia en otros países y participó en diversos congresos nacionales e internacionales. En 1973 fue Profesor Invitado en la Universidad del Norte, Sede de Arica, Chile, donde ofreció varias conferencias sobre arqueología de Cuba. En 1997 dictó un Seminario sobre Arqueología de las Antillas en el Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM, México.

Se mantenía activo y laboraba como asesor en el Consejo Nacional de Patrimonio del Ministerio de Cultura, en el momento en que un ataque de asma le provocó la muerte el 30 de noviembre de 2003, en su ciudad natal, La Habana, Cuba. A su funeral asistieron un grupo importante de personalidades de la historia, la cultura, la antropología y la arqueología cubanas: los doctores Sergio Valdés Bernal, Antonio Martínez Fuentes, Gabino La Rosa, Pedro Godo, Nidia Sarabia, Pedro Álvarez Tabío, Lillián Moreira de Lima y Lourdes Domínguez. En representación de la Fundación Fernando Ortiz, se encontraba el investigador Abel Sierra.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

Últimos números publicados de *Catauro*

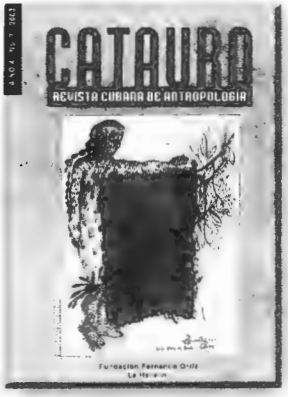
Catauro, Año 2, No. 2, 2000.

Catauro, Año 3, No. 5, 2002.

Catauro, Año 2, No. 3, 2001.

Catauro, Año 4, No. 6, 2002.

Catauro, Año 3, No. 4, 2001.



Catauro, Año 4, No. 7, 2003.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

Título del trabajo: Presencia de prácticas sincréticas religiosas de ascendencia africana en el cine cubano
Autor: Lic. Maribel Rivero Socarrás
Tutor: Dra. Lázara Menéndez Vázquez
Facultad: Artes y Letras (puede ser consultado en la biblioteca de la misma)

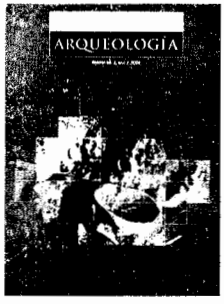
Objetivos:
1. Aportar al conocimiento general algunos elementos de la manera en que han sido reflejadas en la filmografía cubana la imagen del negro y sus prácticas sociorreligiosas, a partir de la política cultural cubana trazada en cuatro décadas de Revolución.
2. Caracterizar las diferentes perspectivas con las cuales ha sido abordado el universo afro descendiente en la producción cinematográfica cubana.
3. Analizar la simbología e iconografía identitaria de las prácticas de ascendencia africana en sus aspectos mítico, ritual y de relaciones sociales en el cine revolucionario cubano.

Utilidad y resultados de la investigación:

Este trabajo constituye el primer acercamiento al tema de las religiones sincréticas dentro de la cinematografía, realizado en el campo de las investigaciones cubanas. Es un estudio historiográfico sobre la presencia de las prácticas religiosas de antecedente africano en la cinematografía cubana desde sus inicios (1908) hasta el año 2000. Tanto películas de ficción como documentales son analizados desde una perspectiva contextual y crítica, que expone las concepciones y recursos que han desplegado los cineastas cubanos en el abordaje de los tópicos afrorreligiosos vigentes en nuestra cultura.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

Memoria arqueológica de la Ciudad de La Habana



Cuando la institución rectora de la investigación arqueológica en el Centro Histórico sacaba a la luz el primer número del *Boletín de Arqueología,* los especialistas se apropiaron de una publicación que llenaba el vacío informativo de la disciplina en el país. Era éste uno de los pasos iniciales en el afán de perpetuar en blanco y negro más de tres décadas de intensa labor arqueológica en la parte antigua de la ciudad.

Aquella experiencia inicial tuvo como notable acierto el haber contribuido a la divulgación de los hallazgos en la zona, fundamentalmente el trabajo del Gabinete de Arqueología fundado en 1987. Consagrada a este campo científico, esta labor reveló en detalle los resultados de las incursiones a través de los fondos de La Habana colonial, de donde emerge una gran parte de la memoria urbana. Exploradores de las entrañas de la ciudad, sus especialistas descubrieron la historia de diversas edificaciones y de quienes las habitaron siglos atrás.

De esta forma aparecieron en esta publicación de Ediciones Boloña artículos dedicados al rescate arqueológico en la iglesia del Convento de San Francisco de Asís, donde se hallaron restos de enterramien-tos humanos, fragmentos de cerámica de los siglos XVI, XVII y XVIII, entre otras piezas. Asimismo, resaltaron en el primer número las evidencias aborígenes de contacto entre Mesoamérica y San Cristóbal de La Habana, a partir de un estudio de la cerámica conocida como México Pintado de Rojo, frecuente en el entorno habanero.

Con más de cien páginas, el boletín reseñó además las observaciones de Fernando Ortiz acerca de las enigmáticas pinturas rupestres de Punta del Este, de las que dejó constancia el sabio cubano en un manuscrito inédito localizado recientemente. Por sólo mencionar algunos de los temas, también se describieron la restauración del material óseo excavado en la iglesia de San Francisco de Paula, la aplicación de la geofísica en la investigación en la zona y los patrones regionales de subsistencia a partir de la aparición de restos de fauna en un sitio histórico cubano.

Dividido en diferentes partes, la revista se detuvo en la historia para presentar el cementerio de los protestantes en La Habana, la mujer aborigen al inicio del siglo XVI en el Caribe y la pintura mural de la ciudad colonial. Otras secciones distinguieron a esta publicación, como "Catálogo habanero", "Personalidades de la antropología y la arqueología", "De nuestra colección", "Fondos de la biblioteca" y "Noticiario".

ex libris LIBRIS

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

Más allá de su pretensión informativa, el primer número dejó entrever algunos desaciertos editoriales que lo hicieron repetitivo en muchos de sus textos y con algunas incoherencias gramaticales. Sin obviar el toque científico que caracteriza a este tipo de publicación y sin caer en retóricas o regodeos innecesarios del lenguaje, el boletín faltó en ciertos casos al irrenunciable principio de la comunicación, además de presentar una propuesta gráfica caótica en tipografías.

Meses después, alentados por el mismo propósito, los arqueólogos apostaron por una segunda entrega con artículos de gran novedad que van desde los estudios tradicionales hasta otros de corte más reciente. Atrás quedaron las experimentaciones formales para mostrar un ejemplar de gran sobriedad y elegancia. Cambios en el diseño y en la concepción editorial favorecieron a este último volumen, más ambicioso en la selección de sus temas. El nuevo *Boletín de Arqueología* atrapa desde la primera lectura por la fluidez y coherencia de sus textos en manos de experimentadas editoras. Enterramientos humanos en la casa de Obrapía número 55, los restos de peces en el palacio de los condes de Santovenia, el Castillo de San Salvador de la Punta, las farmacias habaneras y la conservación del material arqueológico, son algunas de las temáticas abordadas esta vez por los investigadores.

Caracteriza a esta publicación de la Oficina del Historiador de la Ciudad un amplio espectro de la arqueología cubana, así como investigaciones que no sólo se remiten a la mera excavación arqueológica, sino también a otras ramas científicas. De reciente introducción en La Habana Vieja, con la aplicación del método Arqueología de la Arquitectura, que encuentra en estas páginas medio donde expresarse, los especialistas se enfrentan a los modos de construcción en la colonia; las destrucciones, transformaciones y adiciones de los edificios; el uso del espacio arquitectónico y las actividades familiares, entre otros temas. Seguidores de los principios de la estratigrafía geológica, adaptados e innovados por el profesor Edward C. Harris, los arqueólogos del Centro Histórico divulgan sus indagaciones para la conformación de la documentación archivística de sitios y edificios patrimoniales, análisis, prospecciones, conservación y restauración de pinturas murales coloniales.

Con las mismas secciones del primer número, el último volumen refiere entre las novedades arqueológicas el hallazgo de la piedra fundacional de la iglesia de San Felipe de Neri, la elaboración de un catálogo que recoge la presencia de azulejos y baldosas de los siglos XVIII, XIX y XX en diferentes calles de La Habana Vieja,

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

así como las incidencias del II Taller Nacional de Arqueología Industrial Valle de los Ingenios. Otras notas informan sobre la creación del Laboratorio de Arqueometría, de vital importancia para las investigaciones arqueológicas, y las memorias de la tercera campaña arqueológica en el antiguo cafetal El Padre, en el municipio habanero de Madruga.

De indudable valor documental, esta publicación suma a reconocidas firmas cubanas, como las del historiador César García del Pino, los arqueólogos Roger Arrazcaeta y Alfredo Rankin Santander, las de prestigiosos investigadores extranjeros como la alemana Alexa Voss y el español Enrique Parra, de la Universidad Alfonso X, El Sabio. Para próximos números se anuncia la colaboración de otros estudiosos foráneos y la inclusión de nuevas secciones: "Retrospectiva" y "Pensamiento arqueológico en América Latina". La segunda edición arqueológica de Boloña, con la evidente intención de sistematizar los estudios que desde el año de 1987 desarrollan los especialistas de esta disciplina en el Centro Histórico, se ha incorporado a la extensa bibliografía de la Oficina del Historiador de la Ciudad como un material de consulta para los interesados en la memoria arqueológica de La Habana antigua.

Lilibeth Bermúdez
Investigadora, Gabinete de Arqueología de la Oficina del Historiador de la Ciudad.

El Caribe Arqueológico, un nuevo espacio para la reflexión y el debate

Sin la menor duda podemos afirmar que el anuario publicado como una extensión de la revista *Del Caribe*, ha venido a llenar un espacio vital para la arqueología cubana. Luego de una penosa ausencia de publicaciones, que se extendió durante los cinco primeros años de la década del noventa, se vuelve a contar con un espacio a favor de la crítica, el debate y la investigación científica acerca de nuestros antecedentes prehispánicos. Tras la pérdida de publicaciones como el *Anuario de Arqueología y Etnología*, quedó un vacío que obstaculizaba el intercambio científico y la divulgación de nuevas propuestas investigativas. Se hizo necesario buscar un marco apropiado para dar a conocer todo lo que se hacía y se había realizado en el campo arqueológico durante el período transcurrido; como una primera respuesta a dicha necesidad surgió *El Caribe Arqueológico*, publicado por la Casa del Caribe (Santiago de Cuba). Su primer número apareció en el año de 1996 y ya cuenta en la actualidad con siete números.

El anuario es fruto del trabajo y la colaboración conjunta de la revista *Del Caribe*, la Casa del Caribe y el generoso apoyo prestado por la doctora Betty Meggers y por Taraxacum S.A. para su

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

financiamiento. Las ediciones se componen de una amplia gama de trabajos de diferente orden, como ponencias, discursos de ingreso a la academia, poesía y estudios regionales. Las temáticas abordadas en esta publicación son disímiles: paleopatología aborigen, arte taíno, noticias de arqueología, migraciones arcaicas, caracterización de regiones pictográficas, mitología y arqueología histórica, entre muchas otras. La presencia de la revista ha contribuido satisfactoriamente al conocimiento de algunos estudios realizados por otros especialistas del área antillana.

El anuario cuenta afortunadamente con un Consejo Editorial de gran prestigio, que ha logrado dar continuidad al trabajo comenzado en las postrimerías del pasado siglo, no sólo con la misma línea del inicio, sino con una mayor calidad en las publicaciones. El Consejo Asesor cuenta también con importantes investigadores, lo cual, con toda seguridad, ha contribuido a incrementar su rigor científico. Sus páginas han tenido el privilegio de divulgar trabajos de figuras de primer orden en el campo arqueológico, tanto nacionales como internacionales, entre ellos Betty Meggers, Jorge Febles Dueñas, Iraida Vargas Arena, Mario Sanoja Obediente, José M. Guarch y Manuel Rivero de la Calle (estas dos últimas figuras ya desaparecidas físicamente).

La comunidad científica interesada en los estudios antropológicos agradece infinitamente la labor desplegada en la realización de este anuario. Esperamos que la obra perdure para poder consolidar todavía más los conocimientos sobre nuestras primeras sociedades.

Ulises M. González Herrera
Investigador, Centro de Antropología.

Acerca de *Medicina indígena de Cuba, su valor histórico* del doctor Antonio de Gordon

MEDICINA INDÍGENA DE CUBA
SU VALOR HISTÓRICO

El académico doctor Antonio de Gordon y Acosta, ilustre médico habanero y profesor de la Facultad de Medicina de la Real Universidad del Máximo Doctor San Jerónimo de La Habana, donde fue catedrático de fisiología y de historia crítica de la medicina, fue miembro también de la Sociedad Antropológica de la Isla de Cuba y de la Sociedad Económica de Amigos del País, entre otras muchas corporaciones científicas nacionales y extranjeras, y doctor en las facultades de Medicina y Cirugía, Farmacia, Ciencias, Derecho y Filosofía, con un ejercicio notable y brillante de la profesión médica en la capital de la Isla. Leyó en la sesión de la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana, celebrada el 28 de octubre de 1894, el trabajo *Medicina indígena de Cuba, su valor histórico*.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

Esta investigación se publicó en los *Anales* de la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana del propio año[1] y en una edición independiente que circuló como folleto por nuestra Isla.[2]

Para conformar y concluir su investigación el doctor Gordon realizó una importante revisión bibliográfica que incluyó principalmente a los historiadores cubanos Martín Félix de Arrate, Antonio José Valdés, Urrutia, Jacobo de la Pezuela, y a los famosos cronistas de Indias fray Bartolomé de Las Casas, Fernández de Oviedo y a Labat. Fue de mucha importancia para él la obra *Cuba primitiva* de Antonio Bachiller y Morales por la cantidad de datos que le aportó. Utilizó también como fuentes secundarias los trabajos de los doctores Monarde y Gregorio López.

Se trata de un hecho científico importante para el conocimiento del tema, pues actualizó y unificó la información dispersa en libros difíciles de obtener y de leer, como las Crónicas de Indias, escritas en el lenguaje de la época, y la hizo accesible y la puso a disposición de todos los interesados.

Inició su artículo con una descripción literaria del período del descubrimiento de la Isla y de la vida de los indios; ahí refirió que entre los taínos existía una íntima relación entre las prácticas médicas y las religiosas.

No encontró referencias a que practicaran sacrificios sangrientos, ni la antropofagia.

En relación con los conceptos médicos, el doctor Gordon razonaba que la morfología les era casi desconocida, pues sólo sabían que existían los huesos, los que formaban la armazón del organismo, por lo que de osteología tenían conocimientos muy rudimentarios: conocían en su conjunto los músculos que revestían las porciones duras solamente.

La anatomía se reducía al conocimiento de las partes externas de inmediata infección, como las regiones superficiales del organismo y la piel, pero sin especificar o detallar.

Supuso que poseyeran ideas del funcionamiento de los sentidos, si bien desconocían su verdadero mecanismo. La extracción de los ojos lo confirma. Es probable que tuvieran algunos conocimientos del tacto, olfato, gusto y oído por su importancia, porque los ponían en relación constante con el medio externo y por poseer muy aguzados dichos sentidos.

---

[1] Antonio Gordon y Acosta: "Medicina indígena de Cuba, su valor histórico", *Anales de la Real Academia*, no. 31, 1894, pp. 279-316.

[2] Antonio Gordon y Acosta: *Medicina indígena de Cuba, su valor histórico*, Sarchaga y H. Miyares, La Habana, 1894.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

Sostuvo que el desarrollo precoz de las mujeres era la causa de que se casasen muy jóvenes; eran sumamente fecundas y tenían muchos hijos. Cuando nacía el nuevo ser lo sometían al agua fría, como aseo y para que se endureciera su piel; los cambios de temperatura hacían mayor su robustez, con lo cual se le evitaba algunas enfermedades.

Se dice que durante la lactancia guardaban abstinencia conyugal y amamantaban a sus hijos por largo tiempo.

Para ellos la enfermedad era un estado anómalo; la conocían con el nombre de *axe*. Aislaban a los enfermos, sin duda para evitar el contagio.

Al estado febril lo designaban como *sechon* o *secon*, sinónimo de calor, lo cual indica que el aumento de temperatura fue para ellos de capital importancia.

La anemia no le fue extraña, pues la llamaban *hipa*, que quiere decir "la palidez del doliente".

Conocieron el dolor y tenían idea de la cefalalgia, odontalgia, ciática y algunas formas de reuma. Ciertos estados patológicos de las vías digestivas, como los flujos diarreicos, la constipación y los vermes intestinales (parásitos); del aparato respiratorio, como el asma; y de los órganos genitourinarios, como la dificultad para la emisión de orina y los dolores que acompañan a la dismenorrea.

Las afecciones de la piel llamaron su atención, y no sólo se fijaron en el acné, mal que las mujeres procuraban curarse, o en otra que denominaron caracol, la que ponía las manos ásperas, parecida a la sarna, sin que pueda asegurarse que fuera la misma entidad.

Les eran familiares las contusiones, las heridas y las úlceras. El parasitismo estaba bien determinado, entre los más importantes sufrieron de las niguas (*pulex penetrans*), que según Fernández de Oviedo y Las Casas hicieron mucho daño a los conquistadores; padecieron *pediculis capiti* (piojos), conocida también en el viejo mundo.

Sus principales tratamientos fueron el hidroterápico, el sugestivo y el evacuante.

Constituía el agua un elemento precioso de prescripciones en variados estados mórbidos. Comentó que, según Las Casas, "por principal medicina usaban lavar a los enfermos, aunque quisieran expirar, con agua fría, lo cual o hacían por la continua costumbre que tenían cada hora, estando sanos, por limpieza lavarse, o por superstición, creyendo que el agua tenía virtud de limpiar los pecados y dar santidad corporal".[3]

[3] Bartolomé de Las Casas: *Obras completas*. En una referencia anterior (página 25) el autor lo toma de la *Historia de las Indias* de fray Bartolomé de Las Casas, tomo V, p. 498, sin hacer referencia a la edición.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

La sugestión fue uno de los medios más empleados por los médicos sacerdotes que asistían a los enfermos y les aseguraban que sabían por artificios secretos que cuando hablaban con los cemíes les quitaban o extraían los males, usando para ello determinados procederes o rituales.

Describió la ceremonia de consulta o acto de curación de los behíques.

La medicación evacuante era de uso común y empleaban distintos medios para provocar el vómito.

La yerba santa que llamaban *gueyo* era indicada para determinar la expulsión, por la parte supradiafragmática del tubo digestivo, de los productos encerrados en el estómago. Para acción análoga también indicaban el fruto del manzanillo, groseramente dividido y masticado.

La medicación purgante era más numerosa. Figuraban en ésta el fruto antes mencionado del manzanillo (*Hippomane manicella,* L.): con la mitad de un fruto entero que se mastique bien, se consigue el efecto apetecido, pudiéndose usar la leche, muy recomendada (según Monarde, bastan tres o cuatro gotas de la savia para que produzca acción); el guacasí (*Casearia lactides*) y la *Loekia temobroemiodis,* de la que empleaban su resina para conseguir flujos diarreicos más o menos copiosos; el sasafrás (*Sassafras oficinales nux*), las guayabas maduras y el bejuco.

Empleaban con profusión y sabiduría las plantas medicinales, tema al que el doctor Gordon le dedicó bastante espacio en su obra; entre los fundamentales elementos incluyó: el aceite de higuerilla o palmacristi (*Ricinis communis,* L.), el betumen (nafta), el guayacán (*Guanicum ifficiale,* L.), llamado por los indígenas *hoaxacan.*

Como agente de gran valía y de virtudes prodigiosas usaban el tabaco (*Nicotiana tabacum*) para conseguir la cicatrización de las heridas, por primera intención, en las úlceras de más o menos desagradable carácter, dando muerte a los gusanos que en ella pudieran haber; en las cefalalgias y hemicranias, en el reuma, en los dolores dismenorreicos y en otras afecciones uterinas, dolores de muelas y asma; para combatir las fiebres, expulsar los vermes y aplacar la sed y el hambre, en fin como restaurador de las fuerzas perdidas por el cansancio del trabajo.

Importantes eran el sasafrás —usaban las hojas, la raíz y la corteza, que como planta aromática se parece a la canela—, la piña (*Bromelia ananas,* L.) (llamada por ellos *ananá*), la guayaba (*Guaicum oficiale,* L.), la verbena (*Verbena officinale,* L.), la caña fístula (*Cassia fistula*), la güira (*Cresientia cujete*) y el cocimiento de hojas de ciruelas (*Spondias lutea,* L.).

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

Otras plantas notables eran el goaconax, árbol que da un bálsamo que se confecciona con los troncos pequeños cocidos en agua, de los cuales sale entonces una especie de aceite que usaban como hemostático en los heridos recientes, con el objetivo de soldar las fracturas; el perebecenúe, para curar las úlceras, al igual que el curia, que da buen olor y ahuyenta las cucarachas; la jagua, la bija, el hobo y el guacumar.

Para el tratamiento quirúrgico, utilizaban los cáusticos y el cuchillo de piedra, llamado *manaia*. Es probable que la extracción de los ojos, que realizaban en varios sujetos, la hicieran vaciando el globo ocular de un modo brusco, sin preocuparse del procedimiento, y mucho menos de la asistencia consecutiva.

Practicaban a menudo la sangría; aunque carecían de lanceta, se valían de las púas del maguey, eligiendo para la extracción de la sangre la región lumbar o la pantorrilla.

Sin duda, la castración la llevarían a término con el cuchillo de piedra, practicando una incisión en el escroto y el magullamiento del cordón; después dejaban a la naturaleza el cuidado de la cicatrización.

De la obstetricia se ocuparon con determinado interés, si bien daban a luz las mujeres con notoria facilidad. Para uso de la parturienta tenían la planta xutola.

En caso de muerte del feto en claustro materno, usaban la cebadilla para hacer la expulsión del cadáver, siendo también muy útil para terminar el alumbramiento, cuando éste tenía lugar por retención de la placenta, pues se le arrojaba con gran prontitud.

Respetaban la menstruación para el coito, se abstenían de la mujer parida y huían de matrimonios consanguíneos.

A mi juicio, el valor fundamental de esta investigación fue la decisión del autor de llevarla como un tema a una sesión ordinaria de la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana, lo que le dio al tema de la medicina de nuestros aborígenes la importancia de ser discutida en la docta corporación por los profesionales de la medicina y otras ciencias más destacados del país en ese momento; por lo tanto, le dio una estatura digna y la trató en las páginas de su trabajo con todo respeto, sin menosprecio. No apreciamos en sus comentarios una sola frase que signifique prejuicio, discriminación o subvaloración científica o étnica hacia prácticas carentes de un corpus doctrinal, sólo refrendadas por la práctica y la experiencia; es decir, constituían un conocimiento empírico. Las analizó con justicia, aunque, por supuesto, en otro nivel de desarrollo, ya que los taínos tenían una civilización que estaba en un plano inferior de desarrollo en relación

Enrique Beldarraín Chaple
Médico especialista de segundo grado en epidemiología, profesor de salud pública, investigador de la historia de la medicina. Sección de Humanidades Médicas, Universidad Virtual de la Salud.
ebch@infomed.sld.cu

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

con los europeos. La discusión del trabajo fue un éxito científico, pues fue aprobada por unanimidad y recibió múltiples elogios de los académicos presentes en la discusión.

En su análisis, Gordon presumió y sacó conclusiones sobre las ideas de la anatomía y la fisiología que tenían los taínos, sobre sus conocimientos, costumbres y modo de vida que influyen en la salud.

Un nuevo enfoque sobre una región arqueológica de Cuba

***Banes precolombino. La ocupación agricultora* de Roberto Valcárcel Rojas. Ediciones Holguín, Holguín, 2002, 143 pp.**

En un reciente ensayo al que titulé "Arqueología y rescate de la presencia aborigen en Cuba y el Caribe", en el que intentaba reflexionar sobre los principales enfoques, proyecciones y perspectivas asumidos por la disciplina arqueológica cubana, enuncié lo que a mi juicio puede considerarse el nacimiento de una etapa crítica, analítica y de apertura para esta disciplina en Cuba. Dentro de las características que considero que perfilan esa nueva etapa, asumí como una de las fundamentales:

> Estudios desde la perspectiva de región, con el fomento de nuevos trabajos de campo y exploraciones, los que han arrojado resultados importantes y en ocasiones contradictorios a los esquemas imperantes hasta el momento. Esta tendencia se enfrenta o supera los conceptos prevalecientes hasta hace unos años que tendían a extender generalizaciones para toda la isla a partir de espacios claves muy limitados.
>
> Los nuevos trabajos en ese orden más que una intención de completar los esquemas existentes o crear otros nuevos, están a tono con una perspectiva de reconocimiento de las historias regionales y de conocer mejor las partes para transformar o reconocer mejor el todo.[1]

Precisamente dentro de esta línea puede asimilarse la obra de Roberto Valcárcel Rojas *Banes precolombino. La ocupación agricultora*,[2] la que desde sus propios inicios nos deja claro que la entrada en la historia de esta porción del territorio cubano no se remite a los detalles o noticias emitidos por los documentos escritos de la conquista, sino que debe asumirse desde el poblamiento precolombino y, por tanto, priorizar el análisis arqueológico como opción

[1] Este ensayo fue leído como ponencia en la reunión sobre nuevos conceptos y técnicas para el rescate de las culturas aborígenes del Caribe, organizado por el Museo del Hombre Dominicano en noviembre de 2002. Una versión del mismo fue publicada en el anuario *El Caribe Arqueológico*, Casa del Caribe, Santiago de Cuba, no. 7, 2003.

[2] Esta obra obtuvo el premio de investigación histórica de la ciudad de Holguín en 2001.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

investigativa. Desde este punto de vista, la obra en sí misma es una valorización de la arqueología como disciplina.

El estudio, a la vez que toma como centro una de las más extensas y potentes expresiones de las sociedades aborígenes cubanas, constituye un aporte singular a la historia regional, a la vez que un referente importante para la comprensión de procesos similares en otras zonas de Cuba y el Caribe. Es una contribución a la importancia de los elementos regionales o de comportamiento regional en la formulación de las diversas facetas de desarrollo de los grupos aborígenes. Este aporte supera un padecimiento crónico de la arqueología cubana, típico de las influencias de la escuela antropológica particularista desarrollada en la década del cincuenta del pasado siglo, en la que un yacimiento había sido considerado caracterizador de una región y en ocasiones de una cultura.

Se estructura en tres capítulos. El primero aporta datos introductorios que contextualizan la investigación en el panorama cubano y antillano. El segundo ofrece una caracterización ambiental del área y valora los antecedentes del trabajo arqueológico. El tercero analiza el decursar cronológico y espacial de la presencia agrícola desde diversos aspectos (selección de los espacios, crecimiento poblacional, vínculo entre sitios, segmentación de las comunidades, aprovechamiento del medio, indicios de jerarquización y centralización, entre otros) y escalas (sitios, agrupaciones de sitios, área arqueológica). Ofrece una imagen de proceso que lleva a que se asuman los datos desde una perspectiva cronológico-espacial, en la que las dataciones absolutas disponibles se entrecruzan con otras informaciones obtenidas en excavaciones controladas, como forma de propiciar inferencias sobre comportamientos culturales, económicos y sociales. Esta visión de proceso lleva implícita por tanto la conjunción de rasgos observables en diferentes asentamientos junto a la percepción de los cambios en el seno de un mismo residuario, lo cual es la base para proyectar situaciones a nivel del área o región. En otras palabras, la perspectiva de conformación y desarrollo regional se percibe desde la dinámica de los residuarios y desde una óptica espacial que toma en cuenta factores ecológicos, sociales y culturales, lo que la hace trascender más allá del puro esquema individual para esa área arqueológica.

El texto cierra con un acápite que resume una caracterización de la presencia agrícola desde una perspectiva de proceso cultural, que la considera como un cuerpo único, matizado por influencias externas pero muy fuerte en sus aspectos locales, los cuales

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

fueron cambiando en el tiempo bajo el contacto con un medio especialmente favorable. Como contribución de interés, en aras de incrementar el valor de consulta, aparecen mapas detallados y un listado de fechados radiocarbónicos con numerosas dataciones hasta ahora inéditas.

La obra en su conjunto logra crear una visión integradora, que incorpora las más recientes investigaciones realizadas a nivel de las grandes Antillas y de Cuba en torno a los grupos agricultores, y que además sistematiza un gran cúmulo de información de índole diversa acerca del área de estudio. Estos datos e informaciones fueron generados en momentos y épocas diferentes, con diferentes procedimientos y paradigmas investigativos,[3] por lo que la integración en ese caso no puede ser evaluada como simple ordenamiento o acumulación de informes sobre artefactos o descripciones, sino como intento de evaluación del proceso social, lo que siempre constituye un reto para todo arqueólogo, por demás muy difícil de alcanzar.

Este sentido integrador perfila los elementos esenciales para definir cómo el concepto de región arqueológica trasciende y supera generalizaciones anteriores, asumidas básicamente desde perspectivas de la alfarería y los patrones asentacionales. En ese caso, a la reinterpretación de los criterios tradicionales se suman las consideraciones sobre aspectos cronológicos, las agrupaciones de residuarios, las estrategias de aprovechamiento económico y de explotación ambiental, además del análisis contextual de piezas importantes, asumidas como indicadores esenciales a la hora de inferir rasgos socioeconómicos o de control ideológico representativos de la posible existencia de rangos dentro de la estructura social.

Un elemento importante en esta línea interpretativa lo constituyen los objetos de adorno corporal y ceremonial, considerados como símbolos de jerarquía y evidencias de procesos de centralización, lo cual les otorga una visión novedosa, que supera el simple análisis estético o etnológico —este último basado esencialmente en las crónicas europeas— para otorgarles un sentido social dentro de la interpretación.

Por su parte, el principal elemento limitante en la obra —no imputable al autor, sino al estado de los datos existentes— es el

[3] Asumir la arqueología en función de reconstruir el proceso social en el caso específico de Banes, tiene como limitante la disparidad en los métodos de colecta y de estudio empleados por los investigadores que han trabajado en la zona, lo que no pocas veces crea irregularidad en cuanto a informaciones disponibles, agrupadas mayormente en torno a los asentamientos más llamativos, y obligan a un mayor esfuerzo a la hora de tamizar la información y otorgarle un sentido orgánico.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com
desbalance de la información manejada, lo que repercute en el mejor tratamiento o en una referencia más amplia y específica de los momentos tardíos en la historia precolombina de la región, a diferencia de los momentos tempranos, para los cuales se dispone de menos cantidad de datos. A esto se suma la existencia de pocas dataciones absolutas para la región, lo que en ocasiones limita o deja sin un sostén más sólido determinadas afirmaciones, limitante que intenta palearse a través de la recurrencia a indicadores cronológicos relativos, entre los que resaltan los motivos decorativos de la alfarería y la presencia de objetos de origen europeo.

Desde el punto de vista formal, uno de los principales valores de la obra es el lenguaje empleado. Los temas se abordan con una línea argumental abierta que garantiza la adecuada comunicación con el lector no especializado y rompe con una de las limitaciones más comunes en los estudios sobre temas arqueológicos, que en muchas ocasiones frena la incorporación de interpretaciones producidas por la arqueología a las producciones historiográficas regionales y locales.

Un aspecto importante, sopesado en toda su magnitud por el autor, es la fuerte tendencia evolutiva que como perfil principal marca el proceso de habitación aborigen en esta región. Aunque no se desechan las posibles influencias externas ocurridas en diferentes momentos y en diferentes magnitudes, es la evolución, unida al aislamiento geográfico, el elemento más sopesado para explicar la creciente complejización social. Algo trascendente en ese sentido es que su existencia se infiere a partir de patrones y elementos puramente arqueológicos y por el análisis de situaciones concretas en el área y no por extrapolación de datos de las crónicas o descripciones conocidas para otros espacios caribeños.

En sentido general, la obra aborda situaciones importantes en el desarrollo de los grupos agricultores que no sólo son válidas para la región de Banes. Aunque quizás algunas problemáticas no fueron consideradas en toda su complejidad, en razón de las limitaciones antes referidas, el hecho es que haberlas distinguido con un sentido integrador, en especial tratando de priorizar los aspectos sociales por encima de los tecnológicos, tipológicos o las simples descripciones estilísticas, le otorgan una originalidad que la inscribe entre las mejores creaciones arqueológicas de los últimos años en nuestro país.

El análisis de sus valores y méritos también nos lleva a sopesar dos cuestiones esenciales. En primer lugar, se trata del estudio de una de las regiones arqueológicas más importantes no sólo de Cuba sino del Caribe, a partir de la cual se generaron esquemas que en

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

un momento determinado guiaron la caracterización de uno de los grupos culturales aborígenes más importantes de nuestra Isla. En segundo lugar, debido a esa importancia ha sido una zona extensamente visitada y trabajada arqueológicamente y sobre la cual existe más de una referencia enjundiosa, lo que puede crear la falsa imagen de un espacio extensamente estudiado y sobre el cual hay poco realmente novedoso que aportar.

Por último, es necesario destacar que la obra se integra dentro de esa tendencia de búsqueda que prioriza el desarrollo regional o local como un fenómeno generador de circunstancias culturales en espacios definidos por sus características geográficas o por las concentraciones de residuarios. Espacios que se caracterizan por esquemas arqueológicos y evolutivos particulares, y cuyo estudio es imprescindible para comprender la historia más temprana de Cuba y del Caribe.

JORGE ULLOA HUNG
Arqueólogo y profesor de Santiago de Cuba.

Nociones de anatomía humana aplicada a la arqueología de Manuel Rivero de la Calle

Nociones de anatomía humana aplicada a la arqueología, de Manuel Rivero de la Calle. Ed. Científico-Técnica, 1985. Editorial Félix Varela, 2002. 302 pp.

Dentro de las áreas de estudio con mayor tradición en el quehacer del antropólogo físico en Latinoamérica, sin dudas se encuentra la osteología antropológica; y entre las obras que más han sobresalido en nuestra región por el volumen y calidad de sus aportaciones, se halla la del Profesor de Mérito Manuel Rivero de la Calle, fallecido en La Habana el 23 de septiembre de 2001.

El doctor Rivero de la Calle no sólo se destacó por sus valiosas contribuciones en este campo: un estudio de su extensa producción científica nos revela gran desempeño en la arqueología prehispánica de Cuba. Es decir, no fue el antropólogo físico que se dedica exclusivamente a estudiar las osamentas llevadas a su laboratorio, lo cual sucedía con mucha frecuencia, sino que participó en numerosas excavaciones en las que resultó muy importante la integración de sus conocimientos osteológicos y arqueológicos.

En el libro *Nociones de anatomía humana aplicadas a la arqueología* plasmó su importante experiencia de más de treinta años dedicados al análisis del material óseo de procedencia arqueológica de Cuba y otras colecciones de América y Europa, así como los resultados de una selecta revisión bibliográfica tanto nacional como internacional.

La obra, de 302 páginas, consta de trece capítulos, apéndice, glosario y bibliografía. Presenta una estructura didáctica, dado que se trata de un texto elaborado para el proceso de aprendizaje de la osteología humana, dirigido básicamente a los arqueólogos, pero

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com
útil también para los especialistas en antropología física y para estudiantes de pre y posgrado en estas ramas de la antropología.

En el texto se presentan los aspectos fundamentales de la osteología humana: descripciones, procedimientos metodológicos, aplicaciones y derivaciones bioantropológicas y demográficas, de gran utilidad en el momento de la excavación como para el estudio posterior de los especímenes encontrados.

El primer capítulo nos presenta una perspectiva general del esqueleto humano; las configuraciones exterior e interior y la arquitectura de los huesos; la estructura del tejido óseo; osificación y desarrollo; y además responde una serie de importantes preguntas para el estudiante o el aficionado que por primera vez se enfrenta al esqueleto humano: ¿qué es realmente un hueso?, ¿por dónde comenzar su estudio?, ¿qué debe realmente buscarse? En el siguiente capítulo se ofrece una descripción detallada de todos los huesos del cráneo. Contiene cuarenta figuras y dos tablas que facilitan grandemente su estudio. Primeramente se describen los huesos de la bóveda craneana y a continuación los de la cara. En cada caso se ofrecen su ubicación, forma, características generales, huesos con los cuales puede confundirse, determinación de la lateralidad (cuando corresponde) y determinación del sexo.

La columna vertebral se estudia en el capítulo 3. Se describen las peculiaridades de las vértebras cervicales, torácicas y lumbares, el sacro y el cóccix. En este mismo capítulo aparecen las descripciones correspondientes al esternón, la clavícula, el omóplato y las costillas. Los capítulos 4, 5 y 6 son dedicados a estudiar los huesos de las extremidades superiores, el coxal y las extremidades inferiores.

En estos capítulos se sigue el plan general de dar informaciones para discriminar entre huesos subadultos y adultos, hemicuerpo al que pertenecen, estimación de la edad, determinación del sexo y huesos con los que pueden confundirse. En los huesos largos se ofrecen las indicaciones para la estimación de la estatura, una variable de marcado interés para los antropólogos y las investigaciones forenses.

La parte propiamente concerniente a las mediciones se inicia en el capítulo 7: osteometría. Primeramente se describen veinticinco puntos craneométricos y seis de la mandíbula, debidamente representados en cinco figuras. Se describen doce medidas del neurocráneo y doce del maxilar inferior, así como la forma de calcular trece índices del cráneo, cara y mandíbula.

El trabajo propio para la determinación de la edad, el sexo y la raza en el esqueleto es desarrollado en el capítulo 8. La edad se analiza por el estado de las suturas del cráneo y el método

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com
histológico cuantitativo; el sexo se determina en el cráneo y la mandíbula mediante el empleo de funciones discriminantes de Giles y Elliot de 1963. Para la filiación racial a partir del cráneo, se aconsejan las ecuaciones discriminantes de los mismos autores, publicadas en 1960.

El capítulo 9 ofrece las mediciones más importantes que se practican en los huesos largos y los índices principales. Este segundo bloque concluye con el capítulo 10, dedicado a presentar el instrumental antropológico de uso más frecuente en la osteometría.

A quienes se inician en estos estudios les hago la recomendación de utilizar con precaución las tablas y/o ecuaciones referidas en el texto, pues algunas de éstas tienen en la actualidad hasta cuatro décadas o más de publicadas y fueron obtenidas a partir de estudios de materiales osteológicos de poblaciones foráneas con características genéticas y ambientales diferentes a las nuestras. Respecto a la raza, debe tenerse en cuenta además que hoy es muy debatida la validez de estas clasificaciones, y no hay consenso entre los antropólogos físicos sobre la utilidad de éstas.

La última sección se inicia con un extenso capítulo dedicado a la dentición humana. Éste es muy importante debido a que los dientes, en general, por estar constituidos por materiales muy duros, superviven a otros menos duraderos. En la actualidad son una fuente muy rica para la recuperación del ADN. Son descritos los pasos a seguir para la identificación de cada pieza y se abordan las variaciones en el número y posición de los dientes, la morfología: cúspides, atrición, dientes forma de pala, mutilaciones, distribución de los patrones dentarios en las distintas poblaciones humanas.

El análisis de las deformaciones craneales, tema tan estudiado en la osteología cultural, se realiza en el capítulo 10. Se presentan las ilustraciones de las variantes de tipo patológicas, artificiales y las póstumas. A continuación se trata sobre la excavación, transporte, limpieza, restauración y forma de sostener o manejar el material óseo: cuestiones de suma importancia que cuando no son cumplidas, pueden conducir a la pérdida o daños irreparables a los especímenes encontrados.

No podían faltar en una obra como ésta los importantes tópicos de la paleopatología. Se presentan estudios que muestran la presencia de artritis, traumatismos, osteomielitis, infecciones... En cuanto a la osteopatología, es menester apuntar que en la mayoría de los casos el diagnóstico real resulta difícil, pues los restos están frecuentemente incompletos y/o deteriorados. Por otra parte, se debe evitar caer en la pseudopatología, a la que los procesos tafonómicos y la variabilidad anatómica nos pueden conducir fácilmente.

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

Las mayores dificultades al diagnosticar, vienen dadas por dos circunstancias: la primera consiste en que solamente podemos diagnosticar aquellos procesos patológicos que de forma directa o indirecta afecten al hueso, y la segunda se debe a la reaccionabilidad intrínseca del hueso, un tanto limitada, de tal forma que procesos de etiologías muy distintas pueden dar lugar a alteraciones muy parecidas, cuando no idénticas. El diagnóstico puede ser asequible al antropólogo físico y al arqueólogo cuando poseen amplios conocimientos sobre paleopatología.

El último capítulo se dedica a comentar la reconstrucción demográfica a partir de la información que brindan los restos óseos. En el presente existen métodos que permiten conocer la tasa de mortalidad, la composición de la población de acuerdo con el sexo y la edad, la esperanza de vida, el tamaño y densidad de la población, entre otras cuestiones. De estos estudios también se pueden derivar valiosas interpretaciones ecológicas.

El apéndice muestra un modelo de cédula que resulta muy importante para la recolección de datos de entierros. La bibliografía, que comprende ochenta y ocho entradas, está precedida de un pequeño glosario.

Como nota curiosa deseo agregar que en la primera edición (1985) el libro apareció con algunos errores en el texto: por ejemplo, en la figura 78 de la página 97 están invertidos los términos derecho e izquierdo que indican la lateralidad del trapezoide. Ocurrió que en los libros que poseía el profesor Rivero de la Calle, éste realizó manualmente las correcciones necesarias. Uno de estos ejemplares fue entregado por él para la segunda edición, la cual ha salido con los arreglos tal y como los hizo llegar. De este modo, lo que desde el punto de vista editorial resultó un descuido imperdonable, ha convertido esta edición en una obra de carácter muy especial al aparecer las correcciones de puño y letra del insigne antropólogo cubano.

Sin duda alguna, esta obra resulta enriquecedora en la presentación de los aspectos referentes a métodos y técnicas de la aplicación de conocimientos derivados de la osteología antropológica. Es un compendio básico y accesible para quienes pretenden dedicarse a la enseñanza, al desarrollo de investigaciones o precisen estar debidamente orientados en esta línea.

Antonio J. Martínez Fuentes
Director de la Cátedra de Antropología Física y presidente de la Cátedra de Antropología de la Universidad de La Habana.
AJMF@FBIO.UH.CU

Documento descargado desde www.cubaarqueologica.com

Presentación de originales

Catauro ha sido concebida fundamentalmente para el estudio de la vida sociocultural cubana, sus entornos menos conocidos, el imaginario cotidiano y la cultura popular. Es una publicación que servirá para atesorar el acervo de nuestra cultura nacional, caribeña y latinoamericana.

El interés principal de *Catauro* es la compilación y divulgación del saber antropológico y etnológico, tanto nacional como internacional. Es un espacio de debate científico en donde se promueve la creación y la profundización en los estudios de estas especialidades, y la contribución de sus investigaciones a las ciencias sociales.

(Informe para colaboradores)

Catauro recibe artículos en español, inglés, portugués y francés. Solicitamos a nuestros colaboradores ajustarse a las siguientes normas para la presentación de originales:

• Los trabajos serán inéditos o no deben haber sido publicados en español.

• La extensión máxima de los textos no excederá de 25 cuartillas para la sección "Contrapunteos", ni las 15 para las secciones "Imaginario" y "EntreVistas".

• Los artículos se presentarán en papel blanco, con impresión legible, a dos espacios, en párrafo español, en Times New Roman a 12 puntos y un total de 28 a 30 líneas por cuartilla. Todas las páginas deberán numerarse. Se solicita a los autores que entreguen una copia en disquete en Word sobre Windows.

• Los autores adjuntarán sus créditos más importantes (profesión, especialidad, filiación institucional y nacionalidad), tanto en la versión impresa como en la digital.

Las notas explicativas o bibliográficas deberán aparecer a pie de página.

El orden de la información en las referencias bibliográficas al final del artículo:

Para libros:

Apellido, Nombre de autor. *Título de libro* (en cursiva). Editorial, ciudad, fecha.

Para artículos:

Apellido, Nombre de autor. "Título" (entre comillas). *Título en cursiva de la publicación*, ciudad, año, página(s) citada(s).

• Los autores deben entregar un breve resumen del contenido tratado en el artículo (no debe exceder de diez líneas).

• En caso de que se entreguen imágenes digitalizadas junto con los trabajos, es indispensable por normas de impresión que sean escaneadas a 300 dpi.

Los autores deberán enviar sus colaboraciones a:

Revista Catauro
Fundación Fernando Ortiz
Calle 27 no. 160 esquina a L.
El Vedado, Plaza, Ciudad de La Habana, Cuba.
Telefax: (537) 830 06 23
Telf: (537) 832 43 34
e-mail: ffortiz@cubarte.cult.cu
Daniel Álvarez, Jefe de Redacción.